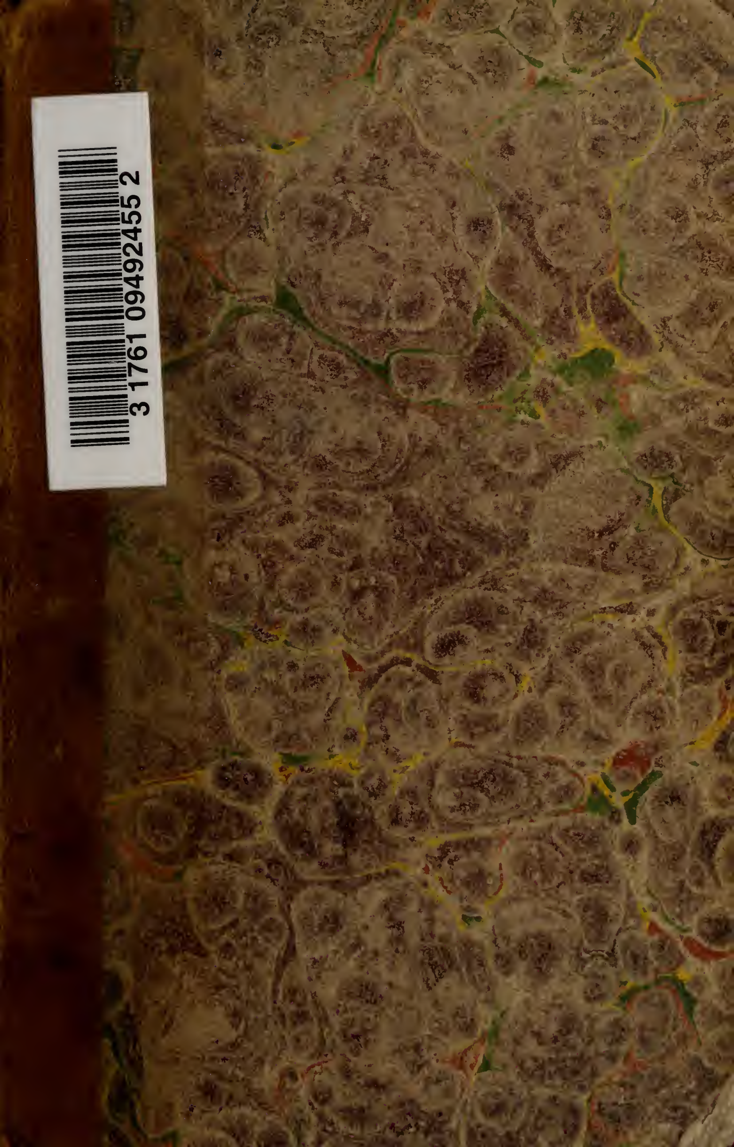

3 1761 09492455 2

COMEDIAS ESCOJIDAS

DE

FREY LOPE FELIX DE VEGA

CARPIO.

TOMO CUARTO.

CON LICENCIA.

Imprenta de Ortega: Madrid y Setiembre de 1832.

LO QUE HA DE SER.

PERSONAS.

Leonardo.

Alejandro, Príncipe.

El Rey.

Severo, Ayo del Príncipe.

Casandra.

Nise. *Perol.* *Cintia.*	Labradores.

Celio.

Albano.

Teodoro.

Alcalde, Villano.

Un Pintor.

Criados.

Músicos.

La Escena es en Alejandría de Egipto.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Mar.

Leonardo, Nise y Labradores.

Leonardo.

Favorecido de tí,
Nise, ¿qué puedo envidiar?

Nise

Lisonjas no han de faltar.

Leonardo.

¿Por qué me tratas asi?

Nise

No hay cosa que pueda en mí
solicitar voluntad,
como tratarme verdad.

Leonardo.

¿Pues en qué te han engañado,
lengua y ojos que te han dado
el alma y la voluntad?
Ellos, señora, te miran
con el respeto que deben,
pues cuando á verte se atreven,
como del sol se retiran,
sus niñas dentro suspiran
por las de tus ojos bellos,
que tienen su vida en ellos.
¿Quién vió suspirar los ojos,
pues para no darte enojos,

suspira el alma por ellos?
¿la lengua qué te ha ofendido;
si con tanta honestidad,
como el velo á la verdad
dá un corazon tan rendido?
ó la fé que de tu olvido
nace tu desconfianza,
mas poco daño me alcanza,
pues siendo ingrata á mi fé,
por lo menos viviré
seguro de tu mudanza.

Nise

Quien te vé, Leonardo, hablar,
tan preciado de discreto,
y de uno y de otro conceto,
discurrir para engañar;
pues no pienses que has de dar
ejemplo á trágico amor,
yo confieso tu valor,
y que me inclino á escucharte;
pero no para fiarte
esperanzas de favor:
vete con Dios á la aldea,
que aquí orillas de la mar,
quiero algun coral buscar,
que me entretiene y recrea:
entre conchas de librea,
algun ramo suele haber,
que me causa mas placer,
que oir mentiras de amantes;
mas que su espuma inconstantes;
para menguar y crecer.

Leonardo.

Buscar coral, Nise hermosa,
en mar de perlas mejores,

con mas ardientes colores,
que tiene al alba la rosa,
pudiera tu codiciosa
mano mas cerca de tí;
y perdóname si fuí
nécio en darte este consejo,
si le sabes de tu espejo,
por no escucharle de mí,
rigorosa fué mi estrella
en rendirme á su rigor.

Nise

Yo estimo en mucho tu amor,
no hay porque te quejes de ella.

Leonardo

No creerme, Nise bella,
siento mas que el despreciarme.

Nise.

¿A qué puedo aventurarme,
mas que á no darte ocasion
de celos con aficion,
á que otro puede obligarme?

Dentro 1.

¡Qué miserable desdicha!

Segundo.

Aorza, vira, amura, amaina.

Tercero.

Arriba que nos perdemos.

Cuarto.

Tén, zaborda, ¡furia estraña!

Leonardo.

Gritos dán, algun navío
corre tormenta.

Nise.

En la playa
lo mostraban los delfines,

dando vueltas en el agua.

Leonardo.

¡Qué voces tan tristes, Nise!

Nise.

Es teatro de desgracias
el mar.

Primero.

Acosta de presto;
la barca, acosta la barca,
sálvese la Infanta en ella.

Segundo.

¿Y quién ha de ir con la Infanta?

Tercero.

Yo he de ir.

Segundo.

No sino yo.

Primero.

Baja en tanto que se matan.

Nise.

Fiero rigor de las ondas,
merecido de quien anda,
contra su naturaleza,
fuera de su dulce patria
sobre una tabla.

Leonardo.

Bien dices;
¿pero dónde fabricarán
mayor invencion los hombres,
para ver tierras estrañas?
no fuera comun el mundo,
si aquel primer argonauta,
no hubiera dado á las ondas
ciudades de lienzo y tablas.

ESCENA II.

Dichos, y sale Perol villano.

Perol.

Mala bestia, mar furioso,
que si Dios no te enfrenára
te hubieras tragado el mundo,
¿qué tienes que nunca paras?

Leonardo

¿Que es esto, hermano Perol?

Perol.

Que en turbulenta borrasca
se tragó el mar una nave
desde la quilla á la gavia;
yo estaba sobre una peña
que los golpes de las aguas
sufre como la porfia
de un nécio el que sabe y calla,
cuando veo por los bordes
bajar un bulto á una barca,
y que luego se vá á pique,
sin perdonar una tabla,
fluctua la barca luego,
porque del mar la inconstancia
ya la sepulta en las ondas,
ya por las nubes la ensalza;
pero de un viento impelida,
la rota barca en la playa,
dió con ella donde queda,
cubierta de espuma y algas.

Leonardo

¿Pues, bestia, no fuera bien,
que á ver lo que era llegáras
el bulto que estaba en ella?

Perol.

Adonde no me vá nada,
nunca me meto en peligro.

Leonardo.

Bella Nise, aquí me aguarda,
que el valiente corazon,
que me anima y acompaña,
favorecer me aconseja
á quien desde allí me llama.

Nise.

Y yo, Leonardo, te ruego,
que á ver lo que fuere vayas,
y si es hombre le ayudes,
y si es hacienda la traigas,
que suelen grandes riquezas
en fortunas tan estrañas
ser despojo de las ondas; (1)
¿qué hay, Perol, de nuestras vacas?

Perol.

Bien dices, trate el pastor
de sus ovejas y cabras,
el mercader de su hacienda
y el soldado de sus armas:
no han sido malas las crias,
toda tu hacienda se guarda,
para que su dueño seas:
¿dime, porqué no te casas?
¿Leonardo no es mayoral,
y el mejor de estas montañas;
no es el mas noble, el mas rico
y el mas discreto? ¿qué aguardas?

Nise.

Todo lo conozco y veo,

(1) *Vase Leonardo.*

y aunque Leonardo me agrada,
no de suerte que me obligue
á darle esas esperanzas.

ESCENA III.

Dichos y saca Leonardo en brazos á Casandra.

Leonardo.

Animo, señora mia.

Casandra.

No os espanteis, si me falta
valor en esta ocasion,
que aunque le tengo en el alma,
he visto el rostro á la muerte.

Leonardo.

Llega, Nise, llega y habla
á esta principal señora,
que era el bulto de la barca.

Nise.

Admirada del suceso
apenas me atrevo á hablarla:
¡ah, señora!

Casandra.

¡Qué consuelo!

Perol.

Ella es persona de chapa.
¡que lindo vestido y joyas!

Nise.

No es mucho, si la desmaya
el peligro en que se ha visto:
de aqueste monte en la falda
está mi casa, aunque pobre,
allá podremos llevarla.

Leonardo.

No, Nise bella, perdona;

yo la libré, y á mi casa
tengo de llevarla ahora,
que quiero allí regalarla.

Nise

Harasme un grande disgusto.

Leonardo.

Yo á tí, Nise, ¿ porqué causa ?

Nise

¿No basta que yo lo diga ?

Leonardo.

Bastó; pero ya no basta.

Casandra.

¿ Quién sois, amigos ?

Leonardo.

Señora,
pastores de estas montañas.

Casandra.

¿ Y esta tierra ?

Leonardo.

Alejandria;
vuestra história será larga,
descansad, que tiempo os queda,
para que podais contarla;
gran fortuna habeis corrido.

Casandra.

No pudo ser mas airada,
si bien pues que tengo vida,
no quiero en todo culparla.

Leonardo

Vamos, cerca está la aldea;
¿has visto mas bella dama,
Nise, que aquesta señora ?
¿qué nombre teneis ?

Casandra.

Casandra.

Llevala

Nise.

¿Qué te parece, Perol?
¡cual la lleva y cual la alaba!

Perol.

¿Pésate de esto?

Nise.

En estremo.

Perol.

¿No eras tú quien despreciaba
á Leonardo?

Nise.

Poco entiendes,
pues esta treta no alcanzas
de condicion de mugeres.

Perol.

¿Qué quieres decir?

Nise.

Que aman
con celos y aborrecidas,
y que aborrecen amadas. *Vase.*

Perol.

¿Eso pasa? desde hoy
doy celos á cuantas andan
en el valle, y aborrezco
cuantas me miran y hablan:
no sé para qué dijeron
que amor con amor se paga,
que donde celos no soplan,
nunca amor alza la llama.

ESCENA IV.

Sala de un Castillo.

El Principe, Alejandro, Músicos, Celio, Albano, Teodoro y Criados.

Alejandro.
Ya falta entretenimiento,
como dura mi prision.
Celio.
Siéntate, y esta cancion
escucha.
Alejandro.
No hay sufrimiento.
Cantan.
Estaba Alejandro Magno,
fundador de esta ciudad.
Alejandro.
No prosigais mas, dejad
la música: dime, Albano,
¿qué hay de nuevo?
Albano.
Tantas cosas,
que no sabré referillas.
Alejandro.
Hay tanto tiempo de oillas,
que por largas y enfadosas
no les faltará lugar:
¿qué es lo que quiere de mí
el Rey? ¿para qué nací,
si aquí me quiere enterrar?
tantos años como tengo,
preso en aqueste castillo,
por Dios que me maravillo,

como la vida entretengo?
¿qué hice en naciendo yo?
¿qué intenté sin lengua y manos?
decid, Dioses soberanos,
¿qué inocencia os ofendió?

Celio.

Señor, deja de pensar
en cosas de tanta pena,
¿lo que Júpiter ordena,
cómo se puede escusar?
¿trás tantos años agora
tienes tanto sentimiento?

Alejandro.

El verme tan hombre siento,
y siento que el Rey me adora:
y que trás eso me tiene
encerrado donde estoy,
¿soy algun aspid? ¿qué soy,
qué imagina, qué previene?
¿Téngole yo de quitar
el Reyno?

Albano.

Si de esa suerte
te afliges, tendrá la muerte
en tu verde edad lugar.

Alejandro.

¿Pues qué haré en toda esta tarde?

Teodoro.

Recitar algunos versos,
cultos, castigados, tersos,
aunque el nombre me acobarde,
pues tú los haces tambien.

Alejandro.

Diga Albano.

Albano.

¿Yo, señor?

Celio.

Sin prólogo y sin temor
pide que aplauso te dén.

Albano.

Oid los tres un soneto.

Alejandro.

Dí primero la ocasion,
que sin esta prevencion
se entiende mal el conceto.

Albano

Puesto el brazo en un bufete,
de una bugía en la llama
se quemó el puño una dama.

Alejandro.

Secreto fuego promete,
mereciase quemar
la mano.

Albano.

El puño bastó.

Alejandro.

¿Fué la causa celos?

Albano.

No.

Alejandro.

Yo la dejara abrasar.

Albano.

Cándida y no pintada mariposa,
al fuego se acercó sin ver el fuego;
pero sin ser su centro, él mismo luego
quiso templarse en nieve tan hermosa.
No es esa, no, tu esfera luminosa,
dijo el amor, que entonces era fuego,
que yo soy rayo, y tiemblo quando llego

á nieve de mi fuego victoriosa.
Sordo á su envidia, cuanto mas ardiente
el muro de la nieve fué pasando,
puso á una mano de sí misma ausente;
El fuego está riendo, amor llorando,
crece la llama, y Silvia no la siente,
¡quién fuera lo que estaba imaginando!

Alejandro

Tú lo dijiste muy bien,
y no poco te has quemado
de que ella se haya dejado
quemar el puño tambien.

Albano.

Díga Celio.

Celio.

A Laura ví,
agradeció mis desvelos,
y dándome muchos celos,
finge tenerlos de mí.

Alejandro.

¿Dá celos y está celosa?
mucho sabe esa muger.

Celio

Con esto la dí á entender
lo que no pudiera en prosa.
Laura, ¿quien son aquellos embozados,
al mismo niño amor tán parecidos,
que no se fueron por andar vestidos,
y quieren encubrirse declarados?
Aquellos envidiosos desvelados,
con lo que mas adoran mas fingidos,
que quieren de sospechas ofendidos,
siendo traidores, presumir de honrados?
Aquellas sombras que despiertan sueños,
y aquel sueño de amor con los desvelos

de ardientes llamas y accidentes frios.
Estas del miedo y de la envidia señas,
¿quién duda que dirás que son tus celos?
pues, Laura, no lo son, que son los mios.

Alejandro.

Gracioso epigrama.

Celio.

A tí,
todo te agrada, señor,
que tu ingénio y tu valor
muestran su grandeza asi.
Escriben que Ciceron
oyendo al representante
Galo, que en Roma triunfante
tuvo escelente opinion,
vió silvar y murmurar,
y que comenzó á decir,
mancebos, el escribir
es ingénio, y no el silvar;
y esto al hombre se prohibe,
porque en diferencia igual,
silva cualquier animal,
pero solo el hombre escribe.

Alejandro

Celio, no es mi condicion
tan dulce: si no me agrada
no alabo.

Celio.

Está confirmada
de ejemplos tu discrecion

Teodoro.

El Rey aqui te ha enviado
un maestro de armas tal,
que no ha permitido igual.

Alejandro.

Nuevas de ese hombre me han dado,
y me dicen que es un Marte.

Celio.

Brava opinion ha tenido.

Teodoro.

Un filósofo ha venido
con ánimo de enseñarte,
que se burla de Platon.

Alejandro.

Pues no le dejeis entrar,
que aquí no se dá lugar
á los que soberbios son.
No quiero nada con él,
que hombre que se alaba asi,
¿que puede enseñarme á mí,
sino ser necio con él?
si mi padre me dejára
ver el mundo, yo supiera,
y mas de verle aprendiera,
que Sócrates me enseñára.
Quien no vé del mundo mas
que este castillo en que estoy,
donde si dos pasos doy,
es fuerza que vuelva atrás,
¿qué puede saber, Albano?

Albano.

Triste estás.

Alejandro.

Venid conmigo.

Albano.

Un pensamiento enemigo
mata con la propia mano.

Alejandro.

Hoy al Rey significad

mi cuidado y sentimiento,
que no he de tener contento
hasta tener libertad.

ESCENA V.

Decoracion de Playa.

Sale Leonardo.

Antiguo amor, ya pasado,
parece que estais corrido,
de veros puesto en olvido
por otro nuevo cuidado.
Mas si fuisteis despreciado,
como de Nise lo fuisteis,
mucha disculpa tuvisteis,
que en amar con tal desprecio;
no digo que fuisteis nécio,
mas mucho lo parecisteis.
Vino Casandra, que ya
se llama Laura en la aldea,
por bien, pensamiento, sea,
que pienso que sí será,
ya que en vuestro trage está,
justamente la quereis,
y á Nise olvidado habeis,
que aunque amado no seais,
por lo menos me vengais
del agravio que sabeis.
No os parezca liviandad
habér tan presto olvidado,
que donde Laura ha llegado,
nadie tiene libertad
Estaba en mi voluntad
Nise, mas Laura llegó,

y que saliese mandó,
pues si Nise, porque entraba
Laura, el lugar le dejaba,
¿qué culpa le tuve yo?
Viva Laura, y viva en mí,
que aunque me atrevo villano
á un ángel tan soberano,
justamente me perdí.
Y si aborrecido fuí
de Nise, con tal rigor,
querer á Laura es mejor,
aunque sea aborrecido,
pues olvido por olvido
tiene, Laura, mas valor.

ESCENA VI.

Leonardo y Casandra de Labradora.

Casandra.

Sin admitir esperanza
de volver á ser quien soy,
en tan nuevo trage estoy
contenta de la mudanza.
Que todo estado es mudanza
á quien salió de fortuna
tan áspera y importuna,
que donde la vida queda,
no tiene accion en que pueda
decir que pasó ninguna.
Salí del mar proceloso
á la tierra que me veo,
donde ha hallado mi deseo
puesto, aunque humilde, amoroso.
Un labrador generoso
me aposenta en su lugar,

su trage vengo á tomar;
tiempo, no hay mas que decir;
mas quien no sabe subir,
no se espante de bajar.
Su entendimiento me agrada,
y me causa admiracion
ver tan noble condicion
en tan rústica posada,
no pobre y mal adornada,
que algun rico en la ciudad
no tiene su autoridad:
hay libros y armas, que es cosa
que me tienen sospechosa
de mas alta calidad;
con esto en mi pensamiento
se vá entrando su valor,
no digo que tengo amor,
mas tengo agradecimiento,
bien que voy entrando á tiento,
que no me atrevo á fiar
de quien me puede engañar,
que pensando agradecer,
puedo llegar á querer,
y no es disculpa pensar.

Leonardo.

Laura bellla, pues así
quieres que te llamen ya,
¿dónde bueno?

Casandra.

Donde va
mi pensamiento sin mí,
mirando el mar desde aquí
el pensamiento entretengo,
y á perder el temor vengo
que tuve en tanto rigor,

si bien aun tengo temor
con saber que no le tengo.

Leonardo.

Antes pienso que en sosiego
está despues que te vió,
puesto que te codició
para su sirena, luego
que tú en esferas de fuego
le pudieras transformar,
á lo menos con llegar
le dejas resplandeciendo,
como Sol que amaneciendo
se estiende por todo el mar.
Yo, Laura, sé bien quien eres,
y te respeto y te adoro,
esto con aquel decoro
que de quien soy te difieres:
jamás de Leonardo esperes
mas que aquesta cortesía,
y pues no puedes ser mia,
déjame solo quererte,
porque no puede ofenderte
quien te adora y desconfia.

Casandra.

Leonardo, estoy admirada
de tu mucha discrecion,
tengo una justa aficion,
á que me siento obligada;
soy quien soy, de ser amada
no le ha pesado á muger,
lo que te puedo querer
conforme á mi calidad,
te ofrece mi voluntad,
que es lo que mas puede ser.

Leonardo.

¿Pues quién eres?

Casandra.

No me pidas
que te diga mas de mí.

Leonardo.

Pues mientras vives aquí
con prendas desconocidas,
que te quiera no me impidas;
y mientras no sé quien eres
te querré, aunque no me quieres;
pues te igualo, aunque me vés
tan rústico, que despues
te querré por lo que fueres.

Casandra.

Bien dices, quiéreme á mí,
haz cuenta que soy tu igual;
que no procediendo mal,
no puede pesarme á mí:
pero no sabrás quien fuí,
porque entonces puede ser
no quererme, por tener
respeto á mi ser primero
por ser tan grande, y no quiero
que me dejes de querer.

ESCENA VII.

Dichos, y sale un Capitan y un Tambor.

Capitan

Echad ese bando aquí,
pues ya entramos en la aldea.

Tambor.

Si aquí mandais, aquí sea.

Capitan.

Pues comienza.

Tambor.

Digo ansi:

Su Magestad el Rey de Alejandria, ofrece á cualquiera persona que matáre algun leon, doscientos escudos si fuere de humilde calidad, y si la tuviere, hacerle merced del oficio que pidiere. Mándase pregonar, porque venga á noticia de todos. (1)

Casandra.

Estraño pregon.

Leonardo.

Aquí
todos los años se dá.

Casandra.

Pues dime, ¿al Rey qué le vá
en que persigan ansi
el Rey de los animales,
siendo Rey?

Leonardo.

Las ocasiones
de aborrecer los leones,
son á su cuidado iguales.

Casandra.

¿Es por los ganados?

Leonardo.

No.

Casandra.

¿Pues porqué ocasion?

Leonardo.

Escucha,
verás que la causa es mucha
que á su temor le obligó
Ramiro, Augusto Rey de Alejandría

---

(1) *Tocan y vanse.*

tuvo un hijo, del Reyno deseado;
en Natalia su esposa, á quien tenia
amor, de ningun hombre imaginado.
Quiso saber de Anaximandro un dia,
astrólogo de Pérsia celebrado,
los sucesos del Príncipe en tal punto,
que estaba el Cielo en sus desdichas junto.
Pronosticóle el sábio que tendría
hasta los años veinte y nueve, ó treinta,
peligro de matarle un leon, el dia
que llegase á mirar su faz sangrienta.
Con esta temerosa astrología,
el afligido Rey Ramiro intenta
para guardar al Príncipe Alejandro,
asir al mismo Apolo Anaximandro.
Fabrica pues un inclito Palacio,
le cerca en torno de tan alto muro,
que se admiraba el celestial topacio,
de verle acometer su cristal puro.
Lo que contiene su labrado espacio,
no como en Creta el láberinto escuro
sino claro y espléndido, es sugeto
digno de verlo de un varon perfeto.
Hay un bosque famoso, que acompaña
con dulces aguas un pequeño rio,
que se trujo, á pesar de una montaña,
hijo engendrado de su centro frio.
Jardines son las márgenes que baña,
donde su pie jamás puso el estío,
y engañan por las aguas fugitivas
ninfas de perlas, que parecen vivas.
Corre la yerba, el siempre temeroso
conejo, que no ha dado el Rey licencia
para animal mayor, asi celoso
respeta de los cielos la inclemencia,

aves que son del elemento undoso,
lascivas por el agua en competencia
pescan los peces, y el anzuelo á veces
picando el cebo los convierte en peces.
Las salas, las riquezas, las pinturas,
exceden todo humano pensamiento,
las fiestas, bailes, danzas y hermosuras
fuera alabarlas mucho atrevimiento
Y en medio de estas glorias y venturas,
dicen que no está el Príncipe contento,
que á un hombre preso, es diligencia vana,
buscarle gusto en la riqueza humana.

Casandra.

¿Pues cómo se dió á entender
el Rey, qué verdad seria
esa vana astrología?

Leonardo.

Porque es forzoso temer,
ó Laura, teniendo amor.

Casandra

Que un leon há de matalle.

Leonardo

Eso le obliga á encerralle,
con tan estraño temor.

Casandra

¿Y tanto tiempo ha de estar?

Leonardo.

Ya tiene lo mas cumplido.

ESCENA VIII.

Leonardo, Casandra, y Cintia y Nise, labradoras.

Cintia

Esto tiene prevenido,
para servirle el lugar.

Nise.

Aquí está Laura, y está
la que me mata de celos.

Cintia.

Guárdente, Laura, los Cielos.

Casandra.

O Cintia, ¿qué hay por allá?

Cintia.

Ya hablas como en la aldea.

Casandra.

¿Pues ya qué tengo de ser?

Cintia.

Lo que hay de nuevo es hacer,
y plega á Dios que lo sea
una fiesta y regocijo,
las mozas de este lugar,
al Príncipe.

Casandra.

Su pesar,
Leonardo agora me dijo,
que la causa no sabia.

Cintia.

Guárdanle en esa prision,
porque dicen que un leon
le ha de dar la muerte un dia;
bravo bayle se ha trazado,
todo lo ha compuesto Gil.

Casandra.

¿Es Poeta?

Cintia.

Y tan sutíl,
que anda solo por el prado.
Damon le vió el otro dia
hacer gestos componiendo.

Casandra.

Bueno á fé.

Cintia.

Yo no lo entiendo,
ó es ciencia, ó es fantasía.

Casandra

Estoy por acompañaros.

Cintia.

Ojála que tú quisieras,
y á nuestro pariente vieras.

Casandra.

Son sus recelos tan raros,
que Leonardo dice dél
que me ha puesto en gran deseo.

Leonardo.

¡Ay, Laura, y como lo creo!
verás lo que temo en él;
no vayas por vida mia.

Nise.

¿Por qué la estorvas que vaya?
¿Siempre ha de ser de esta playa
ninfa ó sirena valdía?
vé Laura que para tí
son palacios, que no aldeas
bien es que al Principe veas,
y no villanos aquí.
No habrá tenido en su vida
mas contento que tendrás.

Leonardo.

¿Ese consejo le dás?
no, Laura, si eres servida
que allá ¿qué puedes ganar
y mas si saben quién eres?

Casandra.

¿Ignoras que á las mugeres

no se les puede quitar
aquesto que llaman ver?

Leonardo.

Haz tu gusto.

Nise.

Muy bien hace,
la muger para eso nace.

Leonardo.

Tú no debieras nacer.

Nise.

Vamos, Laura, que hay allá
cosas dignas de tu gusto,
creeme á mí, que no es justo
que le busques por acá:
vamos, vamos.

Casandra.

Ven, Leonardo,
y verás al Rey tambien.

Leonardo.

No veré yo ningun bien,
donde tanto mal aguardo.

Cintia

¡Qué placer han de tener
las mozas, si vas con ellas!

Casandra

Tambien voy, Cintia, por vellas.

Nise.

No he tenido mas placer,
que haberte dado pesar.

Leonardo.

Nise, ¿en qué te ofendí yo?
¿tú no me aborreces?

Nise.

No.

Leonardo.

Pues yo me sabré vengar.

ESCENA IX.

Salon de un Castillo.

Alejandro y Severo, su ayo.

Severo.

El haberte entretenido
agradezco á aquellas damas.

Alejandro

Las fiestas de la Ciudad,
de muy buenas no me agradan.

Severo.

Todos desean servirte,
todos de agradarte tratan.

Alejandro.

Asi lo creo, Severo,
y el Rey, mi señor, lo manda;
pero entre tantos contentos,
fiestas, comedias y galas,
no hallo para mi gusto
la libertad que me falta.
Sale coronado el Sol
de su diadema dorada,
saca las fingidas perlas,
que dió á las flores el Alba;
y despreciando su cueva,
por las ásperas montañas,
el mas feróz animal,
libre corre, alegre caza.
Hasta el mas pobre pastor
desampara su cabaña,
y á su gusto y alvedrío

lleva sus traviesas cabras.
No hay hombre en ciudad ó aldea,
que á su ejercicio no salga,
los unos van á sus pleitos,
los otros á sus labranzas.
Y yo no salgo de aquí,
aquí me halla la mañana,
y aquí me busca la noche:
¡triste estado, pena estraña!
¿para qué he nacido Rey?

Severo.

Señor, ya tu padre trata
de que salgas de este fuerte,
que el reino tambien se cansa
de verte en tanta tristeza,
y por mi vida, que hagas,
si te ha obligado mi vida,
en la fé de tu crianza,
fuerza á tu gusto y deseo,
y que estas damas gallardas
te vuelvan á entretener.

Alejandro.

No, Severo, traigan armas;
pero déjenlas agora,
y dadme un libro.

Severo.

Si acabas
la Iliada, podrás leer
la Ulisea.

Alejandro.

Ya me enfadan
tantos trabajos de Ulises:
dame las fortunas varias
de Teagenes.

Sale Celio.

Señor,
el Aldea de Floralva
viene á entretenerte un rato
con una rústica danza,
si le dás licencia.

Alejandro.

Entre,
que como á veces agrada
mas una márgen de un rio
rústicamente esmaltada,
que un cultivado jardin,
asi las cosas que traza
la humilde capacidad
de gente inocente y llana.

ESCENA X.

Dichos, y salen un Alcalde villano, Músicos, y Perol, Nise, Casandra, Cintia, Villanos y Leonardo.

Alcalde.

Turbado estoy.

Perol.

No tembleis.

Alcalde.

¿Tengo de arrimar la vara?

Perol.

Claro está.

Alcalde.

Tenedla vos.

Perol.

Yo no la quiero, arrimadla.

Alcalde.

Señor,

Alejandro.

¿Qué decís, buen hombre?

Alcalde.

Perol.

Perol.

¿Qué?

Alcalde.

¿Los Reyes hablan?

Perol.

¿Pues qué pensastes?

Alcalde.

Pensé,
como su grandeza es tanta,
que otros hablaban por ellos,
señor.

Alejandro.

¡Qué bella aldeana,
Severo, la del rebozo!
dí que descubra la cara.

Severo.

Serrana, quitaos el velo.

Casandra.

¿Quién lo manda?

Alejandro.

Yo, serrana.

Las dos.

Obedezco.

Alejandro.

¡Gentil moza!

Casandra.

Burla su mercé.

Alejandro.

Burlára
de mí mismo: un angel sois.

C

Severo.

No has dicho tales palabras,
señor, á muger ninguna.

Alejandro

Es la villana estremada:
llegaos mas, llegaos á mí.

Casandra.

¿Que me llegue?

Leonardo.

La desgracia
que temí, me ha sucedido.

Perol.

¿Qué te ha sucedido? calla.

Leonardo.

Si apenas la vió Alejandro,
cuando como vés la alaba,
si están hablando los dos,
Perol, ¿no es cierto que el alma
le ha dicho quién es?

Perol.

No digas
disparates.

Leonardo.

Mucho hablan:
¡quién oyera lo que dicen!

Perol.

Preguntarála, si guarda
cabras, ovejas, y donde
tiene su campo y labranza,
si hay berros en los arroyos,
si vende pan, si le amasa,
si hay tomillos en las vegas,
si están en cierne las parras,
si hay en el trigo amapolas,
si hay hormigas en las parvas,

si hay mastranzos en el soto,
si hay en las huertas borrajas,
peregil y yerba buena,
y otras cosas de esta traza,
que como está aquí no sabe
lo que por el mundo pasa.

Leonardo.

Yo, Perol, me estoy muriendo.

Alejandro.

En fin, ¿qué no sois casada?

Casandra.

No señor, mas cerca estuve:
allá pòr cierta borrasca
se deshizo el casamiento.

Alejandro.

¿Cómo es vuestro nombre?

Casandra.

Laura.

Alejandro.

Por Júpiter, Laura bella,
que el talle, el rostro y la gracia,
no parecen parto humilde
de tan ásperas montañas.

Leonardo.

Alcalde, decid que bailen.

Alcalde.

Señor.

Leonardo.

Llegad y llamadla.

Alcalde.

Señor.

Alejandro.

¿Qué quereis?

Alcalde.

Los mozos....

Alejandro.

¡ Qué buena prosa !

Severo.

Extremada !

Alejandro.

¿ Cómo os llamais ?

Alcalde.

¿ Yo, señor ?

Alejandro.

¿ Vos pues ?

Alcalde.

Yo, señor, Juan Rana.

Alejandro.

Pues decid que bailen.

Alcalde.

Ola,

dice el Rey que bailen.

Nise.

Vaya.

Cantan y bailan.

Saltó la niña en cabello,
á coger flores de azar,
y ella y el aurora á un tiempo
mirando las flores van.
Siguiéndola viene amor,
que tras de un verde arrayan,
contemplando su hermosura,
codició su libertad
En el nacar de una rosa,
iba á poner su cristal,
cuando viéndola amor, dijo,
para enamorarla mas.
Ofendido me tienen tus ojos bellos,
pues me ponen la culpa que tienen ellos;
toma el arco la niña, que yo no quiero

ser amor, pues que matas á amor con ellos.

Alejandro

¿Hay gracia, Severo amigo,
como la de esta aldeana?

Severo.

Tiene razon vuestra Alteza.

Leonardo

Otra vez por él la alaba.

Perol.

¿Y qué importa que la alabe?

Leonardo.

¿No sabes que la alabanza
nace de amor?

Perol

A lo menos
nacen tus celos sin causa.

Alejandro.

Dar quiero joyas á todas,
entrad, entrad.

Severo

Ea, serranas;
nadie ha podido en el mundo
alegrar tristeza tanta
sino es vosotras, entrad.

Cintia.

Vamos, Nise.

Nise.

Cintia, hermana;
Alejandro, ó yo me engaño,
pone los ojos en Laura.

Cintia

¿Pues qué? mejor para tí.

Nise.

Bien dices, si en ella para;
Dios nos saque de Palacio

con bien.

Cintia.

Gente cortesana
siempre es discreta y cortés. (1)

Perol.

Entrad, alcalde Juan Rana,
y os darán á vos tambien.

Alcalde.

Pareceos que tengo cara
para darme alguna cosa.

Perol.

¿Pues no? sois como unas natas.

Alcalde.

Yo entro, á Dios y á ventura. *Vase.*

Leonardo.

Mi vida, Perol, se acaba,
¡qué presto se concertaron
las voluntades!

Perol.

Repara,
en que dices desatinos.

Leonardo.

Como era señora Laura,
digo, Casandra, qué presto
volvió á ser Laura Casandra,
qué contenta estará ahora,
cómo en su esfera dorada
irá el sol de su hermosura
por esas vestidas salas
de tantas tapicerías.

Perol.

Fuera de su centro estaba,
no es mucho que esté en su centro

(1) *Entranse ellas.*

entre joyas, oro y plata;

Leonardo.

Cegáran antes mis ojos
que vieran, en confianza
de haberle dado la vida,
su hermosura soberana:
vamos, Perol á la aldea,
antes que el Príncipe salga;
que temo mi atrevimiento.

Perol

Mira quien eres, y calla,
y no tengas, que es error
con poderosas palabras,
que el viento derriba encinas;
y perdona humildes cañas.

Leonardo

Llévame presto de aquí:
¡ay, Laura, ay loca esperanza!

Perol

Las joyas me dan envidia,
que de los celos de Laura.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Sala del Castillo.

El Rey, el Príncipe y Severo.

Rey.

Tanta tristeza en tí de pocos dias,
Alejandro, á esta parte! ¡estraña cosa!

Alejandro

Con ellos crecen las desdichas mias:
¿que causa me preguntas mas forzosa?

Rey.

De mi justa obediéncia te desvias,
tan alabada en tí por milagrosa
algo te han dicho, porque de otro modo,
blason fué tuyo obedecerme en todo.

Alejandro.

Ya sé la causa porque aquí me tienes
en injusta prision tan largos años,
que cada instante de sus horas vienes
á entretener tu vida en mis engaños,
y ya de tal manera la entretienes,
que por librarte de pensar mis daños,
mi desesperacion hará que pida
á la muerte remedio de mi vida.
¿Por dicha quiero yo salir al monte,
donde pueda matarme alguna fiera
de las que mira el Sol en orizonte,
como si Venus tú, y yo Adonis fuera?
¿Quiero, ya que la caza me remonte

por su crespa cervíz, que en la rivera
del mar, se empina á la mas alta nube
que por escalas de peñascos sube?
quiero no mas de ver en compañia
del mas leal que tu crianza crea,
cuatro arbolillos y una fuente fria
que hacen adorno á una pequeña aldea.
¿Es mucho que me dés licencia un dia
para que á cuatro labradores vea?
¿qué Córtes pido yo, ni qué ciudades
donde andan rebozadas las verdades?
¿En qué nave solícita me embarco,
por el rigor de la salada espuma?
que César soy de Amidas en el barco,
cuando mi engaño tu valor presuma?
¿A quién voy á vencer? ¿qué flecha de arco
dió el yerro al blanco y retiró la pluma?
mas bien será que el de la muerte sea,
pues no me dejan ver tan pobre aldea.

ESCENA II.

El Rey y Severo.

Rey.

¿Qué es aquesto, Severo? ¿cómo llega
Alejandro á tan loco desvario?
¿qué aldea es esta contra el gusto mio?
¿no sabe que no puedo
darle licencia para tanto daño?

Severo.

Señor, de que es Ciudad te desengaño,
aquí vive una bella labradora,
que con menos clavel sale la aurora,
y para verla lo que dice intenta.

Rey.

Esa aficion su entendimiento afrenta,
¿no hay damas en la Corte, no hay señoras?

Severo

La bendicion, señor, del gusto ignoras:
tal vez agrada lo que no merece
ser por amor amado, y se aborrece
lo que de amar es digno, no he podido
en tanto amor un átomo de olvido
poner, por mas que persuadirle intento.

Rey

¿Un hombre de tan claro entendimiento,
no habia de aplicar á lo que es justo
la inclinacion y el gusto, y agradarse de damas
que en el yelo mayor encienden llamas?
sin duda es invencion la labradora,
para poder salir hasta la aldea:
salir Severo, y aun huir desea,
pues esa blanca aurora,
vestida de claveles y jazmines,
vengale á ver Severo, no imagines
que ha de salir de aquí.

Severo.

Triste le veo.

Rey.

Pues sufra y viva, que su bien deseo. *Vanse.*

ESCENA III.

Decoracion de Campo.

Leonardo y Perol.

Leonardo.

¿Qué me dices?

Perol.

Que ha venido

Laura.

Leonardo.

¿ Laura ?

Perol.

Laura hermosa;

no hay mas incrédula cosa ,
que un pecho al amor rendido,
y por vida de Perol,
no porque lisonja sea,
que parece que en la aldea
faltaba hasta agora el sol.
Si crédito no me dás ,
pregunta al prado , á las flores ,
si vieron tales olores
en sus pimpollos jamás.

Leonardo.

¡O que bien se echa de ver!
todo se alienta y restaura :
¿ cómo viene ?

Perol.

Como Laura,

que no hay mas que encarecer.

Leonardo.

No lo hubiera dicho yo.
¡ ó que envidia te he tenido!

Perol.

Soy sábio , soy entendido ,
aunque venturoso no.

Leonardo.

En fin , Laura vino ya
del peligro del palácio.

Perol.

¿ Peligro en tan breve espacio ?

segura en sí misma está;
pues que de él Laura ha venido
sin palabra descortes.

ESCENA IV.

Dichos, Casandra y Cintia.

Leonardo.

Plegue á Dios; mas esta es.

Casandra.

Dicen que estaba ofendido,
y no ha tenido razon.

Cintia.

Amor, Laura, todo es celos.

Casandra.

Guarden tu vida los Cielos.

Leonardo.

Si harán, que tus ojos son:
Ya te aguardaban los campos,
bosques, árboles y fuentes,
bellísima labradora,
que de los palacios vienes.
Por tus ojos que no he visto
el sol en el cielo alegre,
despues que con tu partida
diste mi vida á la muerte.
En los fines del estió
todo se alegra y florece,
por tí presumen los campos
que la primavera vuelve,
No hay prado, bosque ni selva
que no se vista de verde,
y sola está mi esperanza
tan desnuda como siempre.
Envidia tengo á los prados;

que pisados reverdecen
de esos pies adonde amor
tantas libertades tiene.
No hay flor que á tomar olores
no salga, aunque al tiempo pese,
las clavellinas por grana,
las azucenas por nieve.
Yo solo en tu sol ¡ay, Laura!
que do tenga vida quieres,
pues anocheces en mí
cuando entre dos amaneces.
Pero dime de Alejandro
las nuevas que el alma teme,
que le ví inclinado á amarte,
tú sabes lo que mereces,
sosiega, Laura, mis celos,
que rayos de amor parecen,
serás laurel para mí,
que los rayos no le ofenden;
y asi tengas tanta dicha
como hermosura, que dejes
atrevimiento á mis brazos,
licencia de los que vienen,
que si respondes ingrata,
flores, campos, prados, fuentes,
abrasarán mis suspiros,
y llorarán tus desdenes.

Casandra.

Despues, querido Leonardo,
que quiero pagarte asi,
lo que mi causa encareces,
pues tú no sabrás fingir:
despues del rústico bayle,
donde tan bien parecí,
á quien no me lo parece,

porque yo no sé mentir:
despues digo que te fuiste,
y me dejaste sin mí,
con lástima de mirarte
enmudecer y sentir:
quiso Alejandro que entrase,
donde en sus riquezas vi
trasladar su plata el Indo,
su rubio metal Ofir,
la China el blanco diamante,
Ceylan el rojo rubí,
Ganges su topacio ardiente,
Eufrates su azul zafir,
sus pensiles Babilonia,
que el mas pequeño jardin
pudiera con mayor fama
ser de sus muros pensil:
y abriéndome un escritorio,
que fué lo mismo que abrir
puesta á las luces la noche,
otras tantas joyas ví;
hartar pudieran á Midas,
igualar y competir
con las riquezas de Creso,
causa de su triste fin:
díjome, hermosa aldeana,
aunque nunca yo lo fui,
haz cuenta que todas estas,
se labraron para tí:
cuantas te agradaren toma;
yo, Leonardo, respondí,
no guarnecen ricas prendas
sayal tan grosero y vil,
guarda, famoso Alejandro,
para quien iguale en tí,

las riquezas de estas joyas;
que la aldea en que nací
aun no sabe que es cristal,
porque se suele servir
de arroyos para tocarse,
sin fingir rosa y jazmin.
Enojóse, y viendo yo
un cupido relucir,
que navegaba en un mar,
sobre un hermoso delfin,
toméle por contentarle,
y de la cuadra salí,
llamando á Cintia y á Nise,
y esto me dijo al salir:
aunque al amor lleves, Laura,
mas amor dejas en mí;
que eres la primer muger,
á quien el alma rendí:
venme á ver, pues que me has muerto;
venme á ver, Laura gentil,
que si salir yo pudiera,
yo fuera á buscarte á tí:
estoy en esta prisíon,
por una estrella infeliz,
ya no la siento, que siento
la del alma que te dí.
Con esto quedóse triste,
si fué de verme partir
no lo sé; mas sé que luego,
que del castillo salí,
me dí prisa para verte,
porque ya con verte aquí,
dé fin la historia y la ausencia;
que el amor no tiene fin.

Leonardo.

Nunca pensó mi paciencia,
de ver (¡ay pena mortal!)
tanto bien á tanto mal,
como fué Laura tu ausencia;
mi muerte fué tu partida,
pero ya con solo verte,
corrida se fué la muerte,
y vino alegre la vida:
si bien no puedo tener
seguridad del amor
de un hombre, cuyo valor
tanto me dá que temer.

Casandra.

Oye por tu vida.

Leonardo.

Dí.

Perol.

¡Ay, Cintia, qué linda mano!
¿te has dado á lo cortesano?

Cintia.

Yo, Perol, á bulto fuí.

Perol.

A bulto en corte te he visto,
que es lo mismo que á rio vuelto
andar, Cintia, el diablo suelto.

Cintia.

¿Qué importa, si yo resisto?

Perol.

¿Hubo pellizco de page,
necedad de gentil-hombre,
y otras cosas de este nombre?
¿hizo novedad el trage?
¿nadie se llegó al olor
del tomillo de la aldea?

¿nadie te llamó Amaltea?

Cintia.

A fé que vienes de humor.

Perol.

Bonitos son los lindones,
para que perdonen nada.

Cintia.

Laura fué la festejada:
que tiene ilustres razones,
y sabia responder.

Perol.

¿Qué te dió el Príncipe á tí?

Cintia.

¿A mí, Perol?

Perol.

A tí.

Cintia.

A mí,
no me dieron á escoger
en rubíes y diamantes:
esta cadena me dió.

Perol.

¿Quieres prestármela?

Cintia.

No.

Perol.

¿No, respondes?

Cintia.

No te espantes;
que no hay hombre que á muger
vuelva cosa que le preste.

Perol.

Bravo desengaño es este:
¿y que nos soleis volver,
de todo cuanto os prestamos?

Cintia.

Sois hombres, Perol, es justo,
que es traicion sobre mal gusto,
dar la muger.

Perol.

Bien medramos,
Cintia, ¿quién tiene de dar,
ó sea hombre ó sea muger,
cuando se llega á querer?

Cintia.

La cadena he de guardar,
si mas razones alegas,
que en un pleito hay peticiones,
trampas, notificaciones,
pasos y pasiones ciegas.

Leonardo.

De todo estoy satisfecho:
descansa, Laura, si acaso
lo estás.

Casandra

Desde el primer paso.

Leonardo.

No es aquel rústico techo
á propósito de quien
de tantas riquezas viene.

Casandra.

Aunque las que estimo tiene.

Leonardo.

Vida los cielos te dén. *Vanse.*

Perol.

En efecto, ¿no hay que hablar
en esto de la...?

Cintia.

Ya entiendo,
mucho me cansas pidiendo.

Perol.

Pues yo tengo qué te dar
una cosa que es muy buena.

Cintia

Si es alma, sácala al sol.

Perol.

Pues no seré yo Perol,
si no os pesco la cadena.

ESCENA V.

Decoracion de Salon.

El Rey, Severo, Teodoro y Celio.

Rey.

¿Es posible que ha llegado
el Príncipe a tal tristeza?

Severo.

No se espante vuestra Alteza.

Rey.

¿Pues no me ha de dar cuidado?

Severo

Quien de la prision de amor
se admira, no tenga nombre
de hombre, porque en el hombre
es natural su rigor;
pero tú juzgar no debes,
en tus años, de sus daños.

Rey

No se me olvidan los años,
que son los años muy breves,
y en materia de querer
Alejandro inobediente
pasar de este fuerte el puente,
cosa es que no puede ser;

sé lo que dijo Platon,
describiendo en el Timéo
su atrevimiento y deseo;
pero no será razon
que tal licencia le dé.

Teodoro.

Y si de pena se muere,
¿qué remedio habrá que espere
tu cuidado?

Rey.

Yo lo sé.

Teodoro.

¿Cómo?

Rey.

Traer de la aldea
esa bella labradora,
que como decís adora.

Celio.

¿Y no puede ser que sea
muger de tanto valor
que á su fuerza se resista?

Rey.

Puede ser, mas con la vista
templa su fuerza el amor,
que tampoco yo querria
dar lugar á cosa injusta.

Teodoro.

Pues si vuestra Alteza gusta
de su salud....

Rey.

Es la mia:

Teodoro.

Hoy iremos Celio y yo,
y le traeremos á Laura.

Rey.

Lo que su vida restaura
es mi salud, que otra no,
y Severo la tendrá
en guarda, porque es razon
mirar su honor y opinion.

Celio.

En viéndola templará
la tristeza de su ausencia. (1)

ESCENA VI.

Teodoro, Celio, y sale el Principe.

Alejandro.

¿ Qué os ha dicho el Rey, Teodoro ?

Teodoro.

Que con el justo decoro,
venga Laura á tu presencia,
pero que la tenga en guarda
Severo.

Alejandro.

Venga en buen hora,
vea yo mi labradora
discreta, hermosa y gallarda,
que no pasa mi deseo
la márgen de la razon.

Celio.

Vencer la propia pasion,
fué siempre el mayor trofeo.

Alejandro.

Partid los dos á buscar
de mi salud el remedio,
pues no hay montañas enmedio;

---

(1) *Vanse el Rey y Severo.*

ni montes de airado mar.
Id á ese pobre lugar,
rico de tan gran tesoro,
amigos Celio y Teodoro,
y para sol mas bizarro,
pedid al del Cielo el carro,
todo de diamante y oro.
Y si el de Venus traia
Cisnes por mas magestad,
caballos blancos llevad,
como nieve helada y fria.
Decid á la prenda mia
que mi padre para darme
salud quiere que á curarme
venga en aquesta ocasion,
porque como no es leon,
no teme que ha de matarme.
Y engáñase, que recelo
que Laura tiene en su oriente
al leon por ascendente,
séptimo signo del Cielo.
¿Pues qué importa su desvelo,
si el pronóstico ha cumplido?
muerto á sus manos he sido,
tan honrado aunque encubierto,
que es el leon que me ha muerto
dentro: del Cielo nacido.

ESCENA VII.

Decoracion de Campo.

Casandra y Nise.

Nise.

Despues, Laura, que veniste

á la aldea, estoy de suerte;
que se acobarda la muerte,
de matar vida tan triste.
Fiando mucho en quien fuiste,
nunca te he querido ¡ ay Cielos!
decir mis locos desvelos,
porque cuando fuese culpa
siempre tiene amor disculpa,
pero no en pidiendo celos.
Olvidóme el labrador
que por huesped has tenido,
por quererte, que el olvido
fué siempre sombra de amor.
Pensé yo de tu valor
que del Príncipe vinieras
enamorada, y que dieras
lugar á sus pensamientos,
sin que tus merecimientos
tan bajamente ofendieras.
Pero engañéme, pues ya
pagas su nécia aficion.

Casandra.

Si tus palabras lo son,
el efecto lo dirá,
si te ha olvidado será
porque nunca te ha querido:
De mí, Nise, no lo ha sido
y no he nacido en la aldea,
mas puede ser que lo sea,
si tú despiertas mi olvido.
Es Leonardo muy buen hombre;
mas no bueno para mí,
porque pienso que nací
muy desigual á su nombre.
Mi voluntad no te asombre,

que se la debo tener,
pues no mas de por muger
me ha dado tanto favor,
que era no tenerle amor
dejarle de conocer
El es ido á la ciudad
á llevar muerto un leon,
y á ciertos premios que son
celo de honor en su edad:
diréle tu necedad
cuando venga, si tú quieres.

Nise.

No, mi Laura, no te alteres....
¿el verme alterar te admira?
¿no sabes ya que es la ira
mayorazgo en las mugeres?

ESCENA VIII.

Dichos y Perol.

Perol.

Lindamente ha sucedido.

Casandra.

¿Qué hay, Perol?

Perol.

Leonardo vuelve
de la ciudad victorioso.

Casandra.

Albricias por él mereces;
dí á Nise que te las dé.

Perol.

¿Por qué, si tú me las debes?

Casandra.

El por qué Nise lo sabe,
y con Leonardo se entiende.

Perol.

Cólera tenemos ya:
oye, ansi Venus aumente
tus años, y tu hermosura.

Casandra.

Lo que ha pasado refiere.

Perol.

En la plaza del Castillo,
que está del jardin enfrente,
estaba un alto teatro,
para tres nobles jueces.
El Príncipe en un balcon,
sobre un bordado tapete
de tela de oro, mostraba
la luz que el sol en su oriente.
Colgadas diversas armas,
la juventud noble encienden
con los premios que á otra parte
igualmente resplandecen.
Despues de haber presentado
Leonardo el leon valiente,
que aun muerto causaba espanto;
que aun muerto pueden temerle;
bajamos á ver la plaza,
en qué al Príncipe entretienen
carreras, fuerzas y espadas,
y hacen señal que comiencen.
Sale un fuerte luchador
en camisa y zaraguelles,
barbado de pecho y brazos,
calzado de frente y sienes:
Quítase Leonardo un sayo,
y como un toro arremete;
alza el hombro, traba el brazo,
nérvios y huesos le tuerce:

gimen, anhelan, suspiran,
sudan, braman; finalmente
al competidor cansado,
Leonardo en la tierra tiende:
dánle una cadena de oro,
y codicia conocerle
Alejandro, dando causa
á que mas premio se aliente:
dentro de una hora á la plaza,
digo á la palestra, vuelve,
donde tiraban la barra
mozos gallardos y fuertes.
Tomóla en la fuerte mano,
y una vez que la revuelve,
al mayor tiro de todos
pasa seis palmos ó siete:
dánle una copa de plata,
descansa y partirse quiere,
pero viendo las espadas,
irse por bajeza tiene:
váse para su contrario,
y con tajos y reveses
rompió los cascos á cuatro,
lo mismo hiciera de veinte:
dánle una sarta de perlas,
tan bella, que me parece
que la veo en tu garganta,
aunque es nieve sobre nieve.

ESCENA IX.

Dichos y salen Teodoro y Celío.

Celio

Aquí dicen que ha de estar,
con algunas labradoras.

Casandra.

¿Qué es esto, gente á estas horas?

Nise.

Habrán llegado al lugar,
para pasar á la sierra.

Perol.

Si, que cazadores son.

Teodoro.

Aquí están.

Celio.

Buena ocasion;

Teodoro.

Bravo monte.

Cintia.

Fértil tierra.

Teodoro.

Venus os guarde, aldeanas,
y logre vuestra hermosura.

Casandra

Júpiter os dé ventura.

Celio.

¿En qué damas cortesanas
puede haber mas perfeccion?

Casandra.

¿Qué es lo que buscais, señores?
porque si sois cazadores,
de un espantoso leon,
vino un lábrador ayer
á dar nuevas á la aldea.

Celio.

Como mi gente le vea,
no os dejará que temer:
¿destruyen mucho el ganado?

Casandra.

No llegan tanto al lugar.

Nise.

Di que nos dejen andar
con su coche por el prado,
Laura, asi te guarde Dios.

Casandra.

¡Qué lindo coche traeis!

Celio

Entrad en él si quereis,
andad un rato las dos
por el prado ó el aldea.

Casandra.

Ha tanto que no me ví
en coche, que aun por aquí
tendré á ventura que sea.

Celio.

Pues entrad.

Casandra.

Entremos, Nise.

Celio

Cochero, esas damas lleva.

Nise.

Bráva fiesta.

Casandra.

Cosa nueva.

Teodoro.

No es menester que le avise,
que él sabe lo que ha de hacer:
pica al Castillo, Danteo. *Entranse.*

Perol.

¡Ay, Cielos, qué es lo que veo!
engaño debe de ser.

Dentro Casandra.

Menos priesa, porque quiero
ir con mucha autoridad.

Dentro Nise.

No vais ácia la ciudad,
sino ácia el prado, cochero.

Celio.

Laura, al Principe os llevamos,
no volvereis á la aldea.

Perol.

¿Quién habrá que aquesto crea?
¿en qué Libia ó Cintia estamos?
¿esto se ha de consentir?
¡cómo corren los caballos!
es imposible alcanzallos,
aunque los quiera seguir;
¡ay triste! ¿qué hará Leonardo?

ESCENA X.

Perol y Leonardo.

Leonardo.

¿Qué es esto?

Perol.

¿De dónde vienes?

Leonardo

Del lugar donde me han dicho
que salió Laura á la fuente;
¿Dónde está Laura, Perol?
¿de qué te turbas, qué tienes,
qué ha sucedido, que el alma
hablar lo que callas quiere?

Perol.

De ese Príncipe Alejandro,
á quien no sin causa temes,
vinieron aqui en un coche
dos criados y otra gente:
hablaron con Laura y Nise,

y como tienen mugeres
espíritu ambulativo,
y no hay cosa que no intenten,
rogaron á los traidores
que andar un rato las dejen
en su coche por el prado;
luego los dos lo conceden
entran las dos, y ellos entran;
y como el milano suele
en agarrando los pollos
volar por el aire leve,
parten al castillo, dando,
con ánimo diferente
ellas voces, y ellos prisa,
quedando yo de la suerte
que robando á Proserpina,
lloraba la diosa Céres,
ó para decir mejor,
como gallina que pierde
los pollos, pues yo lo fuí
en no morir y atreverme.

Leonardo

No temia yo sin causa
¡ó como las almas siempre
son profetas de los daños,
y lo que ha de venir temen!
Cual suele cándida garza
saber cual alcon la prende,
asi el amante en sus celos
conoce al que ha de vencerle.
¡O fuerza de poderosos,
ó Alejandro, que tu puedes
solo en el mundo quitarme
lo que tus prendas merecen.
¿Pero entre tantas desdichas,

de qué sirve entretenerme?
seguirla tengo, Perol,
aunque mil vidas me cueste:
toda esa hacienda te toma,
que voy á morir

Perol.

Detente,
que es locura lo que intentas.

Leonardo

¿Pues perro, tú me detienes?
¿no conoces mi valor?

Perol

Iré contigo á perderme.

Leonardo.

Sin Laura no quiero vida,
con ella es vida la muerte.

ESCENA XI.

Decoracion de Salon.

Severo y el Rey.

Severo.

Laura dicen que ha llegado.

Rey

Advertid que este con vos,
y que tengais con los dos,
Severo, mucho cuidado,
hasta que el Príncipe vea
esta muger, que no es bien
que mas licencia le den.

Severo.

Aunque es de una pobre aldea,
miraré con justo celo
su honor en esta ocasion,
con mas ojos que el pabon

que puso Juno en el Cielo.

Rey.

Con Lisarda puede estar,
y honestamente la vea,
de suerte que solo sea
honesto ver, casto hablar. *Vase.*

Severo.

Yo fio de su valor,
lo que del tuyo podria.

ESCENA XII.

Severo, el Principe, Casandra, Nise, Celio y Teodoro.

Casandra.

Esto mas es tirania
que desatinos de amor,
darme la muerte es mejor,
si os causo desasosiego.

Alejandro.

¿Si sabes que amor es ciego,
Laura, en tanta discrecion,
juzgas mi amor á traicion?

Casandra.

Dejadme volver os ruego.

Alejandro.

¿Volver, cómo, ó de qué suerte?
¿no sabes que enfermo estoy
de verte, y que desde hoy
me verás volviendo á verte?
¿no ves que escusas mi muerte,
y mi médico has de ser?

Casandra.

¿Pues si os he venido á ver,
quien el ser médico imita,
en haciendo la visita,

por qué no se ha de volver?

Alejandro.

Cuando un hombre como yo
enferma, un médico está
con él siempre, y no se vá.

Casandra.

¿Y no se vá?

Alejandro.

Laura no;
y este mal que á mí me dió,
quiere el médico presente,
para cualquier accidente:
porque si me viene á dar,
¿cómo se ha de remediar,
estando el médico ausente?

Casandra.

¿Qué accidente puede daros
que no los haga mayores
el verme?

Alejandro.

Males de amores,
no son de curar tan claros,
y quieren tantos reparos,
cuantos son los pensamientos.

Casandra.

Pues de otros medicamentos,
mas que el veros, no soy yo
doctor que los estudié
en humildes nacimientos:
dejad que vuelva á mi aldea,
que os doy palabra de ser
vuestro médico, y volver
á que vuestro amor me vea.

Alejandro.

Si, mas porque todo sea,

como en fin de enfermedad,
la mano Laura me dad,
que en el pulso del amor
conoceréis de que ardor
enfermó la voluntad.

Casandra.

No me mandeis que lo intente,
que en esta mala porfia
curo por astrologia,
y conozco por la frente.

Alejandro.

Vos haréis que mi accidente
os las tome.

Casandra.

No hareis tal;
si ya no es que vuestro mal
se ha convertido en locura;
y ese es mal que no se cura,
sino con locura igual.
Obligadme honestamente,
yo sabré corresponder.

Alejandro.

¿Posible es que esta muger
ha nacido humildemente?
¿Severo?

Severo.

¿Señor?

Alejandro.

Quien siente
de esta manera su honor,
¿no tiene oculto valor?

Severo.

Déjala estar con Lisarda,
que ha de ser su honesta guarda,
allá tratarán tu amor,

ten esperanza y paciencia.
Vamos, Laura, donde esteis
como vos misma quereis.

Casandra

¿Esto es amor, ó es violencia?
vamos, Nise.

Nise.

Ten prudencia.

ESCENA XIII.

Alejandro, Teodoro y Celio.

Alejandro.

¿Qué tengo de hacer, Teodoro,
si un angel hermoso adoro,
y en las desdichas que paso
de sus tibiezas me abraso,
de su desdén me enamoro?

Teodoro.

Señor, á tu gran poder
no se podrá resistir,
principios son de sufrir,
aunque es humilde muger.

Celio

Severo no ha de quererte
verte con ese cuidado,
que en efecto te ha criado.

Alejandro.

Ay Celio, pues con Lisarda
su hija mayor la guarda,
el Rey se lo habrá mandado.

ESCENA XIV.

Dichos, Perol y Leonardo.

Perol.

Aquí está Alejandro, mira
el desatino que intentas.

Leonardo.

¿A un amante persuades?
viento coges, el mar siembras.

Alejandro.

Mirad quien se ha entrado aquí.

Leonardo.

¿No conoce vuestra alteza
á un labrador que luchaba,
que tiraba y hacia fuerzas,
y que con diversas armas
descalabró en tu presencia
los maestros mas famosos?

Alejandro.

¿Pues qué quieres? ¿no te premian?
¿pretendes algun oficio?

Leonardo.

No hay oficio que pretenda
en Palacio, porque soy
pobre en una pobre aldea,
á la cual (pienso que son
los que están en tu presencia),
fueron dos criados tuyos,
y sacaron con cautela
una muger en un coche,
con quien sus deudos conciertan
casarme, que está sin padre;
súpelo, y vengo por ella,
ó á morir determinado.

Alejandro.

¿Qué historia troyana ó griega
tal desatino de amor
como el deste amante cuenta?
esta es la causa, Teodoro,
porque esta villana nécia
se resiste á quien yo soy.

Teodoro.

Estas, señor, no se prendan
sino allá con sus iguales.

Leonardo.

¿Qué respondes? ¿no me entregan
á Laura? ¿no se lo mandas?
que no he de volver sin ella.

Alejandro.

Esto ya pasa de amor:
ó es locura, ó es soberbia
notable.

Leonardo.

Probad, llegad,
matareis quien lo desea;
¿á qué aguardais, cortesanos?

Celio.

Pues muera el villano, muera. (1)

Perol.

No debe ser muy fácil:
¡qué lindamente les pega!

Alejandro

Ola, guardadla, soldados;
no se vió cosa como esta
en casa de un hombre vil.

---

(1) *Metelos á cuchilladas.*

ESCENA XV.

Alejandro y sale Severo, y luego Teodoro y Celio.

Severo.

¿Qué es esto, señor?

Alejandro.

¡Que sea

un rústico de ese monte
tan atrevido, que venga
á pedirme á Laura á mí,
y con locura tan ciega
acuchille á mis criados!

Severo.

Ahorcaréle de una almena,
porque él no podrá salir,
con tanta guarda á la puerta;

Teodoro.

Algun demonio es el hombre.

Celio.

No he visto tigre tan fiera:
con un escuadron de picas,
pudieron prenderle apenas:
no se ha visto igual valor.

Alejandro.

Ahórquenle, porque sea
escarmiento á sus iguales.

Severo.

Será afrentar la grandeza
de tu generoso nombre:
el castigo se suspenda
pues está preso, que yo
le haré ejemplo de su aldea
por honor tuyo, y por ser
de toda aquella ribera

del mar el mozo mas fuerte.

Alejandro.

Como tú quisieres sea;
y pues ya Laura no tiene,
como este ejemplo lo muestra,
tanto amor como blasona:
permíteme que entre á verla,
que no es razon que queriendo
á un labrador de una sierra,
parto humilde, tenga en poco
tan arrogante y sobervia
á quien hoy Alejandría
por su Príncipe respeta.
¡Vive Júpiter sagrado
que he de forzarla.

Severo.

No creas
que de aquesta puerta pases.

Alejandro.

¿Pues tú la puerta me cierras?
quitate della, Severo.

Severo.

No pienso quitarme della,
aunque me quites la vida.

Alejandro.

Toma (1)

Severo.

¿A mi rostro esta afrenta?

Teodoro.

Señor, ¿qué has hecho? ¿á tu ayo?

Alejandro.

Apártate, y agradezca,
que no le dí con la daga.

---

(1) *Dále un bofeton.*

Teodoro.

Con poderosos, paciencia. (1)

Severo.

Por los soberanos Dioses
que cielo y tierra gobiernan,
que he de vengarme, rapaz,
aunque mi Príncipe seas.
Yo descubriré el secreto,
y haré que el imperio pierdas,
que en injuria, y sin razon,
no es la venganza bajeza.

(1) *Vanse los tres.*

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Sala.

Severo y Leonardo.

Leonardo.

No sentiré la prision,
si tan buen alcaide tengo.

Severo

A darte la vida vengo,
Leonardo, en esta ocasion.

Leonardo.

Lástima te habrá movido,
de que un hombre enamorado;
á morir determinado,
entrase tan atrevido,
donde, si no era volando,
era imposible salir.

Severo.

A pesar has de vivir
de quien está deseando
tu muerte, porque es razon
ayudarte á defender,
si del Príncipe has de ser
el esperado leon.

Leonardo.

Yo, Severo, ¿de qué suerte?

Severo.

Oyeme atento y sabrás

cuán cerca de Rey estás.

Leonardo.

¿Yo por dónde, ó cómo?

Severo.

Advierte:

Ramiro, famoso Rey,
de cuantas provincias baña
por siete bocas el Nilo,
desde Roseta á Damiata,
y del Cayro á Alejandría,
en su verde edad pasada,
quiso con notable amor
á una bellísima dama,
llamada Antonia, á quien diera
Semíramis y Cleópatra,
como en la rara hermosura,
ventaja en letras y en armas.
Destos amores naciste,
oyes, no te alteres, calla,
que el decirte este secreto,
no fué, Leonardo, sin causa:
Era yo solo el criado
de quien Ramiro fiaba
estos amores de Antonia,
y en lo tierno de tu infancia,
cuando tres años cumplias,
muere tu madre, y se casa
el Rey con Natalia bella,
del Rey de la Persia hermana:
nace el Príncipe tu hermano,
á quien Alejandro llaman,
porque no menos fortuna
de su nacimiento aguardan.
Deste mira el nacimiento,
y por las estrellas halla

que un leon le ha de dar muerte,
sino le esconden y guardan
hasta que treinta años cumpla.
Con esto Ramiro labra
este fuerte, en que le tiene
mientras tantos años pasan;
y á tí por una sospecha
criar en las montañas manda,
sin que supieses quien eras,
porque Leonardo te llamas:
que dice que puede ser
que los Cielos te señalan,
Leonardo, por el leon,
y asi el nombre le acobarda;
que al Príncipe ha de matar,
quitando con arrogancia
el legítimo laurel,
y no le ha engañado el alma;
pues habiendo yo criado
esta fiera, en confianza
del premio, porque le quise
defender que viese á Laura,
porque el Rey me habia mandado
que la guardase Lisarda
mi hija, su mano fiera,
sin respeto de mis canas,
puso en mi rostro, que ha sido
la causa, y tan justa causa,
de declararte quien eres,
para que en tanta venganza
seas, Leonardo, el leon
del Príncipe que me agravia.
Serás Rey de Alejandría,
y librarás á quien amas
deste tirano mancebo

que está cerca de forzarla?
Mátale, y reina, Leonardo,
pues tu padre te desama;
mira que tu madre Antonia
no fué menos que Natalia:
no goçe á Laura Alejandro,
que para empresa tan alta
ya á tus brazos, y á tu frente,
esperan laurel y Laura.

Leonardo.

Con notable admiracion,
y atentamente escuché,
Severo, lo que ya sé
de tu estraña relacion.
Dices que soy el leon
que determina la suerte,
que dé á Alejandro la muerte,
porque me llamo Leonardo,
pues laurel y Laura aguardo:
¿no es ansi?

Severo.

Si, hijo.

Leonardo.

Advierte;
haz cuenta que como es uno
Dios, cien mil mundos crió,
y que pudiera ser yo
su Rey, sin faltar ninguno,
y que el amor importuno
de Laura, me dá mas penas
que hay en los montes arenas,
y que por Laura y laurel
me dan lazo de un cordél
y el reino de dos almenas,
que Laura, laurel y muerte

no me darán ocasion
á ser, Leonardo, Leon,
aunque el Cielo lo concierte:
porque si el Sabio, el que es Fuerte,
es Señor de las estrellas,
aunque me lo manden ellas,
puedo yo con mi alvedrio
gozar de mi señorío
y dejar de obedecellas.
Goce á Laura, aunque la adoro,
y goce el Reyno mi hermano,
y perdone el Soberano
Cielo el perderle el decoro.
Si un leon, que ser yo ignoro,
le ha de matar, ese nombre
razon será que me asombre,
pues haciendo crueldad tal,
vengo a quedar animal,
y nací para ser hombre.
Lo que tú puedes hacer,
guardándote yo secreto,
lo que á los Cielos prometo,
es dejarme á Laura ver,
porque si lo que ha de ser
es fuerza que te fastidia,
mil fieras tiene Numidia,
no temas que en la ocasion
al Cielo falte un leon,
ni al poderoso una envidia.

Severo.

¿Quiéresme dar dos mil veces
los brazos?

Leonardo

¿Pues no, Severo,
como á mi padre te quiero.

Severo.

Ser Rey del mundo mereces,
y de tu virtud me ofreces
grande indicio, ni me deja
lo que me niegas con queja,
que no hacer el mal tambien,
aun puede parecer bien
al mismo que le aconseja.
El Cielo te ha de pagar,
no ha de olvidarse de tí,
porque en lo que has hecho aquí
tu virtud le ha de obligar:
no demos que sospechar,
ven conmigo, que en efecto,
ver á Laura te prometo,
pero á callar obligado.

Leonardo.

Hombre que un Reino ha dejado
sabrá callar un secreto.

ESCENA II.

El Principe y Casandra.

Alejandro.

Ya es, Laura, mucho desdén,
ya se corre mi valor;
¿es mejor el labrador
rústico que quieres bien?
mira, Laura, que me dás
ocasion de aborrecerte.

Casandra.

Tendréla yo de quererte
porque me aborrezcas mas.

Alejandro.

Eso es locura.

Casandra.

Es valor.

Alejandro

¿Tú valor? no puede ser?

Casandra.

Es de muger.

Alejandro

Y muger
que tiene á un villano amor.

Casandra.

Quedo, Alejandro, que yo
no fui mas de agradecida;
si de él he sido querida,
fué ocasion, defecto no.
Demas que en ese villano
hay prendas para querer
cualquier principal muger.

Alejandro.

No estoy yo corrido en vano;
vive Júpiter que creo
que tu nécia resistencia,
ha de llegar á violencia
de mi amoroso deseo.

Casandra.

Tente, tente, que en llegando
á no haber otro remedio,
te pondré un mar de por medio;
porque ya me voy cansando.

Alejandro.

¿Pues qué misterio hay en tí,
que han de ser las causas muchas?

Casandra.

Tú le sabrás si me escuchas.

Alejandro.

Ya te escucho;

Casandra.

Advierte....

Alejandro.

Dí.

Casandra

Yo, generoso africano,
soy de los fines de Europa;
hija soy del Rey de Atenas,
que no humilde labradora.
Mi propio nombre es Casandra;
que las desdichas me nombran
Laura, aunque nunca he podido
salir de ella victoriosa.
Quíso mi padre casarme,
concertáronse las bodas
con el Príncipe Seleuco,
hijo del Rey de Antioquía.
Labróse una fuerte nave,
que de la popa á la proa,
cuando era gigante mar
le pudo servir de joya.
Del Archipiélago bravo
mansas estaban las olas,
cuando me embarcó mi padre
con lágrimas amorosas.
Acompáñanme sus grandes,
y algunas grandes señoras,
y el Embajador á quien
el mar la embajada acorta.
Damos al viento los lienzos,
él brama en las pardas sogas,
á cuya música ayudan
las trompetas sonorosas.
Dejamos atrás las islas....

que el Archipiélago adornan;
tantas, que en lejos parece
que todas son una sombra.
Pero á vista de Candía,
el viento que estaba en popa,
por proa embiste la nave,
con tempestad espantosa.
El sol se esconde, las nubes
se enlutan de negras tocas,
los elementos se alteran,
en batalla tan furiosa.
La confusion va creciendo,
auméntase la congoja,
dan voces, tal vez amaina,
y tal vez vira la borda.
Yo triste estaba aprendiendo
estos nombres á mi costa,
lengua del mar que se estudia
cuando todo es babilonia.
A este tiempo las deidades,
á nuestras lágrimas sordas,
mas fuerza al ábrego envian,
mas licencia al fiero Bóreas.
Rómpese el árbol mayor,
y á tres ó cuatro personas
quita el temor de aguardar,
á que la nave se rompa.
Entonces ya sin consejo,
una pobre barca abordan,
que iba de la nabe asida,
con un pedazo de escota.
Metenme en esta, bajando
por una embreada soga,
sobre quien ha de ir conmigo
los mas nobles se alborotan.

Llegan en fin á las manos,
dellos en el mar se arrojan,
dellos en los bordes muertos
beben las saladas ondas.
Impele la barca el mar,
las estrellas y las olas
entran juntas en consejo
de mi muerte lastimosa
Aquel viento que se engendra,
del ártico Polo escombra,
entonces con tal furor
las montañas espumosas,
que de sierra en sierra de agua
da con las tablas ya rotas
en una playa, y la arena
me sepulta en algas todas
cuando Leonardo, el villano
que dices, desde las rocas
deste mar de Alejandría,
dió mejor fin á la historia
que Codro á la de Pompeyo,
pues llegando desemboza
la barca de algas y espumas,
y hace que en sus brazos ponga
mas agua que cuerpo y vida,
donde mi esperanza cobra
la que no pensó tener.
Asi los Cielos revocan
tal vez primeras sentencias
con revistas mas piadosas.
Dióme su casa y su pecho,
Laura me nombra y me adora,
esta obligacion le debo,
mira si son estas obras
dignas de agradecimiento.

Esto soy. tú piensa agora
lo que soy, y cuanto á mí
yo pienso guardar mi honra. *Vase.*

Alejandro.

De turbado y admirado
aun no supe detenella:
¿qué tú eres, Casandra bella,
Reina? ¡qué bien lo has mostrado
en el valor y cuidado
de tu defensa! ¿qué espero?
decir á mi padre quiero
la ventura que he tenido,
pues un ángel ha venido
contra un animal tan fiero.
Ya no hay que temer leon,
ya se han cumplido los años,
¿Teodoro?

Sale Teodoro.

¿Señor?

ESCENA III.

Alejandro y Teodoro.

Alejandro.

Engaños
hace la imaginacion;
mas no, que verdades son.

Teodoro.

¿De qué súbita alegría
estás desta suerte?

Alejandro.

El dia
que ví de Laura los ojos:
cesaron cuantos enojos
de mi fortuna temia.

Hazme luego retratar:
llama, Teodoro, á Penor,
que este famoso pintor,
del leon me ha de vengar.
Con un pie me ha de pintar
sobre el leon vencido,
despues que Laura ha venido,
y que la mano en la daga,
quiero abrir sangrienta llaga,
en el animal rendido.
Parte y que venga le dí,
mientras á mi padre digo
que el Rey de Atenas su amigo
á Casandra tiene aquí:
Laura, es su hija, y de mí
será tan presto muger,
cuanto el Rey lo ha de saber.

Teodoro

¿Laura es Infanta de Atenas?

Alejandro

El cielo entre tantas penas,
tanto bien me quiere hacer:
vamos porque parta alguno
á Grecia, y lleve la nueva,
que ya la fama la lleva
por los campos de Neptuno.

Teodoro.

No hay en el Reino ninguno
como Celio.

Alejandro

Celio vaya;
y cuando vuelva á esta playa,
de ella me hallará marido,
y el pronóstico cumplido:
que tanto al Reino desmaya.

ESCENA IV.

Casandra, Leonardo, Perol y Cíntia.

Leonardo.

Toda la gloria de verte
me has templado con oirte,
mil cosas pensé decirte,
y ya no mas de mi muerte.
Que si le has dicho, señora,
que eres Infanta de Atenas,
has dado fin á sus penas,
porque Alejandro te adora,
y se ha de casar contigo.

Casandra.

Mientras avisan al Rey
como es de los tiempos ley,
se tratará cuanto digo:
no bastan humanos medios;
á grandes resoluciones
porque fuertes ocasiones,
tienen fuertes los remedios,
y yo no puedo escusar
de hacer defensa á mi honor;
con decirle mi valor.

Leonardo.

Bien te pudiera culpar,
si un secreto te dijera,
pero la palabra he dado.

Casandra

Leonardo, tú Rey de un prado
y señor de una ribera,
¿cómo puedes igualar,
á quien como yo nació?
es imposible que yo

á mas me pueda obligar,
que á tenerte grande amor.

Leonardo

Yo conozco mi bajeza,
y que entre tanta grandeza,
soy un pobre labrador:
pienso que saldré de aquí,
segun me ha dicho Severo:
volverme á mi monte quiero,
y morir como nací
solo te ruego...

Casandra.

Habla quedo.

Perol.

¿Ay Cintia, tú qué serás?
¿porque ya tan grave estás,
que tengo á tus cosas miedo?
¿de dónde serás Infanta?
¿en qué nave habrás venido?

Cintia

Yo, Perol, soy lo que he sido.

Perol.

¿La Corte no te levanta
el pensamiento siquiera
á decir una mentira?

Cintia.

El ser quien soy me retira
de toda vana quimera.

Perol.

Toma ejemplo del papel,
que se hace de trapos viejos,
y sube hasta los Consejos,
y á que escriba el Rey en él.
¿Quién hay que aliento no cobre,
viendo el papel que ha subido

á escribirle un Rey, si ha sido
una camisa de un pobre?

Cintia

Si, pero siempre verás
que le queda el mal olor.

Perol

Tú tienes poco valor,
ya que en la ocasion estás,
y del papel no te espantes,
pues le queda á toda ley,
de estar en manos del Rey,
el buen olor de los guantes:
corto ingenio y gran desmayo,
tienes, Cintia, y sin valor;
¿quién llega hasta el resplandor
del sol sin hurtalle un rayo?
pero ya que tienes ama,
Reina y señora de Atenas,
que te dará mas cadenas
que tiene lenguas la fama,
bien me puedes, Cintia, dar
la que el Príncipe te dió.

Cintia.

¿Pues qué soy agora yo,
ó en qué me puedo fiar?
¿no eres mas nécio, Perol,
para pescar la cadena?
¿te dan los egemplos pena
de llegar al Rey y al sol?

Perol.

Malicias, yo no lo digo,
sino por lo que has de ser,
si es Laura del Rey muger.

Cintia.

Ay, cómo te entiendo, amigo!

¿no te dije, el otro dia,
que los hombres han de dar,
y las mugeres tomar?

Perol.

Un hombre dicen que habia,
que en las pendencias tiraba
un pomo atado á un cordel,
y luego tirando dél,
con el pomo se quedaba.
¡O si diésemos asi,
qué linda cosa que fuera!
y que cuando un hombre diera
luego lo volviera a sí:
deste dar quedará el brazo
sabroso.

Cintia.

¡Qué lindo dar!

Perol.

Aqueste modo de dar,
se habia de llamar pomazo.
Leonardo, escóndete presto
que viene el Príncipe.

ESCENA V.

Dichos y Severo.

Leonardo.

¡Ay Cielos,
qué presto vienen los celos!
no viene el amor tan presto,
libre me quisiera hallar,
ó muerto, pues he llegado
á tiempo que en tal estado,
no hay que temer, ni esperar;
¿no dijiste que tendria

libertad ?

Severo.

Si quieres irte,
puedes.

Leonardo.

¿Qué podré decirte,
ó Laura, en tan triste dia?
al monte vuelvo á morir,
ten lástima de una vida
de quien eres homicida.

Casandra.

No sé que pueda decir,
entre tantas confusiones.

Leonardo.

¿Podré, Laura, merecer
morir por tí?

Casandra.

¿Qué he de hacer?

Severo.

Leonardo, menos razones:
vete, no te halle aquí.

Leonardo.

Al fin, ya no te verán
mis tristes ojos

Casandra.

Sí harán.

Leonardo.

Laura, acuérdate de mí. *Vase.*

Casandra.

¿Lágrimas miro, y no digo
á voces que loca estoy?
¿qué he de hacer, si soy quien soy?

ESCENA VI.

Casandra, el Principe y Albano.

Alejandro.

Entra, pues eres testigo;
dí á Casandra lo que pasa,
dí lo que el Rey respondió.

Albano.

¿Tengo de abonarte yo?

Alejandro.

Ya, Casandra, el Rey me casa,
porque este reino poseas,
ya despacha embajadores
á Atenas, ya tus rigores,
cesarán, cuando te veas
señora de Alejandría
Tú el fin de su dicha apruebas,
llegándote tales nuevas,
juntas en un mismo dia.
De suerte que me ha contado,
que mañana se ha cumplido
el término difinido
del pronóstico pasado,
no falta mas de mañana,
con que serás mi muger,
y en que dejaré de ser,
con que desta ciencia humana
de la voluntad divina,
y celestial influencia,
que me ha costado paciencia
de solo un Príncipe digna.
Tantos años de prision,
bien pudieron merecer,
que fueses tú mi muger,

con tanta satisfaccion
del Rey y reino : ¿qué tienes,
no respondes?

Casandra.

No te espantes,
que entre males semejantes,
me espanten tambien los bienes,
que en mi fortuna mortal
estoy de suerte tan bien,
que me espanta mas el bien,
porque trato mas el mal;
déjame entrar á escribir
al Rey, que no es bien que parta
sin carta mia.

Alejandro.

En tu carta
puedes, Casandra, decir,
lo que sientes de mi amor:
oblígame en alabarme.

Casandra.

A mí me está bien honrarme
de un hombre de tu valor.

ESCENA VII.

El Principe y Albano.

Alejandro.

¿Qué sientes desto?

Albano.

Que está
dudosa de que la ensalces
á tan alta monarquía.

Alejandro.

Si la tuviera por grande,
mostrárame mas contento.

Albano.

Los entendimientos graves
en las prósperas fortunas
más humildes muestras hacen
cuando coge un gran contento:
de improviso suele darles
suspension á los sentidos.

Alejandro.

Bien dices, quiero alegrarme,
hoy haré á todos mercedes,
pues comienza á publicarse
mi libertad, y tan cierta,
que solo puede faltarme,
lo que el sol desde que salga
por las puertas orientales:
hasta que á dorarlas vuelva
del Polo Antártico tarde.
¡Ay Cielos! ¿qué veré libres
las populosas ciudades,
ejércitos numerosos,
plazas, templos, casas, calles,
cómo se marcha en la tierra,
y se navegan los mares?
¡Qué notable dicha!

Albano

Mira
que el placer puede obligarte,
como el pesar, si te dejas
consumir de imaginarle:
divierte ese pensamiento.

Alejandro.

Celio viene, ¿qué me traes?

ESCENA VIII.

Dichos, y salen Celio y un criado con dos dagas en una fuente.

Celio.

Aquellas dagas, señor,
de la hechura que mandaste.

Alejandro.

Muestra, ¡qué buena es aquesta!
y es la cuchilla notable:
esta es mejor guarnicion,
y está por Dios que desarme
á la mas fuerte defensa.

Albano.

El Pintor viene á mostrarte
el retrato que te ha hecho.

Alejandro.

No hay hombre que me retrate
con mas gracia que Penor.

ESCENA IX.

Dichos, y sale el Pintor Penor con un retrato.

Pintor.

Solo deseo agradarte.

Alejandro.

Poned en ese bufete
las dagas.

Pintor.

Quisiera hallarme
con èl ingenio de Ceusis,
con el pincel de Timantes,
ó pues eres Alejandro,
y Alejandro retratarse

dejaba solo el de Apeles,
que yo supiera imitarle.

Alejandro.

Poned en alto el retrato.

Albano.

Aquí no hay con que se alce.

Alejandro.

Encima de ese bufete
bastará que se levante.

Albano.

¿Está bien asi?

Alejandro.

Muy bien.

Pintor.

La simetría y sus partes,
guardan proporcion debida.

Celio.

¡Qué bien el efecto hace
de querer sacar la daga!

Alejandro.

¿Que este habia de matarme
de esta suerte? ¿es un leon?

Celio.

Por eso á tus plantas yace,
y triunfas dél este dia.

Alejandro.

Vive el Cielo que he de darle
una puñada de enojo,
aunque el retrato se rasgue. (1)
¡Ay, ay!

Albano.

¿Qué ha sido, señor?

---

(1) *Dále una puñada, y hiérese con las dagas que están detrás.*

Alejandro.

¡ Ay de mí!

Albano.

Llena de sangre
tienes la mano.

Pintor.

Las dagas
que estaban desotra parte,
te hirieron al dar el golpe.

ESCENA X.

Dichos y el Rey.

Rey.

¿ Qué voces son estas?

Alejandro.

Dadme,
dadme algun remedio presto.

Rey.

¿ Quién te ha herido ?

Alejandro.

¡ Qué señales
tan tristes de tus temores!
Hice á Penor retratarme
con un leon á los pies,
y enojado de mirarle,
dile en la pintada boca
un golpe, ¡ caso notable!
que en las dagas que detrás
estaban, sin acordarme,
mano y brazo me he pasado.

Rey.

¡ O estrellas inevitables!
llevadle luego de aquí.

Albano.

Ten, señor, no te desangres.

Alejandro

Temo que el leon me ha muerto. (1)

Rey.

¡ Dioses ! que en sucesos tales,
conozca el mundo su engaño
¡ y qué han de ser inviolables
vuestras leyes y secretos !
¡ hay desgracia semejante!

Celio.

No será tanta la herida,
ni querrá el Cielo quitarte
con un animal pintado,
la prenda que tanto vale.

Rey.

¡ Ay Celio ¡ veo aquí agora,
que nuestras fuerzas mortales
no impiden lo que ha de ser:
¿ quien dijera que una imágen,
un retrato de un leon,
siendo mañana en la tarde
cumplido el preciso tiempo
en que habia de matalle,
hoy fuese causa, queriendo
darle un golpe, que le pase
la mano, sin mano el hierro,
que estaba de la otra parte.
Mucho temo, y con razon,
que aquesa herida le mate;
siempre fué lo que ha de ser,
por mas que el hombre se guarde.

---

(1) *Llévanle.*

ESCENA XI.

Decoracion de Bosque.

Leonardo y Nise.

Nise.

Sin duda te has vuelto loco
de amores de Laura ya,
que como en la Corte está,
tienes á la aldea en poco;
¿tú vestido cortesano?
¿tú espada? ¿qué frenesí
te ha dado?

Leonardo.

¡Ay Nise! ¡ay de mí!

Nise.

Como naciste villano,
y aires de señor te diéron
con aquel tan nécio amor,
perdiste el ser labrador,
como tus padres lo fueron;
y arrogante de tu brio,
y no mal entendimiento,
soñaste algun casamiento,
que es el mayor desvario;
deja la espada, Leonardo;
vuelve, vuelve al azadon.

Leonardo.

De mi pena y confusion,
solo este remedio aguardo:
yo me voy, Nise, á embarcar:
la causa yo me la sé,
que no es posible que esté
mas tiempo en este lugar.
Soy otro ser del que fuí,
y como no puedo ser,

como soy, voime á tener
aquel ser, lejos de aquí.
Porque, ¿de qué me sirviera
no poder ser lo que soy?
y pues no soy donde estoy,
lo que siendo quien soy fuera.

Nise

¡Hay lástima mas estraña!
loco estás, ¡pobre de tí!

Leonardo.

Como no sabes quien fuí,
no saber quien soy te engaña;
ya Laura será muger
del Príncipe.

Nise.

¿De qué modo?

Leonardo.

Porque se ha sabido todo,
y Laura lo puede ser,
que es hija del Rey de Atenas,
donde embajadores van,
con quien mis penas irán,
que voy á embarcar mis penas.
Quiero ver si puede el mar
templar mi fuego: ya es ido
Perol á ver si ha venido,
que hoy se quieren embarcar;
quédate, Nise, con Dios.

Nise.

¿Es posible que te vas?

Leonardo.

No puedo mas.

Nise.

¿Qué jamas
nos hemos de ver los dos?

ESCENA XII.

Dichos y Perol.

Perol.
Sin alìento vengo á verte.
Leonardo.
¿De qué vienes sin aliento?
Perol.
Fuí al puerto, y hallé que ya
Teodoro estaba en el puesto,
para embarcarse á Modon,
cuando mil hombres corriendo
que se detenga le dicen,
porque es Alejandro muerto.
Leonardo.
¿Qué Alejandro,
Perol.
¿Qué Alejandro?
el Príncipe
Leonardo.
¡Santo Cielo!
¿y quién le mató?
Perol.
Un leon;
Leonardo.
¿Es tiempo de burlas, necio,
este en que me ves agora?
Perol.
¿No lo crees?
Leonardo.
No lo creo,
que no era posible entrar
un leon en su aposento,

aunque llovieran leones.

Perol.

Pintado estaba en un lienzo
á los pies de su retrato,
dióle un golpe tan sobervio,
que en unas dagas que habia
detrás, ¡ qué estraño suceso !
se pasó la mano y brazo,
y sin humano remedio,
sin poderle restañar
la sangre, dicen que ha muerto.

Leonardo.

Si no te burlas, es cosa
la mas rara, es el mas nuevo
caso que se oyó en el mundo.

Perol

Las desdichas suelen luego
hallar crédito, las dichas
tienen dudoso á su dueño;
pero porque sin pension
nunca las dichas vinieron,
cuando trataba Alejandro
con Casandra el casamiento,
como no era de su gusto,
dicen que con Cintia huyendo,
salió del fuerte esta noche,
cosa que en cuidado ha puesto
al Rey, y á toda la Corte.

Leonardo.

Dame, Perol, dame presto
mi gaban de labrador,
que á ser lo que soy me vuelvo:
desnúdate de soldado.

Perol.

¿ A qué efecto ?

Leonardo.

A que no quiero
que piense el Rey cierta cosa,
que dirá el tiempo á su tiempo.

Perol.

Vistete, que tú te entiendes.

ESCENA XIII.

Dichos y sale Severo.

Severo.

Si no se ha embarcado, pienso
que le hallaré en este monte.

Leonardo.

¿Perol, no es este Severo?
¿dónde vas, Severo amigo?
alguna traicion sospecho. *ap.*

Severo.

¡O gallardo mancebo! hoy es el dia
que se ha de ver tu corazon valiente;
la verdad alcanzó la astrologia;
murió Alejandro miserablemente:
Casandra huyendo al mar, que pretendia
embarcarse á Modon secretamente,
de la gente del Rey que la buscaba,
fué presa, cuando ya á la orilla estaba;
á la Corte la vuelven, donde quiere
casarse el Rey con ella en tales años,
si tu Casandra por aquí viniere,
antes te lleven bárbaros estraños
á donde el sol entre los yelos muere,
pues que son contra tí tales engaños,
que la dejes al Rey; porque no es justo
quitarte el Reino, y con el Reino el gusto.

Leonardo.

¿Cómo casarse el Rey con prenda mia?
el Reino déle el Rey, si darle puede,
puesto que ha sído bárbara porfia
que un hijo natural se desherede;
¿pero quitarme á Laura? si él envia
ejército que al mar y arena escede,
le haré pedazos yo.

Severo.

Detente un poco.

Leonardo.

Si son ellos, aquí verás un loco.

ESCENA XIV.

Dichos, Casandra y los demas que la traen; Albano, y Celio.

Casandra.

¡Ejércitos para mí!
¡para mí soldados y armas!
¿qué debo al Rey? ¿qué me quiere?

Celio

Señora, no seais ingrata,
que el Rey no quiere forzaros;
como sin hijos se halla,
y Reina de Alejandría
ya por Alejandro os claman,
quiere que vos lo seais
quedando con él casada,
y dar heredero al Reino
con hijos, como pensaba
con nietos, cosa tan justa,
que á sus Consejos agrada,
y con aplauso comun
su Reina y Señora os llaman.

Casandra.

Yo lo estimo, Caballeros;
pero tengo ciertas causas,
que agradecerle me impiden
honras y mercedes tantas;
yo no he de pasar de aquí,
esta aldea es ya mi casa,
hasta que mi padre venga,
á quien he escrito una carta,
relacion de mis fortunas.

Celio.

Advertid que ya os aguarda,
y á recibiros salia

Casandra.

Yo no he de ir ¿de qué te cansas?

Leonardo

Ola, criados del Rey,
dejad á Laura ó Casandra,
que tiene quien la defienda
en estas montañas Laura.

Celio.

Este es aquel labrador *ap. á Albano.*
que hirió en el fuerte las guardas.

Albano.

El mismo; ¿pero qué importa?
Casandra á la Corte vaya,
que villanos son villanos.

Leonardo.

Ola, gente cortesana,
¿sois sordos, no me escuchais?

Celio.

¿Qué quieres, que asi nos llamas?

Leonardo.

¿He de decirlo otra vez?

dejad á Laura, que es Laura
mi muger.

Celio.

¡Braba locura!

Leonardo

¿Tengo de sacar la espada?

Celio.

Para morir bien podrás.

Leonardo.

Pues ya voy; fuera canalla.

Perol.

Aquí está, señor, Perol:
sacude que son de paja.

Albano.

Tantos á un hombre es vergüenza;

Leonardo.

Dejad, infames, la Infanta.

ESCENA XV.

Dichos y el Rey.

Rey.

¡Estraña fúria de loco!
detente.

Leonardo.

No me obligarás
menos que con lo que sabes,
que por quien eres no basta.

Rey.

¿Porqué matas á estos hombres?

Leonardo

Porque me llevan el alma,
y dicen que es para tí,
cuya condicion tirana
castigue el Cielo, á quien pido

de mis agravios venganza.
Tienes hijo como yo,
que puede honrar á su patria,
¿y buscas hijo imposible
á tu salud y á tus canas?

Rey.

¿Sabes quién eres?

Leonardo.

Y sé
que le diste la palabra
á mi madre, con que soy
legítimo, que eso basta.

Rey.

¿Severo?

Severo.

Señor, yo he sido,
que no es bien que en tu edad larga
comiences ahora á ser Rey.

Rey.

Severo, en desdichas tantas,
quiero obedecer al Cielo,
porque las fuerzas humanas
en vano lo que ha de ser
con flacos miedos contrastan.
Alejandría, Leonardo
es mi hijo; yo pensaba
que era Leon, por el nombre
de la celeste amenaza,
y por eso le crie
labrador destas montañas,
para no enojar al Cielo
si la vida le quitaba;
él es vuestro Rey.

Albano.

Y el Reino;

por Rey y Señor le aclama.

Leonardo.

Casandra, yo soy el Rey.

Casandra.

Pésame, porque pensaba
obligarte labrador,
con ser de Atenas Infanta.

Perol.

Impido este casamiento
si con Cintia no me casan.

Leonardo.

Nise, Albano ha de ser tuyo,
ireis á la Corte entrambas,
donde títulos y rentas
darán honra á vuestras casas.
Que lo que ha de Ser, aquí,
Senado ilustre, se acaba:
raro suceso que escriben
las historias africanas.

Lo que ha de Ser.

Aunque el fecundísimo ingenio de Lope de Vega no necesitaba mendigar de nadie argumento para sus composiciones, tomó el de esta pieza de una anécdota africana, como él mismo lo confiesa, exornándolo y disponiendo la accion en tres jornadas de la manera siguiente:

Leonardo y Nise labradores, aparecen á orillas del mar requebrándose, cuando oyen clamores de naufragio, y certificándose mas por lo que les refiere Perol de haber visto estrellarse una barca en la playa, se arroja Leonardo á las olas, y consigue sacar en brazos á Casandra desmayada, y despues de un corto altercado entre Nise y Leonardo sobre llevarla á casa de la primera, ó á la del segundo, se verifica esto último. El Príncipe encerrado en un suntuoso castillo por su padre á causa de evitar el pronóstico fatal que se habia hecho desde su nacimiento, de que moriria á los treinta años á manos de un leon, manifiesta á los cortesanos que le rodean y procuran divertir la impaciencia y fastidio á que le reduce semejante estado, rogándoles lo hagan presente á su padre Leonardo siente disminuirse su amor á Nise, y enamorarse de Casandra que habia libertado de la muerte, conocida en la aldea con el nombre de Laura, y encontrándose con ella, la declara su pasion á que ella corresponde en los términos que lo permiten la diversidad de sus condiciones; pero permitiéndole amarla aun cuando nada le prometa. Con motivo de un pregon de parte del Rey, ofreciendo doscientos escudos al que matase algun leon, si era persona de humilde calidad, y si de alta, hacerle merced del oficio que pidiese; cuenta Leonardo á Casandra el origen de se-

mejante orden describiendo al mismo tiempo la suntuosidad y conveniencias del palacio edificado por el Rey para encierro de su hijo, hasta que se cumpliese el término del pronóstico Las aldeanas tratan de dar un baile á su modo al Príncipe, lo que exita los temores celosos de Leonardo porque entre ellas debe ir Laura, y con efecto se verifican sus presentimientos, pues el Príncipe queda locamente prendado de ella, y hace entrar á las serranas en palacio para regalarlas.

El Príncipe declara á su padre, que no puede aguantar ya tan riguroso encierro, no obstante los placeres que le proporciona, y que á lo menos le conceda el ver siquiera una vecina aldea Estrañando el Rey semejante deseo, lo consulta con Severo, ayo del Príncipe, el cual le declara que el verdadero objeto que le arrastraba, era el de ver á una gentil aldenaa de aquella serranía, y en vista de esto, ordena el Rey que de ningun modo deje el Príncipe su cárcel; pero que por complacerle, lleven á la labradora para que la vea. Restituida Laura á la aldea, refiere á su amante los ofrecimientos del Príncipe, y el desdén con que ha desechado sus espresiones. Teodoro y Celio prometen llevar á Laura á la presencia del Príncipe, y lo verifican hallándola entre otras labradoras, y haciéndola entrar con Nise en el coche, bajo el pretesto de dar un corto paseo. Laura se niega á las solicitudes del Príncipe, ante el cual se presenta furioso Leonardo á pedir á Laura, y queriendo los cortesanos echarse sobre él, los obliga á retirarse acuchillándolos, y hace antes de que logren prenderle un gran destrozo en la guardia El Príncipe que en vista de que ya no le quedan esperanzas de ganar la voluntad de Laura, segun lo colige de la osadia de Leonardo, pretende abusar de su poder para conseguir sus deseos; pero Severo su ayo, en cuya casa estaba depositada Laura

por orden del Rey, se opone decididamente á semejante intento, y encolerizado el Príncipe, le dá un bofeton. Severo se retira; pero jura vengarse de la afrenta, descubriendo un secreto que le haga perder el imperio.

Al sacar Severo á Leonardo de su prision, le declara como Ramiro su padre, habiéndose enamorado de una dama llamada Antonia, tuvo un hijo que era el mismo Leonardo, siendo Severo el único sabedor de este lance: que cuando ya tenía él tres años, se casó su padre con Natalia, hermana del Rey de Pérsia, de la que nació su hermano el Príncipe Alejandro, á quien su padre tenia encerrado por el temor del pronóstico ya referido. Cuéntale asimismo la afrenta con que ha galardonado sus desvelos para con él, y le exhorta á que le mate y obtenga de este modo la corona y posesion. Leonardo se horroriza de semejante proposicion prefiriendo perderlo todo, y solo le pide que le proporcione ver á Laura. Severo se manifiesta encantado de tal proceder y se lo promete. Instada Laura por el Príncipe, le declara ser hija del Rey de Atenas, y que prometida al Príncipe de Antioquía Seleuco, se embarcó y padeció el naufragio referido, debiendo su vida al valor de Leonardo Fuera de sí el Príncipe con tan fausta noticia, que corrobora mas y mas el acierto de su pasion, manda venir á un pintor para que saque su retrato puesto un pie sobre el leon vencido, al que vá á matar con la daga; y declara á Laura como ya su padre le permite tomarla por esposa, y como se cumple al siguiente dia el término anunciado por el pronóstico, figurándose de antemano todas las dichas y libertad de que vá á gozar. Presentan al Príncipe dos dagas que habia mandado hacer, y en seguida el retrato, que colocan sobre un bufete. Encolerizado el Príncipe al contemplar la cópia de la fiera que

debia, segun el vaticinio matarle, y le habia costado tantos años de encierro, dá una puñada en el lienzo, y se traspasa la mano y el brazo con las dagas que se habian puesto en el mismo bufete y las tapaba el lienzo, y se desangra miserablemente. Ignorante Leonardo de este suceso, se vá á embarcar, le alcanza Severo, que le refiere aquella desgracia, y que el Rey es el que quiere casarse con ella. Encuentran á los soldados que la llevan por fuerza, y siendo inútiles los ruegos de Leonardo para que la dejen dá sobre ellos y los desbarata. Preséntase el Rey, á quien Leonardo se manifiesta sabedor del secreto de su nacimiento, y convencido el Monarca, declara al pueblo que es su hijo, le cede la corona, y le casa con Laura.

La moral de esta pieza, cuyo asunto era mas oportuno para la tragedia, que para la comedia, es en su fondo gentílica, como derivada de un suceso gentílico, fundado en la antigua creencia de la fuerza incontrastable del hado; pero el autor supo el modo de oponerla las correcciones convenientes, como cuando dice en boca de Leonardo:

Porque si el sábio, el que es fuerte,
es señor de las estrellas,
aunque me lo manden ellas,
puedo yo con mi alvedrío
gozar de mi señorío,
y dejar de obedecellas.

Sabida es la prodigiosa facilidad de Lope, y que escribiendo, como él lo confesaba, para el vulgo, no cuidaba mas que de entretenerle, dejando correr ciertos descuidos que seguramente no hubiera dejado de correjir á repasar detenidamente sus escritos: tales son en esta comedia los nombres pastoriles de

Laura, Nise, Leonardo, Perol, Cintia, Celio y Albano, tan agenos de la época del suceso, como del lugar en que se supone la Escena Los caracteres particularmente dibujados son los de Leonardo y Laura, en los que supuesta la grandeza de su orígen, no dicen mal los discretos conceptos en que se esplican, y aunque en boca de un pastor, verdadero pastor como Perol, pasa, por ser el gracioso aquella fina comparacion del diálogo con Cintia.

Perol.

¿De dónde serás Infanta?
¿en qué nave habrás venido?

Cintia.

Yo, Perol, soy lo que he sido;

Perol.

¿La Corte no te levanta
el pensamiento siquiera
á decir una mentira?

Cintia.

El ser quien soy me retira
de toda vana quimera.

Perol.

Toma ejemplo del papel,
que se hace de trapos viejos,
y sube hasta los Consejos,
y á que escriba el Rey en él
¿quién hay que aliento no cobre
viendo el papel que ha subido
á escribirle un Rey, si ha sido
una camisa de un pobre?

Cintia.

Si pero siempre verás
que le queda el mal olor.

Perol.

Tu tienes poco valor,
ya que en la ocasion estás,
y del papel no te espantes
pues le queda á toda ley,
de estar en manos del Rey
el buen olor de los guantes.

Todo está dicho de la versificacion sabiendo que es de Lope, notándose la misma fluidez y rotundidad que en estos versos, en las octavas, sonetos y endecasílabos pareados que entran en la pieza Son hermosas las décimas que dice Leonardo, y empiezan:

Antiguo amor ya pasado,
parece que estáis corrido,

y las de Laura:

Sin admitir esperanza
de volver á ser quien soy.

No puede la pluma negarse al gusto de copiar aquí parte del delicado romance pastoril de Leonardo al ver á su amante despues que vuelve ella de la Corte.

Ya te aguardaban los campos,
bosques, árboles y fuentes,
bellisima labradora,
que de los palacios vienes;
por tus ojos que no he visto
el Sol en el Cielo alegre,
despues que con tu partida
diste mi vida á la muerte.

En los fines del Estío
todo se alegra y florece.
por tí presumen los campos
que la primavera vuelve.
No hay prado, bosque ni selva
que no se vista de verde,
y sola está mi esperanza
tan desnuda como siempre.
Envidia tengo á los prados,
que pisados reverdecen
de esos pies, á donde amor
tantas libertades tiene.
No hay flor que á tomar olores, &c.

En medio de cuantas aberraciones de los preceptos del arte presente Lope de Vega, se vé en él cierta tendencia á la unidad de accion, un lenguage siempre sostenido, un estilo peculiar de él, con que domina al espectador, y unos conceptos que patentizan la profusion de ideas, siempre fué entre sus contemporáneos, y lo será en la posteridad, bien meditado el cipréz de Virgilio.

Quantum lenta solent inter biburna cupresi.

EL MOLINO.

PERSONAS.

El Principe Aristipo.

El Rey, su padre.

El Conde Próspero.

Valerio y Rufino, Caballeros.

Alberto.

Leridano, Viejo.

Melampo.

Un Desposado.

Celia, Duquesa.

Teodora, su dama.

Madama, Princesa de Francia.

Laura, hija de Leridano.

Un Page.

Tres Soldados.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Quinta en un Bosque.

Valerio y el Principe.

Valerio.

Mejor viva vuestra Alteza,
que en eso acertado ha.

Principe.

Valerio, déjame ya,
no me quiebres la cabeza.
Vive el Cielo, que es el Conde
preferido á mi valor.

Valerio.

Yo sé de Celia, señor,
que á tu valor corresponde.
Engañado te han los celos,
que de Próspero fabricas.

Principe.

Tarde medicina aplicas
á quien han muerto los Cielos.
No hay remedio que me cuadre.

Valerio.

Perdido estás de esa suerte:
oye:

Principe.

Daréle la muerte,
por vida del Rey mi padre.

Valerio.

Si el Conde Próspero fuera

el que la Duquesa amára,
¿á qué efecto te engañara
ni tanto favor te hiciera?
Que ella está en su libertad
para amar y aborrecer.

Principe.

¿En condicion de muger
afirmas la voluntad?
Muéstrame, porque la quiera
buen rostro, y agradecido,
mas es el Conde querido
con este amor verdadero.
Es discreta, y agradece
de un Principe el mucho amor;
estimando á mi valor
si alguna vez se le ofrece.
Pero dále el alma grata
al traidor Conde en secreto,
que es el halcon en efecto
que nuestra garza nos mata.
Dias ha que lo pensé,
mas no lo creí del todo,
por no agraviar de algun modo
mi calidad y su fé:
mas ya que la ví rendida,
dalle ella propia un papel,
que á su fé la llamó fiel,
y á mi calidad fingida;
yo creo lo que temí,
y creo lo que há de ser.

Valerio.

¿Y qué pretendes hacer?

Principe.

Hablalle, Valerio, aquí.

Valerio.

¿Hásle enviado á llamar?

Principe.

No tardará de venir.

Valerio.

¿Y qué le piensas decir?

Principe.

Lo que pudiere escuchar,
y lo que mi celo pida.

Valerio.

¿Y será en resolucion?

Principe.

Que deje la pretension,
ó le quitaré la vida.

Valerio.

Rigoroso mal

Principe.

Terrible.

Celia me tiene intratable.

Valerio.

Enfermo estás

Principe.

Incurable.

Valerio.

¡Fiero dolor!

Principe.

Insufrible.

Valerio.

Mucho pierdes de tu punto
en pedir al Conde celos.

Principe.

Yo los tuve, pedirélos
al Conde y al mundo junto.

Valerio.

Yo le hablaré.

Principe.

No quiero.

Valerio.

¿Porqué?

Principe.

Porque me es forzoso;
que mal se cura un celoso
con remedios de tercero.
Quiero que está enfermedad
ella se busque el remedio.

Valerio.

Por mas que me ponga enmedio,
crece tu enojo

Principe.

Es verdad.

ESCENA II

Dichos, y sale el Conde Prospero con dos criados.

Conde.

Mirad que esteis avisados,
y no os aparteis de mí.

Criado 1.

¿Cuándo en el servirte á tí
hemos sido descuidados?

Conde

Si acaso estoy en aprieto,
haced como hidalgos.

Criado 2.

Llega;
que si en tu ofensa se ciega,
no ha de haber ley ni respeto.

Conde.

De un page he sido avisado
que aquí te viniese á hablar.

Principe.

Y en este mismo lugar,
Conde, te espero enojado.

Conde

¿Con quién, Príncipe?

Principe.

Contigo;
porque ha dias que te hallo
muy traídor para vasallo,
y fingido para amigo.

Conde

Mal informado te tiene
quien te ha dicho mal de mí;
y eso no nace de tí,
mas del que á tu lado viene.
Y vive el Cielo...

Valerio

Ya, Conde,
mal me pagas de esa suerte
disculparte y defenderte.

Conde

¿ Defenderme, cuándo,
adónde?

Principe.

Basta, no mas.

Conde.

Si el lugar
donde ahora me has traido,
es donde yo te he ofendido,
él me puede disculpar.
Digan estas altas rejas,
estas piedras y paredes,
si por sus quiebras ó redes
entraron jamás mis quejas;
diga Celia si en mi vida

puse en ella el pensamiento;
y el mismo viento, si el viento
vió mi espeaanza perdida:
diga un hombre si jamás
hablar me ha visto con ella.

Principe.

Pues no lo negára ella
si fuera el tormento mas,
que quien ya se ha confesado
por escrito y por papel,
mas se precia de fiel
que quien su fé le ha negado.
Próspero, yo estoy celoso,
con razon ó sin razon,
tú tienes obligacion
de procurar mi reposo.
Piérda yo aquesta sospecha,
ó tú perderás la vida.

Conde.

Esa será bien perdida
si á tu servicio aprovecha.
Mandasme que desde aquí
no la hable ni la vea.

Principe.

Mas firme quiero que sea
asegurarme de tí.

Conde.

Pues dime tu voluntad.

Principe.

Conviene á mi desengaño,
Conde, que por todo un año
te ausentes de la ciudad.
Vete á tu tierra en buen hora,
que estás pobre, y será bien
que dejes la Corte, á quien

comienza á gastar ahora.
Ya has mostrado bien quien eres;
á mi padre has obligado,
con hombres acreditado,
adorado de mugeres.
Descansa un año siquiera,
cuelga la espada dorada,
haz un arrimo ó cayada
de alguna caña ligera.
Y con esto si aprovecha
el ponerlo yo á mi cuenta,
crecerá tu estado y renta,
y menguará mi sospecha.

Conde.

Si atento á solo mi bien
ese consejo me dieras,
ya pudiera ser que fueras
obedecido tambien.
Mas como el tiempo procuras
para quererme hacer daño,
he conocido el engaño,
con que matas y aseguras.
Príncipe, con justa ley
tienes poder para honrarme;
mas no para desterrarme,
que aun ahora no eres Rey.
Conténtate que no vea
ni hable á Celia jamás.

Príncipe.

Loco y atrevido estás,
y es fuerza que yo lo sea.
¿No bastaba ser mi gusto,
sin que ya la ley lo impida,
y el no quitarte la vida
por el pasado disgusto?

Infame, vil, mal nacido,
traidor, cobarde, sin ley.

Conde.

A no ser hijo de un Rey,
yo te hubiera respondido;
mas tu afrenta no es afrenta,
porque es la misma justicia,
aunque tu mucha malicia
tirano te representa
Que si tú fueras mi igual,
cuerpo á cuerpo yo te hiciera....

Príncipe.

¿Qué hicieras?

Conde.

Lo que pudiera.

Príncipe.

¿Qué pudieras?

Conde.

Mucho mal.

Príncipe.

Y si yo fuera tu igual,
como yo no fuera hombre....

Conde.

Muchos tienen ese nombre,
y son mugeres.

Príncipe.

¡Ay tal!
Ya estoy por bajarme á ser
quien eres y ser tu igual,
no mas que por ver el mal
qué tú me puedes hacer.

Conde.

Prueba.

Príncipe.

Digo que ya soy

tu igual. y que no soy Rey,
y que sujeto á la ley
como los demas estoy.
Mira agora lo que quieres,
respóndeme mal ó bien.

Conde.

¿Ya no eres Rey?

Principe.

No.

Conde.

¿Pues quién?

Principe.

Un hombre como tú eres.

Conde.

¿Y dices que soy villano,
infame, vil y traidor?

Prinripe.

Y que lo diré mejor
con esta espada en la mano.

Conde.

Pues en cuanto dices, mientes,
y recibe aqueste guante.

Principe.

¿Habrá maldad semejante?

Criado 2

Muera, aparta.

Criado 1.

No lo intentes.

Principe.

¿Con las espadas desnudas,
estais delante de mi?

Criado 2.

Verás si pasas de aquí,
que tienen puntas agudas.

Principe.
¿Cómo, al Príncipe?
Criado 1.
Eso no,
que tú propio has confesado
que eres nuestro igual.
Valerio.
Tú has dado
la ocasion
Principe.
Páguelo yo.

ESCENA III.

El Principe y Valerio.

Principe.
Envaina, Valerio amigo,
que algun dia aquesta espada;
y aun luego verás manchada
de sangre de mi enemigo.
¡Ah traidor, Conde villano,
ah mal Conde!
Valerio.
Aquesta afrenta
está, señor, á tu cuenta:
muera el Conde.
Principe.
¡Ah falsa mano!
¡Vive Dios, que en este muro
estoy por quebrar la espada.

ESCENA IV.

Dichos, la Duquesa Celia y Teodora su dama.

Duquesa.
Bajo, Teodora, turbada,

que el sol me parece obscuro;

Valerio.

La Duquesa te ha sentido,
pues que sale de la huerta.

Principe.

Como el que sueña y despierta,
tengo, Valerio, el sentido.

Duquesa.

Príncipe, ¿qué espada es esta?
que rigor, que cuchilladas,
no están á verlas mostradas
paredes de dama honesta.
No es aqueste buen indicio,
si esperaban mis paredes
con vuestras muchas mercedes
ser un eterno edificio:
¿las piedras acuchillais?

Principe.

No es muro que sufre yedras,
y asi acuchillo las piedras,
por ver si en ellas estais.
Que á mi grave pesadumbre,
sois de pedernal tan fiero,
que aun es menester acero
para haceros saltar lumbre.
A Valerio le decia,
cuando en estas piedras daba,
que mas dificil entraba
amor donde amor no habia.
Y como el amor me fuerza
ensayo mi libertad,
á que en vez de voluntad
me aproveche de la fuerza.

Duquesa.

¿Segun eso no es amor,

el que decis que teneis?

Principe.

¿Pues, cómo le llamareis?

Duquesa.

Tema, locura y furor.

Principe.

Bien al fuego que me quema
se pueden dar tales nombres.

Duquesa.

Bien digo yo de los hombres;
que los mas quieren por tema.
Resístese una muger
de un hombre al primero ruego;
y cuanto procura luego,
no es amar, sino vencer.

Principe.

Nunca por sola porfia,
de sujetaros, Duquesa,
he séguido aquesta empresa,
ni para llamaros mia;
sino porque el vivo fuego
que agora me desatina
para serviros me inclina,
y me abrasa loco y ciego.
Este amor no fué elegido
como cosa accidental,
aunque ha sido tanto el mal,
que fuera mejor fingido.
Yo os amo: y pluguiera á Dios
que este fuego que me quema
no fuera amor, sino tema,
y que venciérades vos.
Que yo os dejára de amar,
como en mi mano estuviera,
y mas cuando alguno hubiera

como ahora en mi lugar.

Duquesa.

¿Alguno, Príncipe?

Principe

Alguno,

y mas que yo cuando menos,
que aunque soy bueno entre buenos,
soy para con vos ninguno.

Duquesa.

Mas que vos, ¿quién es?

Principe.

¿Quién es?

¿quién? Próspero de favor,
puso en el cielo su amor,
y tiene un Rey á los pies.

Duquesa.

¿El Conde Próspero?

Principe.

El Conde,

¿para qué os haceis de nuevas?

Duquesa.

No es negocio para pruebas,
pero mi valor responde;
y alegará de mi parte
que ha de ser rayo del cielo,
quien fuera de tí en el suelo
me abrase, y pueda agraviarte.
¿Qué leon tan bravo y fiero,
qué Narciso tan hermoso,
qué Príncipe poderoso,
ó qué galan caballero?
Anda, que es impertinencia
pedirme celos de un loco.

Principe.

Que lo esté, Celia, tan poco

desatina la paciencia.
Dime tú, ¿qué fuera él,
que si yo loco estuviera,
fuera, si de mí tuviera
los celos que tengo dél.

Duquesa.

¿No estaba contigo aquí
el Conde?

Principe.

Di, ¿cuándo?

Duquesa.

Agora.

Principe.

No, por Dios.

Duquesa.

Señor.

Principe.

Señora;
creedme que no le ví.
Que pudo ser que rondase
como suele, vuestra huerta,
mas no que junto á la puerta,
donde yo he estado llegase.
Mi mal habeis conocido,
y mis celos alterado,
pero una nueva me han dado;
de que vuestro Conde es ido.
Y asi me dará lugar,
mientras dura aquesta ausencia,
que descanse la paciencia
tan enseñada á callar.

Duquesa.

¿El Conde es ido?

Principe.

Sin duda;

Duquesa.

¿Y adónde?

Principe.

Un camino largo.

Duquesa.

¡Ay! *ap.*

Principe

El secreto os encargo.

Duquesa.

Haced cuenta que soy muda.
Mas no lo estarán los ojos, *ap.*
que hablarán, pidiendo al Cielo
con lágrimas el consuelo
de su luz y mis enojos.
¿Y entendeis que volverá?

Principe

Imposible me parece.

Duquesa

Buena ocasion se os ofrece
para aseguraros ya.
Segura teneis la gloria,
que amor os dará en ausencia.

Principe.

¿Qué importa, si la presencia
está fresca en la memoria?
Pero será flaca herida
la que me puede ofender,
que aunque prenda, sois muger,
que en ausencia presto olvida.

Duquesa.

¿Cómo os vais?

Principe

Vame la honra,
en apartarme de vos

Duquesa.

¿ La honra ?

Principe.

Si, vive Dios.

Duquesa.

¿ Luego mi casa os deshonra ?

Principe.

Lo que aquí me he detenido,
me puede hacer mucho daño.

Duquesa

Por detenerle, le engaño: *ap.*
mal Conde, Conde atrevido.
Señor.

Principe.

¿ Déjame ?

Duquesa.

Otras veces
que os fuésedes os rogaba.

Principe.

Valerio, el caballo, acaba.

ESCENA V.

La Duquesa y Teodora.

Duquesa.

¿ Señor ?

Teodora.

¿ Qué te desvaneces ?
déjale ir.

Duquesa.

Calla, nécia,
que no sabes lo que pasa:
hoy se abrasará mi casa,
y he de sèr otra Lucrecia.

Teodora.

¿ Pues qué temes ?

Duquesa.

Mala suerte,

si el Cielo no me socorre.

Teodora.

¿ Cómo asi ?

Duquesa.

Desde esta torre;

he visto agora mi muerte.

Teodora.

¿ Tú muerte ?

Duquesa.

Mi muerte, pues;

porque ví al Conde sin duda,

toda la espada desnuda

contra el Príncipe.

Teodora

¿ Y despues ?

Duquesa.

Y despues á sus criados.

Teodora.

¿ En qué han parado ?

Duquesa.

Huyéron;

que menos mal prometiéron

los celos averiguados.

ESCENA VI.

Dichos y sale el Conde Próspero.

Conde.

¿ Celia, Celia ?

Duquesa.

! Ay Dios ! ¿quién llama ?

Conde.

Un muerto que vive en verte,
que si descansa en la muerte,
la misma vida desama.

Duquesa.

¿ Próspero ?

Conde.

¿ Celia ?

Duquesa.

¡ Mi bien !
¿ hay atrevimiento igual,
puede ser mayor el mal,
cuando la muerte me den ?

Conde

Por lo que dices entiendo
que todo el suceso sabes,
y es justo que tú te alabes
de lo que yo estoy muriendo.

Duquesa.

¿ Qué has hecho ?

Conde.

No pude mas ;
que fué cólera y honor.

Duquesa.

No fué sino poco amor,
con que la muerte me das.
¿ Estabas loco ?

Conde.

Si estaba ;
que por tí sufrir debiera
cualquiera cosa que hiciera,
pues un Rey no me agraviaba.
Pero nada fué bastante,
que para honrados enojos,
la misma luz de los ojos

se ciega, si está delante.

Duquesa.

Y ya que á mí me has perdido,
¿cómo te quieres perder,
traidor, en venirme á ver,
habiendo un Rey ofendido?
Apénas se va de aquí,
cuando te vienes trás él.

Conde

Estoy mas seguro dél,
aquí donde le ofendí.
Que en huirme solicito,
pensará en su mal deseo,
que nunca se vuelve el reo,
donde cometió el delito.

Duquesa.

¿A qué vienes?

Conde.

A morir.

Duquesa

Piensa en lo que has de hacer.

Conde.

¿Qué tengo yo que perder,
pues que me mandas partir?
Antes el tener perdida
la vida, será mejor

Duquesa.

Pierde mi vida, traidor,
que la llevas con tu vida.
Huye, escapate, ¿qué aguardas?

Conde.

Sola tu vida pudiera
hacer que Próspero huyera,
tú eres quien me acobardas.
Y este verme enflaquecer,

y que este temor me asombre
no es temer la muerte un hombre;
mas amar una muger.
¿ Dónde mé mandas que huya,
miéntras esta furia pasa?

Duquesa.

No hay de un amigo una casa?

Conde.

¿ Y qué mejor que la tuya?

Duquesa.

Serás luego descubierto,
que tiene ya los criados
el Príncipe sobornados,
y á manos de alguno muerto;
y como es aquesta huerta,
mas aldea que ciudad,
y está en esta soledad
tan guardada y encubierta;
cuando entrares allá dentro,
el salir es imposible,
y á mi honor es convenible
quitar ese mal encuentro.
Mejor será que te vayas
fuera del Reino unos dias,
no á tierras tuyas, ni mias,
sino á las agenas playas;
que mi palabra te doy
de no ser de otro muger,
y aunque no te vuelva á ver,
haz cuenta que tuya soy.
Tú lo has querido, tú mismo,
tú Conde.

Conde.

Gentil consuelo,
agora me cubre el Cielo

cuando estoy en el abismo.
¿Esas lágrimas por dicha
han de aplacar este fuego?

Duquesa

No, que lo encenderá luego
el aire de mi desdicha.
Mas soy Próspero, muger,
á quien es dado llorar.

Conde.

Yo te quisiera imitar,
mas nunca lo supe hacer.
Al fin mandas que me vaya,
y del Reino me destierras;
quien paz tiene, y busca guerras,
que bien pierda y que mal haya.

Duquesa.

Este es el postrer remedio,
y que en llegando me escribas:
¿sera posible que vivas,
tanto mar, y tierra enmedio?

Conde.

Sí, que al fin me mandas ir,
y quien tal puede mandar,
podrá sin vida quedar,
y sin el alma vivir.

Duquesa.

Mira que ha un hora y mas,
que de la huerta salí.

Conde

¿Pues dí, pártome de tí,
y tanta priesa me das?
¿qué es esto, Celia, qué es esto,
hay alguna novedad?
mi bien, ya es mucha crueldad.

Duquesa.

Huye por Dios, huye presto:
temo que te hallen aquí
y te maten á mis ojos,
para que en ver tus despojos
me maten sin hierro á mí.
Que como claro se infiere
que el hijo que no ha nacido,
muere en el vientre escondido,
si acaso la madre muere;
asi matando tu vida,
quedará el cuerpo deshecho
de la que tengo en mi pecho,
y morirán de una herida.
Vete con Dios, que yo espero
librarte con este brazo.

Conde.

Pues dame el postrer abrazo.

Duquesa

Toma el abrazo postrero.
Digo postrero, esta vez,
que despues de la partida
seré tu esposa.

Conde.

Eso pida
el alma, que es el juez
Mira que solo te encargo
que si á dicha me olvidares,
y otro nuevo amor tomares,
en este destierro largo,
como el Príncipe no sea,
sea cualquier caballero.

Duquesa.

¿Eso pides?

Conde.

Eso quiero:

así yo vuelva y te vea.

Duquesa.

Esa palabra te doy,

y esta cadena.

Conde.

Este anillo

te doy pues.

Duquesa.

Con recebillo

soy tu esposa, y viuda soy.

Conde.

A Dios.

Duquesa.

Vete por detrás

deste cercado.

Teodora.

A Dios, Conde.

Conde.

Teodora, á Dios: voyme.

Teodora.

¿Adónde?

Conde.

Donde no parezca mas. *Vase.*

Teodora.

Enternecida me dejas.

Duquesa.

¡Ah tiempo mudable y vario!

es en valde y necesario

formar de tu agravio quejas.

¿Qué triste suceso ha sido

el que mi bien ha quitado?

siempre el mas determinado

llora mas arrepentido.

ESCENA VII.

Decoracion de Salon.

El Principe y Valerio, y Arselo y Galo, soldados.

Principe.

En todo voy siguiendo tu consejo,
que este Conde, Valerio, es atrevido;
y asi será muy cierto que á deshora,
disimulado bien venga á hablarla,
donde podrá venir á nuestras manos,
y al pago que merece su locura.

Valerio.

Dado un pregon que mandas en la Corte,
que quien te diere preso al Conde Próspero,
le darás otro tanto como él tiene,
título, hacienda, villas y lugares,
por loco se tendrá el que no lo diere.
Pero para saber si acaso escribe
á Celia, y la Duquesa le responde,
es bien que pongas á los muros guardas;
y en todas las que tienes escogidas,
de Arselo y Gàlo, que presentes tienes,
puedes hacer tan justa confianza,
como merecen dos soldados tales,
hidalgos, belicosos y valientes.

Galo.

Por tu valor, Valerio valeroso,
que siempre á tus hechuras favoreces,
pónganos do quisiere nuestro Principe,
que ni el pesado sueño de la noche,
ni aun otras mil prolijas circunstancias
divertirán un poco nuestros ánimos.

Arselo.

Yo creo, gran señor, del buen deseo
con que en aqueste caso te servimos,
que ha de llegar á colmo tu esperanza.

Principe.

Mas que esto fio yo del valor vuestro,
y la paga de todo es á mi cargo.

ESCENA VIII.

El Principe y Valerio.

Principe.

¿Qué te parece, Valerio?

Valerio.

Que si esto adelante pasa,
será de Celía la casa
recogido monasterio.

Principe.

¿Pues por qué no ha de pasar?

Valerio.

Porque llevo un presupuesto,
que al Conde hallarás muy presto,
en quien te puedes vengar.

Principe.

¿Qué dices de la Duquesa?

Valerio.

Que disimula tan bien
el querer al Conde bien,
que creo que no le pesa.

Principe.

Mi padre viene.

Valerio.

Sospecho
que ya tu negocio sabe.

Principe.

Que me riña, ó que me alabe,
yo pongo al peligro el pecho.

ESCENA IX.

Dichos, el Rey y Rufino.

Rey

¿Qué es esto, qué han pregonado?
¿con qué alborotas mi Corte?

Principe.

Cuando á tu valor importe,
habré por ventura errado.

Rey.

¿A mi valor puede ser
matar á Próspero?

Principe.

Escucha;
que es mucha la culpa.

Rey.

Mucha,
¿mucha amar á una muger?

Principe.

¿Quién pudo haberte informado
que tal maldad te contó?

Rey.

Salte allá fuera.

Principe.

Eso no,
mientras estás enojado.

Rey.

Salte allá fuera.

Principe.

Paciencia;
iréme por no enojarte.

Rufino.

Bien haces en apartarte
agora de su presencia.

Principe.

Iréme desesperado,
por dar gusto á tu rigor,
del mundo.

Rufino.

Calla, Señor;
que es padre, al fin, aunque airado.

ESCENA X.

El Rey, Rufino, y despues un Page.

Rey.

¡O mozo mal advertido,
loco, vano, mal mirado,
á todos los vicios dado,
á ningun bien recogido!
¿Con qué acuerdo, ó qué consejo
hace á un hombre tantos daños,
cuyo padre muchos años
me ha servido mozo y viejo?

Sale un Page.

Señor, aquí está una dama
que quiere hablarte.

Rey.

¿Quién es?

Page.

Podráslo saber despues,
muger del Conde se llama.

Rey.

¿Del Condé?

Page.

Si, mi Señor,

así lo dice, y cubierta,
pide para entrar la puerta.

Rey.

¿Sola?

Page.

Sola.

Rufino.

Grande amor.

Rey.

Dí que entre. *Vase el Page.*

Rufino.

¿Pues no sabrás
si lo merece? no sea
alguna grosera y fea.

Rey.

En gracioso estremo das.
¿Parécete que muger
del Conde Próspero acáso
ha de ser de á cada paso?

Rufino.

Yo sigo tu parecer.

ESCENA XI.

El Rey, Rufino, y entra la Duquesa.

Duquesa.

Aunque haya sido grande atrevimiento
venir, escelso Rey, á tu presencia,
mas como de muger el sentimiento
sea parte de justicia y de clemencia
que en tu pecho Real el Cielo puso,
me dieron para aquesto esta licencia.
Estarás espantado, y aun confuso,
de ver que una muger, y no casada,
á semejante hazaña se dispuso;

pero si no lo estoy, estoy prendada
á peligro de fama, vida y honra,
tu hijo lo estorba, de quien soy forzada:
pues pretende ver cierta mi deshonra,
estórbale, señor, remedio mio,
pues la ocasion legítima me honra.
Yo soy hija del Conde Leonadio,
viejo, y enfermo de servirte en guerras,
al fuego indiano, y al flamenco frio.
Saben aquesto conquistadas tierras,
que tienes hoy por el, y tú lo sabes,
aunque de tu memoria lo destierras.
Amor que nunca vino en gruesas naves,
con salva ni alboroto, mas secreto,
hasta tomar del corazon las llaves,
como somos iguales en efecto,
á mí y al Conde Próspero nos puso
de matrimonio el yugo mas perfecto.
Nunca á pedirme el Duque se dispuso,
de miedo que tu hijo, como agora,
hiciese la maldad de que le acuso.

Rey.

Refrenad esas lágrimas, señora,
que para tan honrados ojos bastan,
pues siempre mueve la muger que llora.
En valde perlas tan hermosas gastan,
si ya no piensan que es de piedra el pecho,
y como tal le rinden y contrastan.
Cuanto á lo de justicia, satisfecho
estoy del Conde cierto, y de mi hijo
creo lo que encubrís, y yo sospecho.
Id norabuena, que el dolor prolijo
que agora os atormenta y apasiona,
será muy presto gloria y regocijo.
Yo guardaré del Conde la persona

de la manera que la propia mia.

Duquesa.

Guarde el cielo esa Real corona,
que en esa fé, como es razon, confia
aquesta hechura de un leal vasallo,
que te sirvió, señor, cuando podia.

ESCENA XII.

El Rey y Rufino.

Rufino.

Gentil talle.

Rey.

Gentil, y de mirallo
me pretendi guardar.

Rufino.

Dichoso el Conde,
pues solamente tiene de gozallo.

Rey.

No hay palmo desde aquesta tierra adonde
el contrapuesto mar del Occidente
la cabeza del sol baña y esconde,
que no haya andado y visto variamente;
pero jamás, Rufino amigo, he visto,
tan bellos ojos, boca, ceja y frente.

Rufino.

¿Hate agradado?

Rey.

Tanto, que resisto
á toda fuerza el daño.

Rufino.

¿Pues qué aguardas?

Rey.

Mi Reino te daré, si la conquisto.

Rufino.

¿Tan presto tanto amor?

Rey.

Ya me acobardas,
tirano amor, en ver que no han podido
romper el fuego y corazon las guardas.
Como arruinada torre me has batido,
al fin la barba cana me has ganado,
viejo en cabello fuí, mozo en sentido.
No en valde estaba el Príncipe prendado:
disculpa tiene de su mal, Rufino,
pues está tan celoso y agraviado.

Rufino.

¿En qué rayo del cielo envuelto vino
ese fuego de amor, que ya te abrasa?

Rey.

O fué tu hechizo, ó fué mi desatino.
Si es amor un espíritu que pasa
por los ojos al alma y la sujeta,
como por el cristal el sol traspasa.
Todo lo altera amor y lo quieta.

Rufino

Busca remedio, quítate de enigmas,
si es hechizo el amor, rayo ó saeta.
¿Si á tal empresa el corazon animas,
cuál ocasion, dí, siendo Rey te altera?

Rey.

Poco el valor de la Duquesa estimas.
Si el Príncipe, mi hijo, que pudiera
con gentileza y años juveniles,
obligarla que al Conde aborreciera,
es desdichado entre personas viles,
¿un pobre viejo como yo, qué presta?

Rufino.

Ulises era astuto, y fuerte Achiles.

No impidas, Rey, tu voluntad dispuesta,
y haz buscar al Conde, y dale muerte,
pues está tu ventura en eso puesta.
Y habiéndole hallado desta suerte,
teniendo preso al Conde por libralle,
se rendirá la fortaleza fuerte.

Rey.

Bien dices, yo pretendo hacer buscalle,
que por su libertad será la mia,
y al Príncipe podemos engañalle.

Rufino.

De tu valor y de tu ingenio fia.

Rey.

En eso solo mi remedio dejo,
vamos, que luego que se acabe el dia,
en achaque de ver al Duque viejo,
cual su largo servicio merecia,
veré de aquestos ojos el espejo.

ESCENA XIII.

Decoracion de Bosque inmediato a un Molino.

El Conde Próspero, como labrador.

Conde.

Fortuna, jamás cansada,
de mudar la humana vida,
que dando no diste nada,
porque es tu gloria fingida,
y tu firmeza prestada;
¿dónde por estos desiertos
guias mis pasos inciertos,
tan cerca ya de perdidos
que llevo por los oidos
ya los pensamientos muertos?

Muerto voy, porque el traidor
que me vá siguiendo es fuerte,
y vivo por el temor
de la vida y de la muerte,
que no sé cual es mayor.
La muerte no la deseo,
porque no goce quien creo
que es la vida que he perdido,
ni la vida porque ha sido
el peligro en que me veo.
Mas la muerte ha de vencer,
que segun seré buscado
de tanta fuerza y poder,
no hay desierto ni poblado
donde me pueda esconder.
Huyendo de mi linage,
sin caballo ni sin page
vengo, quiero que se queden,
por ver si esconderme pueden
este bosque y este trage.
Que lejos de la ciudad
sé yo que me ván buscando,
y con mas seguridad,
aquí viviré llorando
mi muerte y mi soledad.
Desde esta orilla del rio,
si del bosque me desvío,
mis ojos contemplarán
donde los tuyos están,
Celia hermosa, cielo mio.
Desde aquí, siquiera el viento
me traerá nuevas de tí,
y podrá mi pensamiento
ir al lugar que perdí
con mas fácil movimiento.

Aquí sobre esta cayada,
el alma triste y cansada
quiero descansar, si el peso
del pesar en ella impreso
sufrirá sin ser quebrada.
Sed cayada, fuerte palma;
pero probemos los dos
á tener en una calma
cuerpo y alma, el cuerpo vos,
y vos, mientras vive, el alma.

ESCENA XIV.

Dicho, y salen como del molino, Laura, hija del molinero, tras Melampo, mozo del molino, tirándole salvado.

Laura.

Aguárdame, burlador.

Melampo.

Si me alcanzas.

Laura.

Alcanzarte
fuera lícito á mi honor,
que segun leyes de amor
ventaja pudiera darte.
Porque venciera á Atalanta,
y á la Amazona que espanta,
pues por los trigos corria,
y en las espigas ponia
de una en otra la planta.
¿Qué hace aquel labrador
sobre la cayada echado?
¡ola, qué digo, señor!
¡qué lleno está de cuidado,
y qué falto de color!

Sin duda al molino vino
de algun pueblo convecino,
y yo no le he visto entrar;
mas quiérole despertar,
desta vez me determino. (1)

Conde.

Que me ahogo, santo cielo,
socorro, ayuda, favor.

Laura

No tengais deso recelo,
despertad, buen labrador,
bajad los ojos al suelo.

Conde.

¿Y sois vos quien me ha burlado?

Laura.

Sacudios el salvado,
y vereis quien os burló.

Conde.

Si esa mano me tiró,
salvo estoy de mi cuidado.

Laura

En salvado os ahogais,
cochino debeis de ser.

Conde.

Mejor direis en placer,
que el mucho que en veros dais
á todos puede esceder;
que á tanto bien es estrecho
el aposento del pecho.

Laura.

Sacudios el salvado.

Conde.

Conviéneme estar manchado

---

(1) *Echale un puñado de harina y salvado.*

de la mano que lo ha hecho;

Laura.

Sacudios.

Conde.

Bien estoy,
que yo sé que desta suerte
mas desconocído voy.

Laura.

¿ De quién ?

Conde.

De la misma muerte;
pues ya de la vida soy.
Que esta señal conocida
es vuestra, que es de la vida
que me habeis dado con veros.

Laura.

Mas señal de molineros.

Conde.

¿ Soislo vos ?

Laura.

Y aquí nacida;

Conde.

¿ Sois hija del dueño ?

Laura.

No,
el dueño es mas ancho y largo;
empero soy hija yo
del que lo tiene á su cargo,
y por un año arrendó.
El dueño es dueño de brio:
son del Duque Leonadio,
y de Celia la Duquesa,
desde el bosque hasta la presa;

Conde.

Son del mismo dueño mio.

¡ Qué buen dueño, y qué divino!
no en valde el alma me inclina
á seguir este camino.

Laura.

A verme vuelvo la harina,
¿ qué mandas pera el molino?

Conde.

Esperad.

Laura.

¿ Qué me quereis?

Conde

Que una razon me escucheis,
pues me tirasteis salvado.

Laura

Si haré, si habeis despertado
del cuidado que teneis.

Conde.

Grande hierro hubiera sido,
aunque una noche de enojos
ha de dormir el sentido,
habiendo ya el sol salido,
que salió con vuestros ojos.
Despierto estoy, y contento
de que una noche que os cuento
soñaba que me ahogaba,
en un mar que navegaba
donde toda el agua es viento;
y que cuando desperté
al favor de vuestra mano,
puerto próspero tomé.

Laura.

Mucho heblais de cortesano.

Conde

Nunca en ella puse el pie.
¿ Vuestro padre tiene aquí

alguien que le sirva?

Laura.

Si.

Conde.

¿Cuántos?

Laura.

Dos mozos tenia,
pero fuese el otro dia
el uno á casarse.

Conde.

Así.

Laura.

Y por mi mal.

Conde.

¿De qué suerte?

Laura.

Porque por dalle mi vida,
gustó de darme la muerte;
el mas firme amor se olvida,
no hay cosa en el mundo fuerte.

Conde.

¿Pensastes casar con él?

Laura.

Penselo.

Conde.

¡Ay suerte cruel!
moza ha habido en mi lugar
con quien me pensé casar.

Laura.

No hay esperanza fiel.
¿Pues quedó por ella?

Conde.

No,
sino que otro mayoral
mas rico, me la quitó.

Laura.

¿Y ese llamais mucho mal
si á pura fuerza os dejó?
¡Ay de quien sufre sin ella!

Conde.

Por Dios, molinera bella,
que yo no le lloraria.

Laura.

Ya no estoy como solia:
como eso el tiempo atropella.
ya me alegro, taño y canto;
ya no lloro, ni estoy triste,
ni de memorias me espanto,
que mal el daño resiste,
la pura fuerza del llanto.
¿No me viste cual retozo,
con el uno y otro mozo
tirándoles el salvado?
aunque lo busco prestado,
doy muestras de risa y gozo.

Conde.

Mucho sabe una muger,
por mas liviana que sea,
en materia de querer.

Laura.

¿Qué dices?

Conde.

Que no eres fea,
y que has de hacerme un placer.

Laura.

¿En qué?

Conde.

En decirme tu nombre;

Laura.

Todo el nombre, y sobrenombre

se encierra en Laura no mas.

Conde.

Firme nombre.

Laura.

Y que jamas

halló verdadero un hombre.

Conde.

Yo sé que si me quisieras,
el mas verdadero hallaras;
y porque hablemos de veras,
y sepa que en almas claras
hay palabras verdaderas,
en lugar del que se fué
á tu padre serviré, *ap.*
y te daré el alma á tí.

Laura.

De los dos te doy un si
por galardon de tu fé:
si á mi padre servir quieres,
yo haré que te dé el partido
que tú mismo le pidieres.

Conde.

Ese perdon, ó otro pído.

Laura.

¿Burlas?

Conde.

Bueno.

Laura

¿De adónde eres?

Conde.

De aquí soy, de Belmirar,
aunque ya solo soy tuyo.

Laura.

Conozco bien el lugar.

Conde.

Conocerán lo que es suyo,
los que me quíeren matar.

Laura.

¿Quién te busca?

Conde.

Esos tus ojos
me buscan el corazon,
y conozco que es razon,
que los que me dan enojos,
señora; tus ojos son.

Laura

Digo que me mueve á risa.

Conde.

Huyo de dalle ocasion
á quien anda en mi pesquisa;
porque ya el alma me avisa
que me miran á traicion.

Laura.

¿Hablas conmigo?

Conde.

¿Pues no?

Laura

Ahora bien, quiero llevarte:
¿cómo te llamas?

Conde.

¿Quién? ¿yo?
del Martes tengo harta parte,
que sus desdichas me dió.

Laura

¿Pues qué, llamase Martin?

Conde.

El mismo nombre.

Laura.

Y en fin

¿ quieres servir ?

Conde.

Y tan fiel
como Jacob por Ràquel,
sino se me muda al fin.

Laura.

No estoy de creerte un dedo;
pero ven, que ya de amor
es mensagero este miedo.

Conde.

De mi bien dirás mejor.
sí en este molino quedo. (1)
¡ Ay locura mas notable !
permite el Cielo que hable,
en tal punto al molinero,
que me acoja adonde espero,
vida y muerte saludable.
Que aquí la harina y vestido
se yo que me han de tener,
de tal manera escondido,
que pueda hablar y ver,
á los que me han perseguido.
A Celia veré tambien
cuando las cosas estén
en punto menos mortal,
que sin ella todo es mal,
y con ella todo es bien.

(1) *Vase Laura.*

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Casa de un Molino.

Melampo, mozo del Molino; y otro Molinero desposado.

Desposado.

¿Qué es posible que ha llegado
á tanto estremo con él?

Melampo.

Digo que pierde por él
el sentido enamorado.

Desposado.

¿Tan presto puso en olvido
lo que me quiso?

Melampo.

Es muger,
sabe amar y aborrecer.

Desposado.

Bastante causa ha tenido;
que en efecto á su pesar
con Dalisa me casé,
y aquesta ocasion le fué
para poderme olvidar.
Ella amó desesperada,
no debo ponelle culpa.

Melampo.

Bien le basta la disculpa
de ser por otro olvidada.
Mas conmigo no la tiene,
mas con tu ausencia debia

agradecer la fé mia,
y no á quien se la mantiene;
que dos años la he querido,
aborrecido por tí,
y era bien quererme á mí,
y no á un hombre de hoy venido;
Pero al fin tu ingratitud,
teniéndola mas ahora,
ha venido á que le adora
á costa de mi salud.

Desposado.

¿Cuánto ha que está en el Molino?

Melampo.

Poco mas habrá pasado
de un dia que en casa ha entrado;
y á darme la muerte vino.

Desposado.

¿Cómo se llama?

Melampo.

Martin.

Desposado.

¿De dónde es?

Melampo.

De Belmirar.

Desposado.

¿Buen talle?

Melampo.

El que basta á dar
á mi vida amargo fin
El que pudiere dar celos,
no digo entre labradores,
pero entre aquellos señores
que compiten con los Cielos.
Debajo de aquel sayal,
es un hombre tan bien hecho,

que algunas veces sospecho
que es persona principal.
Buen rostro, gran cortesía,
gran músico de vihuela;
pues danza como en escuela,
todo para envidia mia.
Tira la barra una legua,
que no hay señal que no borre,
y si alguna yegua corre,
parece viento la yegua.
Tiené fuerza como un toro,
ligereza como cabra,
y gracia, que no hay palabra
que no parezca de oro:
cuando aquesto considero,
yo propio á Laura disculpo.

Desposado

Si él es tal, yo no le culpo,
que hombre soy, y bien le quiero;
y si por sola la fama
se deja de hombres querer,
yo disculpo á la muger
que por sus obras le ama.
Ten, Melampo, sufrimiento;
pues te deja por quien vale
mas que tú

Melampo.

No hay mal que iguale
á mi envidioso tormento.
Consuelo pudiera ser
que por otro me dejára,
donde mas partes hallára
y mas dignas de querer:
si la envidia no me hiciera
tanta guerra en el sentido.

ESCENA II.

Dichos y Leridano, Molinero viejo.

Viejo.
¿Qué ya Tamiro es venido?
Desposado.
Leridano es este, espera:
no te vayas.
Viejo
O galan,
vengais muy enhorabuena.
Desposado.
O nuesamo.
Viejo.
Con gran pena
todos los de casa estan;
que ha un mes que de tí no saben;
al fin, como hombre casado,
tus amos has olvidado,
de agradecido te alaben.
¿Cómo te vá con tu esposa?
Desposado
Bien, nuesamo, á su servicio.
Viejo.
¿Es el holgar buen oficio?
Desposado.
Un mes es cosa forzosa;
y no me olvido de vos,
que un costal os he traido
de aceituna.
Viejo
¿Hasla cogido?
Desposado.
Es del dote.

Viejo.

Bien par Dios.

Desposado.

Y otro de buena bellota.

Viejo.

Buena tu ventura sea;
haz porque Laura te vea
con sombrero y marquesota.

ESCENA III.

Dichos y Laura.

Melampo.

Ya sale, no hay que aguardar.

Desposado.

Laura mia.

Laura.

Teute afuera.

Viejo

De verte galán se altera.

Desposado

¿No me quieres abrazar?

Laura

¿Yo abrazar hombres casados?

Viejo.

Ea, muchacha

Despasado.

¿Qué, no estoy
mas seguro? pues lo soy,
olvida enojos pasados.
Que con llaneza te quiero,
y dos cantarillas llenas
de arrope y de berengenas
te traigo, y un queso entero.

Laura.

¿Al fin, qué te he de abrazar? (1)
ay, mala rábia te dé.

Desposado.

Abrázame, que yo sé
cuando te pude apretar.

ESCENA IV.

Dichos, y sale el Conde y los vé abrazados.

Conde.

Eso si, bendigaos Dios,
dadle la recien venida.

Melampo.

Quien bien ama, tarde olvida.

Conde.

Bien se dirá por los dos.

Desposado.

¿Es este acáso Martin
el mozo nuevo?

Conde.

Yo soy.

Desposado.

Aficionado os estoy.

Conde.

Soy belloso como espin.

Desposado.

Buen tallazo.

Conde.

Razonable.
Bien levanto un buen costal:
¿quéreis tirarme un real,
ó alguno que por vos hable?

---

(1) *Abrázanse.*

Dos pies os doy de ventaja
con barra ó piedra.

Desposado

No ha un mes
que á vos os diera yo tres:
ya no levanto una paja.

Conde.

Cuanto os heis deteriorado
en un mes de casamiento.

Desposado

No es mucho, son mas de ciento
los cuidados de este estado.

Viejo

Ahora bien, Martin, dejemos
las pláticas escusadas:
las sacas están cargadas.

Conde.

Seis en tres machos tenemos:
¿para quién decís que son?

Viejo.

Para Celia la Duquesa.

Conde.

De ir á la Corte me pesa
en esta buena ocasion.
¿Y tengo mas que hacer
que ponellas en su casa?

Viejo

No mas: hijos, ya se pasa
hora y tiempo de comer.
Melampo, corre á decir
que tengan la mesa puesta.

Melampo.

Haced á Tamiro fiesta. *Vase.*

Viejo

Nunca dejeis de gruñir.

Vamos, Tamiro, que quiero
hablarte despacio.

Desposado.

Vamos.

ESCENA V.

El Conde y Laura.

Laura

¿Qué tenemos? ¿cómo estamos?

Conde.

Voyme.

Laura.

Espera.

Conde.

Desespero.

Laura

Vuelve, Martin, esos ojos,
que son la luz de los mios.

Conde.

Mejor dijeras dos rios
que han de llorar mis enojos.

Laura

Sin causa te has enojado.

Conde.

Dios sabe la que he tenido.
pues á un hombre que has querido
entre tus brazos he hallado.
Ya vengo á esperimentar,
aunque es con tan caro aviso,
que lo que un tiempo se quiso,
tarde se viene á olvidar.

Laura

Deja, mi bien, de quejarte

dese fingido favor,
que solo ha sido su amor
ensayo para adorarte
¿Piensas tú que le abracé
de mi propia voluntad?

Conde.

¿Qué obligó á tu honestidad?

Laura.

Mi padre.

Conde.

¿Tu padre fué?

Laura

¿No vés que me lo mandó?

Conde

Tú pudieras escusallo,
al fin quisiste abrazallo;
no importa, páguelo yo.
Siempre quereis las mugeres
á quien os deja y desprecia.

Laura.

No soy tan blanda, aunque nécia.

Conde.

Yo sé bien, Laura, quien eres:
que sin duda que te asió
con móntera y sayo nuevo.

Laura

¿Por esas cosas me muevo?
debo de ser niña yo.
Mas me agrada tu capote
lleno de harina y salvado,
que su sayo agironado
de damasco y chamelote.
Pégame toda esa harina
en aquéste pecho y brazos,
mi alma, con dos abrazos.

Conde.

Gracia tienes peregrina. *Abrázanse.*
¡Ah, Celia, si aquesto vieras,
á qué risa te incitara!

Laura.

¿Aun no me vuelves la cara?
¿Luego enójaste de veras?

Conde.

Estoy muy súcio y trocado,
otro dia me verás
mas limpio, y me abrazarás,
si acaso vengo enfadado.

Laura.

Segun yo tengo ventura
en amar quien me aborrezca,
¿quién duda que me acontezca
otra mayor desventura?
¿quién duda que me suceda
lo que temo y adevino?
pues ya tiene en mi molino
fortuna puesta su rueda.
Cásate, ingrato, en buen hora;
que aunque es malo para mí,
ya de una vez aprendí,
lo que he de llorar agora.
Ya viuda de dos maridos
soy primero que casada.

Conde.

¡O molinera pesada, *ap.*
para moler los sentidos,
si ya me dejases ir
á ver á Celia, mi bien!
pero cesa mi desdén,
porque me deje partir.
Ea, mi Laura, no haya mas;

no llores, cesen enojos,
no falte el sol en tus ojos
con cuya luz me la das.
Mira que estoy de partida,
no te quedes enojada.

Laura

Mi bien, en lo que te agrada
está mi muerte ó mi vida.
No me digas mas de un hombre,
de quien la muerte deseo,
que huyo desque le veo,
y blasfemo de su nombre.
Como no muele el molino
con el agua que pasó,
así el amor que olvidó
no vuelve al mismo camino.
Tuya soy, ya soy mas diestra,
pues amé á quien olvidase,
para que cuando te amase
fuese en amarte maestra.

Conde.

Mi Laura, todo lo creo,
vete, porque estoy de prisa;
pues ya de mi fé te avisa
la fuerza de mi deseo.
Dime, ¿qué te he de traer
de la Corte?

Laura.

¿Qué te vas?

Conde

Bien ves que no puedo mas,
y que luego he de volver.
Voy á llevar esta harina
á casa de la Duquesa.

Laura.

Nunca de mandarte cesa
mi padre.

Conde

Bien adivina;
Si de mi servicio piensa
que has de ser el galardon.

Laura

Hame dado el corazon,
que te vas para mi ofensa.

Conde.

¿Cómo?

Laura.

Que alguna muger
te lleva con tanta prisa.

Conde.

Bien el corazon te avisa,
que la voy, mi vida, á ver;
que la Duquesa me llama,
á quien esta harina llevo.

Laura

¿Y qué milagro tan nuevo,
Martin, que el alma te mueva?
Dícenme que es muy hermosa;
haz, si mi bien me deseas,
de suerte que no la veas.

Conde.

No me faltaba otra cosa:
voyme, que están ya cargados
los tres machos y el rocin.

Laura.

Pues no la mires, Martin;
lleva los ojos vendados.

Conde.

Bien ciegos de harina van,

aunque todo es menester,
que no me han de conocer
ciertos hombres que allí están.
¿Qué te traeré?

Laura

En duda estoy;
traeme un polido botin.

Conde.

A Dios, Laura

Laura.

A Dios, Martin.

Conde

¡Mi Celia, que á verte voy!

ESCENA VI.

Decoracion de Quinta en un Bosque.

El Principe y Valerio.

Principe.

El Conde, en fin, Valerio, no parece;
y este es de todos el mayor engaño,
pues la ocasion y el tiempo me le ofrece,
para alivio y remedio de mi daño.

Valerio

Puesto que amor las almas enloquece,
y tiene con la muerte desengaño,
es entre gente sábia preferida,
á sus mayores gustos honra y vida.
Es Próspero discreto, como sabes,
y creeme que ha puesto en salvo el pecho;
por tierra en postas, y por agua en naves;
y es buscalle intentallo sin provecho;
y asi es mejor que con industria acabes,
lo que no pueden fuerzas ni derecho,

y en ver que has admitido mi consejo,
te juzgo en pocos años cuerdo y viejo.
Venga el Conde fingido, y por la puerta
de Celia pase con sus guardas preso:
que si aquesta prision tiene por cierta,
no hay duda que de pena pierda el seso.
Y como á veces el rigor concierta
lo mas dificultoso de un suceso,
finge matarle, que si bien le quiere,
por velle libre hará cuanto pudiere.
Y por ventura, que es muger, podria,
(viéndole muerto, pues creerá su muerte)
trocar por esperanza tan valdía
la posesion de amarte y de quererte.

Principe.

Bien haya aquel que sus secretos fia
del hombre sábio, pues acerba suerte
y estrella rigurosa mudar sabe
con la esperiencia y ciencia que en él cabe.
Es tiempo ya, que aquel balcon de enfrente
reciba luz con sus divinos ojos,
como las rojas luces del Oriente,
del claro sol con sus cabellos rojos.

Valerio.

Pareceme que si

Principe.

Llama esta gente
con el Conde fingido y sus despojos,
que sus pasos y estrépitos feroces
á la puerta de Celia darán voces.

Valerio

Ya vienen, como mandas, porque al punto
los tuve, gran señor, apercibidos.

Principe

Pues pase cada cual al Conde junto

los cabos de las mechas encendidos.

Valerio.

Verás del Conde Próspero un trasunto,
y los soldados todos prevenidos,
no menos que de hoy entre dos luces,
de picas, y alabardas y arcabuces.

Soldado.

Pase adelante el escuadron formado, (1)
y téngase gran cuenta con el preso.

Principe

Hase hecho muy bien, Valerio amado,
quédate á ver el fin deste suceso;
¿dónde está mi caballo?

Valerio

Queda atado
en una encina de este bosque espeso.

Soldado.

A la puerta de Celia nos paremos,
que es orden que del Príncipe traemos. (2)

ESCENA VII.

Dichos, y sale á la ventana la Duquesa y su criada.

Teodora.

Llega, señora, llega por tu vida.
verás un escuadron de gente armada;

Duquesa

Ya vengo del temor descolorida,
y sobre el corazon la sangre helada:
¿qué gente es esta de crueldad vestida?

---

(1) *Pasen como soldados los que pudiesen con un hombre embozado.*

(2) *Páranse con el preso á la puerta de la Quinta.*

Teodora.

Un preso llevan.

Duquesa.

¡Ay, Teodora amada!
¡si es el Conde!

Teodora.

¿Qué dices?

Duquesa

Que sospecho,
bien cierto que es el Conde.

Soldado.

Bien se ha hecho. (1)

ESCENA VIII.

La Duquesa y Valerio.

Duquesa.

¡Ah señor caballero!

Valerio.

¿Soy en algo
á vuestra señoría de provecho?

Duquesa.

Que me espereis os ruego, si algo valgo,
por ser quien soy, en vuestro honrado pecho;

Valerio.

Que me place, señora

Duquesa.

Pues ya salgo. (2)

Valerio.

Basta, que tiene el corazon estrecho,
á hablarme baja; y de su pena infiero,
que piensa que es el Conde verdadero.

---

(1) *Vanse todos.*

(2) *Quitanse de la ventana.*

Duquesa.
¿Valerio dices que fué? (1)
Teodora.
Valerio me pareció.
Valerio.
Ese fuí, señora, yo,
y el que en la reja os hablé;
y pues creo que estimais
al Príncipe mi señor,
tanto porque os tiene amor,
como porque vos le amais;
y que os habeis de holgar
de lo que gusto recibe,
nuevas os doy que ya vive
con placer y sin pesar.
Duquesa.
¿De qué suerte?
Valerio.
Este que veis
llevar al justo castigo,
es el Conde su enemigo,
cuyo delito sabeis.
Este es aquel Conde falso,
que os parece verdadero,
á quien presto ver espero
en un alto cadalso.
Este es aquel embaidor,
que en la Corte se alababa
de que os hablaba y trataba,
con mas palabras que amor.
Este es aquel que muriendo
dará vida á vuestra honra;
por cuya lengua y deshonra

(1) *Salen la Duquesa y Teodora.*

murió, señora, viviendo.
De quien ves que le atropella
fué preso en la propia raya,
atado el caballo á una haya,
y él durmiendo al tronco della;
Y un pedreñal y una espada
le quitaron que traia,
con que dispierto podia
defenderse poco, ó nada.
Que es en estremo cobarde,
y asi viene como veis,
donde vivir le vereis
hasta mañana en la tarde.
Ved si otra cosa mandais,
que en este bosque he dejado
al Príncipe descuidado,
de lo que escuchando estais.
Y voy á pedille albricias
del buen suceso

Duquesa.

Es razon;
y que sea el galardon
mayor que tú lo codicias.
Ve, Valerio, en hora buena:
el Cielo aumente tu bien.

Valerio.

Los Cielos, Celia, te den
mas gloria que al Conde pena.

ESCENA IX.

Decoracion de Sala en la Quinta.

La Duquesa y Teodora.

Duquesa.

Si no me fuera forzoso

disímular mi tormento,
hiciera mi pensamíento
algun efecto furioso.
Y fuera que con mis manos,
á aqueste vil mensagero
diera la muerte primero,
y despues á los tiranos.
Que con una espada sola,
y la furia de mi pecho,
híciera, Teodora, un hecho
de verdadera española.
Que corazon tengo yo
con que el preso les quitára,
aunque el mundo lo estorvára,
y esto por....

Teodora.

Aquesto no,
no te lleve la locura
dese amor desesperedo,
á que tanto bien guardado,
se pierda por desventura.
¿No te acuerdas que en palacío;
y aun aquí viniendo á verte
dijo el Rey, que poseerte
el Conde con mucho espacio
tenia?

Duquesa.

Dices muy bien,
escusado es el temor,
el Rey me ha cobrado amor,
y aun me desea tambien;
yo sé que reino en su pecho,
y que el Conde está seguro.

ESCENA X.

Dichos, y entra el Conde de molinero, deteniendolo Arselo y Galo.

Conde.
Déjame entrar, que yo juro
que en casa soy de provecho.
Duquesa.
¿Qué es aquesto?
Arselo.
Este villano,
que se burla con nosotros.
Duquesa.
¿Y sois las guardas vosotros
dese Príncipe tirano?
Arselo.
Los dos somos sus criados.
Duquesa.
¿Pues qué teneis que mirar?
Galo.
Los que aquí quieren entrar
públicos y arrebozados
Duquesa.
Eso yo no lo sabia
hasta que hoy me lo dijeron,
los que probaron y vieron
vuestra grande alevosia
Que á saberlo, yo hiciera
que los dos fuerades guardas,
con las picas y alabardas,
de alguna infame ramera;
volved á quien os envia,
que os haré cortar las piernas.

Conde.

¿Tú, señora, no gobiernas
esta casa?

Duquesa

Si, que es mia.

Conde

Como á cualquiera que viene
con tanta curiosidad,
como á puerta de ciudad,
le exáminan lo que tiene.
Que las manos me han metido
en las alforjas y el pecho;
¿el Príncipe que te ha hecho
miéntras que no es tu marido?

Duquesa.

No dice mal el villano.

Arselo

De le haber exáminado,
él miente, que no ha llegado
á su ropa nuestra mano.
Y pues sabes la intencion
con que esta puerta guardamos,
no te espantes que tengamos
con todo cuenta y razon;
que el Principe no pretende
enojarte, mas honrarte,
buscando en aquesta parte
quien te deshonra y ofende,
que es el Conde, que podria
con este mismo villano,
escribirte de su mano.

Conde.

Mejor direis de la mia: *ap.*
en eso debe de estar.

Duquesa.

Si eso andais por inquirir,
desde luego os podreis ir,
que no teneis que buscar.

Galo.

¿ Cómo asi ?

Duquesa.

Porque no ha una hora
que ha pasado por aquí
preso.

Conde.

¿ Preso ?

Duquesa.

Yo le ví.

Conde.

El Conde preso, ¿ señora ?

Arselo

Vamos de aquí, ¿ qué aguardamos
á pedir albricias desto ?

Galo.

Dichoso el que se le ha puesto
en las manos vivo.

Arselo.

Vamos.

ESCENA XI.

Dichos menos Arselo y Galo.

Conde.

¿ Dijistelo por burlarte
eso de ser preso el Conde ?
Conocistelo ?

Duquesa.

Si.

Conde.

¿ Dónde ?

Duquesa.

Desta casa y de otra parte.

Conde.

Porque le tengo aficion,
me dí si fué verdadera
su prision.

Duquesa.

Si no lo fuera,
fuera burla mi pasion;
ahora le llevan preso
un escuadron de soldados.

Conde

O van todos engañados,
ó tengo perdido el seso.

Duquesa.

Yo le ví con estos ojos,
y le he llorado con ellos.

Conde.

No les des, pues son tan bellos,
por tan poca causa enojos;
que el Conde es buen caballero,
y sabrá volver por si
estando preso.

Duquesa.

¡ Ay de mí!
de su selud desespero;
y si cual tigre no he sido
en saliendo de su cueva,
cuando el cazador le lleva
el hijo recien nacido,
es que el Rey y mi aficion
me han dado palabra y fé,
que á Próspero gozaré,

aunque viviese en prision.

Conde.

El os debe de pagar
ese amor y justo oficio,
y del vuestro es gran indicio,
poneros conmigo á hablar.
Que al fin por tratar del Conde,
me habeis tratado en espreso,
de que le han llevado preso:
y que una cárcel lo esconde.
Y no despreciar mi trage,
lleno de harina y pobreza.

Duquesa

Tratar del Conde es riqueza,
para mí de gran linage.

Conde.

¿Es acaso vuestro esposo,
que hablais como su muger?

Duquesa.

Eslo el Conde, y lo ha de ser
á pesar de un envidioso.

Conde.

¿Quién es?

Duquesa.

El Príncipe, y tiene
envidia del Conde, y grande,
de ver que el Conde me mande,
y que él á servirme viene.

Conde.

¿Quereis que le mate yo,
que tengo en casa guardada
de vuestro Conde una espada?

Duquesa.

¿Quién, ó cómo te la dió?

Conde.

Estando yo en mi molino,
pasó huyendo á pie cansado,
que el caballo habia dejado
medio muerto en el camino.
Y por un vestido asi
espada y capa me dió,
y aquella noche durmió
conmigo.

Duquesa.

¿Contigo?

Conde.

Si.

Duquesa.

Grande es el dolor del miedo.

Conde.

No tengais tanto, por Dios,
pues está hablando con vos
el Conde.

Duquesa.

¿El Conde?

Conde.

Si.

Duquesa.

Quedo,
Próspero, no te alborotes:
¿eres tú?

Conde.

Yo soy, mi bien,
paso, mira que no estén
los Neblis sin capirotes.

Duquesa.

Si yo no te abrazo y toco,
no he de creer que tú eres.

Conde.

Abrázame, no te alteres,
¿qué temes?

Duquesa.

Espera un poco.

Conde.

¿Qué tienes?

Duquesa.

Fuíte á abrazar,
y dióme imaginacion
que no eres tú.

Conde.

¿Qué razon,
mi bien, te obliga á dudar?

Duquesa

¿Es tu rostro ese que veo?

Conde.

Aunque con máscara vengo
de la harina que tengo,
Próspero soy.

Duquesa.

Yo lo creo:
mi alma se determina
á darte dos mil abrazos.

Conde.

No aprietes tanto los brazos,
que te pegarás la harina.

Duquesa

¿Qué traes? que no te aprieto
por mucho que lo procuro.

Conde.

Traigo ya el pecho mas duro,
que está cubierto de un peto.

Duquesa.

Bien has hechó; pero díme,

¿quién es el que vá en prision?

Conde.

Engaños, señora, son
de quien tanto se lastima,
que por darte pesadumbre,
ha trazado aqueste enredo.

Duquesa.

¿Adónde estás?

Conde

Donde puedo
ver desde lejos tu lumbre.
Cual otro Leandro estoy
desde el suelo contemplando,
la torre que está alumbrando
el Sol, cuya cera soy:
por estar en lo que es tuyo,
que al fin estoy en sagrado,
tu molino me ha guardado,
que soy molinero suyo;
el que le arrienda me tiene
por su mozo en este trage.

Duquesa.

¡Qué á tanto el amor te abaje!

Conde.

¿No es buena industria?

Duquesa.

Solemne.
¿Cómo, mi bien, has sufrido
trabajo tan ordinario?

Conde

Poderoso fué el contrario,
pero el amor le ha vencido;
y es molinero el amor,
que tambien dentro del pecho
un molino tiene hecho

para moler mi dolor.
La piedra del pensamiento
con el agua de mis ojos,
moliendo trigo de enojos
hace harina de tormento.
De aquesta se cuece el pan
del dolor que me sustenta,
que cuando mas me alimenta,
es cuando menos me dan.
Y ofreciéndose ocasion
vine á verte, y me atreví;
porque estaba ya sin tí
sin fuerzas el corazon:
Un siglo há que no te veo,
y los dias que ha durado,
treinta mil años ha estado
en un enfermo el deseo;
pero al fin con la esperanza
de verte, señora, aquí,
y el estár cerca de tí,
puso á mi dolor templanza:
¿has sentido mis trabajos?

Duquesa.

Cuando es tan justo el tormento,
morir presto el sentimiento
es de pensamientos bajos.
Hélos llorado y sentido;
pero ya ligeros son,
pues que tu ausencia y prision,
ha sido todo fingido:
mas dí qué tengo de hacer;
¿iréme contigo agora?

Conde.

No, por tu vida, señora,
que será echarme á perder.

Duquesa.
¿Pues que haré?
Conde.
Disimular,
y creer que soy el preso;
pues consiste solo en eso
venirte yo á ver y hablar:
y aun seria buen engaño
que al Rey fueses muy sentida,
para pedille mi vida
libre de peligro y daño;
que asi se descuidarán,
y yo mil veces vendré,
donde esos cielos veré,
que tanta gloria me dán.
Duquesa.
Es de un ingénio discreto,
mi Próspero, la invencion,
yo lloraré tu prision,
y la reiré de secreto.
Iré al Rey, como me adviertes,
á pedir tu libertad,
y diré por la ciudad:
¿qué escuchas, qué te diviertes? (1)
Conde.
¿Qué ruido es este, Teodora?
Teodora.
¡Ay de mí, señor, que viene
el Príncipe!
Conde.
Ya no tiene
otro remedio, señora:

(1) *El Conde se ha de suspender, como que oye ruido.*

mas no me conocerá,
pues vos no me conocistes.

ESCENA XII.

Dichos, y entran el Principe y Valerio.

Principe.

Alegre mis ojos tristes
el Sol que me alumbra ya;
no os altereis, Celia hermosa,
puesto que me aborrezcais.

Teodora.

¡Ah, molinero! ¿no os vais?
¿fáltaos algo?

Conde.

Cierta cosa.

Teodora.

Pues despachad, y partíos. (1)

ESCENA XIII.

Dichos menos el Conde.

Principe.

Guerra piden vuestros ojos,
pues me miran con enojos,
habrán de llorar los mios:
¿por ventura es la ocasion
la prision del Conde?

Duquesa.

Y tanto,
que si no me acaba el llanto,
piedra he vuelto el corazon.

---

(1) *Vase el Conde, y vuelve á escuchar desde la puerta.*

Principe.

Pues preso, ¿qué honor os quita?

Duquesa.

Ver lo que el mundo dirá.

Principe.

¿Qué asi engañándome está?
á mas cólera me incita. *ap.*

Valerio.

Di que le quieres matar.

Principe

Ya, Celia, acierte ó no acierte,
al Conde daré la muerte.

Duquesa.

Y yo la sabré vengar.

Principe.

Mejor podrás estorballa
con solo hacer mi gusto.

Valerio.

Llega, y quítale el disgusto:
sola está, intenta abrazalla.

Principe.

Bien sé, mi vida, que estais
muy enojada conmigo,
porque yo soy enemigo
de un hombre á quien adorais;
pero dadme aquestos brazos,
que si me haceis este bien,
yo haré que libre os le den,
donde le deis mil abrazos.

Duquesa

Príncipe ¿qué atrevimiento
es este? suelta.

Valerio

No quieras,
que las mugeres mas fieras

tienen tierno el sentimiento.

Principe.

Temo, Valerio.

Valerio.

Porfia.

Principe.

Ea, dame aquesos brazos.

ESCENA XIV.

Dichos, y entra el Conde y pónese enmedio.

Conde.

Nunca faltan embarazos:
¿qué digo? ¡ah, señora mia!

Principe.

¿Quién es este?

Duquesa.

Un molinero
de casa ¿qué quieres? dí.

Principe

¿Qué puede quererte á tí?

Conde.

Mas que vos pretendo y quiero.

Valerio.

¡Qué rústico es el villano!

Conde.

Cuando en el macho subia
me vino á la fantasía
mi amo.

Duquesa.

¿Quién?

Conde.

Leridano:
que me mandó que os dijese
lo que denantes no pude,
porque el molino no mude

si acaso el rio creciese ;
y es, que mandeis reformar
la presa, que el agua bate :
que el rio al primer combate
se la ha querido llevar.
Esté mas firme, y no sea
causa que pierda el molino ;
porque al segundo camino
mas firme que antes la vea.
Y dice que le escribais
las hanegas y la cuenta
del trigo que acá se asienta,
porque respuesta tengais.
Que él escribirá tambien
lo que le deben allá.

Duquesa.

¿ El mayordomo no está
donde esas cuentas le dén ?
Cómo me vienen, Teodora,
con esas cuentas á mí ?

Teodora.

Este villano es asi :
¿ no le conoces, señora ?

Duquesa.

Hermano, pues que así es,
que ya en mi casa no hay gente
que os entienda y os contente,
y es la cabeza los pies :
yo, que al fin os he entendido,
la respuesta á cargo tomo,
haciendo de mayordomo
el oficio no entendido.
Y asi digo, que digais
á vuestro amo y mi casero,
que lo que él quisiere quiero,

como vos me lo mandais;
y que no tenga temor
que el rio la presa lleve,
por mas que á romperla pruebe
su creciente y su rigor:
que tiene buenos cimientos
en la fé de quien la hizo,
y que no sea espantadizo
de solos sus pensamientos.
Duerma en su cama seguro,
que la presa lo estará,
que no es vid que se caerá
marchita de roble duro.
Que yo por fiadora salgo;
andad con Dios, labrador:
y mirad que ese temor
es mas villano que hidalgo.
En lo que tira á la cuenta
cada dia escribirá,
si hay buena memoria allá,
y lo que recibe asienta.
Y con esto, andad con Dios.

Conde.

Vivas mil años, señora,
con quien te habla y mira ahora.

ESCENA XV.

Dichos, menos el Conde.

Principe.

El lo dice por los dos.
Discreto el villano anduvo;
harto bien lo ha despachado.

Duquesa.

El máyor gusto me ha dado

que èn mi vida el alma tuvo.
La gente del Duque siento,
vuestra Alteza me perdone.

Principe.

Ya, Valerio, el sol se pone;
¿qué haré?

Valerio

Ten sufrimiento.

Duquesa.

¿Mandas, señor, otra cosa?

Principe.

¿Qué os vais?

Valerio.

¿De qué estás cobarde?
asela el brazo.

Principe.

Ya es tarde.

Valerio.

¿No es muger?

Principe.

Es muy hermosa;
Y una divina hermosura
obliga á tener respeto.

Valerio.

Jamás el cobarde afecto
gozó de la coyuntura.

Principe.

Aquí mal la puede haber.

Valerio.

Poco vales para amor.

Principe.

Temo á Celia

Valerio.

Anda, señor,
que basta que sea muger.

ESCENA XVI.

Decoracion de Salon.

El Rey y Rufino.

Rey.

Yo quisiera, Rufino, no haber ido,
por no venir tan presto de su casa,
y tener por pasar la dulce gloria,
que es infierno ya en mí habiendo pasado,
que es gloria ver á Celia, y el infierno
apartarme tan presto de su vista:
¡cuán poco fué, Rufino amigo, el tiempo
que estuve contemplando su belleza!

Rufino.

El tiempo que tuviste no fué poco,
harto lugar tuviste de miralla,
y aun de poder decir tu pensamiento.

Rey.

Si no estuviera allí el Duque su padre,
aunque en presencia de su padre el Duque
no pude tanto detener los ojos,
que no la hablase y diese larga cuenta
de lo que dentro el pecho aposentaba,
que los ojos, Rufino amigo, suelen
ser lenguas del amor, cuando la lengua
está atada por medio, ó por el tiempo.

Sale un Page

Una dama, señor, en una silla,
cubierta toda de vayeta negra,
aunque el trage y edad no es de viuda,
licencia aguarda para entrar á hablarte:
si mandas, entrará.

Rey.

¡Ay, Rufino amigo!
el corazon me dice que esta es Celia
que me viene á pedir el Conde preso,
por cuya pena viste negro luto;
dile á esa dama que entre, que bien puede
enriquecer mi alma con su vista;
Rufino amigo, mucho quiere al Conde.

Rufino.

¡Estraño sentimiento es el que hace!

Rey.

¡Ah Conde venturoso, que mereces
tanta lealtad de tan hermoso pecho!
un Rey te envidia, y por tu humilde estado
trocára el suyo, y venturoso fuera;
pues la suma riqueza deste suelo
es la beldad que á Celia ha dado el cielo.

ESCENA XVII.

Dichos, y sale la Duquesa de luto.

Duquesa.

Espejo y clara luz resplandeciente
del antiguo valor de tus abuelos,
de quien eres divino descendiente;
Rey, á quien dieron los eternos cielos
el alma mas real y generosa
que cubrieron jamás humanos velos;
esta que ves, cual sombra lastimosa,
á tus pies arrojada, es por su daño
del Conde preso la viuda esposa.

Rey.

Tu funesto espectáculo es estraño,
señora Celia, necesario ha sido,
tan blancas tocas y tan negro paño,

para vencer un hombre ya rendido
á la hermosura vuestra á quien allego,
aunque sin luto, de dolor vestido?
Y cuando no estuviera yo tan ciego,
¿mi Real palabra no bastára sola
para daros al Conde libre luego?
Si en las necesidades se acrisola
el oro de la fé, y aqueste ejemplo
os hace mas romana que española,
pedid á mi valor, que os labre un templo,
sereis imagen de su altar divino,
porque os adoren como yo os contemplo.

Duquesa.

No en valde vuestro nombre es peregrino
de polo á polo, y vuestra cortesia
digna de un pecho, de adoraros digno.
¿A quién mejor el templo convenia
que á un Rey, que de mil lauros adornado,
busca la paz, y guerra aborrecia?
Preso como ladron, y maltratado
el Conde mi marido, en el castillo
con guardas tiene el Príncipe encerrado.
Y es lo peor, que su cruel cuchillo
ya dicen que amenaza su garganta;
á vos le pido, Rey, á vos me humillo.

Rey

Las piedras, cuanto mas hombres quebranta,
Duquesa, vuestro llanto, y mueve á pena,
y mas con mas razon, quien tiene tanta.
Pero decidme, ¿una amistad tan buena,
como seria daros libre al Conde,
y negando mi sangre por la agena,
merece galardon?

Duquesa.

Por vos responde

el mismo bien que pretendeis hacerme;
y el beneficio al premio corresponde.

Rey

A quien tan liberal quiere entenderme,
no es necesario declararme tanto,
yo creo que esperais favorecerme.
Vé, Rufino, al castillo, y entretanto
que el Príncipe no sabe lo que intento;
aunque á las guardas todas cause espanto;
al Conde saca libre, y al momento
á mí y á Celia nos le trae.

Rufino.

Ya parto.
Agora se descubre el fingimiento. *ap.*
De dar contento al Príncipe me aparto,
solo porque le tengas.

ESCENA XVIII.

El Rey y la Duquesa.

Duquesa.

Es tan grande,
que ya por los sentidos lo reparto.
De hoy mas, señor, tu Magestad me mande
como á esclava, que compra en este punto,
pues es razon que con tus hierros ande.

Rey.

¡Ay, Celia, que me tienes ya difunto!
no te llames esclava, sino Reina
de un Rey esclavo y de su Reino junto.
Para corona tus cabellos peina,
que en ellos reina bien, pues es tan justo
que reine en Reinos, quien en almas reina.

Duquesa.

Dispuesta estoy, señor, para tu gusto,

si al Conde me das libre.

Rey.

? En eso dudas ?

Duquesa.

Mira que das al Príncipe disgusto.

Rey.

Asi, Duquesa, á mi remedio acudas;
como te trae Rufino libre al Conde.

Duquesa.

Hablenme de placer las piedras mudas.
¡ Ah torre fuerte, que mi bien esconde,
combatida del agua que te baña!
¿ adónde le hallaré ? ¿ decid adónde ?

ESCENA XIX.

Dichos y Rufino.

Rufino.

¿ Hase visto jamás crueldad tamaña,
hase visto rigor como el presente,
en los Cristianos limites de España ?
¡ O Príncipe cruel ! ¿ quién le consiente
al Príncipe tu hijo estas crueldades,
dignas de scitas, é inhumana gente ?

Rey.

¿ Qué es aquesto, Rufino ?

Rufino.

Las maldades
del fiero Domiciano y de Celino,
mas parecen, señor, antigüedades,
Al Conde ha muerto el Príncipe.

Rey.

¡ Ah Rufino!
¿ qué me dices ?

Rufino.

Que queda el Conde muerto.

Rey.

¿Quién ha hecho tan grande desatino?

Rufino.

El Príncipe tu hijo

Rey.

¿Es cierto?

Rufino

Cierto.

Duquesa.

¡Ay misera de mi! ¿qué es lo que escucho?
salga mi alma al corazon abierto.

Rey

Tenla, que se desmaya.

Rufino.

Puede mucho,
la fuerza de un dolor.

Rey.

¡Con qué contrarios
desesperado amor, batallo, y lucho!
¡Ah hijos, á los Reyes necesarios:
y escándalo mil veces á los Reyes,
bienes costosos, males ordinarios!
Dichosos los que guardan pobres bueyes,
tristes de aquellos que vasallos guardan,
pues tienen mas rigor en otras leyes.
Pues el dolor y mi desdicha tardan
en acabar mi vida, no sospechen
que mis brazos se encogen y acobardan;
Yo buscaré remedios que aprovechen
para morir con esta propia mano
por mas que mis flaquezas lo desechen;
¿adónde tiene el Príncipe tirano
al Conde muerto, triste mensagero?

Rufino.

En la plaza del Fuerte mas cercano.
En una parte yace, el cuerpo entero;
y en otra la cabeza destroncada
sobre un tapete negro.

Duquesa.

¡ Ay triste, muero!

Rufino.

Sospechas la acompañan, y la espada,
que mas horrendo el caso pronóstica.

Duquesa.

¡ O Príncipe cruel ! ¡ ó mano airada !
¡ Ay alma hermosa ! desde el Cielo aplica
tus divinos oidos á mi llanto.

Rufino

¡ Qué gran lealtad, tu llanto significa!

Duquesa.

Aunque me cause el verte muerto, espanto,
á verte voy, porque en tu sangre envuelta,
mejor pida justicia al Cielo santo.

Rey.

Tenla.

Rufino.

Espera, señora.

Rey.

Tenla.

Duquesa.

Suelta:
Justicia, Cielos, contra el inhumano. *Vase.*

Rufino.

En no aguardar razon está resuelta.

Rey.

¿ Qué no la detuvieras ?

Rufino.

Fuera en vano,

que vá furiosa.

Rey.

¡Ah hijo inobediente,
abrase un rayo tu enemiga mano!
Yo no sé que me haga, ó como intente
remedio ya para mi mal, Rufino,
y para el alboroto de mi gente.

Rufino

Para todo, señor, habrá camino;
mas oye un poco, que tu hijo viene.

Rey.

Haria, si le viese, un desatino.

ESCENA XX.

Dichos y el Principe.

Principe.

¿Es verdad, mi señor, que tú mandabas
que soltasen al Conde libremente?

Rey.

A mis ojos pareces, fiero ¡barbaro!
Quitate de mis ojos, mal nacido,
incapaz de llamarte hijo mio,
Pues mira que te aviso, y te prometo;
que si estás en la Corte, y á mis ojos,
que la muerte que al Conde dar hiciste,
has de pagar con otra, y no con menos;
y agradece que luego no lo hago;
vamos, Rufino, deja ese cobarde. (1)

Principe

Yo cumpliré, señor, tu mandamiento.

Rufino

Calla, señor, que es cólera de padre;

---

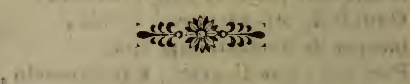
(1) *Vase el Rey solo.*

mañana estará blando y amoroso:
no te ausentes, sosiégate.

Principe.

No puedo. *Vase Rufino.*

Determinado estoy, pues cielo y suelo,
amor mi padre, Celia y, mi fortuna
son contra mi, y procuran mi tormento:
de no hacer resistencia, ni pedirles
el daño que me causan todos juntos:
iréme de la Corte, y aun del mundo,
donde jamás las nuevas de mi muerte
puedan venirte, padre, pues la vida,
dejando á Celia, dejo ya perdida.



ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Bosque.

El Principe solo.

Principe.

El Cielo está cansado de sufrirme,
y yo de ir contra él no estoy cansado;
mi padre, reino, y Celia me han dejado,
y yo no puedo dellos eximírme
Mi pensamiento veo perseguirme,
y siempre estoy en él mar engolfado,
de la causa del daño me han hechado,
y yo no veo camino por do irme.
Estáme el bien llamando, y yo huyendo,
y huye de mi alma quien yo sigo
Pues me aborrece Celia, á quien yo amo,
quiero acabar con mi dolor muriendo.
Y por darme la muerte, cruel castigo,
no me quiere matar, porque la llamo.
Con el ausencia pensaba
que el dolor se aplacaria,
por eso me desterraba;
mas la memoria porfia,
y el pensamiento no acaba.
Vuelvo, patria, y padre á verte,
pues el pesar, y mi suerte,
quiere que á esa mi homicida
le venga á dejar la vida,

en pago de darme muerte.
¡ Ah si Valerio viniese,
para que de aquella ingrata,
algunas nuevas me diese,
y de qué la Corte trata!
¡ Ah Valerio, si te viese!
Que con tí descansaria
alguna parte del dia,
si en mi puede haber descanso;
pues con el gusto me canso,
y me cansa el alegria
Porque aqueste fiel criado,
en mi peregrinacíon
me ha seguido y amparado,
y ha sido el fuerte bordon
que siempre me ha sustentado.
Mas ya siento entre estos robles
su voz, que con ecos dobles,
todos los cóncavos suena;
¡ ó consuelo de mi pena,
y ejemplo de siervos nobles!

ESCENA II.

El Principe y Valerio.

Valerio.

¿ He sido en venir pesado?

Principe.

¡ O Valerio! bien venido
seas: ¿ cómo te has tardado?

Valerio.

Y lo que peor ha sído
de malas nuevas cargado.

Principe.

¿ Malas nuevas?

Valerio.

Y harto malas.

Principe.

¿Cómo así?

Valerio.

Patios y salas
de palacio hallé cubiertas
de postas, que me hizo ciertas
la fama con prestas alas.

Principe.

¿De dónde vienen?

Valerio.

De Francia.

Principe.

Serán de poca importancia.
Ya sé las nuevas que son;
pero están del corazon,
una infinita distancia.
¿Es eso del casamiento
que de Francia se decia?

Valerio.

Y con tanto fundamento,
que mañana, antes del dia,
sale el Sol de tu contento.

Principe.

¿Qué Sol?

Valerio.

El de tu muger,
que tu padre hizo traer,
y el de Francia te ha enviado.

Principe.

Pues será Sol eclipsado,
porque no la pienso ver.

Valerio.

¿Pues qué sirve que te apartes,

si han despachado correos,
que te busquen por mil partes?

Principe.

Haz cuenta que esos deseos
nacieron, Valerio, en martes:
que pues él me desterró
cuando matarme intentó,
no ha de hallarme cuando quiere;
y el que culpa no tuviere,
que se sufra como yo.

Valerio

¿Pues qué ha pecado Mádama,
que viene para tu esposa,
y como á esposo te ama?

Principe.

A Celia tengo por Diosa,
á Celia mi alma llama.
Apartate del camino
que sale déste molino
gente que baja á la presa:
estos son de la Duquesa;
¿cómo á sus pies no me inclino?

ESCENA III.

Dichos, y salen Melampo y el Conde.

Melampo

Entra en el bosque, Martin,
que aquí me conviene hablarte.

Conde.

No me dirás á qué fin;
pues no vienes á esta parte
sin pensamiento ruin.

Melampo.

Mal mi pasion adivinas,

si tal locura imaginas,
otro es el mal que me ahoga,
y dígalo aquesta soga
y estas robustas encinas.

Conde.

Dime ¿qué quieres hacer?

Melampo

Lo que quiero es que le digas
á aquella ingrata muger,
que al fin de tantas fatigas
aun no me quiere querer;
que pues veo que te ha dado
el alma que me ha quitado,
díle que en este cordel
queda Melampo fiel
bien perdido y mal pagado.

Conde

Deja loco, suelta nécio:
¿por eso quieres hacer
al Cielo tanto desprecio,
y tras la vida perder
la joya del mayor precio?

Melampo.

Déjala.

Conde.

Suéltala digo.

Melampo.

No haces oficio de amigo,

Conde.

Haréle de tal manera,
que me aborrezca y te quiera,
y a darte á Laura me obligo.

Melampo.

¿A Laura?

Conde.
A Laura.
Melampo.
Esos pies
son dignos de aquesta boca.
Conde.
La mano bastará, pues.
Melampo.
La mano y el alma.
Conde.
Toca;
que esa basta que me dés.
Melampo.
En fin ¿qué aborrecerás
á Laura?
Conde.
Pienso hacer mas;
que si me la traes aquí
haré que te quiera á tí.
Melampo.
Lo que es imposible harás,
mas por verte aborrecella
en mi presencia, yo voy
á traella.
Conde.
Vé por ella;
Melampo.
Contento y pagado estoy
solo en que te burles de ella.

ESCENA IV.

Dichos menos Melampo.

Príncipe.
¿No es ese, Valerio amigo,

el molinero entonado
que estando Celia conmigo
entró á darle aquel recado?

Valerio

Dese cuento soy testigo.

Principe.

Pues lleguémosle á hablar,
quizá nos sabra informar
del estado de mis cosas.

Conde

Desas carrascas hojosas
siento mas ramas turbar;
¡mas, ay, estraño accidente!
tengo al Príncipe presente,
y no me hiela el temor.

Principe

Dios os guarde, labrador.

Conde.

Bien venga la buena gente.
¿Habeis errado el camino,
ó acáso teneis que hacer
algo en aqueste molino?

Principe.

No venimos á moler.

Conde.

Bien molidos imagino.

Principe.

No lo adivinais muy mal,
que quien anda y nunca para,
parece al molino igual.

Conde.

Bien se os parece en la cara,
que sois hombre principal.

Principe.

Yo os he visto en otra parte.

Conde.

Estaria de otro arte.

Principe.

No sino de aquesa suerte.

Conde.

Asi se espanta la muerte,
y la vida se reparte.

Principe.

Era en cas de la Duquesa.

Valerio.

De Celia ¿no lo conoces?

Conde.

Nuesama, por Dios, es esa.

Principe.

Y de quien lo dice á voces.

Valerio

Mas que le pidan confiesa.

Conde

¿Sois vos tambien su criado?

Principe.

Soy un hombre que la adora,
y soy un cautivo herrado.

Conde

¡Oiste, puto, á mi señora!
vos saldreis descalabrado.

Principe.

Si tú supieras quien soy,
dirias que lo merezco.

Conde.

Ya lo sé, que al diablo os doy,
y perdonad, que os ofrezco
por el enojo en que estoy.

Principe.

¿Quién soy?

Conde.

Sois un engañado,
que os andais embelesado
por quien jurára yo aquí
que me quiere mas á mí
lleno de harina y salvado.

Valerio.

Todos saben su rigor.

Principe.

¿Cuánto habrá que allá no fuistes?

Conde

De entonces acá, señor,
sola una vez.

Principe.

¿Y esa, vistes
su divino resplandor?

Conde.

Antes no resplandecia,
que un luto negro traia
por un Conde que murió.

Principe.

Mas vivo está que no yo.

Conde.

Miren que bellaquería.

Principe.

¿Viste acáso á quien hablaba?

Conde.

Con una carilamida,
de un Principe se quejaba
que quitó á un Conde la vida
y socarron le llamaba:
echábanle maldiciones
entre las dos á montones,
y para ayudallas bien,
á todas dije yo amen,

que digo las oraciones.
Hoy, que tengo de ir á vella,
y llevalle cierta harina,
pienso hablar á su doncella,
y pedille esta doctrina,
para salvarme con ella;
que aunque ya yo estoy salvado
no estoy bien asegurado,
que á fé que temblando estoy.

Principe.

Valerio, de vida soy
despues de estar enterrado.

Valerio.

¿Cómo asi?

Principe.

Yo fabriqué
el remedio mas seguro
que para hablalle tendré,
en trage tosco y escuro
con este villano iré.

Valerio.

¿Quiéreste hacer molinero?

Principe.

Eso mismo hacerme quiero,
y á su lado deste entrar,
adonde la pienso hablar
y decille como muero.

Valerio.

Agrádame la invencion.

Principe.

Buen hombre ¿no harás por mí
cierta cosa?

Conde.

Si es razon,
yo os lo ofrezco desde aquí.

Principe.

Y yo esta en galardon. (1)

Conde.

¿Es de oro?

Principe.

De oro fino:

Conde.

Por Dios, si yerro el camino,
que de hierro me la dais,
mas cuando me conozcais,
me dareis lo que adevino.

Principe.

Hoy á ver aquesa dama,
en trage de molinero
iré contigo.

Conde.

¿A nuesama?
guarda ahuera al matadero,
eso alcahüete se llama.

Principe.

¿Tú no ves que es rectitud
hacer á un hombre amistad?

Conde.

Tal os venga la salud,
que no es buena caridad
daros mi propia virtud;
pero porque estoy seguro
que callareis como un muro,
id dese trage á mudaros,
que yo me ofrezco á llevaros.

Prinripe.

¿Cierto?

---

(1) *Dale una cadena de oro.*

Conde.

Pues que yo lo juro.

Principe

Que al fin harás que la vea.

Conde.

¿Ya no te digo que si?

Principe.

Pues alto, vamos de aquí,
que en esa primera aldea
habrá vestido.

Valerio.

Sea asi.

Conde.

Vamos, que yo te aseguro,
que con el trage á lo escuro
no te conozcan.

Principe.

Y en fin,
¿quieres?

Conde.

A fé de Martin.

Principe.

¿Cierto?

Conde.

Pues que se lo juro.

ESCENA V.

El Conde.

¿Hase visto jamás igual suceso?
¿hase visto desdicha semejante?
mas no pienso, fortuna, que por eso
á sus desdichas mudaré semblante,
que en Celia no ha de haber tan poco seso,
que conociendo al Príncipe se espante;

antes entiendo de su raro estilo,
que le ha de herir, y por el mismo filo.
Solo de aquesto me resulta un daño,
y es estorbarme el bien que yo tuviera,
hablando á Celia, y en el mismo engaño,
que sus brazos toqué la vez primera:
¡áh tiempo, á tí que toca el desengaño
de cuanto encubre la mentira fiera,
el fuego de la Fenix presto imita,
y aquesta vida muerta resucita.
Salga, que es justo, del villano trage,
quien no nació de sangre de villanos,
reciba nuevo lustre mi linage,
tocando á Celia sus divinas manos;
no quieras que la espada tanto baje
destos pérfidos bárbaros villanos:
conténtate de ver, sin merecello,
su punta amenazando mi cabello.

ESCENA VI.

El Conde y salen Melampo y Laura.

Laura.

¿Aquí dices que quedó?

Melampo.

Aqui entre aquestas carrascas
estuvo oyendo mis bascas,
y sus desengaños yo.

Laura.

Martin, ¿qué melancolía
es aquesta que te ha dado?

Conde.

El haberte declarado
el engaño que fingia.

Laura.

¿Qué engaño?

Conde.

Decir que amaba
á quien siempre aborrecí.

Laura.

Tú me aborreces á mí.

Conde.

Y contigo me burlaba.
Dos años ha que Melampo
te ha querido sin favor,
enterneciendo su amor,
monte, molinos y campo.
Este sí, que te merece,
y á quien es justo que pagues,
y no acaricies ni albagues,
quien te engaña y aborrece.
Movióme á desengañarte,
ver que matarse intentó;
y que esta soga colgó
de una encina por vengarte.
Y asi ha podido conmigo
tanto su pena y tormento,
que le hice juramento
de no verme mas contigo;
ya, Laura, yo te aborrezco,
creeme, y quiere á Melampo,
en cuyas prendas estampo,
lo que yo de tí merezco:
porque no he de hablarte mas.

Laura

No menos me prometia
la grande desdicha mia,
que el galardon que me dás.
No quiero de tí quejarme,

ni dar á entender que siento
perder un hombre de viento
que ha confesado dejarme.
Quéjome solo de mí,
que con engaño te amé.

Conde.

¿Qué te parece?

Melampo.

No sé
con que pagarte.

Laura.

¡Ay de mí,
Martin! que mejor dijera,
martirio del pecho mio,
martillo de hierro frio,
que rompe un alma de cera.
¿Posible es que eres tan duro,
que divides á los dos,
que me dejas?

Conde.

Sí, por Dios.

Laura.

¿Cierto?

Conde.

Pues que se lo juro;

Laura.

¿Y qué, estás determinado?
¿y qué, ya no me verás?

Conde.

Ya no pienso hablarte mas:
pon en Melampo el cuidado.

Laura.

¡Eso intentas, mármol duro!

Conde.

No he de escuchar tus enojos,

por vida de ciertos ojos.

Laura.

Cierto.

Conde.

Pues que se lo juro.

ESCENA VII.

Laura y Melampo.

Laura.

Al fin, el cruel se fué.

Melampo

Aquí está quien te desea,
Laura: ¿quién habrá que crea
tu desengaño y mi fé?
¿No miras el desconcierto
que haces con él y conmigo,
pues dejas un cierto amigo
por un enemigo cierto?
¿Por qué, ingrata, no me quieres,
pues que conoces mi amor?

Laura.

Para un hombre que es traidor,
poco valen las mugeres;
mas pues este me dejó,
no se ha de burlar de mí,
no se vengue en que perdí
por él lo que no estimó.
Fingirme quiero contenta:
y á quien aconseja amar;
que con un diestro olvidar
el mejor come pimienta.
El que mas presto olvidó,
si vé que se le dá poco,
suele volver como loco

á querer lo que dejó.
Melampo, ya yo deseo
dar remedio á tu pasion;
porque tu mucha aficion
lo merece, cual lo veo.
Habrá dos dias ó tres,
que mi padre me hablaba,
de que casarme trataba,
como ya tan viejo es.
Y de Martin y de tí
me dijo, que yo escogiese
el que mas gusto me diese,
pero no le he dado el sí
Ve á mi padre, y dí que quiero
que tú seas mi marido;
pues lo tiene merecido
tu fé y amor verdadero.
Cree que tu bien procuro,
y el remedio de los dos.

Melampo.

¿Es de veras?

Laura.

Sí, por Dios.

Melampo.

¿Cierto?

Laura.

Pues que se lo juro.

Melampo.

Dame, mi bien, esa mano,
por prendas de aqueste bien.

Laura.

La mano, y brazos tambien.

Melampo

Amor, rebiento de ufano.

Laura.

Mí palabra te aseguro,
que he de gozarte algun dia.

Melampo

¿Juraslo?

Laura.

Por vida mia.

Melampo.

¿Cierto?

Laura.

Pues que se lo juro.

ESCENA VIII.

Decoracion de Sala en la Quinta.

El Rey y la Duquesa y Teodora su dama.

Rey.

Si como aquí te ofrezco el alma mia,
mi Reino y mi Corona, todo el mundo
darte pudiera, es cierto que lo haria.
Solo en servirte y agradarte fundo,
lo que merezco, lo que soy y valgo,
y en que quieras hacerme tu segundo.
Jamás verás que de tu gusto salgo,
sin tí no tengo en nada mi persona,
por tí pretendo yo merecer algo.
Sola es esta humildad la que me abona;
y la que puede enriquecer mi gusto,
si este amor, Celia, se me galardona.
Un muerto Conde no te dé disgusto;
pues se te ofrece un Rey en lugar suyo,
recíbele por él, pues es tan justo.
Mi Reyno, Celia hermosa, será tuyo,
todo ha de estar debajo de tus plantas,

aguardándote un sí, callo y concluyo.

Duquesa.

Yo conozco, señor, que me levantas
del polvo de la tierra á tu grandeza,
y me dispones á grandezas tantas.
Mas desto se te sigue la bajeza
de hacer á tu vasallo igual contigo,
lo que es para mi alma gran tristeza.
Con todo eso no replico, y digo
cosa en contrario, mas decirte quiero,
lo trates con mi padre y no conmigo.
Porque en aquestos términos espero
alegrarme, vestirme y componerme.

Rey.

Vivo en tus ojos, en tu ausencia muero,
aunque no quieras, Celia, socorrerme,
y pues que la venida de mi nuera
será muy presto, por venir á verme,
yo parto á recibilla, y bien quisiera
que se hiciese la boda con contento;
Dios sabe si por tí mejor la hiciera.
En tí, Celia, estará mi pensamiento,
en tí vivo, y por tí, dame licencia;
pues que ya sabes lo que el partir siento.

Teodora

Y lo que ella aborrece tu presencia
lo sabe tambien Dios, y no lo sabe;
que al fin, amor añade y quita ciencia.
Ya tiene de su pecho otro las llaves:
no hallarás entrada

Rey.

¡Celia mia!

Teodora.

Esfuerzo te dé amor, para que acabes.
Miéntras mas se calienta, mas se enfria,

y apartese de verla, apénas osa;
y ella verle presente no querria.

Rey.

¡Ay Celia de mi alma! ¡ay Celia hermosa!

ESCENA IX.

Dichos menos el Rey.

Duquesa.

¡Hay Teodora, desdicha como aquesta!

Teodora.

Estoy, señora, helada y temerosa.
Veo la voluntad del Rey dispuesta,
y veo al Conde, que por tí padece,
y que dejalle es cosa manifiesta.

Duquesa.

Antes el sol que agora resplandece
se cierre con la noche, y en lo bajo
del suelo aquella estrella que amanece;
y en formas nuevas con igual trabajo,
fortuna avara, mudará las cosas,
mezclando al Ebro, el Duero, el Nilo, el Tajo,
que el Conde y sus pasiones amorosas
se borren de mi alma eternamente,
á pesar de sus manos rigurosas.
Porque el perfecto amor no me consiente,
que á nadie quiera, pues al Conde quíero,
y cuando hacerme fuerza el Rey intente,
todo es morir, y moriré primero.

ESCENA X.

Dichos y sale el Principe de villano, con un costal al hombro, y el Conde con él.

Conde.

No tengais miedo, Pascual,

que se enoje la Duquesa,
que no me quiere tan mal.

Principe

O hide puta, como pesa;
ofrezco al diablo el costal.

Duquesa.

¿Qué es esto?

Teodora.

Los molineros.

Duquesa.

¿Era ya tiempo de veros?

Conde.

Detengase su mercé,
¿no vé que la ensuciaré
con los nuevos compañeros?

Duquesa

¿Pues, Martin, acompañado?

Conde.

No lo he podido estorvar,
por mas que lo he procurado.

Duquesa.

Ya no te quiero abrazar.

Conde.

Por vos, Pascual, se ha enojado.

Principe.

¿Ola. Martin?

Conde.

¿Qué me quieres?

Principe.

Que pues que su amigo eres,
te allegues cerca, y le digas
quien soy.

Conde.

A mucho me obligas,
empero no desesperes;

que yo llegaré en secreto,
y diré que eres un hombre
que la adora, y en efecto
servirá saber tu nombre.

Principe.

Que lo sabe te prometo;
pero hablala despues,
dile, que el Príncipe es,
y que la quiere hablar.

Conde.

Pues mira, deste lugar
no pienses mudar los pies,
que yo llegaré por tí,
y tu nombre le diré.

Principe.

No me moveré de aqui:
hecho una piedra estaré.

Conde.

Aguárdate, y fia de mí,
que nadie mejor desea,
que bueno el suceso sea
destas cosas en que andamos:
pues nuesama, ¿cómo estamos?

Duquesa.

Mi Conde, ¿quién esto crea?
¿dime, no es este traidor
el Príncipe?

Conde.

Si, señora,
ya sabeis que os tiene amor.

Duquesa.

¿Qué es esto, Próspero, agora?

Conde.

Habla bajo, y sin temor.
Que este traidor me ha buscado

para venir disfrazado,
viéndome aquí el otro dia;
¡ sábelo Dios Celia mia,
si yo lo tengo llorado!
pero al fin, no puedo mas,
y le traigo á que te hable.

Duquesa.

¡ Quién lo creyera jamás!

Conde

Es mi fortuna mudable.

Duquesa.

Dime, mi bien, ¿ cómo estás?

Conde

En viéndote, bueno y sano.

Principe

¡ O lo que tarda el villano!

Duquesa.

Yo estoy sin verte perdida.

Conde.

Ponte delante, mi vida,
y tomaréte la mano

Teodora.

Vesla aquí.

Conde.

Besalla quiero.

Principe.

Lo que tarda el molinero.

Duquesa.

Con el contento de verte,
se me olvida de mi muerte.

Principe.

Ya de esperar desespero.

Conde.

¿ Cómo es esto?

Duquesa.

Que estoy loca
de ver que el Rey quiere hacer,
tanto el amor le provoca,
suya propia tu muger.

Conde.

¿Eso tomas en la boca?

Duquesa

En esta locura ha dado;
pero no te dé cuidado,
que el Rey haga, aunque mas valga,
que el Conde que adoro salga
del pecho que le ha guardado.

Conde.

Eso creo yo muy bien
de tu amor.

Duquesa.

Y del desdén
que le muestro á causa tuya.

Conde

Esto, mi bien, se concluya
por este traidor tambien.

Duquesa.

¿En fin, le he de hablar aquí?

Conde.

Conviene, señora, asi:
llegad, Pascual, que por Dios
que he negociado por vos
lo que yo hiciera por mí.

Principe.

¿Conócesme, Celia hermosa?

Duquesa.

¿Parécete justa cosa,
loco Príncipe, y debida
á una dama recogida

esta invencion vergonzosa?
Si aqui fueras conocido,
pudieras darme la fama
que en este tiempo he perdido,
miéntras que no soy tu dama,
ni tú mi propio marido.
Deja ya las mocedades,
que si va á decír verdades,
eres mas loco que cuerdo.

Principe.

¿Cuando ves que el seso pierdo,
con razones me persuades?
Yo conozco que estoy loco,
y que nace esta ocasion
de solo tenerme en poco,
que priva de la razon
la pena, á que me provoco.
¿Qué espera del Conde muerto?
¿tú no ves que es desconcierto
amarle con tal pasion?
¿es de piedra el corazon?
¿tienes diamante encubierto?
Ya la tierra le aprisiona:
¿de qué sirve voces dalle
ni maltratar tu persona?
¿piensas de resucitalle
como hace la leona?
piensa, Celia, que jamas
le verás vivo,

Duquesa.

No estás
en eso engañado poco,
yo le veo vivo y toco
y pienso gozarle mas.
Que dentro de mi sentido,

para gozalle en el cielo
tengo á Próspero esculpido.

Principe.

¡O pecho de fuego y hielo,
y de un fiero aspiz ceñido!
¿Muerto el Conde, me aborreces?

Duquesa

Y tanto te desvaneces;
que aun vivo se representa,
y me está tomando cuenta
del hablarte tantas veces;
presente le tengo digo.

Conde.

¿Príncipe, ya no te cansas?

Principe.

Por arduo camino sigo,
muerte que no me descansas
deste dolor enemigo.

Conde.

Ea, señora nuesama
sed menos brava por Dios,
y amad un hombre que os ama.

Duquesa

¿Y sabeis, villano, vos
si le conviene á mi fama?
¿podeis vos darme licencía,
si casada me procura
otro marido en presencia?

Conde.

¿Soy yo Papa, por ventura?
¿no es aquesa impertinencia?

Duquesa

¿Pareceos que tal ha sido
querer al primer marido?

Principe.

Si es muerto, aguardad que venga.

Duquesa.

No se os dé nada que tenga
mi amor, trocado el vestido.

Conde.

Par Dios, Pascual, yo no veo
remedio si ella os desama.

Principe.

Ni lo tendrá mi deseo.

ESCENA XI.

Dichos y entra Leridano, molinero viejo.

Viejo

Bien dirá agora nuesama,
que vengo por jubileo.

Conde

Ah nuesamo, ¿ qué acá estais ?

Viejo.

Dadme, señora, esos pies.

Duquesa.

Casero, con bien vengais;
aunque ya se pasa un mes
que en esta casa no entrais:
¿ cómo está el molino?

Viejo.

Bueno,
que siempre besa sus manos:
casa, huerta y jardin lleno
de mil albelies tempranos,
con todo su campo ameno.
Mil almendros florecidos,
con los pimpollos cubiertos,
de blanco y nacar vestidos,
tienen los ramos abiertos

que penetran los sentidos.
Váyase su señoría
por allá, si gusta un dia,
que la habemos menester.

Duquesa

¿Hay en que haceros placer?

Viejo.

Desposo una hija mia.

Duquesa.

¿A Laura?

Viejo.

A Laura, señora.

Duquesa.

¿Y con quién?

Viejo.

Con un garzon,
que ha dos años que la adora.

Duquesa.

Digo que es justa razon,
madrina soy desde agora.
Mañana voy al molino,
tened bien puesta la huerta.

Viejo.

Ella con su olor divino
hasta las flores despierta,
y las tiene en el camino.

Duquesa.

¿Irás conmigo, Teodora?

Teodora.

Será muy cierto, señora,
es mi propio beneficio.

Viejo.

Hágame aqueste servicio.

Conde.

Contento estareis agora.

Viejo

¿Quién es aqueste zagal?

Conde.

Un amigo de mi tierra.

Viejo.

En aquesta ocasion tal,
Martin, el ódio destierra,
si á Laura no quieres mal.
Romper tienes los zapatos.

Conde.

Todos bailamos á ratos,
y mas con esta madrina.

Viejo.

¿Diste cuenta de la harina?

Conde.

Servid á viejos ingratos.

Viejo

¿Has llevado las carretas?

Conde

Bien nos podemos volver,
bien lo hacen las muletas.

Viejo.

Gran boda.

Conde.

Pienso romper
seis pares de castañetas.

ESCENA XII.

Decoracion de Campo.

Madama Princesa y Alberto.

Alberto.

¿Qué os parece, Madama, desta tierra?
¿no os dá contento su agradable vista?

las plantas de ella fértiles y bellas,
tanta diversidad de fruta y árboles;
¿no os admirais de ver tanta grandeza?

Madama

Todas las cosas de la noble España
me agradan por estremo, que no es poco
para quien deja á Francia su regalo,
sus padres, sus abuelos y parientes.

Alberto

Huelgo que bien os haya parecido
pues es forzoso que vivais en ella.

Madama

En estremo, señor, estoy confusa,
de ver que hasta la Corte hemos llegado,
sin que nadie nos haya recibido,
ni el Príncipe: no sé cual sea la causa.

Alberto

No os cause aquesto, Flor de lis, disgusto;
que ha sido la venida de secreto,
y puede ser que no lo haya sabido,
si ya no fuese caso, que ocupado
esté en cosa que importe, y que no pueda:
la causa se sabrá bien presto: ola,
marcha á la Corte, ¿mas qué gente es esta?

ESCENA XIII.

Dichos y sale el Rey, Rufino y otros.

Rey.

Haced que lleguen luego esa carroza,
para que á la ciudad volvamos juntos.

Madama.

Deme tu Magestad tus pies.

Rey.

Mis brazos

es daré mi Madama con gran gusto,
y mi hijo tambien.

Madama.

Esclava vuestra,
que vengo como en prendas desde Francia,
de la amistad que el Rey mi padre os debe.

Rey.

La discrecion á la hermosura iguala,
en todo os hizo peregrina el cielo.
¿Cómo ha venido la Princesa, Alberto?

Alberto

El mar le hizo, señor, algunos dias
el mal alojamiento que ella suele,
mas gloria al cielo, no fué nada todo.

Rey.

Espantada estareis, Madama hermosa,
que el Príncipe no salga á recibiros,
mas pensando que fuera la venida
por tierra, por la posta fué á buscaros;
mas dentro de dos dias tendrá aviso,
y dará vuelta, con deseo y gana
de recibir aquesos dulces brazos.

Madama

Pésame á mí, que mi señor el Príncipe
sin causa haya tomado este trabajo,
mas bien se vengará de nuestra burla
con el deseo y gana de esperallo.

Dentro voces

Para, para.

Rey.

¿Qué gente es esta que camina al bosque,
Rufino amigo?

Rufino.

Aquestos son criados
de la Duquesa Celia, que esta tarde

se ha venido á aquestas caserías
á ser madrina de una boda rústica
de una hija de aqueste molinero.

Rey

¿Y dí, será capáz aquesta casa
esta noche de tan honrados huéspedes?

Rufino

Ya entiendo al blanco, gran señor, que tiras,
y digo que la casa basta y sobra
á aposentar doblada gente en ella.

Rey.

Pues alto huésped tiene la Duquesa,
y esa boda mejora de padrino:
haz que nos traigan de la Corte presto
lo necesario para aquesta noche,
porque con otras fiestas mas solemnes
Madama Flor de lis entre en mi Corte.

Rufino.

Apercibida tienes la carroza,
venga tu Magestad

Rey.

Venid, Princesa,
donde descansareis aquesta noche,
y mañana dará lugar el dia
para poder serviros con contento. (1)

Rufino

Estraño es el pensamiento
del Rey en quedarse aquí;
pero está lejos de sí,
y cerca de su tormento.
Por gozar á la Duquesa,
sin quien no puede vivir,
quiere en el campo dormir

(1) *Vanse, y queda Rufino solo.*

con la Madama Francesa.

ESCENA XIV.

Rufino y salen el Principe, y el Conde de labradores.

Principe.

Grande alboroto he sentido,
Martin, acia nuestra casa:
dicen que la Infanta pasa
que desde Francia ha venido.

Rufino.

¡ Ah molineros !

Conde.

¿ Quién llama ?

Rufino.

¿ Cuándo viene la Duquesa ?

Conde.

Por esa senda atraviesa.

Rufino

Madrina teneis de fama.

Principe.

Este es Rufino, criado
del Rey : quieróme esconder.

Rufino

¿ Cuándo la boda ha de ser ?

Conde.

Agora está concertado.

Rufino

A hablar la Duquesa voy :
quedad con Dios.

ESCENA XV.

El Principe y el Conde.

Conde.

El os guarde.

¿ De qué estuviste cobarde ?

Principe.

De que este sabe quien soy:
oye.

Conde.

¿ Qué quieres ?

Principe

Martin,
¿ adónde viene esa gente
del Rey ?

Conde.

Si pasa la puente,
irá de Celia al jardin.

Principe.

Dices la verdad por Dios,
que el Rey y su nuera van
á la huerta.

Conde.

Y dormirán
esta noche allí los dos,
que aquí se ha de ver su intento.

Principe.

Huelgome que disfrazado
veré la muger que han dado
al Príncipe en casamiento.

Conde.

Es buena imaginacion
esa que el Príncipe tiene,

Principe

¿ Martin, la Duquesa viene ?

Conde.

Ella y Ledirano son.

ESCENA XVI.

Dichos y salen la Duquesa, y el Molinero Viejo.

Duquesa.

¿Qué en esta huerta se entró
sin licencia el Rey?

Viejo.

Y quiere
dormír en ella

Duquesa.

Si fuere
mi gusto lo quiero yo.

Viejo.

El huesped, señora, es tal,
que obliga á darle la huerta.

Duquesa.

¿Quién es el que está á la puerta?

Viejo.

Martin, señora, y Pascual.

Duquesa.

¿Pues, Martin, y todavía
sois de Pascual compañero?

Conde.

Despues que soy molinero,
me muele de noche y dia.

Duquesa.

¿Pareceis molinero, amor,
y sois moledor?

Principe.

Yo creo,
que te muele mi deseo
y endurece mi dolor.

Duquesa.

¿No puede hacerse la boda

sin Pascual, señor Martin?

Conde

Es un grande bailarin;
viene á revolvella toda.

Duquesa.

Si él la piensa revolver,
dentro habrá quien le castigue.

Principe.

Ya no hay cosa que me obligue
á dejarte de querer.
Mas pues ya soy molinero,
y no te ablando jamás,
moler tengo hasta no mas
aquese pecho de acero,
que por mas que piedra seas,
es molino de diamante
la firmeza de un amante
á quien la muerte deseas.

Duquesa.

¿Si tú la diste tambien,
qué mucho quererte mal?

Principe.

Moler tengo, pedernal
con agua de tú desdén.

Viejo.

El Rey viene.

Principe.

Aquí me aparto,
que quiero ver la Princesa. *Apártase.*

ESCENA XVII.

Dichos y sale el Rey y la Princesa.

Rey.

Quiero tanto á la Duquesa,

que á recibilla me parto.

Duquesa.

Beso vuestros pies supremos,
y á vos, señora madama,
por mi vida que sois dama
de peregrinos estremos.

Madama

Soy yo muy vuestra criada.

Rey.

A lo menos no direis
que en esto no me débeis
quedar, Duquesa, obligada;
pues que vengo á ser padrino,
sabiendo que soís madrina.

Duquesa.

De merced tan peregrina
hallo mi valor indigno.

Principe.

No es fea la francesilla,
obliga á tenelle amor.

Duquesa.

Es esa merced, señor,
para el mejor de Castilla:
y el ser padrino conmigo
donde la Princesa está,
injusta cosa será;
solo á serviros me obligo:
ella será la madrina
con vos, y yo os serviré.

Rey.

En nada contradiré
lo que Celia determina.

Madama.

A fé que dichosos fueron
los señores desposados,

que padrinos tan honrados
pocos Reyes los tuvieron.

Duquesa.

Mi Señor el Rey ha sido
de quien yo recibo honor.

Principe.

Cobrándole voy amor,
harto bien me ha parecido.

Rey.

Duquesa, haced que veamos
los nóvios, y trataremos
de que aqui los desposemos,
y buen agüero tengamos.
Que esta su boda lo es
de alguna que hacer espero.

Duquesa.

Acá se siente el agüero, *ap.*
para tu gusto al revés.
Pues alto, casero amigo,
y vos, Martin, allá entremos,
y los novios sacaremos
para que vengan conmigo;
y mirad que habeis de hacer
cierto negocio por mí.

Viejo

Haré, señora, por tí
cualquier cosa.

Duquesa.

Asi ha de ser. (1)

(1) *Vanse Celia, el Conde y Molinero Viejo.*

ESCENA XVIII.

El Rey y el Principe.

Principe.

Considero tan sin pena
á aquesta hermosa dama,
que con gran razon se llama
flor de lirio y azucena
Aquí si que mis cuidados,
y amorosos desatinos
por tan honrados caminos
serán muy bien empleados.
Mal haya el tiempo que amé
la ingrata que me aborrece,
muger sin fé no merece
que nadie la tenga fé.
Princesa del alma sola,
este es el Príncipe, este es,
serás ahora y despues
mi Princesa y española.
Aquí estoy arrepentido
del tiempo, que me engañó,
no llores mi ausencia, no,
que aquí tienes tu marido.

ESCENA XIX.

Sale la Duquesa embozada y vestida á lo villano, y el Molinero viejo y los Desposados, y el Conde con alguna gente, y salen cantando los del Molino.

Cantan.

Esta nóvia se lleva la flor,
que las otras no.
Bendiga Dios el Molino,

que tales nóvias sustenta,
muela su harina sin cuenta
á costa de tal padrino:
estas muelen de lo fino
del trigo que muele amor;
que las otras no.

Rey.

Muy bueno es esto, por Dios,
gentil agüero y fortuna:
¿esta novia, no era una,
cómo ahora vienen dos?

Viejo.

Eran almendras paridas
las que estas huertas criaban,
que en una cáscara estaban
dos desposadas metidas.
Melampo y Martin se casan
con las dos que son mis hijas,
pues honras y regocijas
la boda.

Rey.

¿Qué cosas pasan?
Este villano es discreto,
y viendo que soy padrino,
no halla mozo en el Molino
que no le case en efeto.

Viejo.

En fin, señor, ¿qué gustais
que se hagan estas bodas,
con gran alegria todas?

Rey.

Y otras muchas que traigais.

Melampo.

Vuestra palabra Real
obligais justo ó injusto

de no recibir disgusto.

Rey.

En mi vida he visto tal.
Digo que si.

Viejo

Esto es hecho,
venga un clérigo que os case

Rey.

Mirad si hay alguien que pase,
que le casareis sospecho.
Pero llamadme primero
la Duquesa, que sin ella
no es bien hacerlo

Viejo.

Por ella
voy como un viento ligero. (1)

Rey.

¿Qué es lo que mis ojos ven?

Duquesa.

A Celia con su marido.
Rey, la palabra te pido.

Rey.

¿Este es el Conde?

Duquesa.

Tambien.

Conde.

El Conde Próspero soy,
que humilde estoy á tus pies,
que vida ó muerte me dés,
humilde á tus pies estoy.
En este trage he vivido
huyendo el fiero rigor
del Príncipe mi señor,

---

(1) *Destápase la Duquesa.*

á quien tambien perdon pido.

Rey,

¿Quién es aqueste villano?

Principe.

Tu hijo soy, que á tus plantas
pido de mis culpas tantas,
señor, tu perdon y mano.
Aunque estoy en este trage
en que mi enojo me puso,
con la Duquesa me escuso,
de mi fingido viage.
Todo, señor, fué fingido,
el Conde muerto, y mi ausencia,
que cerca de tu presencia
en este trage he vivido.
Perdonad, esposa mia,
y dadme esa mano y brazos.

Madama.

De vuestra esclava son lazos,
que los doy desde este dia.

Rey.

Estoy de manera mudo,
que no sé que responder,
y entre el pesar y el placer
lo que estoy mirando dudo
¡Ah, Celia, mucho has sabido!

Duquesa

Hazañas fueron, señor,
de muger que tiene amor.

Rey.

Paciencia, engañado he sido:
todos os habeis casado,
gozad vuestra mocedad,
que bien veo que mi edad
se escusa de ese cuidado.

Laura.

¡Ah, señor Conde!

Conde.

¡Ah, señora!

Laura.

¿Erades vos el galán
que tanta pena y afán
suele dar á quien le adora?
¿Erais vos aquel perjuro
contra la fé de los dos?

Melampo.

No lo he visto

Conde.

Si por Dios:

Laura.

¿Cierto?

Conde.

Pues que se lo juro.

Laura

Basta que burla de mí.

Rey.

Desde hoy los molineros
se tengan por caballeros.

Melampo.

En mi macho me lo fuí.
De comer, señor, procuro,
que es la perfecta hidalguía.

Rey

Renta os doy desde este dia.

Melampo.

¿Cierto?

Rey.

Pues que se lo juro.

Conde.

Piedra de mi fuerte muro,

sabed que ya vuestro soy.

Duquesa.

Yo, señor, mi mano os doy.

Conde.

¿Cierto?

Duquesa.

Pues que yo lo juro.

Rey

Yo lo mismo os aseguro,
y asi entrarnos bien podemos
donde el casamiento haremos.

Laura.

¿Cierto?

Duquesa.

Pues que yo lo juro.

Conde.

Yo fuí dichoso contino,
pues que mi mal se remedia,
yaquí acaba la Comedia,
Gran Senado, del Molino.



El Molino.

Examinemos otra fantasía del inagotable numen de Lope de Vega en la comedia que dió á luz con este título.

El Príncipe Aristipo refiere á Valerio, cortesano, los celos que le dá el Conde Próspero, á quien juzga que prefiere la Duquesa Celia; por lo que determina hablarle en aquel sitio en que se hallan, junto á la casa de la dama que se disputan, y obligarle á que le deje libre el puesto, sopena de perder la vida.

Verificase á pocos momentos la entrevista, y aunque el Conde se conduce en ella con tanta prudencia como discrecion, hay un vivo altercado y muchos denuestos, retirándose el último, despues de haber llenado al Príncipe de confusion Sale Celia que procura satisfacer á las quejas que tiene contra ella el Príncipe, asegurándole que su corazon le corresponde, pero él se aparta poseido de desconfianza. Sobreviene el Conde que la da parte de lo ocurrido, y Celia le aconseja vaya por algunos dias fuera del Reino para evitar la venganza de su ribal, dándole en señal de su firmeza y futura union una cadena, á que corresponde el Conde con un anillo. Valerio aconseja al Principe haga hechar en la Corte un bando, ofreciendo á quien le entregase preso al Conde grandes títulos y bienes, y pusíese guardas á la casa de Celia para averiguar si se comunicaban por escrito; todo lo cual pone el Príncipe en egecucion. El Rey enojado del atrevimiento de su hijo en alborotar la Corte con tal pregon, le reconviene agriamente: procura aplacarle el Príncipe, esponiéndole haberse visto impelido por el amor; pero el Monarca le manda se quite de su presencia. Preséntase la Duquesa al Rey

representándole que su hijo pretende impedir la union que está ya apalabrada de ella y el Conde Próspero, y suplicándole tome providencia en aquel asunto, recordando los grandes servicios hechos por el Conde Leonadio El Rey, despues de acogerla benignamente, se siente prendado de su hermosura, é instigado por Rufino, determina quitar la vida al Conde Próspero, y emprender asi desembarazado la conquista de Celia. Huyendo disfrazado de labrador, encuentra el Conde á Laura, hija de un molinero la cual le despierta, y de la que queda encantado por su belleza y hermosura: declárale que el Molino pertenece al Duque Leonadio y á su hija la Duquesa, y faltando un mozo en él, se abiene á la súplica del Conde para que hable á su padre y sea recibido en su lugar, prometiéndose el Conde con este ardíz ver amenudo sin inquietud á los que le han perseguido y á la Duquesa misma.

Melampo, mozo del Molino, refiere á Tamiro es el que salió del molino para casarse, y habia sido despreciado por Laura, que está perdidamente enamorada de Martin (supuesto nombre adoptado por el Conde en su nuevo estado) y que le desprecia á él, á quien debiera haber preferido despues que se despidió Tamiro; aunque confiesa las buenas prendas de que está adornado. Leridano, amo del molino y padre de Laura, la obliga á dar un abrazo al recien casado, de cuya accion, que el Conde ve al entrar, pide fingidos celos á Laura antes de marchar á la Corte, como se lo manda Leridano, con cargas de trigo para la Duquesa Celia Laura manifiesta los temores de que el Conde se prenda de alguna en la Corte. Persuadido el Príncipe á que el Conde se ha ausentado, como prudente del Reino por temor suyo; y siempre aconsejado de su confidente Valerio, traza una ficcion haciendo que

unos soldados conduzcan por junto á casa de Celia á un hombre embozado, como si le llevasen preso. Obsérvalo la Duquesa, y llena de susto se informa de Valerio, quien la confirma en que es el Conde y debe perder la vida en la tarde del siguiente dia. Al entrar el fingido molinero en casa de Celia con los sacos de harina, quieren detenerle los guardas puestos por el Príncipe; oponese Celia, y sabiendo ellos que el Conde ha sido preso, se retiran como ya superfluos en su comision; y despues de varios coloquios reconoce la Duquesa á su amante bajo el disfráz de molinero. Sospréndenlos el Principe y Valerio, que tampoco le conocen, y Celia fingiendo estar persuadida del apresamiento del Conde, desdeña mas que nunca al Príncipe; pero como este á instigacion de Valerio, quiere prepararse á abrazarla, se lo estorba el Conde que astutamente supone habersele olvidado dar un recado á la Duquasa de parte de Leridano tocante á negocios del Molino, y bajo una discreta alegoría exorta á Celia á la firmeza y ella se la promete sin que lo entiendan el Príncipe y su confidente, que al cabo se retiran sin atreverse aquel á faltarla al respeto que le inspira El Rey, que habia ido á visitar al Conde Leonadio por ver á Celia, y está refiriendo á Rufino lo mucho mas enamorado que habia quedado con tal vista, se vé repentinamente con la Duquesa postrada á sus plantas y vestida de luto, suplicándole saque de su prision al Conde, ardid de que se vale para ocultar mas y mas á su amante; y el Monarca deseoso de obligarla, ordena á Rufino que vaya al castillo y á pesar de las guardas traiga libre á su presencia al Conde, procurando mientras marcha Rufino enamorar á la Duquesa. Rufino regresa con la noticia de estar el Conde degollado en la plaza del Fuerte, á cuya nueva sale desalada Celia, sin que puedan bastar á

detenerla ambos. Preséntase el Príncipe á preguntar á su padre si era de orden suya el que se soltase al Conde; mas el Monarca le mira con horror, é interrumpiéndole, le manda salga al momento de la Corte, amenazándole vengar con su muerte la que ha dado al Conde.

No pudiendo el Príncipe soportar la ausencia, vuelve ocultamente á la Corte, y Valerio, á quien habia enviado á informarse de antemano de los sucesos que ocurrian, le participa la llegada de la Infanta de Francia destinada para esposa suya pero él se propone no verificar semejante enlace. Melampo, compañero del Conde, sale al bosque con intento de ahorcarse por los desdenes de Laura: se lo disuade el Conde, y le promete que á su presencia misma la despreciaria para que volviese hácia él su cariño Entretanto que vá por ella, se acercan al Conde y el Príncipe, que le propone le permita acompañarle á casa de la Duquesa, como si fuese un compañero suyo de molino y con el trage de tal; el Conde para no ser conocido tiene que acceder á ello, y mientras que el Príncipe vá á disfrazarse, cumple lo prometido á Melampo, declarando su desamor á Laura, y consiguiendo que corresponda al amor de Melampo. Introducidos el Príncipe y él en casa de la Duquesa, se vé comprometido de parte del Príncipe á declararla que está allí disfrazado de molinero, lo que ejecuta haciendo que este aguarde á cierta distancia para poderla prevenir de todo La Duquesa afea al Príncipe su proceder, y le desengaña, cuando entra Leridano á rogarla le honre siendo madrina en la boda de Laura su hija con Melampo, y ella se lo promete. Llega la Princesa de Francia á las cercanias de la Corte, encúentrase impensadamente con el Rey, quien le dice no estrañe la ausencia del Príncipe, que súponiendo vendria por

tierra, habia salido en posta á su encuentro, y llegaria dentro de dos dias La Duquesa vá á cumplir la palabra dada á Leridano, y pasan á su Quinta el Rey y la Princesa, determinando quedarse en ella por aquella noche Complácese de esto el Príncipe por poder ver sin ser conocido á la novia que se le destinaba, la que con efecto le vá gustando tanto, que al considerarse despreciado de Celia, empieza inmediatamente á amarla A ruego de Celia queda por madrina la Princesa juntamente con el Rey, y pretestando ir á presentar los novios, llega con ellos disfrazada de molinera Leridano espone al Monarca, que la boda es doble, pues casa tambien al otro criado suyo Martin con su respectiva prometida; y ordenándole el Rey vaya primero á por la Duquesa, se descubre esta juntamente con el Conde, que declara haber evitado bajo el disfraz de molinero, las asechanzas del Príncipe á quien pide perdon. Descúbrese tambien el Príncipe, declarando haber sido ficcion la muerte del Conde, é implorando asimismo el perdon de la Princesa por la pasion en que hasta entonces habia estado enrredado, y se realizan las bodas del Príncipe con la Princesa, y del Conde Próspero con la Duquesa Celia.

No se encuentra en esta pieza base alguna moral que le sirva de cimiento, presentando solo las costumbres y amoríos de la época. El Conde y Celia son los personages mas bien espresados; aquel en sus prendas caballerosas, y esta en su firmeza y discreccion, y aun el Conde tiene un lunar de que no le escusa la apurada situacion en que se encuentra y es el tener por tanto tiempo engañada á Laura; cosa que en verdad no era necesaria para la accion principal y que disminuye el mérito del protagonista. Los carácteres de Valerio y Rufino son completamente me-

llizos en su deber de consejeros y conducta perversa, y el Rey es tan ligero de cabeza como el de la comedia *Lo que ha de Ser*, en punto á disputar damas á su hijo. Como el enrredo de la accion era el blanco de nuestros antiguos poetas dramáticos, para ostentar su ingenio en el desenlace; presenta esta Comedia escenas muy interesantes, y que tienen en una constante atencion al espectador, como la del Conde y Celia despues de haber reñido con el Príncipe; la de Valerio y Celia que desea saber quien es el preso; la del reconocimiento del Conde por su amante vestido de molinero; la del recado enigmático del Conde á Celia á presencia de sus dos enemigos, y la del disfráz del Príncipe acompañando al Conde. En cada paso de estos se teme ver descubierto al Conde, que triunfa de todos los obstáculos. El repentino desenamoramiento del Príncipe, está bien preparado con los desprecios de Celia, y completado con la vista de la Princesa.

En cuanto á la versificacion usa Lope en esta composicion de octavas, tercetos y aun de los endecasilabos sueltos; pero es necesario confesar que en el dia se maneja con mayor maestría este último género de métro, tan propio para lo descriptivo y sentimental; y una ligera comparacion de los antiguos poetas con Melendez, Cienfuegos ó Jovellanos evidenciará esta asercion. Son bellos los tercetos en que habla Celia al Rey pidiéndole justicia contra el Príncipe, tiernas las redondillas del Conde:

Fortuna, jamás cansada.

Sublimes las octavas:

Espejo y clara luz resplandeciente.

Y muy fluidos los tercetos:

Si como aqui te ofrezco el alma mia,

Describiendo en boca de Melampo las prendas del Conde, á quien conoce por el nombre de Martin como compañero suyo, dice el autor:

Desposado.
¿Cómo se llama?
Melampo.
Martin.
Desposado.
¿De dónde es?
Melampo.
De Belmirar;
Desposado.
¿Buen talle?
Melampo.
El que basta á dar
á mi vida amargo fin.
El que pudiera dar celos,
no digo entre labradores,
pero entre aquellos señores
que compiten con los cielos.
Debajo de aquel sayal
es un hombre tan bien hecho,
que algunas veces sospecho
que es persona principal
Buen rostro, gran cortesia,
gran músico de vihuela;
pues danza como en escuela,
todo para envidia mia.
Tira la barra una legua,
que no hay señal que no borre;

y si alguna yegua corre,
parece viento la yegua.
Tiene fuerza como un toro,
ligereza como cabra,
y gracia, que no hay palabra
que no parezca de oro.
Cuando aquesto considero,
yo propio á Laura disculpo.

Esta fluidez y naturalidad, esta gala en el decir, ¿se encontrará tan abundantemente en otro que en nuestro Lope?

LA DAMA MELINDROSA.

PERSONAS.

Tiberio.
Lisarda.
Eliso.
Fabio.
Un Alguacil.
Un Escribano.
Belisa.
Celia.
Prudencio.
Felisardo.
Carrillo.
Don Juan.
Flora.
Cuatro lacayos.

La Escena pasa en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Sala.

Tiberio y Lisarda.

Tiberio.

¿En fin, se ha quitado el luto?

Lisarda.

Ha mas de un año la muerte
de su padre.

Tiberio.

De esa suerte
podremos decir que es fruto
de la tristeza el contento.

Lisarda.

No lo será para mi,
que tal marido perdí.

Tiberio.

¡O que inutil sentimiento!

Lisarda.

¿Inútil? ¿pues no es razon
que llore su compañía
una muger que tenia
tanto amor y obligacion?
¿No sabes tú que aun las aves
dan egemplo, pues que muda
una tórtola viuda
su canto en quejas suaves,
y no se vuelve á casar

si una vez su esposo pierde,
ni se sienta en ramo verde?

Tiberio.

¿Pues dónde se vá á sentar?

Lisarda.

En un espino, en un ramo
seco.

Tiberio.

Desa imitacion
como tortolillas son
las que deste nombre llamo:
que asi Dios me dé salud
que pienso que se han sentado
sobre espino por estrado;
tal es su grande inquietud:
no paran en todo el dia.

Lisarda.

Eso no me toca á mi,
y es que jamas pretendí,
Tiberio, otra compañía.

Tiberio.

Pues en verdad que pudieras,
que bien moza has enviudado,
y con hacienda que ha dado
codicia, si tú quisieras,
á mas de seis pretendientes.

Lisarda.

¿Con dos hijos?

Tiberio

Y con doce.

Lisarda

Mal tu pecho me conoce.

Tiberio

Tú negarás lo que sientes.

Lisarda.

¿Qué es negar? cien mil ducados
mi marido me dejó,
mas con dos hijos que yo
pienso ver pronto casados;
y recojerme á la aldea
con una esclava no mas
y un escudero.

Tiberio.

Pues das
en lo que es razon que sea,
como vas tan descuidada,
en que se case Belisa,
pues que ya su edad te avisa,
y el sér de mil conquistada:
que don Juan al fin es hombre;

Lisarda.

¿Cómo puedo yo casar
á Belisa, y donde hallar
un hombre tan gentil hombre,
y con partes tan notables
como imaginadas tiene?

Tiberio.

En ese humor se entretiene.

Lisarda.

Hay mugeres incasables
que dan en ser tan curiosas,
que se les pasan las vidas
en andar desvanecidas,
y á todo el mundo enfadosas.
Y tardando en escoger,
lo mejor suelen pasar,
y andan despues á rogar.

Tiberio.

¿Luego piensas que ha de ser,

Belisa, de esa manera?

Lisarda.

¿Pues ha hecho el Cielo cosa
mas cansada y melindrosa?
¿ni hombre que apetezca y quiera,
á codicia del dinero,
del entendimiento y talle?
es una lonja está calle
del genovés caballero,
del indiano portugués,
del papelista, el letrado,
el viejo rico, el soldado,
el lindo: aunque no lo es
ninguno dellos con ella,
á todos faltas les pone.

Tiberio

Pues Belisa me perdone,
que aunque es tan discreta y bella,
no se ha de desvanecer
en arrogancias injustas.

Lisarda.

Tiberio, si hablarla gustas,
y quieres darla á entender
esta locura en que ha dado
hoy esta hermosa y gallarda,
que ciertas vistas aguarda,
habla'a

Tiberio.

Estoy enojado,
y á fé que se ha de casar
de mi mano, aunque no quiera.

Lisarda.

Hoy cuatro novios espera,
no sé si le hau de agradar.

Tiberio.

¿De cuatro en cuatro la piden?

Lisarda.

Pica el dinero, Tiberio.

Tiberio.

Métase en un Monasterio.

ESCENA II.

Decoracion de Sala.

Salen Belisa y Flora, criada.

Flora.

Las celosías impiden
que no veas bien la calle,
pues dices que el del overo
no era galan caballero,
bizarro y de lindo talle.

Belisa.

Flora, aquellas celosías
los ojos me han afrentado.

Flora.

¿Cómo?

Belisa.

En las niñas me han dado
de palos;

Flora.

Que niñerías.

Belisa.

Como los ojos llegué
á sus palos, ellos fueron
tales, que al fin me los dieron,
pero luego me vengué.

Flora.

¿De qué suerte?

Belisa

Del estuche
saqué un cuchillo, y los dí
de puñaladas allí.

Flora.

¿Quién hay que tal gracia escuche?
¿mataste la celosía?

Belisa.

Híze á lo menos lugar
por donde pude mirar
quien por lo calle venia.
Mas presto vino el castigo,
pues en vez del caballero,
pasó....

Flora.

¿Quien?

Belisa.

Un aceitero.

Flora.

¿Y mirástele?

Belisa.

Eso digo,
que le miré, y me manchó
el vestido.

Flora.

¿Pues podia,
tú detrás de celosia,
y el en la calle?

Belisa.

¿Pues no?
Mirame bien.

Flora.

¡De mirar
el que vá aceite vendiendo
te has manchado?

Belisa.

Asi lo entiendo,
vestido me puedes dar,
y este harás luego vender.

Flora.

Mira que muy limpio está.

Belisa.

Nécia, ¿no te he dicho ya
que daño me suele hacer
quererme contradecir?
¡Jesus, qué fiero accidente!

Flora.

¿Cómo?

Belisa.

Este pulso, esta frente
mira, estoy para morir.
¡Qué terrible calentura!

Flora.

No pienso contradecirte
en mi vida, que servirte
mi amor, y lealtad procura.
De rodillas te suplico
me perdones.

Belisa.

Ya cesó
la calentura.

Flora.

¿Quedó
calor alguno?

Belisa.

Tantico:
pero ya se vá aplacando.

Flora

Tu madre y tu tio.

Belisa.

¡ Ay Dios!
¿á dos me nombras?

Belisa.

Los dos
te están sirviendo, y amando.

ESCENA III.

Dichos, y van saliendo Tiberio, y Lisarda.

Belisa.

Traeme luego labor,
no me vean tan ociosa.

Flora.

¿Quieres las randas?

Belisa.

Es cosa
cansada, aunque es de primor:
y entre tantos majaderos
hay uno que me ha quebrado
las manos: hay que me han dado,
Flora, dolores tan fieros,
que no los puedo sufrir.

Flora

Mira que aun no te he traido
la almohadilla.

Belisa

¿No has oido,
que no has de contradecir?
Traeme una banda al momento
en que descanse la mano. (1)

Lisarda.

Persuadilla será en vano.

(1) *Vase Flora.*

Tiberio.

¿Tan grende posible intento?
¿sobrina?

Belisa.

¿Señor?

Tiberio.

A fé,
que sales del luto hermosa.

Belisa.

A lo menos deseosa
de servirte.

Tiberio

Bien se vé
que andas de boda.

Lisarda.

Ola, Flora,
sillas, y dos almohadas.

Sale Flora.

La banda es esta.

Belisa.

Pesadas
hacen las tocas ahora:
Toma allá, que puede darme
mas cansancio que provecho.

Flora.

Sillas ay aquí.

Belisa.

Sospecho
que vienes á predicarme.

Tiberio

Pues ya si oirme procuras,
toma almohada.

Flora.

Yo voy
por ella. *Vase.*

Tiberio.

Tu padre soy.

Belisa

No la traigas de verduras,
que ayer de sentarme en ella
mal de estómago me dió.

Tiberio.

¿Lo verde te resfrió?

Belisa.

Matanme las yerbas della,

Sale Flora.

Aquí tienes almobada.

Tiberio.

Sientate, Lisarda, aquí;
tú, sobrina, junto á mi.

Belisa.

O cuanto el sentar enfada
entre borlas de colores.

Tiberio.

La causa esperando estoy.

Belisa.

Porque presumo que estoy
sentada con cuatro doctores.

Tiberio

¿Cómo vá de casamiento?

Belisa.

Mal, tio; nadie me agrada.

Tiberio.

¿Qué es lo que dellos te ofende?

Belisa.

Tener mil faltas.

Tiberio.

¿Qué faltas?

Belisa.

Un letrado me traian

salvo:

Tiberio.

¿Qué importa la calva?

Belisa.

Cuando yo fuera muger
espiritual, y santa,
y para vencer la carne
gran enemigo del alma,
¿quisiera una calavera
tener de noche en la cama?
Lindamente me venia
un hombre al lado con calva.

Lisarda.

¿Era muy rico?

Belisa.

Ya quise
asir la ocasion, estaba
sin copete por la frente,
y volvióme las espaldas.

Lisarda.

¿Porqué dejaste al maestre
de campo?

Belisa.

¿No es casi nada
faltar un ojo?

Lisarda.

¿Qué importa,
pues se le pone de plata?

Belisa.

Yo te diré la ocasion.

Lisarda:

Dila.

Belisa

Si este hombre jurara
como á mis ojos te quiero,

y le costaba el de plata
dos reales, en otros tantos
mi amor, y vida estimaba.
Fuera deso, no podia
llamarme mi ojos.

Lisarda.

Calla.

Belisa.

Pues llamarle yo mi ojo,
era ser negra.

Tiberio.

¡O qué gracia!

Lisarda

¿Qué dirás del portugues?

Belisa

Que en el pecho y las espaldas
se ha de poner el cilicio.

Lisarda.

No te entiendo.

Belisa.

Aquellas barbas
negras, cerdosas y espesas,
era ponerme en la cara,
y aun en la boca un cilicio,
y en la lengua una mordaza.

Lisarda.

¿Y aquel caballero rico
de aquel lugar de la Mancha?

Belisa.

Tenia grandes los pies.

Lisarda.

¿Esa es falta de importancia?

Belisa.

No, madre, que sobra era,
y temí si se enojaba,

que era sepultarme en losa
cubrirme de una patada.
Vile algo negras las uñas;
y no pretendo en mi casa
cernícalo de uñas negras.

Lisarda.

¿Y no las tenia blancas
el caballero frances?

Belisa.

No quiero yo ser madama,
ni llamar mosiur mi esposo.

Lisarda

¿Pues díme, en qué hallaste falta
en don Luis mozo y galan,
cuyos pechos esmaltaba
un lagarto de Santiago?

Belisa.

Calla, madre, que me espantas
¿no dicen que las mugeres
á sus maridos abrazan?
con un lagarto en el pecho
en mi vida le abrazara.

Tiberio.

Sobrina, llámase asi
aquella cruz colorada,
que es espada, y no es lagarto.

Belisa.

Bastaba la semejanza
para matarme de miedo:
¡Jesus!

Tiberio.

¿Mas qué, te desmayas?
pues sobrina, si ninguno
te agrada, y la edad se pasa
como la flor, tiempo viene

¿ quien le tiene y la aguarda,
en que despues se arrepienta.

Lisarda.

¿Llaman?

Flora.

Si

Lisarda.

Mira quien llama.

ESCENA IV.

Dichos, y salen un Alguacil y un Escribano.

Alguacil.

Siempre entramos sin licencia.

Tiberio.

Siempre la tienen las varas.

Alguacil.

Los términos han pasado:
¿mira si quieres, Lisarda,
que saque prendas á Eliso?

Tiberio.

¿Con Eliso en pleito andas?

Lisarda.

No hay remedio de cobrar
los dos mil ducados.

Tiberio.

Basta
que olvida su obligacion,
y como á muger te trata.

Lisarda.

Un año habrá que murió
mi marido, y que no acaba
de pagarme, y si he callado
es por la amistad pasada,
y la que tiene de nuevo

con don Juan mi hijo

Tiberio.

Vayan,

y sáquenle prendas

Alguacil

Vamos,

que no está lejos su casa.

ESCENA V.

Lisarda, Belisa, Tiberio y Flora.

Tiberio.

Yo tambien me quiero ir.

Lisarda.

Belisa está desmayada.

Tiberio.

¿Qué tiene?

Belisa.

Imaginá

como le ví con la vara,

que me sacára los ojos.

Tiberio

Ojos no, mas prendas sacan.

Flora.

Cuatro nóvios por lo menos

aguardan.

Lisarda

¿Dónde?

Flora.

En la sala.

Lisarda.

¿Quién son?

Flora.

Fabricio.

Belisa.

Ya he visto
á Fabricio.

Tiberio.

¿En qué te causa
Fabricio?

Belisa.

En barba y cabeza
tiene ciertas moscas blancas,
y cuando ya hay tantas moscas,
es que el verano se acaba.

Flora.

El otro es médico.

Belisa.

Lindo,
con médico siempre en casa,
pensaré que estoy enferma,
frio me dá de cuartanas,
tiemblo, ti, ti, ti, ¡Jesus!
ola, llévame á la cama.

Tiberio.

Sino fuera mi sobrina,
la diera dos bofetadas.

Lisarda.

No lo oiga triste de mí,
vamos á misa muchacha,
y despídanse esos nóvios.

Tiberio.

¿Dónde irás tan de mañana?

Lisarda.

A San Gerónimo iré.

Belisa.

Ay no madre.

Lisarda.

¿Por qué causa?

Belisa.

Tiene á los pies un leon,
que siempre que entro me espanta,
y una vez, madre, no dudes,
que ha de saltarme á la cara.

Lisarda

Pues no nos pongan el coche,
que á San Miguel á pie basta.

Belisa

¿Y no es nada el de los pies,
junto al peso de las almas?

Tiberio.

No vendré á verte en mi vida.

Flora.

Los nóvios, señora, aguardan.

Belisa.

¡Jesus, y que alteracion!
Ola, dame un vidrio de agua.

ESCENA VI.

Habitacion de Eliso.

Salen Eliso, y Fabio criado.

Fabio.

Intenta por tu vida el casamiento,
que es rica, bien nacida y muy hermosa.

Eliso.

Belisa tiene estraño pensamiento
en no agradarse de ninguna cosa:
cada dia en la Corte hay nuevo cuento
desta dama cansada y enfadosa,
porque son sus melindres postres y antes
alivio de cansados caminantes.
Verdad es que mil cosas le levantan,

costumbre de los cuentos, que en efeto
van creciendo contados, que adelantan
todos cuantos los cuentan un conceto:
todos los hombres dice que la espantan,
ni ella le quiere nécio, ni discreto,
si es alto, porque sobra de lo justo,
si es bajo, porque falta.

Fabio.

Lindo gusto.

Eliso.

Un hombre deshechó porque tenia
un lunar en la cara, y por bermejo
á un caballero.

Fabio.

Mas razon tenia.

Eliso.

¿Porqué?

Fabio.

Por lo que dicen del pellejo.

Eliso.

Mirando un nóvio muy galan un dia,
dijo viéndole limpio como espejo,
mas que dormir con este mentecato,
quiero comer, que es bueno para plato.

Fabio.

En Alcorcon pudiera hacer Belisa
un desposado, que es famoso el barro.

Eliso.

Asi le tuvo Eva: burla y risa
hace del mas galan, del mas bizarro.

ESCENA VII.

Dichos, y sale con la espada desnuda Felisardo.

Felisardo.

¿ Está aqui Eliso?

Eliso.

¡O Felisardo!

Felisardo.

Aprisa;
que á un caballero....

Eliso.

¿Qué dices?

Felisardo.

Navarro
pienso que he muerto acompañando á Celia,
que venia del prado con Aurelia.
Salieron de mañana á pasearse,
salí, siguiólas este caballero,
volviéron y él detras, y sin quitarse
de paso á fuente, á lo de bravo y fiero
llegaron las criadas á enfadarse,
que no lo estaba yo poco primero,
habléle, respondió, vino derecho,
miréle, alzó, metíme, ya está hecho.
Huyeron las mugeres, dí la mano
á Celia, y queda....

Eliso.

¿Dónde?

Felisardo.

A vuestra puerta.

Eliso.

Metedla presto.

Felisardo.

Celia, Celia.

ESCENA VIII.

Dichos, y sale Celia, y despues Fabio.

Celia.

Hermano,

Felisardo.

Aquí estarás segura y encubierta.

Celia.

¿Pues dónde vas?

Felisardo.

Al Carmen.

Celia.

Es en vano
quedar aquí sin tí menos que muerta:
sino hay peligro aquí, ¿por qué te alejas?
y si aquí le hay, ¿por qué me dejas?

Eliso.

Bien dice, cierra, Fabio, nuestra puerta,
que á mas peligro vais por tantas calles.

Fabio.

Yo voy. *Vase.*

Eliso.

Aquí estará Celia encubierta,
y tú mientras remedio busques ó halles.

Celia.

Bien dice, mientras algo se concierta,
que dos mancebos de gallardos talles,
que me vieron venir, no dirán nada.

Eliso.

No temas, que no harán si es gente honrrada.

Sale Fabio.

¡Gran desdicha!

Eliso.

¿Qué dices?

Fabio.

Que aun apenas
cerraba las dos puertas de la calle,
cuando veo que llega la justicia,
llamaron, y yo haciendo que no oia,
cerré para decíroslo.

Felisardo.

¿Qué harémos?

Eliso.

Esta casa no tiene parte oculta,
ni menos de salir, ventana ú puerta.

Fabio.

Señor, bien estarán en mi aposento.

Eliso.

En caso de buscar hombre por muerte
no dejarán rincon que no le miren,
y mucho mas, no habiendo abierto luego.

Celia.

¡Ay triste yo!

Eliso.

No os aflijais, señora;
intentemos siquiera alguna industria.

Felisardo.

Yo tenia en mi casa dos esclavos,
Pedro, que á los caballos asistia,
porque era ya cristiano bautizado;
y Zara una esclavilla Granadina:
los dos podeis fingiros porque entrambos
están en la heredad: tú, Felisardo,
vé á la caballeriza, y en la cuerda
que atraviesa de la una á la otra parte,
hallarás el vestido que las fiestas
el esclavo se pone, y tú, señora,
en la cocina el que se pone Zara:
tú toma la almohaza, tú los platos,
y no sereis de nadie conocidos.

Felisardo.

Yo voy.

Celia.

Y yo á lo mismo. *Vase.*

Fabio.

Ya nos quiebran
la puerta.

Eliso.

Antes me espanto de la flema
con que llaman buscando un delincuente,
baja, y di que yo estaba en mi escritorio,
en papeles, y cuentas ocupado,
y que nadie hasta ahora los ha oido;
y detente en hablar lo que pudieres,
porque tengan lugar para vestirse.

Fabio.

Yo voy, y quiera el Cielo que suceda
tan felizmente, que burlados queden.

ESCENA IX.

Eliso.

Por su desdicha conocerlos pueden.
Tirano amor, cuya opinion temática
nos muestra bien la librería histórica,
oscura ciencia en lengua metafórica,
de la esfinge de Tebas enigmática.
Dichoso el que se queda en tu gramática
y no llega á tu lógica y retórica,
pues el que sabe mas de tu teórica,
menos lo muestra en tu esperiencia práctica;
Pues igualas amor en tu matrícula
los sábios y los bárbaros salvágicos,
el mar y el fuego, el yelo y la canícula.
Yo seré Ulises á tus cantos mágicos,
pues solo vemos en tu accion ridícula
principios dulces para fines trágicos.

ESCENA X.

Dichos, y salen Alguacil, Escribano y Fabio.

Alguacil.

Pudiera vuesa merced
tener estilo debido
á quien es.

Eliso.

No lo he sabido,
y que le tengo creed.
Cuentas de hacienda intrincada
divierten, y yo no soy
portero en mi casa.

Alguacil.

Estoy,
por ser de una casa honrada,
dos horas á vuestra puerta,
y sale vuestro criado
muy dormido y enfadado.

Eliso.

La bestia ahora despierta,
que no sale mas temprano
de la cama, y por mi vida
que este descuido no impida
el estilo cortesano
digno de quien sois: decid
¿qué es lo que mandais?

Alguacil.

Muy bien
eso direis, que tambien
es estilo de Madrid.
¿No os acordais que se os hizo
por Lisarda ejecucion?

Eliso.

¡Así! teneis gran razon;
¿en fin, no le satisfizo
ningun concierto?

Alguacil.

Pasó
la oposicion como veis;
ningun término teneis,
porque todo se cumplió.
Prendas os vengo á sacar.

Eliso.

No tengo que responder,
Lisarda lo puede hacer.

Escribano.

Licencia nos podeis dar.

Eliso.

Entrad, que Fabio os dará
mi plata y tapicería,
y si falta, que podria,
satisfacion se os hará
con otras prendas.

Escribano.

Muy bien;
vamos.

ESCENA XI.

Eliso.

Yo estaba engañado;
hasta que siendo el buscado
y el perseguido tambien,
pensé que era Felisardo:
mas bien es que estén así,
por si los conoce aquí;
que mi deuda presto aguardo

remediarla con dinero
que espero en fin deste mes;
tomé el consejo despues,
que fuera mejor primero.
Porque si hubiera pedido
á Belisa por muger,
pienso que pudiera ser
de sus melindres marido.
Que toda mi cobardía
nació de su condicion,
entrar quiero, que es razon,
á ver esa hacienda mia.
Que tiempo habrá de pedir
á Belisa y de trocar
la deuda en deudo y pagar
con el mismo recibir:
que es la hacienda poderosa;
pero bien es menester
para sufrir y tener
una muger melindrosa.

ESCENA XII.

Habitacion de Lisarda.

Lisarda, Belisa y Flora.

Lisarda.

Este hombre es un pincel,
¿porqué no te ha de agradar?

Belisa.

Cuando te quieras casar,
elige alguno como él:
que á mi no me satisfizo.

Lisarda.

¿Porqué?

Belisa.

Porque allí contó

una pendencia, y mostró

Lisarda.

¿Qué mostró?

Belisa.

Un puño postizo.

Lisarda.

¿Eso importa?

Belisa.

¡Hombre que á mí,
señora, me ha de querer,
postizo le ha de traer?
¿y cuando le traiga asi,
ha de ser tan descuidado,
que por hacerse valiente
se le caiga, cuando cuente
las cuchilladas que ha dado,
con el puño de la espada
el puño de la camisa?

Lisarda.

Esos melindres, Belisa,
me tienen ya muy cansada:
no sé á quien te has parecido,
que yo no fuí melindrosa.

Belisa.

¿El ser yo limpia y curiosa
por melindres has tenido?

Lisarda.

¿Pues díme, qué no lo fué
no querer al caballero
toledano?

Belisa.

Darte espero
la razon.

Lisarda.

Yo no la sé.

Belisa.

Tenia grandes los ojos,
y algo el mirar espantado,
¡si así mira enamorado,
qué hará despues con enojos!
Muy bien despedido va,
que ví la figura en él
del Rey Don Pedro el cruel,
que en Santo Domingo está.

Lisarda.

¿Y el que anteayer te ofrecí?

Belisa.

¡Ay, Jesus!

Lisarda.

No te alborotes.

Belisa.

Muy caidos los vigotes
sobre la boca le ví:
imaginé que seria,
ó perro de agua, ó salvage,
ó que estaba algun potage
sorbiendo por celosía.
Bien tiene si come leche
con que poderla colar.

Lisarda.

¿Pues quién te ha de contentar?

Flora.

Un marido en escabeche.

ESCENA XIII.

Dichos, y salen el Alguacil y el Escribano.

Escribano.

Hízose todo muy bien.

Alguacil.

Bien se ha hecho

Lisarda.

¿De qué modo?

Alguacil.

Depositado está todo,
y pídeme que te dén
dos prendas vivas á tí,
que por fuerza le saqué.

Lisarda.

¿Prendas vivas?

Alguacil

Por mi fé,
que en toda mi vida vi
dos tan gallardos esclavos.

Lisarda

Hasme hecho gran placer.

Alguacil.

El uno es muger.

Lisarda.

¿Muger
herrada?

Alguacil.

No tiene clavos;
pero puédelos poner
en cualquiera libertad:
ola, Pedro y Zara, entrad.

Lisarda.

Bizarros, no hay mas que ver.

ESCENA XIV.

Dichos, y salen Felisardo de esclavo y Celia.

Alguacil.

Yo los saqué, porque creo

que un gran servicio te hago.

Lisarda.

Daréle carta de pagó,
tal gracia en los moros veo,
de los dos mil, y aun á tí
albricias, porque los dé.

Alguacil.

Eso es mucho, mas yo sé
que lo hara por tí y por mí,
y que en caso de vendellos,
gustara de hacerte gusto.

Lisarda.

Cualquiera precio es muy justo,
aunque muy grande por ellos.

Alguacil.

Yo tengo que hacer, el Cielo
te guarde.

Lisarda.

Veeme despues,
que tuya est a casa es.

Alguacil.

Que no tendremos recelo
necesidad de vender
prendas.

Lisarda.

Asi lo imagine.

Alguacil.

A Dios.

ESCENA XV.

Dichos menos el Alguacil y Escribano.

Felisardo.

¡Que estraño camino *ap.*
de desdicha, aunque ha de ser

para mas remedio mio!
que en aqueste trage y casa,
mientras esta fúria pasa,
estar guardado confio.
¿Pero cuándo historia alguna,
de cuantas ha visto el mundo,
dió capítulo segundo
al libro de la fortuna?
Ay suceso mas gallardo,
que un hombre que hoy en Madrid
era mas noble que el Cid
y mas libre que Bernardo,
se vea esclavo y sacado
por prenda de ejecucion,
no con mayor dilacion
que lo que habemos tardado
en vestirnos Celia y yo
sin morato, sin jafer,
y sin poder responder
á estos hombres, sí, ni no,
Yo estoy como loco aquí
no sé en qué podré parar.

Celia.

Si me pudiera quejar, *ap.*
Cielo contrario, de tí,
por el trage en que me veo,
pues él me diera licencia,
perdiera aquella paciencia,
que ya te pido y deseo.
No puedo de mí quejarme,
pues lo que me ha sucedido,
engaño, y no culpa ha sido:
¿mas qué podrá resultarme?
¿qué daño puede venirme?
todo es servir ocho dias.

Belisa.

Bien dices, y tú podrás
hablarle.

Lisarda.

Si el está firme,
yo le haré con el dinero
que los deje, aunque no quiera.
¿Esclavo?

Felisardo.

¿Señora?

Lisarda.

Espera.

Felisardo.

¿Qué he de esperar si esto espero?

Lisarda.

¿Tu nombre?

Felisardo.

Pedro me llamo.

Lisarda.

¿Cristiano?

Felisardo.

Si, por la gracia
de Dios, aunque por desgracia
mia te tengo por amo.

Lisarda.

¿Pésate de estar aquí?

Felisardo.

No, porque mas me pesara
si allá en la carcel pagara
lo que no te debo á tí.

Lisarda.

¿De dónde eres?

Felisardo.

De Granada,
aunque en Madrid he nacido

de esclava, que hubiera sido
reina, á no ser desdichada.
El hijo de Carlos Quinto,
don Juan de Austria, cautivó
á mi madre, y nací yo
de la Alpujarra distinto,
donde ella fue natural,
y un caballero español
limpio y galan como el sol.

Lisarda.

¡Qué lástima! ¿háy cosa igual?
¿y tu esclava?

Celia.

Yo me llamo
Zara, y bautizarme quiero,
soy de Orán, y estarlo espero
si vuelvo á vér á mi amo,
antes, señora, de un mes.

Belisa.

Aqui tambien si tú quieres:
por cierto hermosas mugeres
tiene Orán.

Lisarda.

Esta lo es.
Flora, muestra la cocina
á Zara, y lo que ha de hacer,
tu puedes venir á ver
cierto novio.

Belisa.

¡Qué moína!

ESCENA XVI.

Flora, Felisardo y Celia.

Flora.

Ea, Zara, ven conmigo;
tú, Pedro, visitarás
la caballeriza.

Felisardo.

¿Hay mas esclavos?

Flora.

No.

Felisardo.

No lo digo
por no servir.

Flora.

Un lacayo
del hijo de mi señora,
cura de su coche ahora
los caballos, y á él un bayo.

Felisardo.

¿Hijo tiene?

Flora.

Y muy galan.

Felisardo.

¿Anda fuera?

Flora.

Está en la cama,
ronda de noche una dama,
y no madruga don Juan:
las doce le dan en ella
los mas dias, tú tendrás
dueño, si en su casa estás,
hermano desta doncella,
que es angel en condicion,

y yo te regalaré,
que tu talle obliga á fé,
y buena conversacion.
De todo tengo las llaves:
bebes vino? ¿cómes, di,
tocino?

Felisardo.

Pienso que si,
porque nací donde sabes;
sino es que se me ha olvidado
desde anoche que cené.

Flora.

¡O, que regalos te haré!

Celia.

Si has de ser tan regalado,
alaba, Pedro á los Cielos.

Felisardo.

Oye, Celia.

Celia.

No hay oir.

Felisardo.

Todo lo podré sufrir,
pero no sufrir tus celos.

ESCENA XVII.

Decoracion de Sala.

Sale don Juan con una ropa desabrochado, poniendose los botones, y Carrillo, lacayo.

Juan.

¿Ensillaste?

Carrillo.

Ya lo está,
pero es hora de comer.

Juan.

¿Habrá Misa?

Carrillo.

Misa habrá.

Juan.

¡Qué cansado vine ayer!

Carrillo.

Con razon te cansas ya.

Juan.

En pidiendome dinero,
luego me desmayo y muero.

Carrillo.

Muchos escriben remedios
de amor, poniendo por medios
la ausencia por mas ligero,
á quien se sigue el olvido;
otros los libros, la caza,
el pleito, el entretenido
juego, y todos dando traza
de divertir el sentido.
Cual con las hechicerías
quiere librarse de amor:
cual con mayores porfías,
en otro gusto, señor,
pasa sus melancolías.
Plinio dijo que se echase
un amador (¡qué molestia!)
adonde se rebolcase
una mula, y que una bestia
asi otra bestia imitase:
mas esto fué por mostrar
que era una bestia quien ama;
no porque puede quitar
de aquella bestia la cama
esta enfermedad de amar.

Mas yo digo que el pedir
es el remedio de amor.

Juan.

¿Dónde has oido decir
eso de Plinio?

Carrillo.

Señor,
hanse dado á traducir
tantos hombres que carecen
de ingénio, que ya sabemos
los tontos, lo que encarecen
los sábios, y merecemos
los nombres que ellos merecen.
Yo le tengo traducido,
y aun á Horácio y á Lucano.

Juan.

¿Esos hombres has leido?

Carrillo.

¿Pues si están en castellano,
qué dificultad ha sido?
ya mi alazán latiniza:
allá están.

Juan.

Huelgome al fin;
que estos que el mundo eterniza
buscan á Horácio en latin,
y está en lo caballeriza.
¡Que un lacayo te ha leido,
divino Horácio!

Carrillo.

Yo he sido
mas en verdad que me espanto
de que tú te estimes tanto
por el latin aprendido,
porque de cuantos es vista

con la capa y con la espada,
tu persona latinista
siempre en libros ocupada,
dicen que eres romancista.

Juan.

Luego el ingenio y la ciencia
son los bonetes y grados,
por Sigüenza ó por Valencia.

Carrillo

En los vulgos engañados
consiste la diferencia:
espada, luego idiotísmo,
bonete, luego letrado.

Juan.

¡Qué gracioso silogismo!

Carrillo.

Ya está en el vulgo asentado.

Juan.

¡O qué cansado hispanismo!
Lipsio con capa y espada
fama inmortal tiene y goza,
persona fue celebrada,
don Iñigo de Mendoza,
que ha dejado á España honrada.
Mil ejemplos te trujera
con que el vulgo me entendiera
si aquí con el vulgo hablára.

Carrillo.

Haste de lavar la cara.

Juan.

Llama á Flora.

Carrillo.

Un poco espera. *Vase.*

Juan.

Ciencia es saber, que con ingenio y arte

alcanza un hombre no manteo y bonete,
que si toda en los hábitos se mete,
tendrán las mulas en la ciencia parte.
Cesar siguió con alta espada á Marte,
sus comentarios no ha cubierto el Lete,
que quien tiene dos veces treinta y siete,
¿quién le quita que de uno se descarte?
Yo he visto á Ciceron con un sombrero,
y á Xenofonte armado: letras santas,
bien os puede tener un caballero.
O tú que por los ojos te adelantas,
si Apolo tiene pluma y Marte acero,
junta á los dos en esperiencias tantas.

ESCENA XVIII.

Don Juan, y sale con un jarro y un plato Celia, y Flora con una tohalla.

Celia.

Aquí tienes agua y plato.

Flora.

Tohalla tienes aquí.

Juan.

¿Flora?

Flora.

¿De qué es el recato?

Juan.

Nunca esta criada ví:
¿vos servis? ¡o tiempo ingrato!

Flora.

Mejor, señor, lo dirás
cuando sepas que es esclava.

Juan.

Esclava, Flora, ¿eso mas?

Flora.

En casa de Eliso estaba,
¿nunca la viste?

Juan.

Jamás:

Flora.

En prendas que le han sacado
de una deuda, la han traido.

Juan

Solo el habernos pagado,
con ella disculpa ha sido
del haberle ejecutado.
¡Bella esclava!

Celia.

Desdichada
direis mejor, hasta ahora
que os sirvo.

Juan.

¡Qué bien pagada
deuda! echad agua, señora.

Flora.

¿Tanto la esclava te agrada?

Juan.

¿Has visto alguna en tu vida
mas hermosa? echad mas agua,
echad mas si sois servida,
porque se temple la fragua
de vuestro fuego encendida.
¿Ay tales ojos?

Celia.

Pudieran
dar agua si aqui faltára.

Juan.

¿Qué manos la merecieran?
mas si el alma se labára

mas á propósito fueran.
Dame esa toballa, Flora,
aunque no podrá limpiar
lo que deja impreso ahora,
esclava que puede honrar
la mas principal señora.
Id por el cuello.

Celia.

Yo iré.

Juan.

Vé, Flora, á darsele.

Flora.

Voy.

Juan.

No vuelvas acá.

Flora.

No haré.

Juan.

Con gusto de verla estoy,
algo á solas le diré.
Nunca esta esclava le ví
á Eliso, sin duda creo
que él la guardaba de mí,
porque el ageno deseo
debió de juzgar por sí.
¡O cuánto lo habrá sentido
si acaso le tiene amor!
desdicha notable ha sido.

Celia.

Aquí está el cuello, señor. (1)

Juan.

Y aquí, señora, el rendido:

---

(1) *Sale Celia con un cuello en un tabaque.*

ese es cuello , ponello
podeis por argolla en mí,
aunque bastaba un cabello,
y este el cuello que os rendí.

Celia.

¿Burlaisos? poneos el cuello. (1)

Juan.

No fuera hierro el asiento,
pero ya por vos le siento,
hierros en la trenzas hay.

Celia.

Yo pensé que era cambray.

Juan.

¡Qué engañado pensamiento!

Celia.

Y si vuestros hierros son
trenzas, con facilidad
podreis romper la prision.

Juan.

Prision de la voluntad
está en la imaginacion.
No acierto á atarme la trenza,
ponedmela vos, llegad,
llegad, no tengais vergüenza,
atadme la libertad
que á ser vuestra ya comienza:
llegad, atareis el cuello.

Celia.

Porque el serviros obliga
lo haré, pues os sirvo en ello:
¿pero quién habrá que os diga,
aunque yo acierte á ponello,
si está el cuello bien ó mal?

---

(1) *Póngasele.*

voy por espejo.

Juan.

Eso no,
porque no habrá espejo igual
como ese rostro, en que yo
miro tan limpio cristal.
Retrátenme vuestras bellas
niñas, que bien puedo en ellas
decir que en el Sol me ví,
atad.

Celia.

¿No está bien asi?

Juan.

A vuestras claras estrellas
se lo quiero preguntar.

ESCENA XIX.

Dichos, y sale Felisardo.

Felisardo.

Bueno es aquesto por Dios,
si aquí pudiera cortar
tanto montará en los dos
cortar como desatar.

Juan.

¿Quién está ahí?

Felisardo.

Yo, señor:

Juan.

¿Pues quién eres?

Felisardo.

Un esclavo
que hoy te sirve por favor
de la fortuna, que alabo
por conocer tu valor,

Fuí de Eliso, y ya soy tuyo,
mas ni soy tuyo ni suyo:
ni sé á quien he de servir,
tanto que puedo decir,
esclavo soy, ¿ pero cuyo?
Por prenda vine á tu hacienda
de una ejecucion, mas ya
á tanto pasa otra prenda,
que conmigo en prenda está,
que puede ser que te prenda.
Mi amo esta esclava amó,
ví que á tu pecho llegó,
y no es bien que á tí se junte,
pero aunque me lo pregunte,
eso no lo diré yo.

Juan.

Buen talle de esclavo tienes,
y leal me has parecido,
pues que tan celoso vienes.

Felisardo.

Zara, buen principio ha sido;
bien tu desdicha entretienes.

Celia.

¿ Tú me riñes?

Felisardo.

¿ Por qué no?
señor, me mandó que yo
te riñese, y puedo hacello,
pues hago en reñirte aquello
que cuyo soy me mandó.

Juan

No la riñas, por mi vida,
esclavo, que no es culpada,
y en tanto que aqui resida,
aunque es de Eliso comprada,

haz cuenta que fué vendida.
Yo soy su dueño.

Felisardo.

¿Y yo cuyo?

Juan.

Mio tambien.

Felisardo.

Ya soy tuyo,
mas debo temer, señor,
de mi primer posedor,
que no diga que soy suyo,
Zara estuviera mas bien
en la cocina que aqui.

Celia.

Y tu curando tambien
tus caballos.

Felisardo.

Por tí á mí
en sus pesebres me vén.

Celia.

Y á mí por ti entre los platos,
sin que me regale Flora,
villano ejemplo de ingratos.

Juan.

No haya mas por Dios ahora;
que los dos sois dos retratos
de hidalga, y noble lealtad,
servid alegres, creed
que os tengo gran voluntad;
y que os he de hacer merced.

Felisardo.

Si Zara trata verdad,
yo la tendré en lo que es justo.

Juan.

A misa voy, que es muy tarde,

ESCENA XX.

Dichos menos don Juan.

Felisardo.

Presto mudaste de gusto.

Celia.

¿Sientès, asi Dios te guarde,
de veras este disgusto?

Felisardo.

¿Soy piedra yo? ¿soy diamante?
¿ó soy amante? ¿soy fiera?
¿ó soy hombre? ¿soy hidalgo?
¿ó soy la misma bajeza?
Tú dos mil leguas de un hombre;
¿cuánto mas quien lo creyera
la distancia que se pudo
dividir con una trenza?
¿Tú dando lazos, y nudos
al cuello de otra cabeza
que la mia, para hacerlos
en mì garganta de cuerda?
Ay Celia bella,
ni fé en la mar, ni en la muger firmeza,
¿tú recien venida aquí,
para ser ultima prueba
de amor en tan gran desdicha
que merece fama eterna,
en los brazos?

Celia.

¿En qué brazos?

Felisardo.

Dejame no me detengas.

Celia.

Pues es bien tratar en burlas

en tiempo de tantas veras.
Vuelve, y mira donde estamos
pues en nuestra misma tierra
tu eres esclavo, y yo esclava:
que si de mi honor recelas,
ofensa tuya es locura,
y para mi honor la ofensa:
por tí, Felisardo mio,
soy esclava, tus quimeras
me trujeron á servir;
si sirvo, ¿de qué te quejas?
salí con otra criada
á dar agua á quien quisiera
dar veneno, es hombre y mozo,
dijóme palabras tiernas:
que es la ocasion ligera,
polvora el hombre, y la muger centella;
Mandó que trujese el cuello,
truje el cuello, até las trenzas,
hizóme espejo, fui espejo.

Felisardo

¿Y eso no quieres que sienta?

Celia.

No, porque luego que entraste
como era vidrio, y se quiebra
cesó el espejo.

Felisardo.

Mejor,
dieras, Celia, por respuesta
que la muger es espejo,
y que del dueño en ausencia
hace la misma lisonja
á cualquier rostro que llega.

Celia.

Deja estos celos injustos,

deja por mis ojos, deja
en tanto mal niñerias.

Felisardo.

Siento, Celia, que lo sean,
que si tu en las niñas tuyas
retratas prendas agenas,
niñerias son que pueden
hacer gigantes ofensas.
Mas porque en tales desdichas
no es bien que hablemos en quejas:
dime, mi bien, ¿qué he de hacer
en las muchas que nos quedan?
¿quieres, dime, que esta noche
nos vamos donde no sea
la fortuna poderosa
á hacernos burlas como estas?
¿quieres que de aquí te saque?

Celia.

Sabe Dios si lo quisiera,
pero ponemos á Eliso
en notable contingencia,
que como estamos en nombre
de esclavos, que diga es fuerza
Lisarda, que él nos esconde,
ó nos buscarán por ella:
mejor es que mientras pasa
la fúria, aqui te entretengas,
que para estar escondidos
ninguna casa como esta.
Fuera de esto de mis padres
seré buscada, y apenas
saldré en mi trage á la calle,
cuando conocida sea:
¿Y para mi qué mas gloria
que estar adonde merezca

el nombre de esclava tuya?

Felisardo

Bien, señora, me aconsej
allí he visto los criados,
que están poniendo la mesa,
vete, Celia, á la cocina,
que podrá ser que nos vean.

Celia.

Yo pondré en una toballa,
si acaso hurtarle me dejan
algun regalo que comas:
pero no, que se me acuerda
que Flora lo hará mejor.

Felisardo.

Nunca te he visto tan nécia.

Celia.

Quien ama teme.

Felisardo,

Quien ama
cree.

Celia

¿Qué quieres que crea?

Felisardo.

Que te adoro mi Celia,
que las desdichas crecen las firmezas.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Habitacion de Lisarda.

Belisa y Flora.

Flora.
¿En qué tiene de parar
tanta tristeza y disgusto?
Belisa.
Ya, Flora, todo mi gusto
se ha convertido en llorar.
Ya mis melindres cesaron,
ya mi arrogancia paró,
el Cielo me castigó,
y los hombres se vengaron.
Tenme lástima, que estoy
para matarme.
Flora.
No diga
tal tu entendimiento.
Belisa.
Amiga
por pasos tan tristes voy,
que es imposible vivir,
porque en tanta desventura
es el callar mi locura,
determinarme á morir.
¿Qué tardo? ¿en qué me detengo,
que no doy fin á mi vida?

Flora.

¿Tú de tí misma homicida?

Belisa.

A darme la muerte vengo,
Flora, con tanta ocasion,
que cuando en lo que la fundo
venga á conocer el mundo;
dirán que tengo razon.
Yo he de matarme: tú, Flora,
despues de muerta podrás
mirar mi pecho, y verás
la causa que callo ahora.
Porque escrita en un papel,
como el que muere por bando,
la llevaré al pecho cuando
me mate yerro ó cordel.
Pensando estoy, triste vida,
vuestro fin, si con espada,
quedaré muy desangrada,
mal puesta y descolorida.
Si en cordel, quedaré fea,
la lengua gruesa, y torcida
la boca, que sin herida
no hay muerte que tierna sea;
con veneno me pondré
negra y hinchada; sangrada
es muerte á Seneca hurtada,
dulcemente moriré,
que será cosa famosa
morir en filosofía,
y de muerte de sangría
quedaré limpia y hermosa.
Ea, llamame un barbero,
diré que quiero sangrarme,
y despues podré quitarme

la benda hasta el fin postrero:
Vé, Flora, veme por él.

Flora.

¿Qué dices? ¿estás en tí?

Belisa.

Matarme tiene.

Flora.

¡Ay de mí!

Belisa.

Si tardas, con un cordel.
O alguna encendida brasa
como á Porcia....

Flora.

Si lealtad,
si amor, si tratar verdad,
si haber nacido en tu casa,
pueden merecer saber
la causa de tus enojos,
ellos y mis tristes ojos
te obliguen.

Belisa.

No puede ser.

Flora.

Pues sino, juntemos vidas,
y acábenos una muerte.

Belisa.

Si te obligas que una suerte
nos iguale en dos heridas,
aquí te diré mi mal.

Flora.

Yo te lo prometo.

Belisa.

Escucha;
verás que la causa es mucha,
y á mi desventura igual.

En Madrid nacida,
Flora, como sabes,
por regalo y gusto
de mis ricos padres,
me crié en sus brazos
con amores tales,
que aun hablaba en niña
pudiendo casarme.
Llovian las Indias
Indias Orientales,
adonde tenia
mi padre dos males,
en su casa y cofre
perlas y diamantes,
plata para gastos,
y oro para engastes.
Con esto y quererme
gastaban gran parte
en mis nuevas galas,
en mís ricos trages.
Que don Juan en fin,
como era estudiante
no gastaba en libros,
lacayos y pages,
lo que yo en espejos,
pastillas y guantes:
con estas locuras
fuí tan arrogante,
que nunca pudieron
casarme mis padres:
treinta mil ducados
que en parte me caben
desta gruesa hacienda,
mas que no mis partes,
obligan los hombres

..ue por muchos nacen
á venir á verme,
verme y conquistarme:
yo con la locura
de hacienda tan grande,
y quizá engañada
de mi ingenío y talle,
he dado en melindres,
en melindres tales,
que fuí de la Corte
fábula notable;
dí en decir un tiempo
que tenia de carne
las manos y rostro,
lo demas de imagen,
que cual ves las visten
solo por el talle,
sin piernas y cuerpo
con bultos iguales;
dí en no ir á misa
donde hubiese el Angel,
que venciendo pintan
sierpes infernales:
viendo á San Cristoval
forma de gigante,
me dieron mil veces
desmayos mortales:
jamás en la pila
aunque con los guantes,
tomé agua bendita
temiendo anegarme:
nunca salí fuera
que el aire sonase,
y si me cogia
el aire en la calle,

daba dos mil gritos,
que me lleva el aire.
Nunca he visto toros
de miedo que salten,
aunque yo tuviese
mil rejas delante.
La puente de piedra,
con ser Manzanares
rio tan pequeño,
no hay orden que pase
para entrar en coche
mil reliquias hacen
escolta á mi cuerpo,
cruces y señales.
No comí en mi vida
ciruelas de frayle,
porque dicen muchos
que en el cuerpo nacen:
caracoles menos,
porque nunca barren
en su aposentico
sus necesidades.
Jamás consentí
que me tome el sastre
medida á vestido,
porque no me abraze:
nunca el zapatero
lo que calzo sabe,
zapatos de un punto
y de dos me hace;
y hasta diez y seis,
porque no se alaben
que saben mis puntos
curiosos galanes.
No quise en mi vida

jugar á los naipes,
porque la espadilla
me yela la sangre:
¿ mas porqué te digo
las cosas que sabes,
y que no es posible
que mi lengua baste?
Yo, en efecto, Flora,
con melindres tales,
desechando á tantos
caballeros graves,
ricos, gentiles hombres,
nobles, principales,
con hábitos muchos,
muchos con bastantes
cargos en la guerra,
y oficios reales,
poniendo mil faltas
á cuantos me salen,
no sé si lo diga
antes que me mate,
porque no me afrentes
desatinos tales;
pero ya que es fuerza,
¿de qué estoy cobarde?
un esclavo adoro,
prenda que á mi madre
trajo un alguacil,
Dios se lo demande:
no es de burlas, Flora,
yo quise guardarme,
diligencias hice,
pero poco valen
en estas prisiones
el amor alcalde

castiga con muerte
resistencias tales:
ni duermo, ni como,
ni sé qué se traen
estos pensamientos
y dificultades:
yo que burla hice
de hombres semejantes,
quiero un esclavillo:
mas no diga nadie
desta agua no bebo,
que los tiempos hacen
humillar soberbias,
subir humildades,
truecan los melindres
en sucesos graves:
enriquecen chicos,
empobrecen grandes;
mal haya quien hizo
leyes desiguales,
que lo peque el gusto
y el honor lo pague.

Flora.

¿Qué podré yo responderte?
corrido mi gusto ví
de lo que pasa por tí,
que callo por no ofenderte;
pero no puedo negarte
que ha sido estraña locura.

Belisa.

¿Deja de ser la hermosura
hermosura en cualquier parte?
¿Dejará de ser diamante
el que lo nació en la mina,
porque esté en la mano indigna

ó porque le cubra el guante?
Mas á la cuenta si á tí
lo que á mí me sucedió,
no quiero culparte yo
para disculparme á mí:
lo que haré será matarme.

Flora.

Mejor es buscar remedio.

Belisa.

¿Pues hay sin la muerte medio
con que poder remediarme?

Flora.

Echarle de casa luego.

Belisa.

Hale cobrado aficion
mi madre, y la privacion
podrá acrecentar mi fuego.

Flora.

Pues hazle errar ó azotar,
afèale de manera
que le aborrezcas.

Belisa.

¿Qué fiera
puede aborrecer y amar?

Flora.

¿Piensa que en quien esa esclava adora
si desamartelan celos?

Belisa.

No han hecho salsa los cielos
de amor, como celos, Flora?

Flora.

Pues algo has de hacer.

Belisa.

Morir.

Flora.

Mira el alma.

Belisa.

Esa razon
sola vence la pasion
con que desprecio el vivir.
Quiero tomar tu consejo,
y hacer este esclavo herrar,
como quien quiere quebrar,
por no mirarse, el espejo.

Flora.

Tu madre.

Belisa.

Apartate allí.

ESCENA II.

Salen Eliso y Lisarda.

Lisarda.

No tienes que replicarme,
los esclavos has de darme,
aunque vienes contra mí.

Eliso.

¿Tras haberme ejecutado,
me quitas con tal disgusto
en lo que tengo mi gusto?

Lisarda.

Eres caballero honrado,
y te obliga el ser muger.

Eliso.

Yo tengo que te pedir,
y asi te quiero servir
con hacerte este placer,
pero advierte que son tres
los esclavos que te doy.

Lisarda.

Cómo ?

Eliso.

Porque yo lo soy ;
y el cómo sabrás despues.

Lisarda.

Si es acaso pensamiento
de casarte con Belisa ,
ya su condicion te avisa.

Eliso.

Sé que un imposible intento,
pero tú lo tratarás
con ella á solas.

Lisarda.

Sí haré ,
por allí estaba y se fué.

Eliso

Hablala en esto no mas ,
pues sabes mi nacimiento ,
porque en aquesta ocasion
saques en la ejecucion
las prendas del casamiento.

Lisarda.

Ya Pedro y Zara son mios ,
á hablar á Belisa voy. *Vase.*

Eliso.

Dispuesto á sufrir estoy
sus notables desvaríos.

ESCENA III.

Eliso , y sale Felisardo de esclavo.

Felisardo.

Eliso del alma mia.

Eliso.

Mi querido Felisardo ,

¿cómo vá?

Felisardo.

Tu vista aguardo,
como las aves al dia,
en esta oscura prision.

Eliso.

¿Prision con Celia?

Felisardo.

Es verdad,
mas no tengo libertad
de decille una razon.
¿Qué hay por allá de la herida?
¿no podré salir de aquí?
¿murmuráse que yo fuí?

Eliso.

Aun tiene el hidalgo vida,
pero está muy peligroso,
no salgas de donde estás,
porque á peligro pondrás
la tuya.

Felisardo.

¡Caso espantoso!

Eliso.

Este es el mejor sagrado.

Felisardo.

¿Buscan á Celia?

Eliso.

Tambien;
¿cómo le vá á Celia?

Felisardo.

Bien,
aunque con algun cuidado
de una criada que aqui
se pierde por regalarme.

Eliso.

¿Celos?

Felisardo.

Hoy quiso matarme:
si me vén contigo asi
daremos que sospechar.

Eliso.

¿Sales de casa?

Felisardo.

Muy poco.

ESCENA IV.

Felisardo, y sale Lisarda.

Lisarda.

Si yo te provoco,
Belisa, á tanto pesar,
no hayas miedo que en mi vida
te trate de casamiento.
¿Pedro?

Felisardo.

¿Señora?

Lisarda.

Mi intento,
que voluntad conocida
no te parezca deseo,
de esclávo haberte comprado.

Felisardo.

¿Comprado me has?

Lisarda.

Hoy te ha dado
Eliso, y hoy te poseo:
¿no te lo dijo?

Felisardo.

Temió

mi sentimiento, que es justo:

Lisarda

¿No estás conmigo con gusto?

Felisardo.

Muy grande le tengo yo
de servirte, mas Eliso
es en fin dueño primero.

Lisarda

Mal pagas lo que te quiero:

Felisardo.

De que agradezco, te aviso,
la merced y el gran favor
que me has hecho.

Lisarda.

Mas me debes
que piensas

Felisardo

Palabras breves
son las señales de amor.

Lisarda.

Yo te quiero como á mí.

Felisardo

Mil veces beso tus pies.

ESCENA V.

Dichos, y sale Celia.

Lisarda.

¿Esta es Zara?

Felisardo.

Ella es.

Lisarda.

¿Zara, qué quieres aquí?

Celia.

A Pedro vengo á llamar,
don Juan, mi señor, le llama.

Lisarda.

Id presto.

Celia.

¿Tambien mi ama
te oomienza á regalar?

Felisardo.

¿Otros celos?

Celia.

¿Pues qué quieres,
si tú me dás la ocasion?

Lisarda.

Bueno, ¿aquí conversacion?

Felisardo

¡O, Celia, qué estraña eres! *Vase.*

Celia.

A Pedro le pregunté
si hoy enseñarme queria
la oracion del otro dia.

Lisarda.

¿No la sabes?

Celia.

No la sé.

Lisarda.

Flora te puede enseñar,
vete, perra, á la cocina.

Celia.

Esta tambien se le inclina,
mas yo me sabré pagar. *Vase.*

Lisarda.

¿Qué pensamientos son estos,
que de un esclavo me han dado?
ni es decente mi cuidado,
ni ellos parecen honestos.
Agradame con estremo
su talle, su lengua y cara:

¡qué liviandad! amor pára,
tente, que perderme temo.

ESCENA VI.

Lisarda, y sale Belisa.

Belisa.

Sabiendo que Pedro es tuyo
y que le compraste á Eliso,
vengo á darte cierto aviso.

Lisarda.

Será algun melindre tuyo.

Belisa.

Dícenme que es fugitivo,
hoy has de mandar herralle.

Lisarda.

¿Herrar, Belisa, aquel talle?

Belisa.

¿Qué importa, no es de un cautivo?

Lisarda.

Tengo lástima á la cara,
no merece hierro en ella.

Belisa.

¿Parecete á tí muy bella?

Lisarda.

Mucho el alma se declara: *ap.*
¿qué me puede parecer
de un esclavo?

Belisa.

Pues consiente
herrarle.

Lisarda.

Es inconveniente
para volverle á vender,
como quien hace tapices

con sus armas.

Belisa.

¿Perderás
el esclavo?

Lisarda.

Importa mas
que herrarle, como tú dices.
Haz melindre por tu vida
de herrar una buena cara.

Belisa.

Si en no darme gusto pára,
en cosa que yo te pida,
el aborrecerme á mí
por querer á tú don Juan,
presto tus ojos dirán
si como don Juan nací.
Abreme, Flora, esa cama,
vé presto, llama el barbero,
sángreme luego, hoy me muero,
ola, al físico me llama
Presto verás si hoy acabo
vida que tengo por tí,
si es mejor perderme á mí,
que herrar la cara á un esclavo.

ESCENA VII.

Lisarda, y despues Tiberio.

Lisarda.

¡Ay tan estraña mudanza!
quien de ver dar una voz,
llamaba delito atroz,
tanto atrevimiento alcanza,
que quiere herrar el mas bello
esclavo que el mundo vió;

ó la condicion trocó;
ó es interesada en ello.
¡Ay tal locura y crueldad!

Sale Tiberio

Aunque el ver desmayos t. 'es
no son indicios mortales,
mueven, Lisarda, á piedad.
No he visto jamás tan muerta
á Belisa: ¿qué ha tenido?

Lisarda.

Una necedad ha sido,
que de su humor desconcierta:
Ha dado en que se ha de herrar
Pedro.

Tiberio.

¿Pues es vuestro esclavo?

Lisarda.

¿Aun de comprarle no acabo,
y ya tengo de mostrar
tan gran crueldad con él?

Tiberio.

Ya sabeis su condicion,
pero porque no es razon
hacer acto tan cruel,
fingir podeis que le herrais,
que con un clavo fingido
habreis con los dos cumplido,
pues á ninguno agraviais:
que tambien es cosa fuerte
darla tanta pesadumbre,
si es de vuestros ojos lumbre.

Lisarda.

¿Pues puedense hacer de suerte,
que parezcan verdaderos?

Tiberio.

Con mucha facilidad.

Lisarda.

¡Que á cualquiera liviandad
me ha de hacer Belisa fieros?
ahora bien quede á tu cuenta
fingir los hierros.

Tiberio.

Sí haré
porque esta loca no dé
en hacernos una afrenta;
él viene, ¿ó Pedro?

ESCENA VIII.

Tiberio, y sale Felisardo.

Felisardo.

¿O señor?

Tiberio.

¿Cómo vá en la nueva casa?

Felisardo.

Bien gracias á Dios se pasa,
todos me tienen amor.

Tiberio.

De Lisarda yo lo juro,
pero de Belisa no,
pues te mánda herrar, y yo
por su gusto lo procuro,
aunque me pesa en estremo.

Felisardo.

¿Cómo herrarme? vive Dios,
que si lo intentais los dos
siendo yo leal, que temo
que os quite á entrambos la vida;

Tiberio.

Lo mismo manda á la esclava.

Felisardo.

Aquí la invencion se acaba;
yo soy, yo soy homicida
del navarro caballero:
venid que escondido estoy.

Tiberio.

¿Qué dices?

Felisardo.

Que el hombre sòy
que con el desnudo acero
dí la muerte á aquel hidalgo.

Tiberio.

Loco le vuelve el pesar
de herrarle, no te han de herrar.

Felisardo.

Esperad, que luego salgo
donde aventure la vida.

Tiberio.

Mira que por darla gusto,
y impedir tanto disgusto
será la letra fingida,
que á los dos quiero pintar
los clavos con una tinta
que luego se quite.

Felisardo.

Pinta
lo que se pueda borrar,
y llamame esclavo tuyo.

Tiberio.

Aguardame, Pedro, aquí.

ESCENA IX.

Felisardo, y sale Celia.

Celia.

¿Fuese ya Tiberio?

Felisardo.

Sí.

Celia.

¿Qué hay de Lisarda?

Felisardo.

Que huyo
por tu gusto de Lisarda.

Celia.

¿Y de Belisa?

Felisardo.

Una cosa
bien nueva y dificultosa.

Celia.

Dímela de presto.

Felisardo.

Aguarda,
la desdicha que nos sigue
nos confirma por esclavos.

Celia.

¿Cómo?

Felisardo.

Que hoy nos ponen clavos.

Celia.

¿Pues qué puede haber que obligue
á tal desatino?

Felisardo.

Haber
dado en aquesto Belisa.

Celia

De quien eres los avisa.

Felisardo.

Ya no será menester,
porque con clavos fingidos
nos han de herrar á los dos,
y viénenos bien por Dios
para no ser conocidos,
que Eliso me dijo aqui
que nos andan á buscar.

Celia

Si acertamos en herrar
deveras me hierre á mí
quien por tí pusiere clavos
á un rostro que ya los tiene
en el alma de quien viene
la estampa.

ESCENA X.

Dichos, y salen don Juan y Carrillo.

Juan

¡Qué estos esclavos
no se han de apartar jamas!

Carrillo

Son letra y tilde, son nombres
y firma.

Juan.

El es gentilhombre

Carrillo.

Y aun es discreto.

Juan.

¿Eso mas?

Carrillo.

Holgariaste de hablalle.

Juan.

Si, mas no puedo holgar
de verle con Zara hablar
si es discreto y de buen talle.

Felisardo.

Pues aquí nadie nos vé, *Abrázanse.*
bien me puedes abrazar.

Celia.

Siempre te has de anticipar
á mis deseos

Juan.

¿Qué fué?

Carrillo.

Que se abrazaron los dos
me parece en castellano.

Juan.

¿Porqué la abrazas, villano?

Celia.

¿Viónos don Juan?

Felisardo.

Si por Dios.

Juan.

¿Tú en casa tan principal,
perro, haces esto?

Felisardo.

Señor;
si piensas que es esto amor,
el tuyo lo piensa mal:
que porque me dijo aquí
que bautizarse queria,
lo que á cristiano debia
hice en abrazarla asi.
Si bajar pudiera el Cielo,
sospecho que la abrazara,
pues lo que el Cielo intentara,

disculpa tiene en el suelo.

Juan

Vete á la caballeriza,
perro.

Felisardo.

Perdona, señor,
¿ser yo cristiano es error?

Carrillo.

La palabra atemoriza.
Ola, Pedro.

Felisardo.

¿Qué me quieres?

Carrillo.

Ser cristiano es gran bondad,
pero es mucha cristiandad
abrazar á las mugeres:
vete, y advierte que aquí
las esclavas no se abrazan.

Felisardo.

Y si amo y lacayo trazan
gozarlas, ¿úsase?

Carrillo.

Si.

Felisardo.

¿Si? pues espérate un poco. *Vase.*

Carrillo.

Algo ha de hacer este perro.

Juan.

Advierte, Zara, que es yerro
volverme á desprecios loco.

Celia.

¿Puedo, si no soy cristiana,
quererte?

Juan.

Dame tu fé

en teniendola.

Celia.

Si haré,

pero no de ser liviana.

Juan.

¿Pues qué es lo que harás por mí?

Celia.

Ser tu muger.

Juan.

Es deshonra

de un caballero.

Celia.

¿Y es honra

mia que me rinda á tí?

Juan.

Eres esclava.

Celia.

Tú fueras

lo mismo á estar en Argel.

Juan.

En el tuyo estoy.

Celia.

Si en él,

como dices, estuvieras,
no tuvieras libertad
para quitarme el honor.

Juan.

A mí oblígame el amor.

Celia.

Y á mi sangre y lealtad,
que soy allá mas honrada
que tú aquí.

Juan.

Detente, espera.

Celia.

Es el vencerme quimera,
menos que estando casada. *Vase.*

Carrillo.

Cerrose.

Juan.

Pensando estoy
que si esta es noble en su tierra,
en lo que dice no yerra,
allá fué lo que aquí soy.

ESCENA XI.

Carrillo, don Juan, y sale Lisarda.

Carrillo.

Tu madre.

Lisarda.

Aun de burlas,
cosa que me dá pesar;
hacer á los dos errar:
¿es don Juan?

Juan.

Dame esos pies.

Lisarda.

¿Hoy qué has hecho?

Juan.

Salí un poco
al prado.

Lisarda.

¿Tú estás aquí?

Carrillo.

Mucho te espantas de mí.

Lisarda.

¿No quieres que espante un loco?

Juan.

Dejame á Carrillo, señora,
que tengo que hablarte.

Lisarda.

Di.

Carrillo.

Nunca tan Carrillo fuí
en tus manos como ahora.

Juan

Este esclavo que tienes en tu casa,
es mas galan que esclavo, falta es esta
mas que el vino; que amor su fúria vence;
y mas que el ser ladron, que el amor roba
las almas, que es robar su hacienda al Cielo,
mas es que huir, porque éste huir pudiera,
y perderse el valor y amor espera,
espera hasta que pierda honor y vida,
despues de estar la libertad perdida,
y asi juzgo que es justo que le vendas,
que para esclavo en fin le sobran prendas.

Lisarda.

¿Que le venda don Juan?

Juan.

Que luego al punto
le vendas, y pues yo te lo aconsejo,
no me preguntes mas, vuelvele á Eliso,
y di que solo quieres esta esclava,
si no quieres venderle en otra parte.

Lisarda.

Ahora bien, si conviene que le venda,
ó que le vuelva á Eliso, vayan juntos
el esclavo y la esclava, que no quiero
tener esclava tan hermosa y bella,
que amor es mas que el vino, pues le vence;

y mas que el hurto, pues las almas roba,
y mas que huir, pues el amor espera
á que se pierda vida, hacienda y honra.

Juan

La esclava no te enoja ni deshonra.

Lisarda.

¿Pues en qué me deshonra á mí un esclavo?

Juan

En abrazar la esclava por lo menos.

Lisarda.

¿Vistelo tú?

Juan.

Yo vi que se abrazaban,
y Carrillo lo vió.

Lisarda.

¡Qué buen testigo!

Carrillo

Yo ví cruzar los brazos, y tocarse
paloteado en las espaldas tanto,
que solo les faltó como Flamencos,
el decirse al tocar froleque, froleque,
lo que es la paz de Francia fué notable,
como suelen tal vez mansas palomas,
embainarse los picos uno en otro,
y decirse requiebros en el cuello.

Lisarda.

Celos deben de ser, don Juan: ¿no tienes
¿mugeres por allá bellas, y libres?
deja esta mora, que en efecto es mora:
no trates de vencerla, que es delito,
que nos puede costar hacienda, y honra,
que el enojo de Pedro con reñille,
con no dejar que suba, ni que pase
de aquestos corredores, se castiga. *Vase.*

Juan.

¿Fuese?

Carrillo.

Con los dos pies y los chapines.

Juan.

¿Este gusto me dá mi madre?

Carrillo.

Calla,

que tambien eres tu terrible en esto:
¿por qué quieres que venda á Pedro, un hombre
tan cuerdo, tán discreto y gentil-hombre?

ESCENA XII.

Don Juan, Carrillo, y salga herrada en el rostro Celia.

Celia.

Apelo de esta crueldad
al supremo Autor del Cielo,
pues no ha de haber en el suelo
ni remedio ni piedad.

Juan.

¿Qué es esto? ¡hay mayor maldad!
Vive Dios, que sospechaba
mi madre que á Zara amaba,
y que en el rostro la herró,
porque aborreciese yo
lo que della me agradaba.
¿Es esto verdad?

Celia.

Sí es.

Juan.

Miralo bien.

Carrillo.

¿Qué lo dudas?

¿qué te turbas y demudas?
suyo es el daño que ves:
que tú porque mas estes
sosegado de tu amor,
antes recibes favor
en afearte la cara,
que por ventura llegara
á mas peligro tu honor.

Juan

Déjame mirar, Carrillo,
aquellos dos, cuyas rosas
mancharon las rigurosas
manos, bien puedo decillo,
que corte un fiero cuchillo.
o que en Argel ate un moro:
Cielo rosado que adoro,
¿qué cometas negras son
las que con tal sinrazon
eclipsan tus rayos de oro?
Esas rosas encarnadas
han dado tan negro fruto,
que es mirar el sol con luto
verlas de negro eclipsadas:
pero pues estan bañadas
de tiniebias, cese el dia
que de su oriente salia:
venga la noche y la muerte,
y acábense de una suerte
su luz y la vida mia.
Quien en tan blanco papel
tales letras escribió,
no imaginaba que yo
tengo de poner en él
el alma, para que dél
salga aquel hierro estampado:

llega, no te dé cuidado,
estampa ese yerro en mí.

Celia.

¿Cómo te llegas así?

Juan.

Amor licencia me ha dado.

Celia.

Pues á mi no la crueldad
de tu madre.

Juan.

Es gran razon:
puesto me has en condicion
de hacer una liviandad:
rosas puras, esperad,
que voy á hacer que esta afrenta
de vuestra hermosura sienta
quien os deslustra y marchita;
y será sentencia escrita
de quien vuestra muerte intenta.
Ven, Carrillo.

Carrillo.

¿Dónde vas?

Juan.

Casarme tengo con ella,
que si antes era tan bella,
ahora herrada lo es mas.

Carrillo.

No es cristiana, no podrás.

Juan.

Podré dar pena á Lisarda.

Carrillo.

¿La afrenta no te acobarda?

Juan.

No hay cobarde en siendo loco.

Carrillo.

Oye, advierte, aguarda un poco.

Juan.

Amor con ira no aguarda. *Vanse.*

Celia.

Creido lleva don Juan
que estos hierros son de veras,
y son fingidas quimeras
de celos que en ellas dan.
Felisardo es tan galan,
que en cualquier traje enamora;
Belisa, Lisarda y Flora
le quieren de una manera:
¿quién de un melindre creyera
tan grande mudanza ahora?

ESCENA XIII.

Celia, y sale Felisardo herrado en el rostro.

Felisardo.

¿Estás aquí?

Celia.

¿No me vés?
¿cómo te subiste acá?

Felisardo.

Amor licencia me dá;
sus alas puso á mis piés.
¡Qué bien los hierros te estan!

Celia.

Son en mi nombre, bien mio,
aunque ha hecho un desvario
por verme herrada don Juan.

Felisardo.

¿Cómo?

Celia.

Pienso que es de suerte
su sentimiento, que ya
á sí mismo se dará,
sino á su madre, la muerte.

Felisardo.

En buen enredo ¡ay de mí!
nos ha puesto amor cruel,
pero ya saldrémos dél,
que no haber peligro aqui
me obliga á sufrir que sea
tu bello rostro afrentado.

Celia.

¿Porqué, mi bien, si hoy me ha dado
amor su firma y librea?
hoy soy tuya que lo ven
todos mis cinco sentidos:
alegranse los oidos,
la boca y manos tambien.
Porque olvidos ni destierros
puedan negar tus despojos,
desde su alcazar los ojos
estan mirando los hierros.
¿Qué sientes tú de los tuyos?

Felisardo

Que me corro que no sean
como los tuyos desean,
siendo estampa de los suyos.
Tambien mis ojos los ven
y mi boca los alaba,
y aun una pendencia brava
hay entre los dos tambien:
que de los clavos, por ser
tuyos, están tan preciados
los ojos, que ya de honrados,

suyos los quieren hacer.
La boca dice que están
mas cerca, y que suyos son;
pero en tan dulce cuestion,
los mismos yerros podrán
poner paz, si los juntamos,
dame los brazos, y iréme.

Celia.

Amor llega, el alma teme. *Abrázanse.*

ESCENA XIV.

Dichos, y salen Belisa y Floro.

Belisa.

A muy buen tiempo llegamos.
¿No te han dicho, perro, á ti,
que no subas solo un paso
de la escalera?

Felisardo.

No paso
sin causa, á pedir subi
cosas que son menester,
que aqui me las han de dar.

Belisa.

¿Y es menester abrazar?

Felisardo.

Somos marido y muger.

Belisa.

¿Desde cuando?

Felisardo.

Desde el punto
que á los dos nos han herrado,
hierros habemos juntado,
porque se ande todo junto.

Belisa.

¿Pues puede un hombre cristiano
casarse con una mora?

Felisardo.

Ya es cristiana, pues ahora
está el serlo en vuestra mano,
su bautismo y casamiento
podeis hacer en un dia

Belisa.

¿Quiéres tú?

Celia.

Yo bien querria,
que mi noble nacimiento
se emplea en Pedro muy bien;
que es por parte de su padre
caballero, y por su madre,
aunque mora, lo es tambien.

Belisa

Entrate, infame, allá dentro:
tú, perro, bájate allá.

Celia.

¿Pues esto enojo te dá?

Belisa.

Entra, bárbara.

Celia.

Ya entro.

ESCENA XV.

Dichos menos Celia.

Belisa.

¿Y tú qué aguardas aquí?

Felisardo.

Ver si templas el rigor,

Belisa.

Templarse pudiera amor,
si caber pudiera en tí.
Ven acá, Pedro

Felisarda.

¿Señora?

Belisa.

¿Sentiste mucho el herrarte?

Felisardo.

Por ser el rostro la parte
que mas el respeto honora,
que mas la vista venera;
Dios sabe si lo he sentido,
y mas sabiendo que ha sido
por quien honrarme pudiera.

Eelita.

¿Piensas que soy yo?

Felisardo.

¿Pues quién?

Belisa.

Don Juan.

Felisardo.

De celos será.

Belisa.

¿El dolor pasóse ya?

Felisardo.

Pluguiera á Dios que tambien
el de la afrenta pasara.

Flora.

Tente, que te vas perdiendo.

Belisa.

Vame, Flora, suspendiendo
la hermosura de su cara.

Flora.

¿Ahora hermosa?

Belisa.

Los clavos
son lunares que hermosean
lo que otros rostros afean
de menos bellos esclavos.
¡Que castigasen los Cielos
mis melindres desta suerte!
¡que un esclavo me dé muerte,
y una esclava me dé celos!
¡Ay, Flora, que mal consejo
me diste, que estando herrado
al bien la puerta he cerrado.

Flora.

Por eso te lo aconsejo:
que pudiera ser que hicieras
alguna afrenta á tu honor.

Belisa

Pues algo intenta mi amor
que temple estas ánsias fieras.
¿Cómo tocaré una mano
deste esclavo?

Flora.

Linda cosa:
¿eras tú la melindrosa?

Belisa.

Es todo melindre en vano
cuando llega amor por fuerza:
haz, Flora, alguna invencion,
no se pierda la ocasion.

Flora.

Brava locura te esfuerza:
finge un desmayo, y haré
que en brazos te lleve allá.

Belisa.

Notable invencion será;

¡Jesus, ay Jesus!

Flora.

¿Qué fué?

Beliso.

Picóme un mosquito un dedo,
y como si fuera un rayo
toda me muero y desmayo.

Felisardo.

¿De un mosquito?

Flora.

Lindo enredo:
¿qué quieres? ¿ya no sabias
sus melindres? ya está muerta.

Felisardo.

¿Muerta?

Flora.

Ten por cosa cierta,
que no vuelva en cuatro dias.
Tomala en brazos, que yo
no la podré levantar.

Felisardo.

¿Yo la tengo de llevar
en brazos?

Flora.

¿Pues por qué no?

Felisardo

Alto, yo haré lo que mandas.

Flora.

Y yo iré á ver si alguien viene.

Felisardo.

Notable desmayo tiene:
ahora bien, quiero ser andas,
y llevar aquesta muerta.

ESCENA XVI.

Felisardo, Belisa y Celia.

Celia.

¿A dónde vàs desta suerte? (1)

Felisardo.

Esta imagen de la muerte
de aliento y vida desierta,
llevo á echar sobre su cama;
que Flora me lo mandó,
porque aquí se desmayó,
y es en efecto mi ama.

Celia.

A lo menos porque ya
debes de quererla bien.

Felisardo.

Mejor los Cielos me dén
vida: ¿no ves como está?

Celia.

¡Ah Felisardo cruel!
tú muy celoso de mí,
y yo, ingratísimo, á tí
por todo el estremo fiel.
Mas yo sí los he tenido
justamente, porque soy
tan ofendida.

Felisardo.

Yo voy,
Celia, en el trage fingido
cumpliendo mi obligacion,
no te ofendo en otra cosa:
esta necia melindrosa

(1) *Teniéndola él en los brazos.*

dijo en aquesta ocasion,
que de picarla un mosquito
estaba para espirar,
mandaronmela llevar

Celia

Ni aun tocarla te permito.

Felisardo

Pues si está como la ves,
¿tengo de dejarla aquí?

Celia

Para darme gusto sí,
pero no, si el tuyo es.
¿Yo habia de verte en los brazos
otra muger?

Felisardo.

Está muerta.

Celia.

¿Muerta?

Felisardo.

¿Pues no es cosa cierta?

Celia

Llevala, y hazla pedazos
dese corredor

Felisardo

Bien fuera,
porque tanto me aborrece
cuanto adora y encarece
su madre, que si hoy quisiera,
pienso que de su hacienda toda
pudiera ser tesorero,
y hacerle un engaño espero.

Celia.

Mal nuestro bien se acomoda,
ay, Felisardo, ya herrados,
¿qué podemos acertar?

¿qué fin el tiempo ha de dar
á casos tan desdichados?

Felisardo.

¿Ahora contemplas eso?
¿no ves que me estoy cansando?

Celia.

Sueltala, y vente callando
á tratar nuestro suceso
á mi aposento, que ya
no preguntarán por tí.

Felisardo.

Alto, yo la dejo aquí.

Celia.

Vamos.

Felisardo.

Sin sentido está.

ESCENA XVII.

Belisa, y sale Flora.

Flora.

Aunque con pena y con celos,
al fin he dado lugar
á que puedan acabar
tantos melindres los Cielos.
Quien cuantos hombres miraba
melindrosa despreció,
con un esclavo vengó
á quien ofendido estaba:
y sin mirar su bajeza
le quiere tomar la mano.

Belisa.

¿Qué estás murmurando en vano, (1)

(1) *Levantase Belisa.*

si sabes la fortaleza
de aquel poderoso amor?

Flora.

Jesus, señora, ¿aquí estás?

Belisa.

Dame la mano, y sabrás
la causa.

Flora.

¡Estraño rigor,
que aun no te llevó de aquí,
dejándote yo en sus brazos!

Belisa.

¡Ay, Flora, que aquellos lazos
no se hicieron para mí!
luego que adentro te fuiste,
y yo llegada á su pecho
iba como quien le adora,
dando rienda al pensamiento,
ya tocándole la mano,
ya llegando el rostro al cuello,
como que el mismo desmayo
era destas cosas dueño
Entró Zara, y de miralle
celosa rémora siendo,
detuvo la nave mia,
que llevaba en popa el viento.
Yo tenia entre sus brazos
el cuerpo, pero en el suelo
los pies, y aunque me pesaba
de ver de los dos los celos,
agradecia mi agravio,
y por estar en su pecho,
rogaba á Dios que durasen
los enojos que me dieron.
¿Quién vió de amor, quién oyó

tal laberinto y enredo?
como que yo con fingido
desmayo, estuviese oyendo
los mismos celos que daba
á quien le tuvo por cierto,
y descubrió á voces claras
los mas estraños secretos,
q... hay en fábula ni história;

Flora.

Ay, señora, ¿qué dijeron?

Belisa.

Ella le llamaba á él
Felisardo, que no Pedro,
y él á ella, Celia.

Flora.

¿Cómo?

Belisa.

Celia, que no Zara.

Flora.

¡Ay, Cielos!

Belisa.

En fin, en sus relaciones,
en sus quejas, en sus miedos,
yo entendí, sino me engaño,
que no son esclavos estos.

Flora.

Ese es engaño notorio.

Belisa.

¿Engaño, Flora?

Flora.

A no serlo,
¿cómo dejáran herrarse?
¿cómo sufrieran los hierros?
aunque el otro dia ví
al entrar en su aposento

de Pedro un jubon de tela;
pero engañóme diciendo
que un esclavo que le hurtó,
allí le trajo á esconderlo.

Belisa.

¿Jubon de tela?

Flora.

Y muy fina.

Belisa.

¿Si es aqueste caballero,
y por alguna desdicha
vino á tan triste suceso?

Flora.

Si por los hierros no fuera,
no lo dudara.

Belisa.

¿Qué haremos?

Flora.

Disimular.

Belisa.

Si, mas mira
que se han de huir, y que quedo
perdida, y mas desde ahora,
que es Felisardo, y no Pedro.

Flora.

Para estorbar que se vaya,
mal puedo darte consejo.

Belisa.

Ya yo le sé.

Flora.

¿Cuál?

Belisa.

Escucha,
llámame á Carrillo presto.

ESCENA XVIII.

Dichos, y sale Carrillo.

Flora.
El llega por escusarme.
Celia.
Amor le trujo á mi ruego. op.
Carrillo.
¿A qué ha de llegar la fúria
de amor? qué buenos estan
de su obediencia don Juan
y Lisarda de su injuria.
La madre llora y promete
casarse por castigalle,
y él con la esclava por dalle
mas pena.
Flora.
¿Qué hay, alcahüete?
Carrillo.
¡O secretaria cruel
de la ninfa meliudrosa!
la que se alcorza y endiosa,
la que viendo en un papel
un san Jorge dibujado,
de la sierpe se espantó.
Flora.
Mira que está aqui.
Belisa.
Si yo,
Carrillo, hubiera mostrado
melindre viéndote á tí,
¿qué sierpe mas espantosa?
Carrillo
Perdona, que esto no es cosa

que arguye malicia en mí,
y pruebame en tu servicio
si quieres ver lo que soy.

Belisa.

Hazme un placer.

Carrillo.

Aquí estoy.

Belisa.

Yo he visto, Carrillo, indicio
de que Pedro quiere buirse,
sin esto su atrevimiento
llega á entrar al aposento
de Zara, y no es de sufrirse.
Parte á un herrero, y harás
una argolla y un virote.

Carrillo

Pues eso no te alborote,
señora, que ayer no mas
este regidor vecino
á un esclavo le quitó,
iré á pedírsele yo

Belisa.

Echasele de camino
con favor de los criados
de casa.

Carrillo.

Traeré de enfrente
un lacayo muy valiente,
de vigotes engomados,
hombre de mas libertad
que un cochero *Vase.*

Belisa

Parte presto,
que yo viviré con esto
en mayor seguridad,

mientras vengo á conocer
si es Pedro, ó si es Felisardo.

Flora.

El fin del suceso aguardo.

Belisa.

Por fuerza lo ha de tener.

ESCENA XIX.

Belisa, Flora, y salen Lisarda, don Juan y Tiberio.

Lisarda.

¿Libertades á mí? pues por el siglo
de vuestro padre, que veais muy presto
la venganza que tomo de vosotros

Tiberio.

Hermana, reportaos, don Juan es mozo,
y en fin, es vuestro hijo.

Lisarda.

No es mi hijo.

Belisa.

¿Qué es aquesto don Juan?

Juan.

Vuestras quimeras,
que mi madre te pone á tí la culpa,
¿quién herrára una esclava tan hermosa?
en crueldades pararon tus melindres.

Belisa.

¿Pues qué te importa á tí?

Juan.

Mucho me importa,
que es mi muger

Lisarda.

O infame, ¿de tu boca
salen tales afrentas de tu sangre?

Tiberio.

Dicelo con enojo, que no es hombre
don Juan que ha de afrentar nuestro linage.

Juan.

De veras hablo, tio.

Tiberio.

Calla, loco.

Lisarda.

Pues alto, si don Juan se determina
á quererse casar con una esclava,
yo me quiero casar con un esclavo:
la mitad de la hacienda es mia.

Tiberio.

Bueno,
tambien eres tú loca: ¿qué te espantas
que don Juan te parezca?

Lisarda.

No hay cordura
con hijos atrevidos, deslenguados
y inobedientes; hoy haremos cuenta:
no piense que le toca su legítima
tan entera el villano, que en un año
me ha gastado en sus deudas, en sus galas,
y en sus placeres deshonestos cinco,
¿cinco? y aun mas de siete mil ducados.

Juan.

Si pensabas casarte y pretendias
desampararnos, sin enredos puedes
casarte con quien ya tendrás trazado,
que yo y mi hermana viviremos juntos
con mas honra que estamos en tu casa.

Tiberio.

Salte allá fuera ya, que es desverguenza,
¿asi tratas las tocas de tu madre?

Juan.

Respeto en vos las canas de mi padre.

ESCENA XXI.

Lisarda, Tiberio, Belisa, y sale Felisardo, y despues Carrillo y cuatro lacayos.

Felisardo.

¿Esto se puede sufrir?
¿esto es bien hecho?

Tiberio.

¿Qué es esto?

Felisardo.

¿No basta el haberme puesto
estos hierros sin huir,
sino que mandais echarme
argolla y virote á mí?

Lisarda.

Yo no lo mandé.

Belisa.

Yo sí.

Felisardo.

¿Pues en qué puedes culparme?

Belisa.

Madre, el esclavo se vá,
yo lo sé de Zara.

Lisarda.

A perro,
hierrenle, ¿no viene el hierro? (1)

Carrillo.

A punto el virote está,
y la valerosa gente.

(1) *Sale Carrillo y cuatro lacayos.*

Lisarda.
Echádsele al fugitivo.
Lacayo 1.
Ola, Sancho, por Dios vivo,
que dicen que es muy valiente.
Lisarda.
Herradle y vamos de aquí.
Felisardo.
¡Qué notable confusion!
Tiberio.
No me parece razon
herrarle.
Belisa.
Pues á mí sí.

ESCENA XXII.

Carrillo, Felisardo y los lacayos.

Felisardo.
Llegad, perros.
Carrillo.
¿Luego piensas
defenderte?
Felisardo.
Solo siente
mi valor que sois ruin gente,
no las afrentas y ofensas.
Sois muchos, al fin caí. (1)
Segundo.
Ríndete, perro, Mahoma.
Felisardo.
¡Cielos, quien me adora toma *ap.*

(1) *Andan á mogicones, y asenle y en fin en el suelo le ponen le cirote.*

tanta venganza de mí!

Tercero.

Ea perrazo, está quedo.

Cuarto.

Remacha bien

Carrillo.

Bien está,
que no se le quitará
á dos tirones.

Felisardo.

Hoy puedo
decir que llegó mi mal
al estremo que podia.

Primero.

Ya sabe que hoy es el dia
de ser franco, y liberal.

Carrillo.

Cuélense en esa taberna,
llevaré veinte aceitunas,
que no ha de ser en ayunas.

Segundo.

Yo serviré de linterna. *Vanse.*

Felisardo.

¡Cruel amor, tan fieras sinrazones
tras tantas confusiones, tras pena tanta!
¿de qué sirve la argolla á la garganta
á quien jamás huyó de tus prisiones?
¿Hierro por premio dás á mis pasiones
dueño cruel, tus sinrazon espanta:
el castigo á la pena se adelanta,
y cuando sirvo bien, hierros me pones.
¡Gentil laurel, amor, buenos despojos
y en un sugeto á tus mudanzas firme

hierro: virote, lágrimas y enojos.
¿Mas pienso que has querido persuadirme?
que trayendo los hierros á los ojos
no pueda de la causa arrepentirme.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Sala.

Eliso, y Lisarda.

Lisarda.

Reporta, Eliso, el enojo.

Eliso

¿En qué guerra le ganaste,
Lisarda, que le trataste
como á bárbaro despojo?
¿Virote á un esclavo honrado,
y que apenas tuyo es?
¿qué le pondrás de aquí á un mes?

Lisarda.

Mi hija es loca, y ha dado
en aqueste desatino,
temiendo que se ha de ir,
mas tu la puedes reñir.

Eliso.

Por Dios, Lisarda, que vino
á lindo dueño el esclavo
del regalo que tenia,
pues tú sabrás algun dia
quien es.

Lisarda.

Su virtud alabo,
y doy la culpa á Belisa.

Eliso.

Es melindre herrar un hombre:
que si supieras su nombre,
aunque su talle te avisa,
te movieras á piedad:
pero vé porque la riñas.

Lisarda.

Pondréle entre las dos niñas
de los ojos.

Eliso

Regalad
á quien tambien lo merece,
que algun dia....

Lisarda.

¿ Pues quién es?

Eliso.

Yo sé que sabrá despues
lo que quien ama padece.

Lisarda.

En gran confusion me pones.

Eliso.

No hay que preguntarme mas,
presto, Lisarda, sabrás
notables trasformaciones.

Lisarda.

O amor, si fuesen verdad
las sospechas que he tenido,
hoy á este esclavo fingido
declaro mi voluntad.

ESCENA II.

Elisa, y sale Carrillo lacayo.

Carrillo

No sé quien puede sufrir

una muger tan cansada.

Eliso.

¿Qué hay, Carrillo?

Carrillo

Poco, ó nada:
nada se puede decir
aquello que solo es viento;
los melindres vientos son.

Eliso.

No lo son á mi pasion,
aunque el viento es elemento;
que en fuego suele mudarse,
y dese viento es mi fuego.

Carrillo.

Pésame que estes tan ciego.

Eliso.

Puesto que bastará á helarse
en sus melindres amor,
por ser de su fuego hielo,
yo me abraso, y me desvelo.

Carrillo.

Si yo no fuera, señor,
por Tiberio tan aprisa,
lindas cosas te contara.

Eliso.

¿Son de Belisa?

Carrillo.

Repara
en que la niña Belisa,
la que un confite demanda
parte en dos para comelle
y á quien un dia vi hacelle
de solo ver una rana
dos sangrias en una hora,
ha dado en unos desmayos,

que como el sol por sus rayos,
muestran que este esclavo adora.
En estando desmayada
le han de llamar, ó morirse,
y esto viene á resumirse
en que la niña alcorzada
toma la mano al esclavo,
que dice que el corazon
siente sosiego en razon
de las uñas.

Eliso.

Mucho alabo
la virtud de Pedro, en ser
de Belisa medicina,
sino es que á querer se inclina
lo que no puede querer.

Carrillo

¿Porqué no? ¿no es hombre?

Eliso.

Si,
que en fin aunque esclavo, es hombre.

Carrillo

Pues si no lo estorva el nombre
está seguro de mí.
que he visto en el que la adora,
aunque finge estar cansado
de verse siempre ocupado
en curar esta señora.
Mas es hombre, y es querido,
ella hermosa, y él mancebo,
no picar en tanto cebo,
tan de bestia hubiera sido,
que la uña que tocara
le fuera de mas provecho:
¿mas no miras lo que ha hecho

esta á quien la Fenix rara
Urraca le parecia,
y el mas galan sayagues?

Eliso.

Castigo del Cielo es.

Carrillo.

Qué bien un hombre decia,
que no hay eleccion mas fea
que es la muger melindrosa:
¿pero mandas otra cosa?

Eliso.

A Dios.

Carrillo.

A Dios. *Vase.*

Eliso.

¿Que se crea
de un hombre honrado, y amigo
esta traicion? ¿esto aguardo
en galardon, Felisardo?
¿tal traicion usas conmigo?
¿es posible que olvidado
de Celia, mi dama quieres?

ESCENA III.

Sale don Juan.

Juan.

¿Qué aquí quedaba?

Eliso.

¿Tú eres
noble, tu amigo, tu honrado?

Juan.

¿Eliso mio?

Eliso.

¿Don Juan?

Juan.

¿Qué esclava es esta que aquí
trujiste?

Eliso.

Bueno.

Juan

¡Ay de mí! *ap.*

Eliso.

Todos parece que están
contra mi honor de concierto:
dirás que te agrada.

Juan.

Y tanto,
que de que viva me espanto
un hombre despues de muerto.
¿Quiéresmela dar á mí?
¿quiéresmela á mí vender?

Eliso.

Mi venganza viene á ser *ap.*
cierta y breve por aquí.
¿Quiéresla bien?

Juan.

En mi vida
me he visto en tan triste estado,
tanto, que tengo pensado
si de quien soy se me olvida,
viéndola á mis ruegos fuerte,
hacerla propia muger,
y en acabando de ser
mi muger darme la muerte,
ó irme donde jamás
visto de algun hombre sea.

Eliso.

Ya que en servilla te emplea
amor, por quien loco estás,

solo te puedo advertir
que es muger tan principal,
que no naciste su igual.

Juan.

¿No es turca?

Eliso.

Lo que es decir
quien es has de perdonarme:
basta decirte que aciertas
si el casamiento conciertas.

Juan.

¿Con ella puedo casarme?

Eliso

Por no te decir quien es
me voy.

Juan.

Espera.

Eliso.

No puedo
que tengo á la lengua miedo,
y yo te hábláré despues. *Vase.*

Juan

No en vano yo te adoraba,
¡ó prenda del alma mia!
pues el alma me advertia
de aquello que yo ignoraba.
¿hay tal bien, hay tal ventura?

ESCENA IV.

Don Juan, y sale Lisarda.

Lisarda.

¿De qué es la ventura y bien?

Juan

De que los Cielos me den

una esperanza segura
de que fui Pigmaleon,
pues se me ha vuelto muger
la que fue de piedra ayer
para mi honor y opinion.
Madre, yo estoy ya casado,
no me pregunteis con quien,
que yo sé que os está bien,
si Eliso no me ha engañado.
Apercibid, madre mia,
joyas y casa á una nuera,
que si el Sol hijos tuviera,
preciarse della podria.
Ya descansareis, señora,
del cuidado de mi estado,
ya el Cielo muger me ha dado,
no me pregunteis ahora
quien, para qué, ni porqué:
que el quién, es el bien que ví,
el para qué, para mí,
y el porqué, porque la amé;
y ha de ser desta manera
el cómo y cuándo se acabe,
el cómo, como amor sabe,
y el cuándo, cuando Dios quiera. *Vase.*

Lisarda.

¿Que enigmas, qué desatinos
son estos? ¿qué loco error
de los consejos de amor?
pero todos son caminos
para conocer que son
estos esclavos fingidos:
pensamientos atrevidos,
tomemos resolucion;
este esclavo es caballero,

¿qué aguardo, pues qué le adoro?

ESCENA V.

Lisarda, y sale Beliso furiosa, y Celia y Flora teniendola.

Belisa.

Llamadme ese perro moro,
de quien mi remedio espero:
presto, presto, que aprieta
fuertemente el corazon.

Lisarda.

¿Qué es esto?

Celia.

Aquella pasion,
que la oprime y la sujeta
á los desmayos que vés.

Belisa.

Llamad á Pedro, enemigas.

Lisarda

¿Hija, de qué te fatigas?
¿qué es esto?

Belisa.

¿No veis lo que es
esta fuerza del sentir
y este forzoso callar?

Celia.

A Pedro voy á llamar.

Belisa.

No tú, Flora puede ir.

Flora.

Pues yo voy. *Vase.*

Celia.

¡Qué Felisardo
guste de que viva aquí!

Belisa.

Madre, duélase de mí.

Lisarda.

¿Qué tienes?

Belisa

La muerte aguardo;

Lisarda.

¿Qué sientes?

Belisa

Un no sé qué
que me da en el corazon,
con una cierta pasion
que se siente y no se vé.
Tengo en él un arador
que me escarba y hace mal,
como un granito de sal,
y aun sospecho que es menor.
Tengo el corazon tan niño,
que llora de cualquier cosa,
madre mia, madre hermosa,
oiga, mire que la riño
de que no me ha regalado.

Lisarda.

¿Triste, qué te puedo hacer,
si el corazon ha de ser
con epitimas curado?
gasta mi hacienda en jacintos,
en perlas, oro y corales.

Belisa.

¿No vé que son estos males
de los que piensa distintos,
hágame, madre, una cuna.
donde mezca el corazon,
porque duerma en la pasion
que me aflige y importuna.

Compremele un baquerito,
y unos zapatos dorados,
dele confites pintados.

Lisarda.

¿Estás loca?

Belisa

Hable quedito,
que pensará que es el coco.

Celia.

Será el corazon primero
con zapatos y baquero:
¿hay tal melindre?

ESCENA VI.

Lisardo, Belisa, Celia; y salen Flora y Felisardo.

Felisardo.

Estoy loco.

Flora

Ten paciencia, que has de ser
médico desta doncella.

Felisardo.

¿Téngome de andar tras ella
teniendo tanto que hacer?
por mi fé que estamos buenos:
¿quién limpiará los caballos?

Lisardo.

Solos podemos dejallos.

Celia

Yo me esconderé á lo menos.

Lisardo.

Sientate en aquesta silla,
y tú, Pedro, llega á hablalla.

Felisardo.

¡Cómo podré yo curalla!

tu engaño me maravilla?
¿Qué tengo yo que le curan
mis uñas? ¿soy la gran bestia?

Lisarda.

¿Esto te causa molestía?

Felisardo.

Gentil médico os procuran:
á quien cura los caballos
remiten vuestra salud.

Lisarda.

Tienes tú grande virtud:
ea, bien podeis dejallos;
acude, Flora, á tu hacienda;
que á hablar con Tiberio voy.

Celia.

Cielos, escóndida estoy, (1)
haced que este enredo entienda.

ESCENA VII.

Felisardo y Belisa.

Felisardo.

Ea, pues, ya estoy aquí,
¿qué he de hacer?

Belisa.

Dame esa mano.

Felisardo.

Bien te entiendo, amor tirano; *ap.*
¿pero qué quieres de mi?
Adoro á Celia, aborrezco
este melindre, y enfado,
ya la mano os he tomado,

---

(1) *Vase Lisarda y Flora, y escóndese Celia.*

Belisa.

¡Válgame amor, que enmudezco. *ap.*

Felisardo

Corrido estoy que tomeis
mano tan áspera y callos,
que de almohazar seis caballos
la tienen como la veis.

Belisa.

Con ella descanso, Pedro.

Felisardo.

Pues si os hago, bien, señora,
¿cómo este virote ahora
por el bien que os hago medro?
¿porqué me tratais asi,
si vuestro médico soy?

Belisa.

Porque si te vas, me voy
hasta la muerte sin tí.

Felisardo.

¿A cuál esclavo sin culpa
clavos y virote han puesto?

Belisa.

Jesus, apriétame presto,
y no me pidas disculpa.
Aqui, aqui, ¡qué gran dolor!

Felisardo

¿Qué tiene vuesa merced?

Belisa.

Deseos de hacer merced
á quien ni aun pide favor.

Felisardo.

¿Cómo es eso?

Belisa

No sé á fé,
pónenseme unas cositas

en los ojos tamañitas;
que apenas el sol las vé;
y estas se me entran por ellos,
y con dulce alteracion
pellizcan el corazon.

Felisardo.

¿Qué lástima?

Belisa.

Tenla dellos.

Felisardo.

Mayor la tengo de mí
por vos con este virote.

Belisa.

Pues eso no te alborote,
que yo le traigo por ti:
¿qué dije? Jesus, ¿qué es esto? *ap.*
loca estaba, nécia estoy:
¡Qué desgracia! muerta soy,
aprieta esa mano presto.

Felisardo.

Desmayóse, ¡hay cosa igual! *ap.*
vergüenza debió de ser,
facil està de entender
la calidad de su mal.
¿Pero triste yo qué haré?
¿qué remedio le he de dar?

ESCENA VIII.

Dichos, y sale Celia.

Celia.

Bien la puede remediar
vuesa merced.

Felisardo.

¿Yo, por qué?

Celia.

Porque quien le dió la mano,
¿qué puede negarle ya?

Felisardo.

¡Qué necio tu amor está!

Celia.

Necio sí, mas no liviano:
Ah, Felisardo, ¿qué es esto?
pues no creas que he de estar
donde me puedas picar
tan libre y tan descompuesto.
Don Juan me quiere, yo haré
que hoy en sus manos me veas.

Felisardo.

Sin culpa matar deseas
quien por la tuya se vé
en tantas persecuciones:
esta loca melindrosa
anda, mi bien, codiciosa
de que entienda sus razones,
y es que sin duda ha sabido,
ó sospecha lo que soy,
forzado con ella estoy,
médico violento he sido.
Aquí me tomó la mano,
y este diamante que ves
me puso en ella, no estés
conmigo enojada en vano:
sino como en fin despojos,
que de su vana locura
rinde el alma á tu hermosura,
hoy le presento á tus ojos.
Toma el diamante, mi bien,
y vete no vuelva en sí,

Celia.

Que yo me vaya de aquí,
bueno, aunque el mundo me dén;
toma tu diamante allá.

Felisardo

¿Pues quieres que yo me vaya?

Celia.

Sí, que si amor la desmaya,
en tí la piedra hallará,
y en mí el mayor desengaño.

Felisardo

Pues voyme, que es ley en mí
tu voluntad *Vase.*

Belisa.

¿Esto oí? *ap.*
¿qué aguarda mi loco engaño?
Fuera digo, muerta soy.

Celia.

¿Qué tienes, señora mia?

Belisa

¡O nube de mi alegría,
y del Sol que viendo estoy!
Madre, madre, Flora, gente
desta casa, ola, criados.

ESCENA IX.

Belisa, Celia, y salen Lisarda, Flora y Carrillo.

Lisarda.

¿Qué es esto, tristes cuidados,
es melindre, ó accidente?

Belisa.

No es melindre.

Lisarda

¿Pues qué ha sido?

Belisa.

Ahora vereis quien son
esclavos, y si es razon
darle el castigo que os pido.
Bien conoceis el diamante
que compré en los cien escudos.

Carrillo

Di mas, que nos tienes mudos
en suspension semejante.

Belisa.

Estando aquí desmayada
Zara á mi mano llegó,
y el diamante me tomó.

Carrillo.

¡O perra disimulada!
A ver la mano.

Lisarda.

¿Tú, Zara,
ahora dás en ladrona?

Celia.

Señora.

Carrillo.

Calla, perrona.

Flora

Ladrona, ¿quien tal pensára?

Lisarda.

¿Qué disculpa puedes dar?

Belisa.

Si á Carrillo no la entregas,
si por su perdon me ruegas,
si no la mandas pringar,
cuéntame por muerta luego.

Lisarda.

¿Carrillo?

Carrillo.

¿Señora?

Lisarda.

A tí

la entrego. (1)

ESCENA X.

Belisa, Celia y Carrillo.

Carrillo.

Déjame á mí

Celia.

Señora.

Belisa.

Ponla en un fuego.

Carrillo.

Ya vuesa merced está,
como ha visto, en mi poder.

Celia.

Pues bien, ¿qué quieres hacer?

Carrillo.

Eso ahora lo verá.
Desnúdese.

Celia.

¿Estás en tí?

Carrillo.

Galga, agradezca que plugó
á su dicha, que un verdugo
tuviese tan noble en mí:
y concluya, que ha de haber
azote y tocino ardiendo.

Celia.

¿Tú eres hombre?

(1) *Vase Lisardo y Flora.*

Carrillo.
Asi lo entiendo.
Celia.
¿Y sabes que soy muger?
Carrillo.
Eso ahora lo veremos;
desnude.
Celia.
Tiempo es de hablar,
¿Felisardo?
Carrillo.
Eso es cansar
los aires haciendo estremos.
Celia.
Felisardo, esposo mio.
Carrillo.
Su esposo está con Mahoma;
acabe.

ESCENA XI.

Dichos, y sale don Juan.

Juan.
Aunque vaya á Roma,
vereis si en mi error porfio;
y yo sé muy bien quien es.
Celia.
Don Juan, señor.
Juan
¿Qué es aquesto?
Carrillo
Cuando lo sepas, verás
que causa y licencia tengo.
El diamante que tu hermana
compró ayer de aquel platero,

le hurtó la perra que miras,
la de los ojos honestos:
hanme mandado azotalla,
y yo como ves...

Juan.

O perro, (1)
¿á un angel?

Carrillo.

Tente, señor,
si es angel no tengas duelo,
porque si espíritus son,
y están, como ves, sin cuerpo,
mal pudo yo hacerle agravio.

Juan.

Villano, matarte tengo.

Carrillo.

Tiberio, Lisarda, Flora,
Belisa.

Celia.

Dejadle os ruego,
que era en efecto mandado.

Juan

Por vos, señora, le dejo:
¡hay tal maldad! ¡hay tal fúria!
¡hay tal envidia! ojos bellos,
tomad venganza en los mios,
ponedme esta espada al pecho,
veisla aquí, matadme, dadme
mil muertes, yo las merezco.

Celia.

Señor, dejadme pasar,
que tengo á Lisarda miedo:
dejadme por Dios, señor,

---

(1) *Saque la espada.*

porque si os hallan en esto,
y á mí con vos sin testigos,
habrá testimonios nuevos:
dejadme ir á la cocina,
dejadme

Juan.

Espera

Celia.

No puedo. *Vase.*

Juan.

¡Ay tal crueldad! ¿mas qué mucho
que huyais de verme, pues llego
á tiempo que un vil lacayo,
obedeciendo al imperio
de una muger, que es mi madre,
intente tal sacrilegio
á la imagen que criaron
con tal perfeccion los Cielos?
pues mi muger ha de ser,
yo os desengaño, y tan presto,
que os espanteis y tengais
por imposible el remedio.

ESCENA XII.

Don Juan, y sale Tiberio y Lisarda.

Tiberio.

¿Don Juan, qué es esto que dices?

Juan

Oid lo que le estoy diciendo,
pues sois los dos á quien hoy
prestar reverencia debo:
aquí dejastes un hombre,
que á no se escapar tan presto,
él llevára el justo pago

de su loco atrevimiento,
para que azotase á Zara;
pero advertid que no quiero
que ponga nadie las manos
en mi muger.

Lisarda.

¿Qué es aquesto?

Juan.

Que es mi muger.

Tiberio.

Cuanto mejor
fuera, don Juan, llamar luego
quien al Nuncio te llevara.

Juan.

No estoy loco, no, Tiberio.

Tiberio.

¿Pues puede tales razones
decirlas un hombre cuerdo?
rapaz, loquillo, ignorante,
estaba por darte...

Juan.

Quedo.

Tiberio.

Para sacarte vergüenza,
pues no la tienes en ellos,
con la mano en los carrillos.

Juan.

Háblame con mas respeto,
que si no fueras mi tio.... *Vase.*

Tiberio.

¿Tú á mí?

Lisarda.

Déjale, te ruego,
que si él se quiere casar
con una esclava, yo quiero

casarme con un esclavo.

Tiberio.

¿Que dices?

Lisarda.

Vengarme tengo;
mi hacienda le quiero dar,
hoy me casaré con Pedro,
que ya no puedo sufrir
de don Juan atrevimientos,
y melindres de Belisa.

Tiberio.

Tan nécia estás como ellos,
pero quiérote decir
para los dos un remedio,
con que templarás su fúria,
y puedes ponerlos miedo.

Lisarda.

¿Cómo?

Tiberio.

En la Corte, Lisarda,
vive un cierto caballero,
cuyo nombre es Felisardo,
parecido en tanto estremo
á este Pedro esclavo tuyo,
que si los juntasen, creo
que los que mas los conocen
no pudiesen conocellos
á tener vestido igual;
y pues los clavos de Pedro
son fingidos, y el virote
puede quitarlo y ponerlo,
puede vestir ricamente,
y que casó de secreto,
y fingir se viene á ver
conmigo, que trato desto:

y fingiendo la escritura
del tratado casamiento,
pondrás temor á tus hijos
y rienda al uno en deseos,
y al otro en tantos melindres.

Lisarda

Bien me parece el consejo,
pero podrán conocer
á Pedro.

Tiberio

Pues eso quiero,
porque pensarán tambien
que con engaño secreto
das á un esclavo tu hacienda.

Lisarda

Si, pero importa primero
instruir á Pedro en todo.

Tiberio.

Voyle á hablar

Lisarda.

Parte, Tiberio:
¡Cielos, sin saber por donde
á hallar mi remedio vengo!
sospecho que aqueste esclavo
es el mismo caballero.
Ellos me casan de burlas
con aqueste fingimiento,
y yo de veras me caso,
porque si al alma yo creo,
¿quién duda que es Felisardo
este que parece Pedro?

ESCENA XIII.

Belisa y Flora.

Belisa.

Saca unas velas aquí.

Flora.

Ya las prevengo, señora.

Belisa

Arrastra un bufete, Flora.

Flora.

¿Quiéres escribir?

Belisa

No y sí,

porque si mis pensamientos
quiero al papel remitir,
¿qué pluma basta á escribir
tan estraños sentimientos?

Flora

¿Cómo fué aquello de Zara,
que tanta pena te dió?

Belisa.

Fingí desmayarme yo,
porque el alma se animára,
y cuando me dió la mano,
púsele el diamante en ella.

Flora.

¿A Pedro?

Belisa.

Sí, que por ella

pudo entenderme el villano:
mas no me quiso entender,
pues que saliendo celosa
esa esclava rigurosa,
ese demonio ó muger,

que escondida nos miraba,
aquel diamante le dió,
imaginando que yo,
Flora, desmayada estaba.
Yo con los justos enojos
que de su amor recibí,
que ella me le hurtó fingí
por desagraviar mis ojos.
Pero no lo quedé bien
del castigo prevenido.

Flora.

Don Juan la culpa ha tenido
para que no se le dén.
Pero mira que has errado
en pensar que Pedro entiende
tu amor, pues que se defiende;
que lo que le has declarado
no ha sido mas que por señas,
y en amores desiguales,
si no eliges medios tales
y le previenes y enseñas,
no vendrá en conocimiento
de tu amor.

Belisa

Si yo supiese,
Flora, que este Pedro fuese
quien tengo en el pensamiento
pienso que me atreveria
á decirle en el rigor,
que estoy de celoso amor.

Flora.

Siempre de la luz del dia
huye la vergüenza noble,
noche es ya, la obscuridad
para toda libertad

suele dar licencia al doble:
háblale sin luz, y dí,
Pedro, yo soy, yo te quiero.

Belisa

Los melindres considero
con que he vivido hasta aquí,
pero si por castigarme
amor esto permitió,
será resistirme yo
dar armas para matarme.
¿Mas sabes lo que has de hacer
cuando Pedro venga aquí,
para que yo puedo asi
esta vergüenza romper?
Fingir que al despavilar
las velas, mataste alguna.

Flora.

Sí, ¿mas la otra?

Belisa.

Ninguna
luz con luz ha de quedar:
que la del entendimiento
tengo de cegar tambien,
para que pueda mas bien
decille mi pensamiento.
Pero retírate aqui,
que estos los esclavos son. (1)

ESCENA XIV.

Dichas, y salen Celia y Felisardo.

Felisardo.

Esta determinacion,

(1) *Retiranse al paño.*

Celia, me provoca así.

Celia.

Detente y míralo bien.

Felisardo.

Yo me quiero declarar,
que no es razon esperar
á que alguna vez te dén
el castigo que hoy querian,
y que un lacayo villano
ponga en los ojos la mano,
que en luz al Sol desafian.

Celia.

Míralo mejor primero.

Felisardo.

¿Qué tengo ya que esperar,
si me acaban de contar,
que el navarro caballero
hoy salió á misa de herido,
como suelen las de parto?
y fuera deso, estoy harto
de las penas que he sufrido:
como mal, duermo peor,
traigo este virote aquí,
que á no ser esto por tí
era insufrible rigor.
Ayer, mira que vergüenza,
me hicieron ir hasta el rio.

Celia.

Mira, Felisardo mio,
que la fortuna comienza
por un adverso suceso,
y despues se siguen mil:
confieso que el trage es vil,
y tus trabajos confieso.
Pero considera en mí

no menos pena y dolor.

Felisardo.

¿Pues será sufrir mejor?

Celia.

Díceme el alma que sí.
Sálte de la sala luego,
que está allí Belisa.

Belisa.

Espera,

Pedro.

Felisardo.

Tengo que hacer fuera.

Celia.

Espera.

Felisardo.

Temblando llego.

Belisa.

No te vayas, que despues
que no esté mi madre aquí,
tengo que hablarte.

Celia.

¡Ay de mí!

Felisardo.

¿Qué tienes?

Celia.

¿Ya no lo ves?

Felisardo.

Dirás que celos.

Celia.

¿Soy yo
de piedra?

Felisardo.

Piensa, mi bien,
que aunque mil mundos me dén,
diré á todo el mundo no.

ESCENA XV.

Dichos, y salen Lisarda y Tiberio.

Lisarda.

Esto dicen.

Tiberio.

Es don Juan
mozo, no me maravillo.

Lisarda.

Pues mas me ha dicho Carrillo.

Tiberio.

¿Cómo?

Lisarda.

De concierto están
él y sus locos amigos
de robar la esclava.

Flora.

Ahora
es imposible, señora,
hablarle, que hay mil testigos.

Belisa

Calla, qué bien sabe amor
dar á los estremos medio.

Flora.

Pues ejecuta el remedio,
porque le tenga el dolor.

Belisa.

¿Flora?

Flora.

¿Señora?

Belisa.

Esas velas
avisa.

Flora.

Al despavilar
llama esta loca avisar:
El amor todo es cautelas.

Belisa.

¿Matástela?

Flora.

Por cortalla
baja, la vela maté.

Belisa.

¿Qué esto no sabes?

Flora.

No sé
avisalla, y no sé matalla,
porque quien mata no avisa,
con estotra encenderé.

Belisa.

Aguarda, y te enseñaré
como se avisa

Flora.

¡O qué risa!
La vela has muerto tambien.

Lisarda.

¿Qué es esto?

Tiberio.

A oscuras estamos:

Lisarda.

¿Cómo?

Flora.

Las velas matamos,
por avisarlas mas bien.

Lisarda.

Esta es famosa ocasion
para llegarme á mi esclavo;

Belisa.

Hoy de declararme acabo,
hoy le digo mi aficion.

Felisardo.

Mientras que velas encienden
á Celia quiero acercarme.

Celia.

Pues nadie puede estorvarme
de los que mi mal pretenden,
quiero acercarme á mi bien. (1)

Lisarda.

Ah, mi bien, ¿quereis oirme?

Belisa.

Pues que quiere amor tan firme,
sino que lo oigais tambien.

Felisardo.

Ah, mis ojos, no te enfades (2)
desta loca pretension.

Tiberio.

¿Dícesme á mí esa razon?

Felisardo.

¿Luego no te persuades?

Tiberio.

Yo bien creo que don Juan
hará cualquier desatino.

Felisardo.

Los de Belisa imagino
que mayor pena me dán.

Celia.

En fin, mi vida, ¿qué dás (3)

---

(1) *Vayan poco á poco Belisa á su madre, Celia á Flora, y Felisardo á Tiberio.*

(2) *Felisardo á Tiberio.*

(3) *Celia á Flora.*

en darme celos?

Flora.

¿Quién es?

Celio.

¿Quién es? ¿luego no lo ves?

Flora.

En gracioso engaño estás.

Celia

No la hables por mi vida.

Flora.

¿A quién no tengo de hablar?

Belisa.

No me osaba declarar; (1)
mas ya no hay cosa que impida
decirte mi pensamiento.

Lisarda

Sabe Dios lo que he pasado
por haber disimulado
la fuerza de mi tormento.

Felisardo.

¿Quiéresme dar una mano? (2)

Tiberio.

La mano yo, ¿para qué?

Felisardo.

No te enojes, pues no fué
el enojarte en mi mano.

Tiberio.

Ola, velas, ¿qué es aquesto?
tu voz, Lisarda, y razones
desconozco.

Belisa.

¿En qué ocasiones,

(1) *Lisarda á Belisa.*
(1) *Felisardo á Tiberio.*

mi bien, mi vergüenza has puesto!
dame una mano

Lisarda.

Y las dos.

Felisardo

¿Qué la mano no me dás?

Tiberio.

Velas, olá.

ESCENA XVI.

Dichos, y sale Carrillo con un hacha alumbrando á don Juan.

Carrillo.

¿A dónde vás?

Juan.

Voy como un loco, por Dios:
¿qué haceis todos deste modo?

Tiberio

Lumbre estamos esperando.

Belisa

Con mi madre estaba hablando,
basta que lo he dicho todo.

Lisarda.

A mi hija he declarado
que quiero á mi esclavo bien,
y ella me ha dicho tambien,
que tiene el mismo cuidado.

Felisardo.

Basta que á Tiberio hablaba,
y requiebros le decia.

Tiberio.

Lo que entonces no entendia,
pues ser Lisarda pensaba,
era que Pedro el esclavo

me estaba diciendo amores.

Celia.

O noche madre de errores,
ahora de ver acabo
que dije amores á Flora.

Lisarda.

¿A qué vienes como griego
á poner á Troya fuego?

Juan.

Dame, mi muger, señora,
que la tengo de llevar
esta noche donde veas,
que si casarte deseas,
tambien me quiero casar,
(1) que está mas puesto en razon.

Lisarda.

Vé, Flora, y encierra á Zara.

Juan.

¿Encerrar?

Tiberio.

Oye y repara.

Juan

¿Quién repara con pasion?

Lisarda.

Tú tambien, Pedro, con Flora
guarda á Zara

Felisardo.

Que me place,
porque esto que don Juan hace
es cosa injusta, señora.

Juan.

¿Vos tambien, perro?

Felisardo.

Yo soy
perro de sola esta huerta,

y mientras guardo la puerta
y por su defensa estoy,
aunque por las tapias sea,
ni entrareis ni cogereis
la fruta que pretendeis,
y ese loco amor desea:
que tengo sembrada en ella
una tan verde esperanza,
que vereis en mi venganza
lo que pienso hacer por ella.
Si el perro cuando le agravian
no hay dueño de que se acuerde,
vos vereis qué perro os muerde,
porque amor con celos rábia. (1)

ESCENA XVII.

Don Juan, Tiberio, Lisarda, Belisa y Carrillo.

Juan.

Dejadme que esta loca desvergüenza
castigue en este bárbaro villano.

Tiberio.

Don Juan, detente, y mira que no es justo
que á la sangre, á las canas y al consejo
pierdas respeto.

Juan.

Yo no he sido viejo:
tú has sido mozo, y sabes que amor puede
en tierna edad hacer estas locuras;
y yo no sé de tus obligaciones
el estrecho camino en que me pones.

Lisarda.

No le respondas, déjale por loco.

---

(1) *Flora y Felisardo lleven á Celia.*

Juan.

Dame, madre, mi esposa.

Belisa.

Aunque he callado,
no me ha faltado, hermano, el sentimiento
debido á semejante atrevimiento.
¿qué esposa te han de dar?

Juan.

Zara es mi esposa.

Belisa.

¿Zara una esclava?

Juan.

Pues que yo la pido,
yo sé quien es.

Belisa.

Pues si otra cosa sabes
de lo que desta turca saben todos,
procede mas discreto, y como noble,
harás tus diligencias allá fuera:

Juan.

Si os traigo aquí quien lo que digo os diga,
¿qué me direis?

Tiberio.

Si alguno, como tenga
crédito, nos dijere el desengaño,
y pareciere justo que te cases
con muger que en la cara tiene un hierro,
yo mismo quiero dartela esta noche.

Juan.

Parte, Carrillo, y llama á Eliso: aguarda;
vamos los dos, que hasta su padre mismo
he de traer aqui.

Carrillo.

¿Señor, qué intentas?
mira por Dios que tu linage afrentas.

Juan.

¿Infame, acáso quieres que te mate?

Carrillo

¿Con esta luz no ves tu disparaee?

Juan.

Amor es luz.

Carrillo.

Confieso; pero mira
que esta hacha alumbra con aquesta cera,
y se alimenta de ella, y luego mira
que volviendo su llama ácia la tierra,
la misma cera por quien esta vive,
es de quien muerte y confusion recibe.

Juan.

Filósofo lacayo, vive el Cielo
que te corte las piernas, vé delante.

Carrillo.

¿Qué luz podrá alumbrar un ciego amante? (1)

Tiberio.

Buena ocasion, Lisarda, me parece
para baoer tu fingido casamiento.

Lisarda.

Parte y harás que Pedro se transforme
en Felisardo, y que á las vistas venga,
que yo haré que mis hijos se sosieguen.

Tiberio.

Yo voy, que conocerle es imposible
sin clavos, sin virote, y en el hábito
bizarro que le tengo prevenido.

---

(1) *Vanse Carrillo y Juan.*

ESCENA XVIII.

Lisarda y Belisa.

Lisarda.

Con este engaño engañaré á Tiberio, *ap.*
que él piensa que á mis hijos doy castigo,
y es que quiero casarme con un hombre
que solo tiene ya de esclavo el nombre.
¿Sabes dónde fué Tiberio?

Belisa.

¿Fué por la Justicia acáso?

Lisarda.

¿Pues no sabes que me caso?
¿no has entendido el misterio?

Belisa.

¿Tú te casas?

Lisarda.

Esta noche
vendrá á vistas, ya le espero.

Belisa.

¿Y quién es?

Lisarda.

Un caballero;
ya va Tiberio en el coche,
para venirse con él.

Belisa.

¿Es Martelo? ¿qué nos das?

Lisarda.

Martelo, ya lo verás,
si no le tengo por él
Daisme terribles enfados,
con vuestros locos antojos,
querrisme sacar los ojos
despues que os tengo criada.

Teneisme muy acabada,
tú con hacer melindritos,
comiendo yeso y barritos,
siempre opilada y sangrada;
y aquel nécio inobediente
con pedir galas, cadenas,
y verter á manos llenas
el oro, que no se cuente:
luego caballos, rameras,
y ahora querer casarse,
pues todo vino á acabarse,
las burlas se han vuelto veras.
Ya no soy madre mimosa,
ya no lloro ni me acabo,
aunque fuese de un esclavo
será mas honesta cosa.
Quiero, pues qae maza soy,
tener quien mire por mi,
hacienda tengo.

Belisa.

Es asi,
pero oidme.

Lisarda.

Oyendo estoy.

Belisa.

Madre, la mi madre,
quejais os de mi,
que soy melindrosa,
la verdad decís:
melindres tenia,
con ellos nací;
pero son en mozas
flores en abril:
mas vos, mi señora,
que podeis decir

en las hidalguias
del nieto del Cid;
y que al seis y al siete
sean siete mil,
os ha entrado el as,
aunque lo encubrís:
trocais las edades,
y sois lo que fuí,
por trocar en galas
la toca y mongil.
Si al ébano negro,
que en la fuente os ví,
ponen ya los tiempos
lazos de marfil,
liviandad parece,
que os caseis asi,
y antes de casarme,
pensamiento vil.
Decid que es venganza,
ay, madre, advertid,
que pues bostezais
señal que os dormis.
Las flaquezas vuestras
me cargais á mí,
teneis carne y hambre,
buscais peregil
La yerba del prado
os hizo gruñir,
relinchaste, madre,
oyólo el rocin.
No pongais achaques
al viernes aquí,
bebereis el agua,
pues comeis anís.
Quereis compañía,

medrosa vivís,
porque no hay maleta,
que esté sin cogin.
aquellos barritos
que decís de mí
os han opilado,
querreis os morir.
Garabato sois,
que al gato decís,
con la boca zape,
con los ojos miz.
Pareceis hormiga,
la vejéz en fin
en aluda os vuelve,
dareis que reir.
Parabien os doy,
si ha de ser así:
mas miradlo bien,
y esto solo oid
Si es viejo y sois vieja,
juntareis allí
dos sierras heladas:
¡qué triste vivir!
Si es mozo y sois vieja,
madre, presumid
que sereis maroma,
como el volatin,
que á pies por momentos
os ha de medir,
para dar mil vueltas
al aire sutil.
Con hacienda vuestra
comerá perdíz,
vestirá de tela
algun serafin.

Haránle su Adonis
diosas de Madrid,
que vuelven peon
el mejor arfil!
Esto os digo al alma,
pero vos á mí,
que á quien quiere hacer,
¿qué sirve decir?

ESCENA XIX.

Salen Tiberio, y Felisardo muy galan, quitado virote y clavos.

Tiberio.

Seguro podeis entrar,
que á mí me han dado licencia.

Felisardo.

Aun no me atrevo á llegar.

Tiberio.

Pero entrad con advertencia
de que os habeis de llamar
Felisardo.

Felisardo.

Estraña cosa,
mi propio nombre me dice
que me llame.

Lisarda.

Aqui es forzosa
la paciencia.

Belisa.

Esto desdice
á tu opinion generosa
Viendolo estoy, y no creo
que te casas.

Tiberio.

Ya ha venido
tu esposo.

Belisa.

¡Cielos, qué veo!
¿no es este Pedro?

Felisardo.

Aunque he sido
guiado de mi deseo,
quiero decir que mi amor
trujo ese raro valor.

Lisarda.

Mil veces seais bien venido,
que yo la dichosa he sido
en mereceros, señor.

Tiberio.

Sientense los desposados.

Belisa.

¿Tiberio?

Tiberio.

¿Qué es lo que quieres?

Belisa.

¿Es verdad que estan casados?

Tiberio.

Casados no, no te alteres,
mas pienso que concertados.

Belisa.

¿Pues este no es Pedro?

Tiberio.

¿Quién?

Belisa.

Pedro el esclavo de casa.

Tiberio.

¿Estás loca?

Belisa

Y tú tambien:
¿cómo con Pedro se casa
mi madre?

Tiberio.

Míralo bien,
que aqueste es un caballero
que se llama Felisardo.

Belisa.

Mirarle de espacio quiero,
él es sin duda ¿qué aguardo?

Tiberio.

Mírale mejor primero,
que Pedro es esclavo herrado
en el rostro.

Belisa.

Dices bien,
mucho me has desengañado,
aunque puede ser tambien
que se los haya quitado.

Tiberio

¿Cómo, si en la carne estan?
mira que es eso locura,
y que por tal te tendrán.

ESCENA XX.

Dichos, y salen Flora y Carrillo.

Flora.

Asi Dios me dé ventura,
como es el novio galan.

Carrillo

No he visto en toda mi vida
cara á la de nuestro esclavo
tan propia y tan parecida.

Belisa.

¿Flora?

Flora.

¿Señora?

Belisa.

Hoy acabo
esta paciencia ofendida.
¿Este no es Pedro?

Flora.

Señora,
mucho le parece.

Belisa.

Flora,
vé á llamar á Pedro luego.

Flora.

Verá que este es Pedro un ciego;
pienso que tu madre adora
la gallardía y valor
deste esclavo, y que te engaña.

Belisa.

Perro, si te tiene amor
mi madre, y tan loca hazaña
cabe en su perdido honor,
no pienses que has de afrentar
mi sangre, que á mí me toca
matarte, dadme lugar.

Felisardo.

¿Qué es esto?

Lisarda

Una hija loca,
que hoy no se pudo encerrar.
Ola, llevadla de aquí.

Belisa.

Yo no soy loca, tú sí,
que con un perro te casas.

Felisardo.

¡Qué lástima!

Belisa.

Mucho pasas
haciendo burla de mí.

ESCENA XXI.

Dichos, y sale Celia gallardamente vestida, con un escudero y manto.

Celia.

Pienso que á buen tiempo vengo.

Tiberio.

Esta dama es la madrina.

Felisardo.

Guardado este asiento os tengo,
aunque por prenda divina,
mas el del alma os prevengo.

Lisarda.

Aquí, señora, os sentad.

Belisa.

¿Esta no es Zara la esclava?
pues, perra

Tiberio.

Esa loca atad.

Celia.

¿Quién es señora tan brava?

Lisarda.

No la escucheis, perdonad,
que de puro melindrosa
le dán estos accidentes.

Belisa.

¿Esta no es Zara? ¿hay tal cosa?
pues, Zara, ¿por qué consientes,
siendo tú de Pedro esposa,

que con mi madre se case?

Celia.

¿Qué de melindres perdió
el seso?

Belisa.

¡Que aquesto pase!
no seria muger yo
si dellos no me vengase.
Perros ¿qué es esto?

Felisardo.

Criados,
tened esa loca allá.

Belisa.

¿Mi madre y Pedro casados?

ESCENA XXII.

Dichos, y salen don Juan, Prudencia padre de Celia, Eliso y la Justicia.

Juan

La casa de boda está,
entrad, sereis embozados.

Felisardo

Tápate, Celia ¡ay de mí!
tu padre viene por tí.

Eliso.

¿A dónde está Felisardo?

Felisardo.

Eliso es este, ¿qué aguardo?

Alguacil.

¿Quién es Felisardo aquí?

Felisardo.

Yo soy, ¿qué es lo que quereis?

Alguacil.

¿Es este?

Eliso.

El mismo.

Felisardo.

¿Tú, Eliso,
traes la justicia?

Eliso.

Y es justo
castigo de un falso amigo.

Felisardo.

¿Yo falso?

Eliso.

¿Pues no se vé,
si habiendo yo pretendido
á Belisa por muger,
te casas como se ha dicho,
y como se ve en el trage?

Felisardo.

¿Yo?

Eliso.

¿Pues quién, sino tú mismo?
y para mas desengaño
de tu traicion ¿no es indicio
haberte dejado en forma
de esclavo, herrado y vendido,
para que no te prendiesen
por el pasado delito,
y hallarte en trage de novio
tan galan, vistoso y rico?

Felisardo.

Si halláras que eso es verdad,
por el tiro te permito
que la espada que me mate
saques de mis propios tiros.

Belisa.

¿Porqué niegas, Felisardo,

lo que ha de ser como ha sido?
Conmigo estás ya casado,
hoy te has casado conmigo.

Felisardo.

¿Yo contigo?

Belisa.

¿Luego no?
Flora y Carrillo lo han visto.

Eliso.

¿Pues cómo, villano, niegas
lo que han visto dos testigos?

Lisarda.

Esos no dicen verdad,
que Belisa lo ha fingido
de envidia de que es mi esposo,
y así te la doy, Eliso,
para que tu esposa sea,
porque Felisardo es mio.

Celia.

Quedo, señoras, que yo (1)
le tengo por mi marido,
yo soy la propia muger,
y él lo diga

Felisardo.

Así lo digo.

Prudencio.

¿Es Celia?

Juan.

La misma es.

Prudencio

Pues, don Juan, perdon os pido
de la palabra que os dí.

---

(1) *Descúbrese Celia.*

Juan.

Todo el sentimiento mio
se templa, viendo burladas
mi madre y hermana; y digo:
pues Eliso es caballero,
que á Belisa le suplico
le dé la mano.

Belisa.

Eso es justo;
perdon del desden le pido,
y á Celia del tratamiento,
y á Felisardo, pues vino
hoy al fin de su deseo,
ya no sentirá el castigo;
y si prision ha de haber,
quiero servirle y serviros
con mi hacienda.

Alguacil.

Ya, señores,
aquel caballero herido
está bueno, solo resta
hacer á los dos amigos.

Felisardo.

Vaya Tiberio y negocie
que venga á sernos padrino.

Tiberio.

El vendrá y yo lo seré
de Flora y del buen Carrillo.

Lisarda.

Y yo, pues no me he casado,
dando á servirlas principio,
doy fin.

Belisa.

Si es á mis melindres,
Senado, perdon os pido.

La Dama Melindrosa.

Lisarda cuenta á Tiberio el estraño carácter de Belisa su sobrina, que siendo obsequiada de diferentes amantes, deshecha á todos, pretestando en cada uno alguna falta, y determinando Tiberio á casarla de su mano, entra á verla, y la propone algunos sugetos, á todos los cuales tilda Belisa. Fabio criado de Eliso, exorta á su amo á que intente el casamiento con Belisa, á pesar de su carácter melindroso, por las demas cualidades que la adornan; y estando en este coloquio entra Felisardo con Celia, refiriéndole que á su parecer ha muerto á un caballero navarro, y le suplica abrigue en su casa á Celia mientras él se retira Cuando vá á ejecutarlo llama la justicia á la puerta de la casa no dando lugar sino á la estratagema de disfrazarse Felisardo y Celia con los vestidos de Pedro y Zara esclavos de Eliso. Entra la justicia, no tras el delicuente como se temian, sino á embargar á Eliso á nombre de Lisarda por la cantidad de dos mil ducados que debia á su marido Hecho el embargo, Eliso envia á su acredora por prendas á los fingidos esclavos que quedan destinados, Felisardo á cuidar de la caballeriza, y Celia á la cocina. Flora criada de Lisarda, se manifiesta prendada de Felisardo, y don Juan lo queda de la supuesta esclava al presentársela Flora. Se empeña en que le ha de atar el cuello y entra en este momento Felisardo, cuyos celos se escitan con tal vista, resultando en seguida quejas de ambos amantes.

Belisa manifiesta á Flora, que despues de haber sido tan melindrosa con tantos amantes, ha rendido su alvedrio á un esclavo, como cree que lo es Pedro. Flora la aconseja, que para obligarse asi misma á de-

sistir de su inclinacion hácia tan bajo sugeto, le haga herrar. Lisarda, apasionada tambien de Felisardo, ruega á Eliso que aunque le ha satisfecho ya su haber, le dé los esclavos, á lo que accede Eliso: éste habla con Felisardo dándole cuenta de que aunque vive el caballero á quien hirió, está muy de peligro, y le aconseja prosiga haciendo su papel de esclavo. Belisa se empeña con su madre en que se hierre á Felisardo, pretestando que es fugitivo; y viendo que se le rehusa se desmaya. Tiberio aconseja á su hermana le mande echar un hierro fingido: se lo participa á Felisardo y este á Celia. Don Juan prosigue requebrando á la esclava, á la que viendo herrada se indigna jurando vengarla de tal afrenta Belisa y Flora sorprenden á los esclavos abrazándose, y ellos se disculpan diciendo que están casados. Belisa aparenta un parasismo con la mira de que Felisardo la tome en brazos como se lo manda Flora Sobreviene Celia, que celosa hace que la deje allí mismo; y como juzgándola desmayada hablan con libertad, conoce Belisa que no son esclavos, y llena de furor y temerosa de que Felisardo se le escape, manda á Carrillo que ayudado de los demas criados de la casa, le echen una argolla. Riñe Lisarda con su hijo don Juan, airado de lo que se ha hecho con la esclava, á quien llama su muger: la madre fuera de sí, manifiesta quiere ella casarse con el esclavo, al cual á pesar de su valiente resistencia, consiguen los criados ponerle la argolla.

Eliso reconviene á Lisarda de haber tratado con tanta crueldad al esclavo, y le dá á entender que algun dia puede pesarla. Carrillo escita los celos de Eliso, contándole que el esclavo adora á Belisa, y esta noticia le induce á vengarse de su amigo, lo que verifica por su parte, avivando la pasion de don Juan, con darle á entender que la esclava no es lo que pa-

rece. Belisa hace llamar á Pedro, porque vá á desmayarse para que la dé la mano, fingiendo que esto la alivia, y pónele en la suya una sortija. Felisardo se desentiende, y sobreviniendo Celia que le pide celos, le dá á ella la sortija. Rabiosa Belisa llama gente, acusa á aquella de haberla robado, y hace la entreguen á Carrillo para que la azote. Al ir á ejecutarlo llega don Juan, que la defiende y liberta Lisarda manifiesta á su hermano, que cansada de sufrir á sus hijos quiere casarse con Pedro; pero su hermano le sugiere para castigarlos, la idea de que conociendo él á un tal Felisardo caballero de la Ciudad, enteramente parecido á Pedro, se vista éste ricamente, y finja que es aquel. Belisa se decide á declarar abiertamente á Pedro que le quiere, y concertada con Flora de que le llame y con pretesto de despavilar las luces las apague; este incidente produce que Belisa declare su amor á su madre creyendo que habla á Felisardo; Celia conferencia con Flora teniéndola asi mismo por Felisardo, y éste requiebra á Tiberio juzgando que es Celia; todo lo cual se descubre al llegar don Juan precedido de Carrillo que trae una hacha. Verifícase el plan de Tiberio, y sale Felisardo muy galan como á casarse con Lisarda: suspéndese Belisa con la semejanza que nota de su semblante con el del esclavo, y mucho mas á la vista de Celia que sale tambien ricamente vestida, diciendo Tiberio que aquella es la madrina. Dón Juan y Eliso entran al mismo tiempo con la justicia y con Prudencio padre de Celia. Eliso se confirma al principio en su engaño de creer que Felisardo habia intentado arrebatarle su dama, pensando iba á casarse con Belisa: ésta procura confirmar tal persuasion: su madre la impugna diciendo que está casado con ella y no con su hija; pero se descubre Celia declarando que ella sola es su verdadera muger; se casan estos aman-

tes y Belisa con Eliso, como así mismo Flora con Carrillo, segun dramática costumbre de casarse los criados cuando lo verifican los amos.

Es inegable que la pasion del amor, que es el general agente que juega en las composiciones dramáticas de nuestros antiguos, era en sus manos un inagotable manantial de incidentes con que enredaban la accion hasta lo sumo, como se hecha de ver en esta pieza; no pudiendo menos de admirar cuan facilmente disponian el desenlace. Sin embargo en el de esta con el ardid fraguado por Tiberio se nota algo de violento é inverosimil. El retrato de la protagonista suministra á la traviesa fantasía de Lope pinceladas atrevidas en los diversos caprichos que inventa para caracterizar el melindre de Belisa, haciendo que de este modo resalte mucho mas su estremada pasion por Felisardo, que la conduce hasta querer casarse con él, aun suponiendole esclavo. Superfluo es hablar de la bella versificacion en general, bastando el nombre del autor para abonarla. La relacion de Belisa á Flora, en que la dá cuenta de sus amores, que empieza:

En Madrid nacida,
Flora, como sabes,

es un cuadro acabado que ella misma hace de su caracter melindroso; y así el estilo de su contesto, como el de las hermosas endechas pueriles:

Madre, la mi madre,
quejais os de mí,
que soy melindrosa,
la verdad decís.

recuerdan la suavidad del autor de las tiernas odas de la barquilla.

La parte moral de esta composicion se puede facilmente hallar en los inconvenientes de un caracter que toca en ridículo y pueril cuando traspasa los límites de la modestia urbana, que es uno de los mas bellos adornos del hermoso séxo; lo que parece cifró el autor en estos versos:

Hay mugeres incasables,
que dan en ser tan curiosas,
que se les pasan las vidas
en andar desvanecidas
y á todo el mundo enfadosas;
y tardando en escoger,
lo mejor suelen pasar,
y andan despues á rogar.

LOS LOCOS DE VALENCIA.

PERSONAS.

Floriano, Galan.
Valerio, amigo de Floriano.
Gerardo, administrador del Hospital.
Verino, médico de id.
Pisano, portero de id.
Tomas, criado de id.
Martin, criado de id.
El Principe Reineró.
Leonato.
Liberto, vergueta de Aragon.
Belardo, *Calandrio*, *Mordacho*: Locos.
Erifila, Dama.
Fedra, sobrina del administrador.
Laida, criada de id.

La Escena pasa en el Hospital de locos en la ciudad de Valencia.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Calle.

Salen Valerio y Floriano, Caballeros.

Floriano.

Acabo de llegar en este punto.

Valerio.

Por Dios que estoy de veros, Floriano,
mas que vuestro color muerto y difunto.

Floriano.

A, buen Valerio, dadme aquesa mano;
en vos está mi vida.

Valerio.

¿De qué suerte?

Floriano.

O, amigo en amistad, en sangre hermano,
yo he dado....

Valerio.

Hablad.

Floriano.

Yo he dado....

Valerio.

Decid.

Floriano.

Muerte.

Valerio.

¿A quién?

Floriano.

¿Oyenos alguién?

Valerio.

Nadie.

Floriano.

A un hombre,
que por mi mal...

Valerio.

Decidlo ¿ qué os divierte?

Floriano.

No os espanteis, Valerio, que me asombre
del mas pequeño murmurar del viento.

Valerio.

¿ Quién es? acabad ya, decidme el nombre.

Floriano.

Vendráme tanta gente en seguimiento,
que es justo de mí mismo recelarme.

Valerio.

Mas muerto estais que el muerto.

Floriano.

Estadme atento.
Para poder mejor asegurarme
de las contrarias armas y violencia,
que sin número salen á buscarme,
haciendo al hambre infame resistencia,
desde que á pie salí de Zaragoza,
hasta que ví los muros de Valencia,
sin ver poblado mas que alguna choza,
donde cual que pastor partió conmigo
del negro pan que en soledades goza;
vengo como me veis, Valerio amigo,
que aun no tuve lugar de ver mi casa.

Valerio.

Solo quiero saber vuestro enemigo,
¿ quién es este hombre muerto?

Floriano.

Si alguien pasa?

podráme suceder.

Valerio.

¿Es caballero?

Floriano

No sé, por Dios

Valerio.

A voluntad escasa,
ó no os fiais de mí, como primero,
ó haceis burla de mí.

Floriano.

Ya me declaro:
sabed que he muerto al Príncipe Reinero.

Valerio.

¡Jesus, qué mal suceso!

Floriano.

Estraño y raro,
matar un caballero humilde y pobre
un sucesor de un Reino.

Valerio.

El daño es claro,
porque por mas industria que nos sobre,
un enemigo poderoso es fuerza
que al fin del mundo á su enemigo cobre.

Floriano.

Si me desmaya el alma que me esfuerza,
que es solo vuestro amor, á quien acudo,
en mi garganta un vil cordel se tuerza
cuando me veo de valor desnudo,
y despreciar algunos por el vuestro,
¿me respondeis ansi?

Valerio.

Vuestro bien dudo,
no porque rompa el lazo estrecho nuestro,
que ojalá que mi sangre os libertara,
que ahora hierve en el lugar siniestro;

mas porque el alma ve al temor la cara
tan amarilla y fea, que la obliga
á imaginar el mal que le declara:
hecho es en fin, no hay mas que os diga;
industria vence al enemigo fuerte,
porque es de los peligros grande amiga:
¿mas cómo, ó sobre qué le distes muerte?

Floriano.

Matéle en una calle de una dama,
donde la trajo mi contraria suerte.

Valerio.

La mas parte de sangre que derrama
el hierro que afiló nuestra malicia,
causa, tirano amor, tu ardiente llama.

Floriano.

Con dos hombres en forma de justicia,
arrodelados bien, quiso matarme
con muestras de tiránica codicia;
yo entonces por poder mejor librarme,
en una calle angosta retireme,
y allí como un leon vino á buscarme;
mas como aquel que ya morir no teme
cruzando las espadas en estrecho,
tirándole un revés arrodeléme,
y en ese mismo sér camino al pecho
con tal destreza entre el broquel y el brazo,
que allí cayó difunto.

Valerio

¡Estraño hecho!

Floriano.

Presumo que la espada hasta el recazo
pudiera entrar segura de la suya,
que por el hombro me pasó un pedazo:
huíme, porque es bien que luego huya
el que ha salido bien de un mal suceso,

aunque en contrario desto el duelo arguya,
ví que era él, en que lloró mi esceso
diciendo: ay, hombre triste, ¿á quién has muerto?
mas no eres tú, sino mi poco seso:
yo soy el desdichado Rey. Y es cierto
que entonces desmayé de tal manera,
que mas que el Rey estaba helado y yerto:
salí por una encrucijada afuera,
puse en la vaina la mellada espada
llena de sangre, que aun aquí me altera,
y antes que el alba amaneciese helada
caminadas tenia nueve leguas,
tanto pica al temor la muerte airada.

Valerio

Si fueran por el golfo de las yeguas,
ó por el estendido de Narbona,
con el contrario me obligára á treguas;
mas no sé donde esté vuestra persona
segura de enemigos, que podria
sacaros de la mas ardiente zona;
mal haya la destreza y valentía;
mal haya aquel valor y confianza
que os puso tanta sangre y hidalguía:
no sé que hiciera mas el gran Carranza,
á quien las armas en España deben
cuanta mayor destreza el arte alcanza:
mil cosas el espíritu me mueven,
mil imaginaciones que fabrico
á remediaros mi flaqueza atreven,
que os quiera yo esconder, aunque soy rico,
no puedo contra un Rey aseguraros,
todo es remedio vano cuanto aplico;
pero escuchad, que á veces son mas raros
los primeros conceptos de la idea,
¿sabreis haceros loco y disfrazaros?

Floriano

¿Y qué me importa cuando loco sea?

Valerio.

Oid, que habeis de haceros tan furioso,
que todo el mundo por furioso os crea.
Tiene Valencia un hospital famoso,
adonde los frenéticos se curan
con gran limpieza y celo cuidadoso:
si aquí vuestros peligros se aventuran
y os encerrais en una cárcel destas,
creed, que de la muerte os aseguran,
¿que quién ha de pensar que estais en estas,
ni viéndoos preso, súcio y mal tratado,
con tanta paja y desventura acuestas,
creer que sois un hombre tan honrado?

Floriano.

¡O, como decis bien! solo eso puede
un hombre redimir tan desdichado;
pues dadme que una vez furioso quede,
que yo le haré de suerte que os espante,
si el fingimiento á la verdad escede.

Valerio

Para fingir me basta ser amante.

ESCENA II.

Dichos, y entran Leonato y Erifila, él con botas, y ella con un capotillo y sombrero.

Leonato.

Esta, Erifila, es Valencia,
la puerta es esta de Quarte,
aquí dió Venus y Marte
una divina influencia.
Estos son sus altos muros,
y aqueste el Turia, que al mar

le paga en agua de azar
tributo en cristales puros.
Aquel es el sacro Aseo,
y este el alto Micalete.

Erifila.

Ella es tal cual la promete
su grande fama al deseo:
¡que fértil!

Leonato.

Por grande estremo.

Floriano.

¿Es gente de fuera?

Valerio.

Sí;
apartémonos de aquí.

Floriano.

Que no me conozcan temo,

Valerio.

Al que es administrador
podemos ir á buscar.

ESCENA III.

Leonato y Erifila.

Erifila.

El es un bello lugar.

Leonato.

Yo no le he visto mejor.

Erifila.

Ventura habemos tenido
en haber llegado á él,
¿qué hará mi padre cruel?

Leonato.

Lo que un hidalgo ofendido
hara de verse en la plaza

por tener al vulgo miedo,
que señala con el dedo,
y con la lengua amenaza.
Llamaráte hija infame,
y á mi criado traidor.

Erifila.

Loca, si sabe de amor,
te aseguro que me llame.

Leonato.

Confieso que fué locura
querer á tu desigual;
pero no me trates mal,
ni agravies á mi ventura:
que el amor que puso en mí
lo que ha podido agradarte,
hace que pueda igualarte,
porque ya no soy quien fuí.

Erifila.

Ese agravio, mi Leonato,
mio fuera que no tuyo.

Leonato

De tus palabras le arguyo.

Erifila.

¿Tan mal con ellas te trato?

Leonato.

Tan mal, que muestras en ellas
que vienes arrepentida.

Erifila.

¿Dejas el alma y la vida,
y formas agravio dellas?
Si estas dos cosas te dí,
cuando á mis padres dejé,
una palabra que hablé,
¿para qué te ofende ansi?
Cuanto mas que ser locura,

no ofende lo que tú vales.

Leonato

Amor entre desiguales
poco vale y menos dura.
Yo sé muy bien que el recato
que muestras en mi contento,
es puro arrepentimiento.

Erifila.

¿Yo arrepentida, Leonato?
¿eres menos de lo que eras?
¿cuando yo el alma te dí,
no eras mi criado?

Leonato.

Sí.

Erifila.

¿Pues qué agravios consideras?
¿engañásteme tú acaso,
fingiendo lo que no fuiste?
todo lo ví.

Leonato.

Bien lo viste;
Mas no el desprecio que paso,
no tienes porque negar;
que no me tienes en poco.

Erifila.

¿Estás loco?

Leonato.

Estuve loco;
mas no lo pude escusar.

Erifila.

¿Qué tiene aqueso que ver,
con decir que por amarte
estoy loca? ¿es agraviarte
por quererte enloquecer?

Leonato.

Yo entiendo tu corazon.

Erifila

¿Quién mejor le entenderá,
que el mismo que en él está
por amor y por razon?
A la fé, Leonato amigo,
que esa ocasion es buscarme
alguna para dejarme

Leonato

Declárate mas conmigo.
No te canses de mi ofensa,
si hay mas agravios que aguarde
tras hombre bajo y cobarde
piensa mas, que digas, piensa.
Levántame, que te dejo
de miedo del aire mismo.

Erifila.

¿Qué fúria del mismo abismo
te ha dado tan mal consejo?
¿en qué, cómo, ó para qué
esas bajezas me dices?
¿cómo á mis ojos desdices
las verdades de mi fé?
No pienso que hablas conmigo,
ó que por otra me tienes.

Leonato

Esos ya no son desdenes,
sino desgracia y castigo.
Háblame, Erifila, bien,
que no estoy fuera de mí.

Erifila.

¿Yo digo tal?

Leonato.

Sí.

Erifila.

Yo.

Leonato.

Sí.

Erifila.

Levántame eso tambien.

Leonato.

Bien parece, desleal,
que por hombre me has tenido
vil y bajo, que no ha sido
á tus méritos igual;
pues á tenerme el amor
con que al fin me has engañado,
nunca me hubieras negado
lo que tú llamas honor:
pues ni lágrimas, ni ruegos,
desiertos, ni soledades,
para mis dificultades,
te tienen los ojos ciegos;
porque á fé que si me amáras
como lo sabes fingir,
que no supieras decir
en las cosas que reparas.

Erifila.

¿No sabes que eso ha nacido
de solo ser yo quien soy,
y que esta disculpa doy
mientras no eres mi marido?
¿lo que has de agradecer,
eso me quieres culpar?
¿qué mas te puedo yo dar
que palabra de muger?
Pues cuando á serlo viniera,
despues de darte este gusto,
siempre te diera disgusto

el ver que tan libre fuera:
que los hombres sois tan buenos,
que por lo que persuadís,
en gozándolo venís
á tener su dueño en menos.

Leonato.

Cuando el bien que se pretende
de tantos méritos pasa,
despues de gozado abrasa,
si antes de gozado enciende;
y el no fiarte de mí,
no es por aquesa ocasion,
sino ser todo ficcion
cuanto me has dicho hasta aquí:
mira si estoy engañado
en el presente desprecio

Erifila.

Anda ya, que estás muy nécio.

Leonato.

Bien dijeras desdichado.

Erifila.

¿Pues cómo, si te engañara,
y fingido amor tuviera,
padres y patria perdiera,
vida y honra aventurada?
¿no ves tu engaño?

Leonato

No sé,
mejor he visto tu engaño.

Erifila.

¿Venir hasta un Reino estraño
contigo, es falta de fé?

Leonato.

Ninguna cosa me agrada,
pienso que fué tu venida

mas de estar aborrecida,
que de estar enamorada
Cree que estoy en lo cierto.

Erifila.

¿Aborrecida, Leonato?
ese sí que es falso trato,
y desamor descubierto.
Yo aborrecida, ¿de qué?
¿mis padres no me casaban?
¿qué imposibles lo estorbaban
mas que tu amor y mi fé?
¿tan malas prendas tenia,
que ansi me desconfié?
mira amores que agradé
tu alma, que es alma mia:
Deja esa tema en que dás,
y vuélveme aquesos ojos,
si es verdad que los enojos
el amor aumentan mas.

Leonato.

Dejemos amor, y dame
esas joyas que guardaste
cuando á Requena pasaste.

Erifila.

Llama.

Leonato.

¿Qué quieres que llame?
Mejor es que me las dés:
antes que entre en la posada.

Erifila.

¿Para qué?

Leonato.

Para no nada,
yo te lo diré despues.

Erifila.

¿Hase acabado el dinero?

Leonato

¿Para qué puedo pedillas?

Erifila.

Pues vende aquestas manillas.

Leonato.

Todas digo que las quiero.

Erifila.

¿Todas?

Leonato.

Todas.

Erifila.

Ay, amigo,
¿quiéresme acaso dejar?

Leonato.

Creo que te ha de costar
este hablar.

Erifila.

Mi bien, ¿conmigo?
regalo mio ¿qué es esto?
¿que otro dueño hemos tenido
las joyas y yo?

Leonato.

No ha sido
sino tu amor deshonesto.
Dame las joyas, infame.

Erifila.

Infame, triste de mí,
ansi te afrentas á tí,
marido.

Leonato.

No me lo llame.

Déque presto, ó mataréla (1)

Erifila

Ay, Dios, sin duda te vas.

Leonato.

Muestrelas todas.

Erifila.

No hay mas,
enváinala.

Leonato.

Envainaréla.
Déme el sombrero y capote.

Erifila

¿Sombrero y capote, amigo? (2)

Leonato.

No se alborote, la digo.

Erifila.

¿No quieres que me alborote?

Leonato

Si me replica, daréla. (3)

Erifila.

¿Mi bien, castigo tan grave
por una palabra?

Leonato

Acabe.

Erifila.

Envàinala.

Leonato.

Envainaréla.

Erifila.

Yo vi tu boca de risa,
y vi mi fortuna en popa.

---

(1) *Saca la daga.*
(2) *Váselas dando poco á poco.*
(3) *Saca la daga.*

Leonato.

Quítese agora la ropa.

Erifila.

¿La ropa?

Leonato.

Y aun la camisa.

Erifila.

Espérate, quitaréla;
pero mira.

Leonato.

No repliques. (1)

Erifila.

¡Ah, entrañas!

Leonato.

No te alfeniques.

Erifila.

Enváinala.

Leonato.

Envainarela:
quédese para quien es.

Erifila.

Eso no, traídor, espera.

Leonato.

Mira qué....

Erifila.

Ya no me altera,
qué se me dá que me des.

Leonato.

Suelta.

Erifila.

¡Ah, traidor enemigo,
aguarda.

---

(1) *Saca la daga.*

Leonato.

Que no hay que aguarde.

ESCENA IV.

Erifila en juboncillo y un manteo.

Erifila

Déjasme al fin de cobarde
por no me llevar contigo.
¿Qué menos infame hazaña
de un hombre bajo esperé?
¿fuése el traidor? ya se fué,
su soledad me acompaña:
triste de mí ¿qué he de hacer
sin bien y con tanto daño?
sola y en un Reino estraño;
pobre, desnuda y muger.
Buena el ladron me dejó;
pero gran consuelo ha sido
robarme solo el vestido,
que el alma no me robó.
Que si á mis padres dejé
por un vil criado suyo,
no fué, amor, efecto tuyo,
que á nadie en mi vida amé:
antes fué aborrecimiento
de casarme á mi disgusto,
porque adonde falta el gusto
no sobra el entendimiento.
Sin consejo le perdí,
por escusar de matarme,
y á la mar quise arrojarme,
de donde agora salí:
la nave dejo perdida
y el áncora de esperanza;

entre la falsa bonanza
de aquel traidor prometida:
desnudo entre mil enojos,
sin alma el cuerpo salió,
con el agua que le dió
para que lloren mis ojos.
¿Qué he de hacer? pobre de mí,
que en pensar adonde estoy
á perder el seso voy,
y el dolor me vuelve en mí.
¿Dónde iré? ¿qué me detengo?
no es este pequeño indicio;
mas no perderé el juicio,
que ha dias que no le tengo.
¿Pues qué dirá quien me viere?
¡Ay, Dios! gente suena ya.

ESCENA V.

Dicha, y entra un portero de locos llamado Pisano, y Valerio, y dos criados del hospital que han sido locos, Martin y Tomas.

Pisano.

Pues él á mi cargo está,
yo he de hacer cuanto pudiere.

Valerio.

Agora será muy presto
para dalle medicinas.

Pisano.

No son agora tan finas
como cuando esté dispuesto;
pero mucho habeis errado
en no le dejar meter
en la jaula, si ha de ser
cuerdo el loco aprisionado.

Valerio.

No estando agora furioso,
como es la luna en contrario,
no ha sido muy necesario:
si lo está será forzoso;
y cuando alegre le veis,
si le da melancolía,
se nos morirá en un dia.

Pisano.

Desa suerte bien haceis.
¿Cómo se llama?

Valerio.

Beltran.

Pisano.

¿Y de dónde es?

Valerio.

De Toledo.

Erifila.

Si estos me ven, tengo miedo
que por loca me tendrán.

Pisano.

¿Y qué era su profesion?

Valerio.

Filosofía estudiaba.

Pisano.

La flecha fué desa aljaba.

Valerio.

Y de un poco de aficion.

Pisano.

Eso anduvo por ahí,
de suerte que el daño ha sido
entre Platon y Cupido.

Valerio.

Cada cual pudo por sí,
que el estudio y el amor

suelen quitar el juicio.

Pisano.

Ha de ser aqueste oficio
templado y no con rigor:
mas ay del grande estudiante
cuando amor le toca el seso.

Valerio.

Es de la ciencia el esceso
mas locura en el amante,
porque cuanto mas sabia,
tanto más sabe penar.

Pisano.

No sé si esto es de amar
locura ó filosofia
¿Vés estos dos?

Valerio.

Bien los veo

Pisano.

Eran grandes estudiantes,
y á peligros semejantes
los trujo el mismo deseo:
estan agora templados,
y en casa sirven muy bien;
piden limosna tambien,
y saben hacer mandados.
Tomás.

Tomas.

Señor.

Pisano.

Ven acá.

Erifila.

Iréme: triste ¿qué haré?

Pisano.

Sois muy buen hijo.

Tomas.

Si á fé;
mas murió mi padre ya:
y pues ya no tengo padre,
no soy hijo.

Pisano.

¿Y vos, Martin;
sois hidalgo?

Martin.

Si algun ruin
no pone falta en mi madre.

Pisano.

Este da en esta hidalguía,
que es negocio de su tema.

Martin.

¿Sabeis vos si el fuego quema?

Pisano.

Yo juraré que no enfria.

Martin.

Mira si lo jurará,
que quemaron á su abuelo.

Pisano.

¡Oh, bellaco, deso apelo.

Tomas.

Ox, que apela.

Martin.

Tarde es ya;

Valerio.

¿Quién es aquella muger?

Tomas.

Santa Tisbe en el desierto,

que busca á su esposo muerto.

Erifila.

Ya me han echado de ver:
quiero dar voces diciendo
que me robaròn aquí,
porque se duelan de mí
los que me fueren oyendo;
porque ansi disculparé
esta desnudéz villana,
y en la piedad valenciana
algun remedio hallaré

Martin.

Ola, muger ¿tienes padre?
fué bien nacido tu abuelo?

Erifila.

Justicia de Dios del Cielo,
y Santa María su Madre:
¡robarme un ladron á mí
tantas joyas y vestido!

Pisano.

A buen tiempo hemos venido.

Valerio.

Parece loca.

Erifila.

¡Ay de mí!
¡que acabada de llegar
tal desgracia me suceda!

Tomas.

¡Ah, muger!

Erifila.

¿Qué?

Tomas.

Estate queda.

Erifila.

¿Porqué?

Tomas

Quiérote abrazar.

Erifila.

Desviate allá, grosero.

Pisano.

Loca es sin falta.

Tomas.

Llegad.

Erifila.

No hay en el mundo piedad.
¡Ah, señor, ah, caballero!
mirad que aquí me han robado
por un estraño suceso.

Martin.

Par Dios que si ha sido el seso,
que harto poco os han dejado.

Erifila

Tres mil ducados valian
las joyas que me robaron.

Pisano

Este es el tema.

Tomas.

¿Y llevaron
la joya que pretendian?

Erifila.

No sino el diablo que os lleve.

Tomas.

Ola, ola.

Valerio.

Poned paz.

Pisano.

Ah, Tomás.

Tomas.

¿Sois montarás?

Martin.

¿Sabe aquesta á quien se atreve?

Erifila.

Poudréme agora á pensallo.

Martin.

Tenmela luego

Erifila.

¿A qué fin?

Tomas.

Dile que eres San Martin.

Martin.

No soy sino su caballo.

Erifila.

Que no me pesára, digo,
el Santo que dices fueras,
que sólo fueras partieras
tu media capa conmigo
¿Qué no quereis condoleros
de mi pena y desnudéz?

Pisano.

Antes ireis esta vez
donde ese bien pienso haceros.
Ea, asidla, ¿qué aguardais?

Erifila.

¿A mi, cómo, ó para qué?

Pisano.

Ea, pues.

Erifila.

Llegad, que á fé
que vos lleveis si llegais.

Tomas

Date prision, perra mora.

Erifila.

¿A prision, pues soy yo esclava?

Pisano.

Asidla bien.

Martin.

Date, acaba.

Erifila.

¿Asi remediais quien llora?
¿esta piedad es la fama
de las cosas de Valencia?

Pisano.

Esa piedad y conciencia
agora en vos se derrama.

Erifila.

¿Pues tras haberme robado
quieres ponerme en prision?

Pisano.

Allá direis el sermon,
del tema que habeis tomado;

Erifila.

¿No fuera mejor prender
el ladron que me robó?

Pisano.

¿No veis la tema en que dió
aquesta pobre muger?

Martin.

Ea, camina.

Erifila.

¡Ay de mí,
robarme y aprisionarme! (1)

Pisano.

Mañana podreis hablarme,
que me importa el ir aquí.

Valerio.

Id, Pisano, en hora buena,

---

(1) *Llevanla los dos locos en peso.*

y al buen administrador
le agradeced el favor
de lo que á Beltran ordena;
y dejadle sin prision
mientras la fúria le deja.

Pisano.

Si haré, pero si se queja,
jaula ha de haber.

Valerio.

Y es razon:
Muy buen lance echó mi suerte
en el suceso de hoy,
pues desta ocasion estoy
casi al punto de la muerte.
Llevé con temor no poco
al hospital á Floriano,
donde dejo un cuerdo sano,
y traigo un enfermo loco.
Despues que vi la muger
que agora llevan de aquí,
ó todo el seso perdí,
ó no tengo que perder.
¡Jesus, qué gran perfeccion!
bien dicen que es accidente
lo que pasa facilmente
por la vista al corazon.
¿Era muger lo que ví,
ó era algun angel del cielo?
¿estoy en mí? ¿qué recelo?
todo estoy fuera de mí.
¿Por qué la dejé llevar
pudiéndola resistir?
¿ó hasta saber é inquirir

(1) *Vase Pisano.*

su patria, estado y lugar?
Ya veo mi seso poco,
pues que mi alma no toca
en que es loca, mas si es loca,
¿qué mucho que yo sea loco?
Si el amante se transforma
en lo amado, loco soy,
pues á una loca le doy
el alma en que está su forma.
¿Habrá caso mas estraño,
si aquí me vengo á perder?
quiérola volver á ver,
que por ventura es engaño.
Volver quiero al hospital,
porque en viéndome afligir,
ó no me dejen salir,
ó allá me curen el mal.

ESCENA VI.

Decoracion de Patio en una Casa de Locos.

Fedra dama, sobrina del Administrador, y Laida criada.

Fedra.

De manera me porfias,
que al patio en fin he bajado.

Laida.

Culparás mis fantasías,
como quien á un loco ha dado
prendas del cielo, aunque mias;
pues el Administrador,
que es tu tio y mi señor,
salió ya del hospital,
no te parezca tan mal,

que yo te enseñe mi amor.

Fedra.

¿Qué en fin quieres bien un loco?

Laida.

Amor, señora, lo es,
y no es amor, si lo es poco.

Fedra.

¿Cosa que por él lo estés?

Laida

A vencelle me provoco.

Fedra.

¿Pues un hombre de hoy venido,
ya te ha quitado el sentido?
bien se ve que te faltó.

Laida

El talle que me engañó
bien cuerdo me ha parecido.
No ha sido de verle hablar
la locura que me esfuerza,
sino de verle callar.

Fedra.

¿Pues cómo el silencio fuerza
á querer y desear?

Laida.

¿No nos mueve una pintura,
cuando es de estraña hermosura?
pues así me mueve á mí:
á un mármol el alma dí.

Fedra.

Principios son de locura.
¿A un loco mudo y de piedra
diste el alma?

Laida.

El alma dí
á una piedra, hermosa Fedra,

Fedra.

Medrarás, pobre de ti.

Laida.

Quien sirve amor poco medra.

Fedra.

¿Es furioso?

Laida.

Con la luna
cuando crezca tendrá alguna,
y entonces yo la tendré,
que vá creciendo mi fé
con el sol de mi fortuna.

Fedra.

Locos en fin sois los dos,
él con luna y tú con sol,
curaos juntos:

Laida.

Plega á Dios.

Fedra.

¿Qué nacion?

Laida.

Es español:
amor, remediadme vos.

Fedra.

¿Cómo español?

Laida.

Castellano.

Fedra.

Tambien lo es el valenciano,
á España tributo doy.

Laida.

Pues yo toledana soy,
porque es mi amor toledano.

ESCENA VII.

Dichas, y entra Floriano siguiendo el loco con su sayo.

Floriano.

¿Grillos á mí, por qué ó cómo?
¿sois vos desta casa honrada
el discreto mayordomo?
seguidme, pues si os agrada
vereis que lágrimas tomo,
que conmigo no es bastante
el veros hacer gigante,
aunque me veis pastorcillo,
que os daré con un ladrillo,
y no turron de Alicante.

Fedra.

Ay, Laida, huyamos.

Laida.

Detente,
que con quien le enoja es bravo,
y manso ordinariamente.

Floriano.

Aquí teneis un esclavo,
cuerdo, humilde y diligente.
No os altereis, deteneos,
que ni entre los indios fecs,
ni en Etiopia nací;
el amor me trajo aquí,
por ejemplo de deseos.
Soy un hombre, que no soy,
porque ser no es menester,
que sin sér mejor estoy;
y ansi disfrazo mi sér,
porque huyendo de ser voy.

Fuí estudiante en desdichas,
y aprendí tantas, que dichas,
no hay hombre mas desdichado,
aunque aqueste sayo ha dado
nuevo principio á mis dichas.
Quise bien una muger
entre discreta y hermosa,
libre y de buen parecer,
que á no ser ella piadosa,
yo no perdiera mi sér.
Daba entrada á toda gente,
pero al mejor pretendiente
yo le hice de corona,
porque era cierta persona
que se la puso en la frente.

Fedra.

¡Ay qué lástima tan grande,
Laida amiga!

Laida.

Cómo si es.

Floriano

Vuestra Magestad me mande
darme sus divinos pies,
porque entre los aires ande,
que cierto que es un retrato
de aquel serafin ingrato,
por quien soy loco en Valencia.

Fedra

¡Qué linda cara y presencia!

Floriano.

Mucho el corazon dilato,
que á fé que temo por él,
si desembarcan fragatas,
verme cautivo en Argel,
ó en el rio y sin zapatas,

entre el agua y el cordel.
Mirad que os digo verdades,
no me descubrais ninguna.

Laida.

Ya temo que dél te agrades.

Fedra.

¡Quién fuera, Laida, la luna
destas locas voluntades!

Laida

¿Luego ya te pagas dellas?

Fedra.

Solo quisiera creellas
en el punto que ésta veo.

Laida.

¿Qué vale un loco deseo?

Fedra.

Asegura de perdellas.

Laida

Celos me dán tus razones.

Fedra.

Como estás loca los tienes.

Floriano.

Para celosas pasiones
ponerse aceite en las sienes,
y darse de mogicones;
ó sino sangre caliente
de murciélago en la frente,
que si á quitar pelos vale,
tambien lo que en ella sale
con el celoso accidente:
y si los celos son cuernos,
¿quién hay que dellos se escape?
Vive amor que son eternos,
por mas que Pan se los tape
con hojas de álamos tiernos.

Esto del celoso abismo
ya ha pasado por mí mismo:
oid que de cuernos tales
y de celos desiguales,
quiero hacer un silogismo.
Todo hombre que ama es celoso,
todo celoso los tiene,
porque es al temor forzoso,
pues de imaginarlos viene
aquel efecto enojoso:
que de obra ó pensamiento
es hacer torres de viento,
pensar que nadie se guarda,
si bien hay silla y albarda,
de menos ó mas tormento;
que una cosa es el temer,
el que tiene posesion,
lo que puede suceder,
y diferente oracion
ser caso de padecer.

Fedra.

Estraños discursos hace;
sin duda, Laida, que nace
de su claro entendimiento.

Floriano.

¿Quereisme dar un contento,
con que requiescat in pace?

Fedra.

¿Cómo ansi?

Floriano.

Dame esa cinta,
que de Apuleyo animal
las mismas rosas me pinta,
quizá será de mi mal
la medicina sucinta;

será el antídoto solo
deste mal, y vos mi Apolo,
á quien deba mi salud

Fedra

¿Qué tendrá tanta virtud?

Floriano.

Será mi norte y mi polo.

Laida.

Mejor es esta encarnada.

Floriano

¿Quién en mi mal os desvela,
la bella malmaridada,
pido azucar y canela,
y daisme paja y cebada?

Laida.

Siempre tuve este recelo.

Floriano.

A los recelos decidles
que no levanten el vuelo,
porque son alas humildes
para volar á mi cielo.

Fedra.

Esta es mejor, porque es verde. (1)

Floriano.

Si, porque tal esperanza
en ningun tiempo se pierde,
quiero hacer una mudanza
que de la vuestra me acuerde.

Fedra

¿Cómo del pasado amor?

Floriano

De danzar direis mejor,
entendedlo allá no mas.

(1) *Dale una cinta.*

Laida.

Di tú que loca no estás.

Fedra.

Calla, Laida, que es error.
Estoyme aquí entreteniendo,
y porque no se enfurezca,
mil disparates sufriendo.

Floriano.

Temo que bien me parezca,
porque sé que á Celia ofendo,
aunque ya, Celia cruel,
pues te pudiste trocar,
podrá mi pecho fiel.

Fedra.

Gente suena: ¡hanme de hallar
sola aquí, Laida, con él?

Laida.

No señora, salte presto,
subamos al corredor,
que no es pensamiento honesto. *Vanse.*

Floriano.

¡Con qué noche de dolor
tan bello sol se me ha puesto!
Acordaos allá de mí,
si algun rato estais ociosa.

ESCENA VIII.

Floriano, y entran Pisano, Tomas y Marlín con Erifila asida.

Erifila.

¿Por qué me tratais ansi?

Pisano.

Estáte queda, furiosa.

Erifila.

No lo soy, que ya lo fuí.

Tomas

Ya está en casa la hechicera;
pague la patente.

Martin.

Pague.

Erifila.

¿Presa á mí desta manera?

Martin

No es bien que la ley se estrague;
pague luego.

Tomas.

Pague, ó muera;

Floriano.

¿Qué gente?

Martin.

Gente de paz.

Tomas

¿Quién os mete á vos en esto?

Erifila

Ya soy de seso incapaz,
que en lugar donde no hay seso
es la opinion pertinaz
Alto, yo quiero ser loca,
pues ya no hay otro remedio,
aunque la causa no es poca,
y este furor viva en medio
del daño que me provoca.

Pisano

Quédese aquí mientras vengo,
y guardaos de hacella mal. *Vase.*

Floriano.

¿Qué es lo que á mis ojos tengo?
para un rayo celestial

del sol la vista prevengo.
¡O peregrina belleza,
pobreza de mi ventura,
y de los cielos riqueza,
corona de la hermosura,
bien de la naturaleza!
¿Estoy conmigo, ó sin mí?

Tomas.

Pague luego.

Martin.

Paga aquí.

Erifila.

¿Qué he de pagar?

Tomas.

La patente.

Erifila.

No la tengo.

Floriano.

Ah, buena gente.

Martin

¿Hablais con nosotros?

Floriano.

Sí,
¿Qué es lo que pedis?

Tomas.

La entrada.

Floriano.

Por ella la pagaré,
si esta sortija os agrada.

Martin.

Muestra á ver.

Tomas.

Buena es á fé.

Martin.

¿Vá empeñada ó rematada?

Floriano.

Como os diere mas contento.

Tomas.

Vivas mil años Amen.

Martin

Avisa á todo el convento,
que hoy hay fruta de sarten,
y almojavanas de viento.

Tomas

Por mi fé, que hay brava gira.

ESCENA IX.

Floriano y Erifila.

Erifila.

¡Ay Dios! ¿qué tiene este loco,
que tan suspenso me mira?

Floriano

Yo lo fuera á mirar poco
lo que cielo y tierra admira:
ay de mí, que me destruyo
si la pienso hablar sin seso.

Erifila.

¿En qué pienso que no huyo?
el miedo yo le confieso,
mas el detenerme es suyo.
¡Qué buena presencia y talle!
ó, temor, déjame hablalle,
ó déjame ir, voluntad.

Floriano.

Divina hermosa beldad,
hable amor, la lengua calle.

Erifila

¡Estraña manera de hombre!
¡que tanto bien te dió el cielo

con tal censo!

Floriano.

El mundo asombre
ver la hermosura del suelo
abatida con tal nombre:
¡que de tan alta hermosura
fuese pension tu locura!

Erifila.

¡Que á tan perfecto edificio
falte el mas divino oficio,
que adornó su compostura!

Floriano.

¡Que en tan hermoso aposento
no haya mas de voluntad,
y que falte entendimiento!
¡ó mármol de gran beldad,
sin agente entendimiento!
¡ó imagen bella y notable
de todo el mundo universo,
corruptible y generable!
¡ó cuerpo en algo diverso
del otro mundo admirable
en dos partes de las tres!
Conforme á los otros es,
mas en la parte tercera,
que es cifra del alta esfera,
el cielo os puso los pies;
si son el entendimiento,
el alma y divinidad
sus grados y fundamento,
de fuera está la beldad,
y vacío el aposento.

Erifila.

Este loco desdichado
es como un vaso dorado

que está lleno de veneno;
pudiéndole tener lleno
liçor aromatizado;
pero con todo confieso,
que sin seso me podria
quitar gran parte del seso.

Floriano.

Dichosa prision la mia,
si el mismo amor está preso;
Ya es esto darle sospecha.

Erifila.

Quizá de verme parada,
que me dá gusto sospecha;

Floriano.

¿Qué aljaba tan alunada
te dió, amor, aquesta flecha?
¿en qué loco pensamiento
templaste la punta de oro?

Erifila

Será hablalle atrevimiento.

Floriano.

O, loca, á quien cuerdo adoro,
que solo es loco el tormento,
si á mí me estuviera bien
que supieras que soy cuerdo,
quizá me quisieras bien.

Erifila

Como de un sueño recuerdo,
y vuelvo á dormir tambien.
¿Soy yo la que de Leonato
fuí engañada, y sin recato.
padres y patria dejé,
y arrepentida lloré
la bajeza de su trato?
¿pues qué es lo que pienso aquí?

¿quién me trajo ó cómo vine
á estar tan fuera de mí?
¡que un hombre loco me incline
casi á llevarme tras sí!
¿en qué pienso, qué imagino?
sin duda que con razon,
por otro igual desatino,
me han traido á esta prision
en que á ser loca me inclino.
¿qué dudo? ¿qué estoy pensando?
loca soy.

Floriano.

Ya está eclipsando
las dos estrellas su fúria:
¡ay! no hagas tal injuria
al sol que te está mirando.

Erifila.

¿Loca soy, loca en efecto?

Floriano.

Cielo, estad sereno un poco.

Erifila.

Por mi fé que estais discreto.

Floriano.

No estoy sino en verte loco,
y serlo de hoy mas prometo.

Erifila.

Afuera, afuera.

Floriano.

¿Qué aguardo?
¿estando loco mi bien,
para qué el sentido guardo?

Erifila.

Ea, denme un palafren,
que me aguarda Mandricardo.

Floriano.

Denme á mí caballo y lanza,
y un vestido de mudanza
hecho de todas colores,
pues déjo viejos amores
por una nueva esperanza.

Erifila

Tenme tú de aquese estribo.

Floriano

Y como si te tendré,
que eres alma por quien vivo.

Erifila

O, ladron, ¿muérdesme el pie?

Floriano

Ladron no, que soy cautivo.

Erifila

¿Sabes que soy Doralice?

Floriano

Tu hermosura me lo dice.
¿Seré yo tu Mandricardo?

Erifila

De aquese sí me acobardo,
aunque dél me satisface:
el otro tenia seso,
no puede ser que tú seas.

Floriano.

Que me falta te confieso;
pero cuando el alma veas
verás un notable esceso.

Erifila.

Pregúntale á mi escudero
si ha venido aquí Rugero.

Floriano.

Aquí dice que llegó
y un poco de agua pidió

en casa de un zapatero.

Erifila.

¿Cómo te llamas?

Floriano.

Beltran.

Erifila.

¿Pues no eras tú don Roldan?

Floriano.

Y como dello te goce,
hoy seré todos los doce,
que á una mesa comen pan.

Erifila.

¿Conoces á Calainos?

Floriano.

Y fuí mil veces con él
á caza de golondrinos.

Erifila.

¿Y á Sansoneto?

Floriano.

Y á Urgel,
gran comedor de pepinos.

Erifila.

Era gente muy honrada.

Floriano.

¿Pues dígote yo que no?

Erifila.

¡Cómo este loco me agrada!
ó está en seso, ó estoy yo
de mi seso enagenada.

Floriano.

Parece que ha conocido
que no me falta sentido;
cúmpleme disimular,
quiero salir á cazar:
¿hánme caballos traido,

los braquetes y sabuesos,
halcones y baharies?

Erifila.

Perros en trailla presos,
y en pigüelas los neblies.

Floriano

Pues echenlos sendos huesos,
que quiero volar en fin,
si hay azor un francolin.

Erifila.

Malos años y mal mes,
denme el hilo portugues,
que quiero hacer un garvin.

ESCENA X.

Dichos, y entra Pisano.

Pisano.

Ya está, señora vuestra saya á punto,
entraos acá, que quiero que se os prueve;
y vos, Beltran, no os allegueis á ella,
que sois muy gentil-hombre y atrevido,
y donde no gobierna entendimiento,
tiene mucho lugar el apetito.

Erifila.

¿Qué os viene deso á vos, barbas de herege?

Floriano.

¿Qué os viene deso á vos, cresta de gallo?

Pisano.

Ya me le defendeis, buélgome dello,
que no os vereis con él hasta la fiesta
de los benditos niños Inocentes.

Erifila.

Mal año para vos, que yo soy libre,
y puedo hacer de mi capote un trasgo,
y de mi corazon unas alforjas.

Pisano.

Entra, acabad.

Erifila.

A Dios, hermoso loco.

Floriano.

Divina loca, á Dios.

Pisano

Poquito á poco. *Vanse.*

Floriano

Vete despacio, pensamiento mio,
que como otros se pierden por el viento,
por el mas bajo y áspero elemento,
á su pesar de la razon te guio.
Tú vas donde te lleva el alvedrio
con fuerza de un primero movimiento,
y yo lloro con cuerdo entendimiento
las ánsias de tu loco desvario.
No me aventures á tan loca empresa,
pues no hay contento que esperar de un loco,
cuando á faltar entre los cuerdos viene.
Pesa tu daño y tu provecho pesa;
déjame en paz, que no es razon tampoco
perder el seso por quien no le tiene.

ESCENA XI.

Dicho y entra Valerio.

Valerio

No me agradezcas ni á fineza tengas
que tan aprisa tus visitas haga,
pues vengo agora con negocio propio;
y no, amigo, negocio como quiera,
sino en que estriba de mi alma y vida
el gusto y la salud que me deseas.

Floriano.

¿Qué es esto, buen Valerio? ¿háse sabido

que estoy por dicha en esta carcel loco?
¿hay alguna desdicha en mi suceso?

Valerio.

Yo soy, Floriano, el loco; yo soy loco;
que tú con solo el hábito que tienes
haces oficio de sagaz y cuerdo,
no se sabe hasta agora cosa tuya,
ni se sabrá tampoco si los cielos
no se conjuran en tu daño y mio.

Floriano.

¿Pues qué es esto, Valerio, qué suceso
puede alterar tu cuerda compostura?
¿quién mudó tu color? ¿quién ha vencido
tu raro entendimiento, y ha trocado
de su lugar tu corazon y el mio?

Valerio.

¿No trajeron agora aquí una loca
mas hermosa que el orden de los cielos,
que los planetas y los elementos,
y que todo lo que es mortal criatura?

Floriano.

¿Es cosa tuya, dime, aquella loca?

Valerio.

No es cosa mia, pero yo soy suyo.

Floriano.

Espera, ven conmigo á aquella sala
que está desocupada y tiene asientos,
y dirasme despacio tu suceso.

Valerio.

¡Ay Dios!

Floriano.

¿Suspiras?

Valerio.

Bueno, pierdo el seso.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Patio en una Casa de Locos.

Sale Floriano solo.

Floriano.

Cansada estar pudiera la fortuna
de los muchos agravios que me ha hecho,
dejando ya sin resistencia alguna
las flacas fuerzas de mi débil pecho:
jamás que nuestro ruego la importuna
dará sin muchos daños el provecho;
libróme de la muerte, y de tal suerte,
que agora estoy mas cerca de la muerte.
Yo vi los bellos y divinos ojos
por donde amor vertió locura y fuego,
y como mariposa mis despojos
á su amorosa lumbre arderse luego;
y cuando me bastaran los enojos
de mi fiero mortal desasosiego,
quieren mis hados que el mayor amigo
sirva por instrumento á mi castigo.
Valerio que es de todo mi secreto
archivo, amparo, defensor y asilo,
por esta loca, por el mismo efeto
sigue de amor el amoroso estilo,
y dice que le pone en tanto aprieto,
que su curso vital cuelga de un filo,
y que la ha de gozar ó cuerda ó loca,

que amor ha menester cordura poca;
para esto dice que pedilla quiere,
á título que es parienta suya,
porque con el honor que se requiere
á su primero ser la restituya:
¡ó, amor, en que peligros vive y muere
quien una vez probó la fuerza tuya!
déjame con mi loca ó loco ó cuerdo,
que entonces seré loco si la pierdo.

ESCENA II.

Dicho, y entra Fedra.

Fedra.

Acá me vengo á buscar
si hay quien dé señas de mí,
que dicen que me perdí
en este mismo lugar;
y no es poco que me acuerde
de quien vivo y por quien muero,
que menos memoria espero
adonde el seso se pierde.
Con tan estraño tormento
el amor me ha combatido,
que ya no tengo sentido,
sino solo sentimiento.
De mi locura me espanto,
que de oidas, aunque poco,
creí que amor era loco,
mas no que lo fuese tanto.
Por sus dolores secretos
conozco ya su rigor,
¿qué ha de dar un loco amor
sino tan locos efetos?
Un loco y por otra loco,

que es menos obligacion,
me ha hecho camaleon
cuando sus colores toco.
No sé qué tiene ¡ay de mí!
que hechiza cualquier cordura;
mas, ay, ¿qué mayor locura
que no ver que estaba aquí?

Floriano.

Ya que desta he de guardarme
y conozco su intencion,
quiero huyendo su pasion
con mi pasion remediarme:
fingiréme menos cuerdo
de lo que otras veces fuí.

Fedra.

Por un loco estoy sin mí;
¡qué injustamente me pierdo!

Floriano.

¿Habeis visto por allá
una cosa que perdí?

Fedra.

¿Y tú no me has visto á mí
que ando en pena por acá?

Floriano.

Hermana, si andais en pena,
muy cierta tendreis la gloria.

Fedra.

¡Oh, palabra de victoria,
de grandes misterios llena!

Floriano.

¡Oh, sabrosa berengena,
membrillos y zanahoria,
que echó en arrope de Coria
el poeta Juan de Mena!

Fedra.

¡Qué presto le vuelve el seso
el furioso frenesí!

Floriano.

¿Sabeis desto que perdí,
y os daré en hallazgo un queso?

Fedra.

Pluguiera á Dios que supiera
como sé lo que has perdido,
adonde está tu sentido,
porque yo te le trajera.

Floriano.

Haceislo por las albricias,
ó hidepucha golosa,
á ser vos la mas hermosa,
yo os dijera mis malicias.

Fedra.

¿Pues esa que tú querias,
tiene mas merecimientos?

Floriano.

Tiene de nieve y pimientos
los dientes y las encías:
Queríala y aun la quiero,
que ansi digo mas verdad,
porque es de mi calidad,
y muere del mal que muero.

Fedra.

¿Por ella, loco, en efeto,
lo que te falta has perdido?

Floriano.

Cuando allí pierdo el sentido,
soy en estremo discreto;
mas no es lo que busco eso,
otra cosa me ha faltado;
que á fé que es bien empleado

perder bien perdido el seso.
¿Véisme con aquestos trapos?
pues perdí....

Fedra.

¿Qué, por mi vida?

Floriano.

Una borrica partida
con una toca de papos.

Fedra

¡Qué esto no desenamore,
sino que obligue á deseó!

Floriano.

Hace el no seros muy feo
que mi esperanza mejore;
que si bien os parecí
siendo tan cuerda muger,
bien lo puedo parecer
á quien me parece á mí.

Fedra.

¡Qué lindo ingenio tendria
por la beldad natural,
si curáse deste mal!

Floriano.

¿Ya hablais en filosofía?
y aun teneis mucha razon,
que el ingenio tiene aumento
con el buen temperamento
de la buena complesion.
Ayuda á su movimiento,
porque del alma ya es llano,
qué ha de ser el cuerpo humano
de sus obras instrumento.

Fedra.

¿Qué hiciste de aquella cinta
que de esperanza te dí?

Floriano.

Perdíla luego que ví
la figura por la pinta;
que como no estaba ciego
de amor, ni de confianza,
descarté aquella esperanza
porque me entró mejor juego.

Fedra.

¿Qué te entró?

Floriano.

Una Reina de oros,
carta nueva en la baraja,
que hace á mil Reinas ventaja
para ganar mil tesoros.
Aunque un diablo de un caballo
de por medio se metió,
que con mas cartas que yo,
pretende desbaratallo;
y son cosas tan pesadas
amistad y bien querer,
que adelante podria ser,
que me entrase flux de espadas.

Fedra.

En fin, ¿qué tú aventuraste
mi esperanza?

Floriano.

Y aun la mia.

Fedra.

¿Quieres otra?

Floriano.

Bien querria,
sino os pesa que la gaste;
que antes se alegran mis ojos,
que en semejantes contiendas,
pueda yo dar tales prendas

y mi señora en despojos.
¿Dónde está la cinta?

Fedra.

Aquí.

Floriano.

¿En la frente?

Fedra.

¡No la ves?

Floriano.

Pues quitaosla.

Fedra.

Mejor es
que me la quites tú á mí.

Floriano.

Ya desato la lazada. (1)

Fedra.

Ay Dios, ¿si le abrazaré?
¿si podré? mas bien podré,
que es loco y no importa nada.

Floriano.

¿Andaisme en las faldriqueras?
algo me quereis hurtar.

Fedra.

Aun no me atrevo á juntar
los brazos: ó, amor, ¿qué esperas?

ESCENA III.

Dichos, y entra Erifila con sayo de girones, y una caperucilla de loco.

Erifila.

No me desagrada el lazo,
iguales sois á lo menos;

(1) *Desátale una cinta de la cabeza.*

por muchos años y buenos
goceis los dos el abrazo.
¿Erais vos el que queria
ser mi esposo Mandricardo?
desde agora me acobardo
de lo que pensado habia.
Y vos, casada secreta,
doncella de Dinamarca,
mirais si sois de la marca,
con esa lanza gineta.
Si sois cuerda, ¿qué quereis,
ser entre los locos loca?
¿por qué tanto cuello y toca,
y tantas galas traeis?
Salí á fuera noramala,
que tiene dueño este loco.

Fedra.

Elvira, poquito á poco.

Erifila.

Subios luego á la sala.
Valga el diablo la parlera,
y con que poca ocasion
quiere hurtar la bendicion
á la hija verdadera.

Fedra.

Quiérome quitar de aquí
no diga algun disparate.

ESCENA IV.

Floriano y Erifila.

Floriano.

No hay alcahuete que trate
mejor mi favor por mí.
¡O celo, que el amor creces!

quien te llama hijo de amor
su padre dirá mejor,
que le engendras muchas veces.
Negociado has mi remedio,
¿mas cómo se ha suspendido
la que del alma y sentido
ha puesto su silla enmedio?
¿cómo callais vos agora?
¿qué melancolía es esa?

Erifila.

De haber hablado me pesa
con la Reina mi señora,
lo uno, porque ya vos
pensareis que soy muy vuestra,
y lo otro por la muestra
que me habeis dado los dos.

Floriano.

Elvira, plega á los Santos,
que si yo la quiero bien,
que me mate una sarten
con sus duelos y quebrantos;
y si no soy Mandricardo,
y esclavo de Doralice,
por cosa que jamás hice
me vistan de paño pardo.
Como ella es muger burlona,
y criada en esta casa,
jugamos de pasa, pasa,
y hícele la mamona.
Si otra cosa hemos tratado
yo y aquesta chocarrera,
luego en tu desgracia muera
frito, cocido y asado.

Erifila.

¿Perro, agora os haceis bobo?

asado os quiero tambien,
y sino me sabeis bien,
os haré echar en adobo.
Luego que vine á esta casa
puse los ojos en vos,
porque no me diese tos
el juego de pasa pasa;
Mandricardo habeis de ser;
aunque pese á Rodamonte.

Floriano.

O, amor, de por medio ponte, *ap.*
y enseña aquesta muger;
dale agora su sentido
si á quien le tiene le quitas.

Erifila.

Amor, pues al cielo imitas, *ap.*
enmienda lo que has perdido;
si esto no es naturaleza,
dale su seso á este monstruo.

Floriano.

O, amor, pon alma en un rostro *ap.*
que es monstruo de la belleza,
haz que me escuche mi pena,
y que me entienda mi mal.

Erifila.

Amor, un milagro tal *ap.*
victoria tuya y no agena,
haz que este loco me entienda,
porque sepa agradecer.

Floriano.

Cielo, esta loca muger *ap.*
á tu poder se encomienda.

Erifila.

Yo no quiero declararme *ap.*
hasta ver si fiarme puedo.

Floriano.

De aclararme tengo miedo ap.
hasta ver si puedo fiarme.

Erifila.

Ansi loca bien podré ap.
decirle mis pensamientos.

Floriano.

Loco diré mis tormentos, ap.
aunque es bien cuerda mi fé.

Erifila.

Ola, buen hombre, ¿por dicha
sabes tú lo que es amor?

Floriano.

Ahorcado esté el traidor
al humo como salchicha.
Deseo que engendra el ver;
pero es contrario sugeto,
perque el fin deste es su efeto,
y de amor aborrecer.

Erifila.

¡Ay, amor, qué bien empiezas!

Floriano.

Deseo en fin de lo hermoso,
dicen que hay dos, y es forzoso
que haya tambien dos bellezas,
la hermosura corporal,
y la otra intelectiva,
de quien el cielo te priva
solo por hacerme mal,
pues te falta el ornamento
del alma mas necesario.

Erifila.

Calla, loco incierto, y vario
mas que la luna y el viento.

Floriano.

¿Y á tí tambien no te toca
la variedad de la luna?

Erifila.

En el cuerpo tengo alguna,
que en el alma no soy loca.

Floriano.

Si á la luna parecieras
en amar al sol, de quien
recibe luz, vida y bien,
ejemplo de amores fueras;
aunque si en el nacimiento
con Mercurio la tuvieras,
tan casta como ella fueras
en daño de mi tormento.
¿Mas tú que de amor preguntas
conoces de su dolor?

Erifila.

Sé que es nuestro padre amor,
y todas las cosas juntas;
y de la plática sé
desde el punto que te ví,
que antes desto conocí
por teórica mi fé.

Floriano.

¿Luego alguna fe me tienes?

Erifila.

¿Este es cuerdo por ventura? *ap.*

Floriano.

¿Tiene esta agora cordura? *ap.*

Erifila.

¿Agora entenderme vienes?
Digo que me agradas tanto
como la pimienta al vino.

Floriano.

Y tú á mí como el tocino
despues del Sàbado Santo.

Erifila.

El responde en mi lenguage ; *ap.*
válame Dios, sino es loco.

Floriano.

Esta es cuerda, y no lo es poco: *ap.*

Erifila.

Yo vengo de alto linage.

Floriano.

Yo tambien soy caballero
con renta, que allá en París
vale mil maravedís,
y ando ansi porque yo quiero.

Erifila.

A mí me sacó un ladron
de en casa de un padre hidalgo,
y se me fué como galgo
sin llevarme el corazon;
y porque me halló esta gente
dando voces destocada,
me trajeron agarrada
al Audiencia del Teniente.

Floriano.

Pues yo dicen que maté
un Príncipe de Aragon,
y por tan fuerte ocasion
en esta carcel me entré.
Hago el loco y guardo el cuello
del solivianos á malo,
que mas quiero sufrir palo
que no perder el resuello.

Erifila.

¿ Díceslo de veras? (1)

Floriano.

Si;

¿y tú diceslo de veras?

Erifila.

Yo si.

Floriano

Pues por Dios que quieras,
mi bien, dolerte de mí;
mira el amor que te tengo,
pues qué loca y sin juicio
te digo el secreto indicio
de que por tí á serlo vengo.

Erifila.

Amigo, no soy Elvira,
ni loca cómo has pensado,
que mi nacimiento honrado
á mayor nobleza aspira.
Erifila fué mi nombre
hasta que llegase aquí,
bien puedes fiár de mí
secretos que á ningun hombre,
que yo te adoro y te amo
y soy tuya hasta la muerte.

Floriano

Venturosa fué mi suerte,
suerte del Cielo la llamo.
Dame, señora, esos brazos.

Erifila.

Aun pienso que no soy digna.

---

(1) *Vuelven en si.*

ESCENA V.

Dichos y entra Pisano, y despues Tomas y Martin.

Pisano.

¡Oh, mal garrote de encina
que os haga el cuerpo pedazos!
No está malo.

Floriano.

Ah, puto viejo,
¿la paz os parece mal?

Pisano.

Yo os haré una guerra tal,
que os escueza el salmorejo.
¿Ao, Martin? ¿ola, Tomas?

Floriano.

Desdichados hemos sido. (1)

Tomas.

¿Qué hay nuevo, qué ha sucedido?

Pisano.

A fé que no se hablen mas.
Al señor echa unos grillos,
y á la dama unas esposas.

Erifila.

A serlo fueran dichosas
de los pies que han de sufrillos.
¿Qué han de aprisionar mi bien?

Floriano.

Ponedmelo todo á mí,
que yo tuve culpa.

Pisano.

Ansi.

Floriano.

A mí, pues, Matusalen.

---

(1) *Entran Tomas y Martin.*

Quisiérame hacer furioso;
pero temo la prision.

Martin.

¿No sabeis la condicion
de aqueste hospital, mocoso?
¿cuándo habeis vos visto estar
los hombres con las mugeres?

Pisano.

Llevadlos ya.

Floriano.

¿Mas qué quieres
llevarme á dar de cenar?

Erifila.

¿Tambien me llevais á mí?

Pisano.

Llevadla ya noramala.

Erifila.

¡O maldita martingala,
de las mas lindas que vi! (1)

ESCENA VI.

Pisano, y despues entra Tomas.

Pisano

No me espanto que esta loca
tenga enamorado un loco,
que á un cuerdo, que no lo es poco,
á dalle el alma provoca.
Por ella traigo el cerbelo
mas mudable que un molino;
ó, amor, si eres desatino,
¿cómo eres Dios en el cielo?
Cuando cuentas y clarete

---

(1) *Llévanlos.*

me habian de entretener,
me viene amor á poner
garceticas y copete.
Perdida va la veleta,
no hay que fiar en la edad,
que siempre es la voluntad
del apetito alcahüeta.
Con todo es tal mi pasion,
que por ventura la estimo.

Entra Tomas

Nuesamo, aquí está su primo
el vergueta de Aragon.

Pisano.

¿Dices Liberto?

Tomas.

Ese propio.

Pisano.

Pues entre muy norabuena
en su casa, aunque es agena,
que al cuerdo es lugar impropio.

ESCENA VII.

Dichos, y entra Liberto.

Liberto.

No os quejareis de que á Valencia vengo
sin veniros á ver en apeandome.

Pisano

Dadme esos brazos una y muchas veces;

Liberto

Dos veces á lo menos quiero dallos,
una por deudo, y otra por amigo,
que me precio de amigo mas que deudo.

Pisano

Aqui teneis, Liberto, aquesta casa,

aunque parece maliciosa oferta;
pero si ella lo es, en este pecho
teneis la voluntad pronta á serviros.
¿Qué negocios os traen á Valencia?

Liberto.

¿No habeis sabido aquel suceso triste
del Príncipe Reinero, hijo legítimo
del conde Arnolfo?

Pisano.

Por acá se ha dicho,
aunque de algunos es tenido á fábula.

Liberto.

Pluguiera á Dios, ó primo, que lo fuera;
muerto es sin duda, y por desgracia muerto
á manos de un varon de la montaña,
en cuya busca vengo, entre otros muchos
que á varias partes vamos repartidos.

Pisano.

¿Quién duda que se haga diligencia?
plegue á Dios que le halleis, que á fé que os fuese
una prision de crédito y provecho.

Liberto.

Todos llevamos retratado el rostro,
que han hecho copias dél en Zaragoza,
para que no se pierda por industria.

Pisano.

Holgaréme de verle por estremo.

Liberto.

Presto podreis cumplir ese deseo.
Este es el matador. (1)

Pisano.

Gentil presencia,
¿cómo dicen las letras?

---

(1) *Muestra el retrato.*

Liberto.

Floriano,
ætatis suæ veinte y nueve ó treinta.

Pisano

Mirado el rostro, me ha movido á lástima.

Liberto

¿Hanos visto por dicha aqueste loco?
que me importa la vida en el secreto.

Pisano.

Suspenso está mirando las estrellas,
no teneis que temer, venid conmigo,
dareos un regalo mientras llega
la hora de cenar.

Liberto.

Basta el de veros.

Pisano.

En cuidado me ha puesto aqueste loco.

ESCENA VIII.

Tomas, y despues Floriano.

Tomas.

No hay secreto en el mundo que lo sea;
por esto dicen que la tierra ha dado
con voto eterno esta palabra al cielo,
y que tienen oidos las paredes:
si agora este secreto me importára
librára mi persona de la muerte,
la del hermano ó el amado amigo.

Entra Floriano con grillos.

Bueno es tener amigos los que viven
sujetos deste mundo á la miseria;
mas yo, triste de mí, los he tenido
para solo mi mal y desventura,
aun no hablo en seso, sin mirar quien oye:

¿qué hay por acá, Tomas?

Tomas

Oh, Beltranico,
¿cómo vá de pigüelas, son pesadas?

Floriano

Echáronme, Tomas, los de la vieja,
como dicen algunos en Castilla,
que fué una mala hembra que muriéndose
dejó de piedad su hacienda toda
para comprar prisiones á las cárceles.

Tomas.

Iguales las tuviera el desdichado
que ha muerto, segun dicen á Reinero,
y le van á buscar por todo el mundo,
con retratos que llevan de su rostro.

Floriano.

¡Válgame el Cielo! ¿y tú de qué lo sabes?

Tomas

Un hombre de Aragon, que del portero
es primo, segun dicen, ha venido
en busca suya, y su retrato trae;
llámase á lo que pienso...

Floriano.

¿Cómo?

Tomas.

Empieza,
por flor, y lo demas se me ha olvidado.

Floriano.

¿Dijo por dicha Floriano?

Tomas

El mismo,
asi, asi, Floriano, que era un hombre
de treinta años, un año mas ó menos.

Floriano.

¿Y á dónde fué?

Tomas.

Sin duda á ver la casa,
que nadie viene aquí que no la vea.

Floriano.

Por Dios que pienso ver ese retrato:
quédate aquí, que voy en busca suya.

Tomas.

No digas que te he dicho nada.

Floriano.

Basta;
á mí me importa mas que á tí el secreto.

Tomas.

Ya sé qus aunque eres loco eres discreto.

ESCENA IX.

Tomas, y entra Erifila con esposas.

Erifila.

Escapádome he por Dios,
aunque con esposas vengo,
que aunque de hierro las tengo,
no es ninguna de las dos
¿Qué haceis por acá, Tomas?

Tomas

Ya lo veis buena muger,
si el viejo os hecha de ver,
á fé que os encierre mas.

Erifila.

¿Ya no me tiene sin manos?
¿qué quiere? ¿qué tengo? rabio.

Tomas.

Pues por mi fé que hace agravio
á los Cielos Soberanos,
que de alguno eres estrella
segun tienes resplandor.

Erifila.

Por solo aquese favor
me bajo de la querella.
¿Parézcote muy bonita?

Tomas

Vive Dios que estaba cuerdo;
y que en verte el seso pierdo,
porque tu rostro le quita.
¿Quiéreste casar conmigo?,
que soy....

Erifila.

¿Quién?

Tomas.

Gran turco soy.

Erifila.

La fé y palabra te doy.

Tomas.

¿De qué?

Erifila.

De comerme un higo.

Tomas.

¿Luego no quieres casarte?

Erifila.

Si hubiera cura si hiciera.

Tomas.

¿Qué por un cura cualquiera
me pierda yo de gozarte?

Erifila.

¿Sabes quién está ordenado
de hacer este casamiento?

Tomas.

¿Quién?

Erifila.

Beltran.

Tomas.

Diceslo á tiento

Erifila

Antes lo tengo pensado,
llamamele por tu vida,
que Prima ha cantado ya,
y á los dos nos casará.

Tomas.

Dame la mano.

Erifila.

Está asida.

Tomas.

Pues voy.

Erifila.

Anda, amor piadoso, (1)
pues vuelas y no reposas,
venga á ver sus tres esposas
el que me das por esposo
Venga aquel por quien tan grave
prision en que estoy metida
tengo por dichosa vida
y por tormento suave.
Venga aquel por quien es poco
que el seso y la vida pierda,
por quien tengo el alma cuerda
y el entendimiento loco;
que es tal aquella hermosura
porqúien vivo y por quien muero;
que para siempre no quiero
volver á mayor cordura.

---

(1) *Vase Tomas.*

ESCENA X.

Erifila y entra Floriano tiznada la cara.

Floriano.

Bueno vengo desta vez
con la máscara fingida,
bien parece que esta vida
es un juego de ajedrez.
¡oh, cómo es mudable y vana!
y échase en esto de ver
que una pieza blanca ayer
puede ser negra mañana.

Erifila.

¿Beltran?

Floriano.

¿Elvira?

Erifila.

¿A qué efeto
te has puesto ansi?

Floriano.

Mi señora,
juego al aljedrez agora
porque es un juego discreto.
Un Rey con dos mil peones,
siendo un caballero pobre,
me persigue hasta que cobre
su venganza en mis traiciones.
Hoy me ha venido á buscar
á aquesta casa un arfil,
que con un jaque sutil
un mate me quiere dar;
y porque en mi mal se alegra
ya de matarme resuelto,
de pieza blanca me he vuelto

como veis, en pieza negra.

Erifila

¿Qué aqueste a fil ha venido?

Floriano

Dicen que trae mi retrato,
y por eso me recato,
y vengo desconocido.

Erifila.

Ese juego ya me llama
á que pierda mi sosiego.

Floriano.

¿Y cómo, si sois del juego,
y no menos que la dama;
por eso ayudadme bien,
que estoy muy cerca de preso.

Erifila

Bien puedes hablarme en seso,
que no nos oyen, ni hay quien:
¿es verdad que aquí han venido
con tu retrato á buscarte?

Floriano

Del alma quieren sacarte
este tu loco fingido;
pero no te cause pena,
que de la suerte que estoy
libre del peligro voy
que el Rey de Aragon me ordena,
que no seré conocido
tan loco y desfigurado.

Erifila

Gran secreto me has fiado,
conozco que me has querido;
y pues deso estás seguro,
hablemos en nuestras cosas.

Floriano.

¿Qué al fin te echaron esposas?
¡oh, hierro dichoso y duro!
¡oh, hierro que has acertado
á ser prision venturosa
en la parte mas hermosa
que el cielo á la tierra ha dado!
¿háte hecho alguna señal?
¿ha sido tan atrevido?
¿no está muy agradecido
de gozar de gloria tal?
Mas no es posible que encarne;
que enternecido de tí,
se habrá recogido en sí
por no lastimar tu carne.
¡Oh, quién ese hierro fuera
por gozar de tal tesoro,
ó por convertirse en oro
que tu mano enriqueciera!
¡Que tal te traten por mí
aquesas carnes hermosas!

Erifila.

Manillas son, que no esposas;
estas que sufro por tí;
joyas son que amor me dió,
no es bien que esposas las llames;
que no quiero yo que ames
mas de una esposa, y ser yo.

Floriano.

Si son joyas y manillas
que dá amor á los amantes,
de perlas y de diamantes
pienso algun tiempo cubrillas:
Bien parece que los dos
solo uno somos ya,

que de dos hechos nos ha
solo un cuerpo el ciego Dios;
pues viendo aquestos villanos
que el preso uno solo es,
á mí me hierran los pies,
y á vos, señora, las manos;
que con esto quedará
de pies y manos seguro
este preso, que yo os juro
que aun muriendo no se irá.

Erifila.

Los que en los pies te pusieron
tengo en las entrañas yo,
que estos que tu amor me dió
corona de gloria fueron:
solo siento que mis brazos
no se pudiesen abrir
para en ellos recibir
tus amorosos abrazos;
mas como mi alma puede
imaginados los dá

Floriano.

El alguacil viene ya.

Erifila.

¿Quieres que huya, ó me quede?

Floriano.

No importa, quédate aquí.

ESCENA XI.

Dichos, y entran Liberto y Pisano.

Liberto.

No me puedo detener,
que tengo mucho que hacer,

Pisano

¿No os quereis servir de mí?

Liberto.

El haberos visto sobra,
y aquesta famosa casa.

Pisano.

¿Aquí estais vos? ¿esto pasa?

Floriano.

Siempre me haceis mala obra,
y mas agora que andais
con esotro bellacon
que busca mi perdicion.

Erifila.

¿Quién sois vos? ¿á quién buscais?

Liberto.

Yo, hermano, vengo á buscar
un famoso delincuente.

Floriano.

Sospecho que está presente,
y que no le habeis de hallar.

Liberto

Lo postrero puede ser.

Erifila.

¿Qué ha hecho?

Liberto.

Mató el tirano
á un Rey.

Erifila.

¿Y el nombre?

Liberto.

Es Floriano.

Erifila.

Pues veis aquí su muger.

Liberto

Graciosa loca y hermosa.

Pisano.

Es perfeta por estremo.

Floriano.

Ola, vive Dios que os temo
por esa gaita golosa,
que en mi vida os ofendi
mas de lo que agora veis;
pero creo que traeis
ciertas bolas contra mí.

Pisano.

Este es un gran estudiante
que de amor enloqueció.

Floriano.

Y este un asno que tiró
dos coces á un elefante.

Pisano.

Esotra es una muger,
que dice que la han robado,
y en aquesta tema ha dado.

Erifila.

¿Sabeislo vos, Bachiller?
¿qué teneis que ver en eso?
si me han robado á traicion
con grillos tengo al ladron,
preso está.

Floriano.

Yo soy el preso.

Liberto.

Por mi vida que es hermosa,
y á compasion me ha movido.

Erifila.

¿Que es quesi cosa, marido,
tres esposas y una esposa?

Floriano.

Las trébedes.

Erifila.

Bien por Dios.

Floriano.

Malo estaba de acertar.

Erifila.

Anda, bellaco escolar,
yo soy una, y estas dos.

Floriano.

¿Parécete que erré poco?
¿cuyas son, que no me acuerdo?

Erifila.

Las dos son de aqueste cuerdo,
y la una deste loco.

Pisano.

Poco tiempo estará aquí,
que es muy principal muger.

Liberto.

Bien sé deja conocer.

Floriano.

¿Y vos conocerisme á mí?

Liberto.

Ni os conozco, ni aun quisiera.

Floriano.

Pues á fé que os importára.

Liberto.

Teneis muy negra la cara.

Floriano.

Mas negro, á ser blanco, fuera.
vos sereis gavilan manco.

Liberto.

De ser como soy me alegro.

Floriano

¿Sabeis porque estoy tan negro?
porque no deis en el blanco.

Erifila.

Amarga está la librea.

Floriano.

Soy por no buscar cuartagos
loco de los Reyes Magos,
y embajador de Guinea
Contra un Rey no valen postas.

Pisano.

Una nueva quiero daros,
Elvira.

Erifila.

Y yo presentaros
estas que me están angostas.

Pisano.

A nuestro administrador
el pariente que sabeis
os pide.

Erifila.

¿Y esa teneis
por buena nueva, hablador?

Pisano.

¡Sabe Dios lo que lo siente!
Quien gustaba de escucharos,
dice que quiere curaros
en su casa honradamente.

Erifila

Mal año y mal mes, hermano,
antes que allá coma y duerma;
mas me quiero estar enferma
que curada de tal mano.
Tiene aqui tanta virtud
una cierta voluntad,
que quiero mi enfermedad
mas que alguno su salud.

Liberto.

Hora es que yo me vaya;
y antes que deje á Valencia,
volveré á vuestra presencia.

Floriano

Poco vale quien desmaya;
diz que traeis un retrato
de cierto moro de Argel.

Erifila

Yo me holgára harto con él,
y de miedo no lo trato.

Liberto.

¿Quereislo ver?

Floriano

Sí, por Dios.

Liberto.

Pues veisle aqui descogido. (1)

Floriano.

Pardiez que está parecido,
aunque no os parece á vos;
pues yo conozco á su dueño,
y sé muy bien donde está.

Liberto

Irme quiero, tarde es ya.

Floriano

¿Qué me dareis si os le enseño?

Pisano

Salir quiero á acompañaros.

Liberto.

Esó no.

Pisano.

Dejadme un poco.

---

(1) *Enseña el retrato.*

ESCENA XII.

Floriano y Erifila.

Erifila.

Ahora digo que estás loco.

Floriano.

No os enturbieis, ojos claros,
que no hay temer mal suceso
en lugar que vos estais,
aunque el hábito digais
que imprime falta de seso.

Erifila.

El alma me has alterado.

Floriano.

Mi bien, en mí lo he sentido,
como quien el cuerpo ha sido
donde agora habeis estado,
que cual forma sustancial,
y yo materia en que vive,
de quien con acto recibe
perfeccion lo que es mortal,
luego sentí movimiento,
y me tembló el corazon.

Erifila

Ha sido en esta ocasion
estraño tu atrevimiento,
pues me libré deste mal.

Floriano

¿Sabes, mi bien, qué quisiera?

Erifila.

Ya te entiendo, y si pudiera
no tuviera gloria igual.

Floriano

Tu amorosa estimativa

entiende mis intenciones
de mis inciertas razones
con deseo de que viva;
pero yo te abrazaré
si no puedes abrazarme. *Abrázanse.*

ESCENA XIII.

Dichos, y entra Laida.

Laida.

De aguda puedo loarme,
¡á que buen tiempo bajé!
Suelta la loca, ladron
Erifila.
Oh, traidor, ¿forzarme á mí?
Laida
¿Luego él te forzaba?
Erifila.
Sí.
Floriano.
Fuerza fué del corazon.
Laida.
Estudiante ó Satanás,
que esto debiste de ser,
¿qué te ha hecho esta muger,
que siempre con ella estás?
Floriano.
Hame dado un mogicon
por medio de las entrañas,
que ha tenido por hazañas
matar un muerto á traicion;
y por Dios que he de vengarme
hasta que el suyo le vea.
Erifila
Ya ha visto lo que desea,

no tiene ya que buscarme.

Laida.

Beltran, no la mires tanto,
mírame á mí

Floriano

Ya te veo;
pero llévame el deseo
á que te dé con un canto.

Laida.

Asirte tengo la mano,
á fé que no has de ir tras ella.

Erifila

¡O qué graciosa doncella
para de invierno y verano!
Mucho se os abrasa el pecho,
andais en caniculares.

Laida.

¿Que aun en verme no repares?

Erifila.

Aun de burlas es mal hecho.
Quedaos con Dios, Mandricardo,
que me saben mal los celos.

Floriano

Cubrír piensa tales cielos
aqueste nublado pardo
¡Oh pesar de Rodamonte
que á Doralice me lleva!

Erifila.

Yo te cerraré la cueva.

Floriano.

Cierra, y súbete en el monte.

ESCENA XIV.

Laida

¿Esto es posible? hay dolor

que al que padezco parezca;
que por un loco padezca
que á otra loca tiene amor?
Bien sé yo de que ha nacido,
que como juntos están,
de verse y hablarse harán
hábito el alma y vestido;
pues no, no, que yo pondré
(metiéndome de por medio)
en su locura remedio,
y el agravio de mi fé.
No siento industria mejor
para poderme quedar
en este mismo lugar
sino seguir su furor;
fingirme quiero furiosa,
y dar en un frenesí,
que si me dejan aquí
seré cuerda venturosa.
Ea, pues, ¿qué me detengo? (1)
Ola, gente de palacio,
¿cómo venis tan despacio?
decidle al Rey que ya vengo.
Aparta aquesa carroza,
dadme vos, Duque, la mano,
hágame viento este enano,
que por mi fé que me goza.
Bueno vá aquesto hasta aquí.

ESCENA XV.

Dicha, y entra Fedra.

Fedra

Ola, Laida, ¿estás acá?

---

(1) *Hácese loca.*

Laida.

Laida, la Reina dirá.

Fedra.

¡Qué nuevas traigo, ay de mí!

Laida

Nuevas, ¿qué nuevas?

Fedra.

Mortales.

Laida.

¿Hase algun Reino perdido,
ó flota de las que han ido
á las Indias Orientales?

Fedra.

Mi padre me envia á llamar
para que parta á Segorbe,
sin que remedio lo estorbe,
ni se pueda replicar.
Recibió cartas mi tio
de que la vida le importa
hacer mi jornada corta.

Laida.

Que se alegre el Reino fio.

Fedra.

¿Qué Reino?

Laida.

El que yo gobierno
como absoluta señora.

Fedra.

¿Estás loca?

Laida.

Estoy agora
buscando á mi madre un yerno.

Fedra.

¡Ay Dios, el seso ha perdido!

Laida.

Por eso el alma ha ganado.

Fedra

Laida, ¿qué hichizo te han dado?

Laida

Por los ojos le he bebido.

Fedra.

Vuelve en tí.

Laida.

Poneos del lodo;

Fedra.

Dichosa que loca estás,
pues aquí te quedarás
á gozar de mi bien todo.
¡Ay de quien le ha de perder!

Laida.

Ola, dueña, ah, camarera,

Fedra.

¡Oh quien tan loca estuviera!
¡qué venturosa muger!

Laida.

Traedme un vicaro de agua
y una niranja: ¿venis?

Fedra.

Ya me admiran.

Laida.

¿Dueña, ois?

Fedra

¡Los desatinos que fragua?
Por mí fé que estoy movida
á seguir su buen ejemplo,
porque dos cosas contemplo
que entrambas me dán la vida;
la una, que si estoy loca,
aquí me habré de quedar,

donde podré negociar
lo mas que mi alma toca:
la otra, que estando ansi,
soy tan igual á Beltran,
que con él me casarán
viéndome por él sin mí;
pues verán que deste modo
se remedia mi locura;
ya comienzo, á Dios cordura,
á Dios seso y honra y todo.

Laida.

¿Dueña, cómo no venis? (1)

Fedra.

¿Qué quereis, Reina, y señora?

Laida

Aguardo mas ha de una hora
un poco de agua y anís.

Fedra.

Descuidóse el maestresala,
y vertióse el escabeche.

Laida

Untenle el pecho con leche,
y déule con una bala.
¿Qué es aquesto de mi ama
que asi me lleva el humor?

Fedra.

Seguir quiero este furor,
que el amor furor se llama.

Laida.

¿Si me entiende el pensamiento,
y se ha burlado de mí?

---

(1) *Hácese loca.*

Fedra.

Gran Reina, un page está aquí
que os quiere contar un cuento.

Laida.

Si es page de don Beltran,
decid que le dén licencia.

Fedra.

¿Aun osais en mi presencia
nombrar ese ganapan?

Laida.

¿No está luego averiguado
que Beltran es cosa mia?

Fedra.

¡Qué gentil bellaquería
estando el otro casado!

Laida.

Casado, ¿con quién?

Fedra.

Conmigo.

Laida.

¿Contigo?

Fedra.

Como lo cuento.

Laida.

¿Y quién hizo el casamiento?

Fedra.

El Papa.

Laida.

Mas papahigo.

Fedra.

¿Pues qué pensó la fregona
casarse ella con Beltran?

Laida

Ay á la Reina de Oran
una dueña quintañona.

Armense mis caravelas.
y vayan por todas partes
tendidos mis estandartes.

Fedra

Ansi, quebraréos las muelas.

Laida.

¿Las muelas á mí, una dueña
bastarda de su linage?
ola; tráigame aquí un page
un hacha de partir leña.

Fedra

Reina vos, mentis villana.

Laida

Mentis, toma un bofeton.

Fedra

Bofeton á mí á traicion,
esperad, doña Avellana. (1)

ESCENA XVI.

Dichas, y entran Gerardo y Valerio.

Gerardo

Entrad, que quiero ver este ruido,
y luego tratarémos mas de espacio
á lo que habeis venido.

Valerio.

Llegad presto,
que una loca maltrata vuestra sobrina.

Gerardo,

¿Sobrina, qué es aquesto? suelta, aparta;
¿á qué bajaste aquí? porteros, ola,
recoged esta loca, y si es furiosa
¿por qué razon la sacan de su carcel?

---

(1) *Asense las dos.*

Laida.

¿Ya no me conoceis, hermano viejo?

Gerardo.

¿Laida, eres tú?

Laida.

Yo soy.

Fedra.

Y la bellaca
sabeis que está diciendo que es la Reina,
y que ella con Beltran está casada,
siendo como lo sabe Dios y el mundo,
ese picaño mi marido.

Gerardo.

¡Oh, Cielos!
¿qué dices, Fedra?

Valerio.

Vive Dios, Gerardo,
que están entrambas locas sin juicio.

Gerardo.

Válame Dios, ¿y qué habrá sido aquesto?
¿si les dieron por dicha algun hechizo?

Fedra.

No es hechizo el amor, sino hechicero,
el hechizo es la gracia y hermosura;
y si quereis saber el que me han dado,
mirad el talle de Beltran, y luego
me juzgareis por loca venturosa.

Laida.

A mí tambien me ha dado ese hombre hechizos;
si lo quereis saber miradme el pecho,
que de abrasado está ceniza hecho.

Gerardo.

Por Dios, amigo Valerio,
que tiene aquesta desgracia
otra razon y misterio.

Laida.

Yo soy la Reina de Tráeia,
aunque tengo aquí mi Imperio.

Valerio

De manera estoy suspenso,
que pienso que esto es hechizo.

Gerardo.

¡Ay de mí! lo mismo pienso;
aunque si el amor lo hizo,
sabed que es hechizo intenso.
En mal punto me trajiste
á esta casa ese Beltran.

Valerio

¿Tan presto su amor hiciste?

Gerardo.

¿No veis del talle que estan?

Fedra

Bailemos, que estamos tristes.

Gerardo

Creciendo va su porfia.

Laida

Deligo, deligo, deligo. *Bailan.*

Gerardo.

¿Qué es esto, sobrina mia?

Fedra.

¿Qué deligo de candeligo?

Gerardo

¡O que estraña fantasía!
¿Hija, quién te ha puesto ansi?

Fedra.

¡Beltran, Beltran, no lo entiendo!

Gerardo.

¡Beltran es, triste de mí!

Valerio.

¿Qué un loco este fuego enciende?

Gerardo.

¿Sobrina?

Fedra

Quiquiriqui.

Valerio

Por mejor tengo encerralla
antes que nadie la vea,
que el castigo ha de curalla.

Gerardo.

Yo haré que bastante sea
á curalla ó acaballa,
y pondré á Beltran de suerte
que tenga en su desventura
por mas contento la muerte.

Valerio.

A tener Beltran cordura
fuera justo, pero advierte.

Gerardo.

Que no tengo que advertir,
él ha sido la ocasion:
¿no acabais ya de venir?

Fedra.

Si le poneis en prision,
á fé que me he de morir.

ESCENA XVII.

Dichos, y entran Pisano, Martin y Tomas.

Pisano.

¿Qué es, señor, lo que se ofrece
que tanta prisa nos das?

Gerardo.

Esto que el alma entristece.

Pisano

¿Señora Fedra, aquí estás?

Fedra.

Aqui estoy, ¿ qué le parece?

Tomas.

¿ Háles dado la locura?

Laida.

Pregúnteselo á Beltran.

Gerardo.

Yo las pondré presto en cura.

Martin.

¿ Laida?

Laida.

¿ Qué quiere el rufian?

Pisano.

¡ Qué incierta es nuestra cordura!
¿ cómo fué aquesto, señor?

Gerardo.

Ay, amigo, que no sé,
ellas dicen que es amor.

Pisano.

Pues yo se le quitaré.

Gerardo.

En tu mano está mi honor.

Pisano.

Ea, asidlas.

Tomas.

Está queda.

Fedra.

Llegad, perro, y llevarás.

Martin

No hay quien llegárseles pueda.

Gerardo.

Tenla bien fuerte, Tomás;
no hay dolor que aqueste esceda.

Valerio.

¿ Cuándo me dareis mi loca?

Gerardo.

En encerrando esta gente:
lo que á quererla os provoca
trataremos largamente.

Fedra.

Suéltame.

Martin.

Calla la boca,

Fedra.

Digo que es Beltran mi esposo.

Laida.

Mentís, que yo soy su esposa.

Valerio.

Digo que es cuento donoso.

Gerardo.

No hay cosa mas lastimosa,
que es un amante furioso.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

HABITACION DE GERARDO.

Entran Gerardo y Verino, Médico.

Verino

Tambien es de peligro que no coma:
haced, Gerardo, con regalo ó fuerza
que reciba el sustento necesario.

Gerardo

Desde que dió Verino en su locura,
porque á Beltran le quiten que no vea,
no ha querido comer ni bastan ruegos.

Verino

Ansi parece que el color del rostro,
que es lo que acá llamamos atrofía,
por falta de sustento muestra pálido:
descaece el estómago por hambre,
y enfriase de forma que se siente
del cuerpo en todas las estremas partes;
daréisla á oler un poco de vinagre,
ó algun caliente pan, que es gran remedio,
ó bañareisla todos los estremos.

Gerardo.

Tambien ha dado en tal melancolía
viéndose presa, que su vida temo.

Verino

Un poco la sentí de calentura,
viene tambien de humores melancolicos;

aqueste mal se llama catalepsis,
con el furor y frenesí partícipe;
aunque mas propiamente los antiguos
llamaron este mal de vuestra Fedra
erotes, que es un género de tristes
que solo del amor están enfermos:
el frenesí conturba los sentidos,
levanta en ellos fúria y fiera cólera,
hácese cuando acáso el que le tiene
percibe dentro en sí vanas imágenes.

Gerardo.

Esas deben de ser las que han podido
perdella por amores deste loco.

Verino.

Del frenesís escribe Posidonio,
que es hinchazon de las membranas cerca
de la cabeza, con calor tan vivo
de fiebre aguda, que enagena el seso:
pudiéranse aplicar muchos remedios;
pero si vos queréis que yo no os canse,
vuestra sobrina morirá sin duda
si le quitais la vista deste loco.

Gerardo.

¿Pues qué tengo de hacer para juntallos?

Verino.

Subirle donde está y entretenella
con decir que muy presto hareis las bodas,
pues esta fue la tema de su fúria,
porque sabed que la muger al hombre,
como la forma á la materia quiere.

Gerardo.

Mil veces he pensado por volvella
á su primer sentido, contentalla
con fingir que la caso con el loco.

Verino.

Ese es discreto y único remedio,
sin revolver Galenos ni Avicenas;
nunca encerreis al loco melancólico,
sinó sacadle á ver gustos y fiestas,
y dadle vino si beberlo quiere,
que desbarata mucho aquellas sombras
los humos densos y vapores crasos,
que en efeto es humor árido y frio.
Hoy dia de los Santos Inocentes
hace fiesta Valencia en esta casa,
que se llama porraté en esta lengua
sacadla á un corredor, á una ventana,
vea la gente, alégrese, entreténgase;
y si os parece, aquesta misma tarde
se finja el desposorio con el loco,
que por dicha la fuerza deste gusto
la volverá como primero estaba.

Gerardo

En todo he de seguir vuestro consejo;
mas esperad, que está en el cuento el lobo.

Verino.

¿De qué manera es eso?

Gerardo.

Beltran viene.

ESCENA II.

Dichos, y entra Floriano.

Floriano.

Por Dios de no salir aunque me maten,
y que sobre eso perderé la vida.

Gerardo

¡Beltran, qué es eso?

Floriano.

Quieren que esta tarde
al patio salga con los otros locos,
como si fuese yo loco como ellos;
yo soy muy cuerdo, y tengo mas sentido
que vos, ni vos, ni cuantos hay en casa,
y no quiero salir donde me vean.

Gerardo.

Tiene mucha razon; ola, dejadle,
hartos habrá que pidan la limosna;
no le lleveis por fuerza, si él no quiere.

Floriano.

¿Quién es este buen hombre?

Verino.

¿Ya te olvidas, Beltran, de los amigos?

Floriano.

¿Quién, quién, por vida mia?

Verino.

Soy el médico.

Floriano.

O, señor licenciado, y cuanto huelgo
de ver su reverendo personage,
que soy amigo de hombres virtuosos,
y que sepan el alma de las cosas,
pero nó que me entiendan la del pecho.

Verino.

¿Tú sabes lo que es alma?

Floriano.

Sé que es alma
acto primero y perfeccion del cuerpo.

Verino.

¿Y sabes que es tener pasion en ella?

Floriano.

Y como si lo he visto en mis trabajos,
y aun tengo un alma yo dentro en la mia,

por quien me faltan de pasar algunos.

Verino

¿Alma en tu alma?

Floriano.

Alma dentro el alma.

Verino

¿Sabes tú en que lugar el alma vive?

Floriano.

Dentro en el corazon dicen algunos,
siguiendo al Sabio en los proverbios.

Verino.

¿Cómo?

Floriano.

Guarda tu corazon, dice, y advierte
que dél mismo procede lo que es vida;
mas los médicos grandes y filósofos,
cual vos lo sois, la han puesto en el celebro
de donde todos los sentidos salen,
y proceden del alma las acciones;
esta fuerza se vierte por el cuerpo,
vivificando con calor los miembros.

Gerardo.

¿Acierta en lo que dice?

Verino.

Y cómo acierta;
sin duda que este fué grande estudiante,
que aun habla cuerdamente estando loco:
¿Beltran?

Floriano.

¿Señor?

Verino.

Pues vos sabeis qué es alma,
y en ella habreis dolores padecido,
y por ventura son por esa misma
que en la vuestra decís que agora vive,

en vuestras manos vive su remedio.

Floriano.

¿Pues qué ha tenido?

Verino

Está la pobre Fedra

loca por vos, frenética y furiosa,
y morirá si no os casais con ella:
Gerardo y yo lo habemos concertado;
por eso estad á punto, que esta tarde
pienso que se ha de hacer el desposorio.

Floriano.

¿De veras, ó de burlas?

Verino

¿Qué diremos? *ap.*

Gerardo.

Decid que burlas. *ap.*

Verino.

Burlas será todo,

que no queremos mas de que se alegre.

Floriano.

Pues id, que yo me siento cuerdo un poco;
y pienso hacer muy bien el desposado.

Gerardo

Yo tengo para mí, segun es sábio,
que habemos de salir con nuestro intento.
Beltran, quedaos aquí, que siendo tiempo
yo os enviaré á avisar: vamos, Verino.

Floriano.

Aquí estaré para serviros.

Verino.

Vamos,

porque lo necesario prevengamos.

ESCENA III.

Floriano, y despues Erifila.

Floriano.

Hoy es el día que temo
ser de alguno conocido,
por la gente que ha venido
á verme por grande éstremo.
Quitaronnos las prisiones,
que es dia de libertad,
en que toda la ciudad
hace aquí sus estaciones;
pero por esta razon
hoy dobladas las tomára,
y encerrado asegurára
el miedo del corazon:
aunque agravio á mi fortuna,
que está tanto en mi favor,
que es poca fé mi temor,
si temo desdicha alguna.

Entra Erifila.

En tu busca andaba ya
para darte el parabien,
aunque el pésame me dén
de bien que tan mal me está;
Mil años á Fedra goces,
loco bienaventurado.

Floriano.

Aun de burlas me has picado.

Erifila.

¿De burlas? mal me conoces.
Esto mal se pudo hacer,
sin dar tu consentimiento,

Floriano.

Ya digo que en burlas siento
nombrarme aquesa muger.
No te finjas muy sentida
de lo que ser burla sabes.

Erifila.

Nunca yo en cosas tan graves
me burlé en toda mi vida.
¿Casado estás?

Floriano.

¿Yo casado?
¿qué dices?

Erifila.

Ansi se dice.

Floriano.

¿Pues cómo, si no lo hice?

Erifila.

Basta que está concertado.

Floriano.

Ese concierto es verdad;
mas es para entretenella,
porque ha dado en decir ella,
que me tiene voluntad;
y diz que con esta burla,
sanará del frenesí.

Erifila.

Que no burlas para mí,
que nunca el alma se burla.

Floriano.

Mi bien, si es de otra manera
el concierto que se ha hecho,
en tu lugar en mi pecho
entre á vivir una fiera.
Maldiga amor mis venturas,
truéquese en guerra mi paz,

y lleve el viento en agraz
mis esperanzas seguras.
Seas un sol para mí
que no te miren mis ojos,
y una tempestad de enojos,
que me divida de tí.
¿Tal habias de creer
deste tu sujeto esclavo?

Erifila.

Agora de creer acabo
que ya es Fedra tu muger,
que quien dá satisfacion,
y con tantas veras viene,
es gran señal que no tiene
inocente el corazon
Si por burla lo tuvieras,
mucho menos lo juráras,
y pues en ello reparas,
no son burlas sino veras.
¿Mas yo qué te pido á tí?
¿qué me debes ó te debo?
¿qué te dejo ó qué me llevo,
si hoy te dejo, ayer te ví?
¿de qué padres me sacaste,
de qué tierra me trajiste,
qué servicios me hiciste,
cuándo, ó cómo me engañaste?
Muéstrame acaso un papel,
ó alguno tuyo me pide,
¿quién nos junta ó nos divide?
¿por qué te llamo cruel?
¿por qué te vedo el casarte?
agora sin duda creo
que no sin culpa me veo
en esta furiosa parte.

Desde aquí digo, Floriano,
que alzo la mano de tí.

Floriano.

Pues póngala el cielo en mí,
si alzáres de mí tu mano.
Es verdad que ha pocos dias
que nuestro amor comenzó;
pero el alma ya te vió
por sombras y profecías.
Muchos años que se ven
se hablan dos sin voluntad,
y en un dia de amistad
se suelen dos querer bien.
Si fueron nuestras estrellas
las que nuestro amor conforman;
¿qué mucho que en lo que forman
nos parezcamos á ellas?
Si en dos dias de deseo
mil años y mas se ven,
mil años te quiero bien,
mil años ha que te veo.
Lo que no hace una vista
muy tarde el tiempo lo hace.

Erifila.

Muy poco me satisface
que te me hagas sofista.
No me conquistes con ciencia,
conquístame con amor,
que un inocente es mejor,
que toda vana elocuencia.

Floriano.

Si es ansi, grande es el mio;
vuelve amores ese cielo,
que tengo el alma de hielo,
y en el pecho el fuego frio.

Como te me has enojado;
de manera fortificas
la parte que vivificas,
que estoy como muerto helado;
Alza esas manos hermosas
á los brazos de tu esposo,
pues que ya el cielo piadoso
te ha quitado las esposas.
Vuelve, mi regalo y bien,
á confirmarme en tu gracia;

Erifila.

Mal conoces mi desgracia,
como nuevo en mi desden.
¿Yo manos á tí?

Floriano.

Sin falta;
que de tu crueldad lo arguyo.

Erifila.

Aparta.

Floriano.

Ah, mi bien.

Erifila.

¿Yo tuyo?

Floriano.

Dentro del alma me salta.

Erifila.

Busca las manos de Fedra.

Floriano.

Las tuyas solas adoro,
¿ves por ventura que lloro?

Erifila.

No lo veo, que soy piedra.

Floriano.

¿Mataréme?

Erifila.

¡Qué me importa?

Floriano.

¿Eso dices?

Erifila.

¿Eso haces?

Floriano.

¿Si deso te satisfaces
cortaréme el cuello?

Erifila.

Corta
para que muera la lengua
en que se formó tal sí.

Floriano.

¿Yo si, mi bien, contra tí?
mira que hablas en tu mengua.

Erifila

Hazte allá que viene gente.

Floriano

Este es aquel mi enemigo.

ESCENA IV.

Dichos, y entra Valerio.

Valerio

Yo traigo gente conmigo,
con que irá bastantemente.

Floriano.

Sin duda viene por tí.

Erifila.

Pluguiese á Dios.

Floriano.

¿Y te irás?

Erifila.

Bueno, agora lo verás,

Valerio.

En busca vengo de tí.

Erifila.

¿Sois vos el embajador
de mi tio el Preste Juan?

Valerio.

¿Cómo os vá, amigo Beltran?

Floriano.

Pardiez, hermano, peor.

Valerio.

¿No sabeis como saqué
licencia para sacar
á Elvira deste lugar?

Erifila.

A fé que albricias os dé.

Floriano.

Dios sabe si yo me he holgado.

Valerio.

Quiero en mi casa curalla.

Floriano

En fin, ¿qué pensais llevalla?

Valerio.

En esta locura he dado,
que en efeto es mi parienta,
y no es bien dejarla ansi:
gente y silla traigo aquí.

Erifila.

Por mi fé que voy contenta:
Sacadme, sacadme luego,
que no quiero estar á ver
una fiesta que han de hacer,
que es fiesta con mucho fuego.

Valerio.

¿No ireis vos conmigo, Elvira?

Erifila.

Y como si dello gusto:
sois galan, vestis al justo,
y pierdo con vos la ira,
que á fé que estaba enojada;
mas pues buen talle teneis,
vos me desenojareis.

Floriano.

¡Cuál es la muger airada!

Erifila.

Esta tarde habia de haber
por acá unos desposados,
y celos averiguados
son malos de padecer.
Un ojo quieren quebrarme;
mas yo les quebraré dos,
que tengo brios por Dios,
para matar y matarme.

Floriano.

Elvira, si acaso gustas
de salir de la prision,
¿por qué tomas ocasion
de lo que no te disgustas?
Si esto te parece bien,
no trates á nadie mal,
que aquí queda el hospital
por siempre jamás amen.

Erifila.

Ea, pues ¿no vamos?

Valerio.

Vamos;
que á la puerta está la silla.

Floriano

Quiero callar y sufrilla,
para que no nos perdamos,

que apenas habrá salido
cuando luego se arrepienta.
¿En fin, te vas?

Erifila

Y contenta.

Floriano.

Yo quedo triste y corrido;
y pues mas no puede ser,
váyanse los que se han de ir;
que si habemos de morir,
tiempo habremos menester.

Valerio

A Dios, amigo Beltran,
que me importa sacar esta;
despues vendré á vuestra fiesta.

Erifila

Queda con Dios, ganapan.
Decilde á la desposada
que no se me da un cuatrin.

Floriano

A falta de un serafin
no es muy mala una empanada.

Erifila

¿Ella no es Fedra? pues basta,
que algun alnado tendreis.

Floriano.

Vos os arrepentireis,
señora doña canasta. (1)

Erifila.

Anda, bellaco, goloso,
que te han cogido por hambre.

Floriano.

Callá vos, galgo fiambre,

---

(1) *Entrando y saliendo sea esta baya.*

que os escapais de medroso.

Erifila

Dalde allá mis besamanos
á vuestra doña coneja.

Floriano.

Idos con Dios, mansa oveja,
que vais en poder de alanos.
Por el miedo de la vida
he gustado de callar,
y ver en que ha de parar
esta loca arrepentida;
que segun me tuvo amor,
efetos son de sus celos
estos miedos y recelos,
que no hay amor sin temor.
No me quise descubrir,
porque agradar á Valerio
es la fuerza del misterio
en que tengo de vivir.
Soledad me hace mi loca,
pero ella volverá presto,
que en el alma se me ha puesto,
que es amor quien la provoca.
No quiero hacer sentimiento
hasta ver si se declara,
sino ver en lo que para
el fingido casamiento.

ESCENA V.

Decoracion de Patio en una Casa de Locos.

Entra Pisano con un azote, y todos los locos delante, que seran Laida, Tomas, Martin, Belardo, Mordacho y Calandrio, portugues.

Pisano

Pasen delante y pónganse por orden,
sin hacer ni decir cosa que enfade,
porque alegren la gente que los vea,
y den liberalmente la limosna.

Tomas.

¿No sabe qué ha de hacer? estarse quedo;
y llevar el azote poco á poco.

Martin

¿Hay quien nos dé limosna? ¿hay quien nos haga
alguna caridad á aquestos pobres?

Belardo.

¿Hay quien les dé limosna á aquestos locos?

Mordacho

Ut sol fa, sol re mi, sol fa re ut.

Calandrio.

Eu teñho ja determinado en tudo,
que miña dama fale con seu pay,
é que se faza ó desposorio ayuda
porque me morro ó tudo me disfazo;

Belardo.

Ese verso es tomado del Petrarca,
y corresponde muito con Ovidio.

Laida.

Todo fué comenzar esta locura,
que apenas juraria que estoy cuerdo,
tanto puede en las cosas la costumbre.

Mordocho.

La música es divina concordancia
deste mundo inferior, y del angélico
todo cuanto hay en todo, todo es música,
música el hombre, el cielo, el sol, la luna,
los planetas, los signos, las estrellas,
música la hermosura de las cosas,
ut sol fa, sol re mi fa, sol re ut.

Calandrio

¿Vistes per aventura aquí la nave
que en Portugal chamaron cagafogo,
que arrojaba os piloiros por ó vento?
pois tal mi corazon ternos suspiros,
del fuego con que amor mi ñalma enciende;

Belardo.

Dos cosas ó dos partes propiamente
ha de tener la poesía, y estas
dicen que son dulzura con provecho:
por eso Ciceron nos aconseja
que la oracion no solo sea dulce,
pero que tenga utilidad, que importa;

Laida

Hermosos son de mi Beltran los ojos;
graciosa boca y apacible lengua:
¡dichosa el alma que de oirla goza!

Tomas.

¿No hay quien nos dé limosna á aquestos pobres?

ESCENA VI.

Dichos, y entra un caballero de camino y Leonato por criado.

Caballero

De las cosas, Leonato, mas notables

que en aquesta ciudad insigne he visto,
despues que ando por ella rebozado,
es aqueste hospital, obra famosa
entre las mas que aqueste nombre tienen;
que aunque el de Zaragoza lo sea tanto,
que pienso que con él competir puede,
este puede á su lado alzar la frente,
por una de las siete maravillas
que la piedad en este mundo ha hecho.

Leonato

Es obra digna de ciudad tan bella,
y sin habella visto me pesara
de haber dejado sus labrados moros;
fuera de que la dama que te hé dicho
dicen que en esta casa estaba loca,
y de vella en estremo me holgaria.

Caballero

Déjame ver despacio aquestos locos;

Pisano.

Ah, señor gentil-hombre.

Leonato

¿Mandais algo?

Pisano.

Saber quien es aqueste caballero.

Leonato.

No lo sabré decir, aunque le sirvo,
porque ha dos dias y no mas que estando
en el Aseo ocioso entre otros mozos
me habló y llevó consigo á su posada:
dice que es de Aragon, y no otra cosa;
mas bien se vé que es noble en su presencia;
fuera de que en su trato lo conozco,
que yo, como lo veis, soy castellano.

Pisano.

Pedirle quiero, si mandais, limosna.

Leonato.

Acertareis, que es pródigo en estremo.

Pisano.

Mandadnos dar, ó ilustre caballero,
alguna cosa para aquestos pobres.

Caballero

Estos, amigo, agora están templados.

Pisano

Algunos dellos suelen ser furiosos,
que agora con el tiempo están tratables.

Caballero.

¿Quién es aqueste?

Pisano.

Aqueste es un gran músico,
cuyo nombre es Mordacho, aunque fingido,
que el que tuvo en su seso fué Lisardo.

Caballero.

¿Y este quién es?

Pisano

Belardo fué su nombre,
escribe versos, y es del mundo fábula
con los varios sucesos de su vida,
aunque algunos le miran, que merecen
este mismo lugar con mejor título:
aquesta es Laida, una criada pobre
del administrador; perdió el juicio
por un Beltran que aquí tambien le falta;
este y aquel éstan ya reducidos,
aunque les falta alguna vez el seso.

Caballero.

¿Y este mancebo?

Pisano.

Es portugués famoso,
que enamorado de una gran señora
perdió en Coimbra el seso, y por el mundo,

cual otro Orlando, fué peregrinando,
paró en este lugar, y está mas cuerdo.

Caballero

Gracias á Dios, y dénselas mil veces
aquellos que de aqueste mal escapan.

Belardo

Pocos por esa parte se las dieran,
aunque de todo es bien darle infinitas.

Caballero

¿Por qué, Belardo?

Belardo.

Porque en este tiempo
no me dareis un hombre tan perfecto,
que no haya hecho alguna gran locura,
y vos podeis juzgar por vuestro pecho
lo que conozco yo por vuestra frente.

Caballero

¡Jesus! ¿es este hombre quiromántico?

Pisano

Fué muy buen estudiante, como dicen,
y no mal matemático y astrólogo.

Laida

¡Qué esté Beltran agora descuidado
de que por él estoy en este punto!

Calandrio

Coimbra me matou, é deu vida,
ó montes de Coimbra fermoseados
de la inmortal belleza de aquel corpo,
en quien vive un espíritu tan grave.

Mordocho

Ningun mote te iguala á la Susana,
digan lo que dijeren cuantos cantan.

Caballero.

Estraños son los temas que han tomado,

Pisano.

Veos tan inclinado á gustar dellos,
que si quereis gozar aquesta tarde
del acto mas curioso que habeis visto,
os llevaré donde podais gozarle.

Caballero.

Seráme de grandísimo regalo,
y enseñadme la casa muy de espacio,
que de limosna os mando veinte escudos.

Pisano.

Págueos el cielo caridad tan grande.
Sabed, señor, que un noble caballero
que es Administrador en esta casa,
trajo con su muger una sobrina,
estremo de cordura y de belleza,
y esta se enamoró de tal manera
de un loco desta casa, que hoy ha estado
cerca de dar el alma á quien la hizo:
por consejo del médico se hace
de burlas de los dos el desposorio,
porque como ella ha dado en esta tema,
con esta industria piensan aplacalla,
será cosa de ver, y nunca vista.

Caballero.

Por Dios que me habeis hecho un grande gusto;
vamos, y recoged á los amigos,
que yo daré lo prometido.

Pisano.

Vamos,
que vuestra caridad suple por todo:
ea, señores, entren sin ruido,
porque andará el azote si le hacen.

Laida.

A ver voy á Beltran: ola, escuderos,
guiad esa carroza hácia palacio.

Calandrio

Deoji perdiante, hermosa Lisida,
por voso amor conquistarán mis maos
tuda la India é costa de Ginea.

Mordacho

No vale todo el tono una semínima.

Tomas

Todo este mundo es locos.

Martin

Y encubiertos.

Belardo

¡Oh, Musas, Musas! ¿quién os hizo nueve,
si mas de nueve mil son los poetas?
mas no os pese, que son los buenos pocos,
y los que escriben mal, necios ó locos.

ESCEÑA VII.

Decoracion de Sala.

Salen el Administrador y el Médico.

Gerardo.

De suerte, señor Doctor,
ha sido vuestro consejo,
que alegre y contenta dejo
á nuestra enferma de amor.
Apenas del casamiento
mi voluntad entendió,
cuando habló, comió y bebió
con escesivo contento.

Verino.

El ver su tema cumplida,
que fué con Beltran casalla,
ha sido resucitalla,
y darle segunda vida.

Con yerbas Ovidio dice
que el amor es medicable,
y ansi lo mas saludable
fué el remedio que la hice.
Muy poco entiende Galeno
de curar la voluntad,
porque es una enfermedad
que se cura con veneno;
que aunque le solemos dar
con otras cosas templado,
aquí se ha de dar mezclado
en muerte que ha de sanar.

Gerardo.

¿Y de Laida, mi criada,
no hay esperanza, mi bien?

Verino.

Pondréla en cura tambien
despues de Fedra curada.
Hacedla luego llamar.

Gerardo.

Y póngase esto en efeto;
ya mandé que de secreto
la hiciesen aquí bajar.

Verino.

¿Es esta que viene?

ESCENA VIII.

Dichas, y entran Pisano y Fedra.

Pisano.

Entrad,
y estad con mucho cuidado,
porque entienda el desposado
que le teneis voluntad.

Fedra.

¿Y Beltran adónde está?

Gerardo.

Hija, ahora le traeremos.

Fedra.

¿Luego aquí nos casaremos?

Gerardo.

El cura aguardamos ya.

Pisano.

Un hidalgo aragonés,
que veinte escudos ha dado
de limosna, me ha rogado,
señor, si tu gusto es,
le dejes ver esta fiesta.

Gerardo

Entre quien quisiere á vella,
que no es cosa de importancia. (1)

Fedra.

Si yo hago esta ganancia,
yo os daré barato della.

Gerardo.

Pues hija, sosiega un poco,
y de quien eres te acuerda.

Fedra.

¿Cómo puedo yo estar cuerda
mientras me falta mi loco?

Gerardo

¿Pues despues de estar casada,
no piensas volver en tí?

Fedra.

Digo que si, si, si, si,
que este mi mal todo es nada.
Alborotose la mar

---

(1) *Vase Pisano.*

con un poco de tormenta;
y mi nave anduvo atenta
solo á poderse salvar.
Vió desde lejos el puerto,
y hasta llegar no paró;
todas las jarcias perdió,
y hasta el casco quedó abierto.

Gerardo

Eso creo yo que estan,
hija, los que vos teneis.

Fedra

¿Cómo aquí no me traeis
al buen viejo don Beltran?

ESCENA IX.

Dichos, y salen el Caballero, Leonato y Pisano.

Caballero

Con vuestra licencia, en fin,
á ver esta fiesta vengo

Gerardo.

Por grande merced lo tengo.

Fedra.

¿Quién es aqueste rocin?

Gerardo.

Ola, haced que sillas saquen,
ó bancos, porque no ocupen,
y haced que se desocupen
cuantos hoy la fúria aplaquen,
que no hay boda sino hay gente.

Fedra.

Par diez que tenis razon:
ola, haced dar un pregon
desde oriente hasta poniente;
que si es de los doce pares

don Beltran, como decís,
llegue la nueva á Paris
con botones y alamares:
su hermano es el Rey Bepino,
y Calainos su madre,
y Lanzarote su padre
cuando de Bretaña vino.

Pisano

Ya estan aqui los asientos. (1)

Gerardo

Sientese vuesa merced.

Caballero.

Aqui basta.

Gerardo

Ola, traed sillas.

Caballero

Cesen cumplimíentos.

Fedra

¿Y yo no me he de sentar?
ola, traiganme un estrado.

Verino

Id vos por el desposado.

Pisano.

Pues yo le voy á llamar. ***Vase.***

Fedra.

Oh, buená pascua os dé Dios,
que os vais doliendo de mí.

Gerardo

¿Daisme la palabra aquí
que habeis de volver en vos?

Fedra.

Si yo me veo casada,
luego cesará el enredo;

---

(1) *Traigan bancos.*

mas sabed que tengo miedo
que toda esta fiesta es nada.
Pero guardaos de engañarme
y de aquesta burla hacerme,
que á fé que habeis de perderme
por donde pensais ganarme.

Gerardo.

¿Tú no ves que es desatino
presumir que yo te engaño?

Pedro.

Yo sé que os pesa mi daño;
¿mas decid, qué es del padrino?

Vecino

Dad, señor, licencia vos
á ese hidalgo vuestro page.

Caballero

A la boda hareis ultrage,
que yo lo seré por Dios.

Vecino

No no, basta que él lo sea.

Caballero.

Ola, Leonato.

Leonato.

¿Señor?

Caballero.

Ya eres padrino

Leonato.

He temor
de vestirme la librea,
porque es un mal pegajoso,
y entre locos no hay cordura,
aunque tan bella locura
me tiene el seso envidioso.

Pedro.

¿Quién sois vos que sois padrino?

Leonato.

Un hidalgo toledano.

Fedra

¿Estais de los cascos sano?

Leonato.

Blando estoy con el camino,
pero bien puedo servir.

Fedra.

Tocad, que sois hombre honrado.

Ferino

Aquí viene el desposado.

Gerardo.

Salgámosle á recibir.

ESCENA X.

Dichos, y salgan de dos en dos los locos Martin, Tomas. Belardo, Calandrio, Laida, Mordacho y detras Pisano con Floriano de la mano, vestido de desposado lo mas gracioso que pueda.

Gerardo.

Sientense los dos aquí,
y Laida será madrina.

Laida

¿Madrina me haceis á mí?
volveréme á la cocina,
por el dia en que nací;
baste que sufra los cuernos,
sin padecer dos infiernos
en penar y en consentir.

Ferino.

Detente.

Laida.

Quiérome ir;
que tengo los ojos tiernos.

Gerardo.

No, no, hija, por mi vida,
yo buscaré quien lo sea.

Fedra.

¿Han visto la relamida?

Laida.

Callad vos, cabra Amaltea,
la de la barba fingida,
que á fé que si agora os dan
el bellaco de Beltran,
que mañana no sea vuestro.

Fedra.

Harěos echar un cabestro,
marquesa de Mariñan.

Floriano.

Callad y tened respeto
á vuestro marido, loca.

Fedra.

¿No he de hablar?

Floriano.

¿Vos á qué efeto?
coseos luego la boca
con un poco de hilo prieto.

Fedra.

¿Son esos vuestros regalos?

Belardo.

No gruñais, que os haceis viejo.

Floriano.

¿Estos os parecen malos?

Fedra.

¿Quéreis callar, perotejo?

Floriano.

¿Qué calle? daréos mil palos.

Fedra.

¿Pues cómo á vuestra muger?

Floriano.

¿Vos lo habiades de ser?

Fedra.

¿Luego no está averiguado?

Floriano.

Como no está desseado,
sabed que hay mucho que hacer.

Gerardo.

Ea, dejad disparates.

Floriano.

Antes de aqueso no trates,
porque verdades diremos.

Mordacho.

¿Quéreis que nos soseguemos,
que parecemos Orates?

Verino.

Muy bien ha dicho Mordacho.

Calandrio.

¿Vos quereis que folijemos,
pois que contento me acho?

Mordacho.

Par diez, Calandrio, bailemos
si quiere aqueste gabacho.

Gerardo.

Antes yo mismo os lo ruego,
mandad que nos toquen luego,
y ayudarános Belárdo.

Belardo.

De pesado me acobardo,
pero no direis que os niego. (1)

---

(1) *Hacen estos una máscara de locos, y éntranse en acabando.*

ESCENA XI

Gerardo, Verino, Laida, y salen Erifila y Valerio.

Valerio

¿Qué en efeto has porfiado
hasta que has llegado aquí?

Erifila.

No vengo huyendo de tí,
sino á buscar mi cuidado.

Gerardo.

¿Qué es cierto?

Valerio.

Esta loca es,
que como si fuera brasa
vuelve huyendo de mi casa,
llegando al umbral los pies.

Gerardo.

¿Elvira, cómo te vienes?
del remedio huyendo sales?

Erifila.

Porque allá estában mis males,
y dejaba acá mis bienes.
Pensé poderlo sufrir,
y un gran engaño pensé,
que con solo que llegué,
llegué á punto de morir.

Valerio.

No me ha bastado razon,
y al fin tras ella me vengo:

Erifila.

¿No veis que razon no tengo,
sino locura y pasion?
Este es efecto de celos,
que la paz de amor destierra,

porque no han dado á la tierra
mayor castigo los cielos
No tengais de mi esperanza,
que por Beltran me perdí.

Leonato.

Jesus, ¿ Erifila aquí ?
¿ hay tan estraña mudanza ?

Valerio.

¿ Por Beltran ? sin duda alguna
que este loco es hechicero

Floriano

No os enojeis, compañero,
pues que no hay razon ninguna,
¿que yo qué ofensa os he hecho?

Erifila.

¿Y dime, estás ya casado ?

Floriano

Sí, Elvira, ¿ no ves al lado
el alma de aqueste pecho ?

Erifila.

¿Qué te has casado, traidor ?

Floriano

Caséme como te fuiste,
y porque me aborreciste,
teniendo á Valerio amor.
Con quien desde aquí te digo
que te vuelvas, porque es justo,
que á tus parientes dés gusto.

Erifila.

¿Qué te has casado, enemigo?

Floriano.

Ella piensa que es de veras.

Erifila.

¿ Qué ya, traidor fementido,
para siempre te he perdido ?

perro, yo te haré que mueras.
No piense que ha de gozarte
nadie, pues yo te perdí.

Floriano.

Cosa que esta diga aquí
mi historia parte por parte.

Erifila.

¿Piensas, traidor Floriano,
con ese sayo fingido...

Floriano.

Vive Dios que soy perdido;
tá, tá.

Erifila.

Desvia la mano.
Haciéndote falso loco
encubrir de aquesta suerte
del gran Reinero la muerte?

Gerardo

¿De Reinero? espera un poco.
Traidor, ¿tú eres Floriano,
el que mataste á Reinero?

Floriano

Callad, que es loca: yo muero
desta vez, ¡ó amor tirano!
mal haya el que su secreto
descubre á muger ninguna.

Gerardo

Gran bien me dió la fortuna,
las albricias te prometo.
Asidle todos muy bien.

[illegible]

O traidor, ¿con este engaño
quieres remediar tu daño
y que la muerte nos den?

Gerardo.

Yo de Valerio me quejo,
que ha sido quien me engañó.

Valerio.

Ser su amigo me forzó
á darle ayuda y consejo.

Caballero

Si no ha hecho mas delito
que dar á Reinero muerte,
soltadle.

Gerardo.

¿ Pues de qué suerte ?

Caballero.

¡Oh, cielo santo y bendito,
cuantas maravillas son
las que salen de tu mano ?
¿conócesme, Floriano?

Floriano.

¿Es sombra, ó es ilusion?

Caballero

Yo soy, no te cause espanto.

Floriano.

Príncipe, ¿ qué no eres muerto ?

Valerio.

¿Es Reinero ?

Caballero.

El mismo.

Valerio.

¿ Cierto ?

Caballero

Yo soy, no te admires tanto.

Valerio.

Pues, señor, ¿no te mató
Floriano?

Caballero.

No, pues vivo.

Floriano.

De tí la vida recibo
que tu muerte me quitó
Pero dime, ¿de qué suerte
fué suceso tan estraño?

Caballero

Mi muerte ha sido un engaño.

Floriano.

Engaño, ¿pues cómo?

Caballero.

Advierte:
amando á la hermosa Celia
á quien tú tambien amaste,
de Aragon corona y gloria,
por hermosura y linage.
Despues de las muchas fiestas
que hice en su misma calle,
torneos de á pie famosos,
de galas y de plumages:
sortijas llenas de cifras,
con invenciones iguales,
en que las letras decian
lo mas que las almas saben.
Muchos toros en que hice
suertes, venturas y lances,
y cuyo arrugado cuello
hizo mi espada dos partes;
y de algunas gentilezas
en que á todos fuí agradable,
sino es á la ingrata Celia,
que vive para matarme
Pues cuando puse mas bien
al caballo el acicate,

si decian Dios te guie,
ella un estribo te arrastre.
Salí á rondarla una noche
harto oscura, porque salen
entonces á ver su lumbre
los murciélagos amantes.
Yo con espada y rodela,
y con un broquel un page,
aunque sin este venian
otros dos con dos montantes.
Aquel page del broquel
traia mi nombre y trage,
á quien tú diste una herida,
de que ya difunto yace
Yo mandé, que de los otros
nadie siguiese el alcance,
sino que el muerto del suelo
levantasen al instante.
Hice que por la ciudad
fama de mi muerte echasen,
moviendo á piedad las piedras
de una desgracia tan grande,
por ver si se condolia
en la muerte de mis males,
la que jamás en la vida
tuvo lástima notable.
Lastimó la triste nueva
al viejo Conde mi padre,
haciendo mil diligencias
por hallarte y por hallarme;
porque hice que en secreto
al page muerto enterrasen,
y partí de Zaragoza
otro dia por la tarde.
Aquí he sabido que Celia

por mí grandes llantos hace,
y ansi pienso volver vivo,
donde de nuevo me mate
Porque el Conde mas se alegre
conmigo quiero llevarte,
que es bien lleve un muerto á un loco
que tan bien fingirlo sabe.

Floriano.

Por tan estraño suceso
gracias al cielo se dén.

Verino.

Cosa es para que estén
los que le tienen sin seso;
pero decid, Floriano,
¿quien es Elvira esta loca?

Leonato.

Eso á mi solo me toca
si me quiere dar la mano,
que yo soy criado suyo,
y de su padre lo fuí.

Gerardo.

¿Pues cómo ha venido aquí?

Leonato.

De decir la verdad huyo.
Yo, señores, la saqué
de en casa de un padre honrado,
tan hidalgo y estimado,
cuanto despues os diré.
Aquí la traje á Valencia,
donde el ánimo perdí,
porque á su padre temí,
y ansi hice della ausencia.
Las joyas que le tomé,
tres mil ducados valdrán,
que todas juntas están,

y si falta las daré.
Halláronla dando voces,
y por loca la trajeron,
donde estos amores fueron
tan grandes como conoces.
Dame, Erifila, perdon,
que este es tu nombre y no Elvira.

Gerardo.

El es suceso que admira,
y me pone en confusion.
¿Casaránse segun eso?

Floriano.

Eso no, que la ha querido
Valerio, por quien yo he sido
libre de peor suceso.
El se casará con ella.

Valerio.

Es forzar la voluntad
con el rigor y amistad,
que vuestro gusto atropella.
Pero vuestras voluntades
estan conformes, y ansi,
no es bien apartar por mí
tan estrechas amistades.

Floriano.

En mayor obligacion,
Valerio, me habeis hechado,
pues dos vidas me habeis dado
en esta loca prision.
Dame esa mano, mi bien,
que todo ha sido fingido;
recíbeme por marido,
y por tu esclavo tambien.

Erifila.

La mano y el alma y todo,

dueño de mi libertad.

Caballero.

En tan gran solemnidad
justo es que se cumpla todo.
Valerio, pues ya sabeis
quien es Fedra y quien ha sido
el casamiento fingido,
gusto que vos le acabeis:
quiero que os caseis con ella.

Valerio.

A tener Fedra sentido
fueras, Príncipe, servido,
y yo dichoso en querella.

Fedra.

En eso no hay que culparme,
que aunque por tí le perdí,
solo ser loca fingí
para con Beltran casarme.
Si gustas, yo soy dichosa.

Gerardo.

¡Hija, qué tienes sentido!

Valerio

Digo que soy tu marido.

Fedra.

Y yo, Valerio, tu esposa.

Verino.

¡Hay enredo semejante!

Valerio.

Segun eso, loca mia,
mia sois.

Fedra.

Cuya podria,
sino de tan loco amante:
huélgome que vos seais
tan principal caballero.

Valerio.

Y de lo mucho que os quiero
yo sé tambien que os holgais.

Laida.

¿Pues piensan que yo soy loca,
señores casamenteros?

Gerardo.

¿Qué aun falta mas?

Laida.

Falta haceros
una oracion grave y poca.

Verino.

¿Pues qué es eso?

Laida.

Haber fingido
este loco frenesí,
por ver si pudiera ansi
gozar del bien que he perdido;
solo les pido en estrenas
me vuelvan á lo que fuí.

Leonato.

Y aun si me quieres á mí
podrás remediar tus penas,
que me has parecido bien,
y ansi por muger te pido.

Laida.

Y yo á tí por mi marido,
que me contentas tambien.

Caballero.

De aquestos tres casamientos
yo quiero ser el padrino,
porque este suceso es digno
de iguales merecimientos,
y iremos á Zaragoza
Floriano, vos y yo:

Floriano.

Hoy vive quien os mató,
y vivo, señor, os goza,
que es cuento de que habrá pocos.

Caballero.

Tan buen fin seguro estaba.

Floriano

Aquí, Senado, se acaba
el Hospital de los locos.

Los Locos de Valencia.

Floriano cuenta á su amigo Valerio que ha muerto en Zaragoza al Príncipe Reinero en un desafio por una dama, por cuyo motivo ha llegado á Zaragoza fugitivo y temeroso. Valerio le aconseja se finja loco, bajo cuya suposicion hablará al administrador del hospital de locos. Interrumpe el coloquio de ambos la llegada de Erifila amante de Leonato, el cual aunque de inferior condicion á ella la ha sacado de casa de sus padres. Leonato empieza quejándose de la tibieza que manifiesta á su cariño, y por mas que Erifila satisface cariñosamente á sus recelos, concluye su amante por robarla sus alajas y vestidos y la abandona vilmente. Sobrevienen Pisano, portero del hospital, con dos criados del mismo y Valerio: encuéntranse con Erifila á la que juzgan loca, y se la llevan como tal; pero Valerio queda enamorado de Erifila. A instigaciones de su criada Laida baja al patio Fedra, sobrina del administrador del hospital, y se apasiona perdidamente del fingido loco Floriano, con quien habla suponiéndole falto de juicio. Erifila ve tambien á Floriano, agradándose los dos mutuamente; y entrando Valerio á visitar á su oculto amigo, le manifiesta estar muerto de amores por la loca que acaban de traer, que es Erifila.

Floriano se entrega á las tristes reflexiones que le sugiere su situacion, al ver á su amigo Valerio prendado de aquella á quien él mismo ama. Fedra por captarse el cariño se finge loca, y él que la conoce, se finge mucho mas desatinado en un coloquio que tienen entrambos. Sorpréndelos Erifila dándose un abrazo, y en el coloquio que, habiéndose marchado Fedra, se verifica entre Floriano y Erifila, se franquean los

dos sus respectivos secretos y la pasion que se profesan. Sobreviene el portèro, y hace que echen grillos á Floriano y pongan esposas á Erifila Liberto, verguetà de Aragon, viene á visitar á Pisano, y le manifiesta la comision que trae de apresar á un tal Floriano, matador del Príncipe Reinero, y le enseña su retrato. Floriano que sabe esta noticia, consigue con un ardid ver á Liberto y deslumbrarle enteramente Laida criada de Fedra y enamorada tambien de Floriano, á quien conoce solo por el nombre de Beltran, que se ha dado en su supuesta demencia, se finge loca y es conducida al hospital en donde riñe con Erifila. Llegan á este tiempo Valerio y Gerardo administrador de la casa, admirado de ver la locura de su sobrina y determina sujetar al fingido Beltran, a quien atribuye el trastorno de su sobrina y su criada

Verino, medico del hospital, dá cuenta facultativamente al administrador Gerardo del estado de salud de cada loco, y le aconseja que haga que Fedra vea á Beltran: sobreviene este, que se niega á querer esponerse al público á pedir limosna en la puerta del Hospital. Viendole menos arrebatado le persuaden los dos á que para curar á Fedra se avenga á figurar un fingido casamiento con ella Erifila lo sabe, y sin oir el motivo que le alega su amante, accede llena de celos á los deseos de Valerio de llevarla á casa para curarla, y se va con él Pidiendo limosna los locos al público, llega un caballero portugues trayendo por criado á Leonato: se informa de la manía de cada demente, da una gran cantidad para su alivio, é invitado por Pisano, que le cuenta el fingido casamiento que va á figurarse para curar á Fedra, sobrina del administrador, enamorada de Floriano, quiere concurrir á él Vuelve Erifila al Hospital seguida de Valerio, no habiendo podido tolerar verse separada

de su amante; y suponiéndole ya casado realmente, declara que ni ella está demente, ni tampoco Floriano; sino que este se ha fingido tal por substraerse á la justicia que le perseguia por haber muerto al Príncipe Reinero Traton en vista de esto de prenderlo; pero el caballero portugués manifiesta no haber causa para tal procedimiento, viviendo él, que es Reinero, pues el muerto por Floriano, fue un page suyo que iba disfrazado en aquella noche con sus vestidos. Fedra y Laida descubren ser aparente su demencia, y se casan aquella con Valerio y esta con Leonato, y Floriano con su amante Erifila

En esta composicion dramática del asombroso Lope, parece que su facil musa se propuso buscar la dificultad de un argumento fundado en los desbarros de la locura para vencerlos con la admirable naturalidad que era innata á su ingenio; pues si se prescinde de alguna que otra inverosimilitud, como la de meter inmediatamente á Erífila en el hospital de locos por solo encontrarla medio desnuda á su inmediacion, y él no ser conocido, Floriano por quien traia su retraso, sin que medie mas artificio que el de tiznarse el rostro, se encuentra una gran travesura en los coloquios del protágonista con Erifila su amante, y Fedra y Laida que aspiraban á serlo Estamos seguros que su autor que como, él mismo lo confiesa, se proponia dar gusto al vulgo, lo conseguiria con esta comedia, que no sabemoe porqué no se pone en escena, pues divertiria sin duda Fuera de esto está llena de verdades discretamente dichas en boca de los locos, que es el fundamento moral que puede hallarsela: forman ademas un delicado contraste la oculta pasion y lenguage de los supuestos locos con los verdaderamente tales: el interés recae desde el principio al fin sobre el protagonista, á quien mira siempre el espec-

tador con cariño, como á un desgraciado perseguido, y el desenlace es inesperado y no inverosimil. Dificil es elegir en esta pieza trozos de muestra, tanto respecto á la versificacion, pues toda ella marca á su autor, cuanto á los pensamientos. Usa en ciertos parlamentos del verso endecasílabo suelto sin levantarlo á la grandilocuencia agena de la popularidad del estilo cómico; pero sin degradarlo por eso á una diccion baja: echa asimismo mano de las octavas reales, y en la mayor parte domina la redondilla, que era la favorita en el lenguage de nuestros antiguos dramáticos. Citaremos algunos pasages: hay una hermosa alegoría con que se esplica Floriano hablando con Fedra.

Fedra.

¿Qué hiciste de aquella cinta
que de esperanza te dí?

Floriano.

Perdíla luego que ví
la figura por la pinta;
que como no estaba ciego
de amor ni de confianza,
descarté aquella esperanza
porque me entró mejor juego;

Fedra.

¿Qué te entró?

Floriano.

Una Reina de oros,
carta nueva en la baraja,
que hace á mil Reinas ventaja
para ganar mil tesoros.
Aunque un diablo de un caballo
de por medio se metió,
que con mas cartas que yo,

pretende desbaratallo;
y son cosas tan pesadas
amistad y bien querer,
que adelante podria ser,
que me entrase flux de espadas.

Otra no menos bella alegoría forma el mismo sobre el juego de algedrez, hablando con Erifila.

Floriano.

Mi señora,
juego al aljedrez agora
porque es un juego discreto.
Un Rey con dos mil peones,
siendo un caballero pobre,
me persigue hasta que cobre
su venganza en mis traiciones.
Hoy me ha venido á buscar
á aquesta casa un arfil,
que con un jaque sutil
un mate me quiere dar;
y porque en mi mal se alegra
ya de matarme resuelto,
de pieza blanca me he vuelto,
como veis, en pieza negra.

Erifila.

¿Qué aqueste arfil ha venido?

Floriano.

Dicen que trae mi retrato,
y por eso me recato,
y vengo desconocido.

Erifila.

Ese juego ya me llama
á que pierda mi sosiego.

Floriano.

¿Y cómo, si sois del juego,
nada menos que la dama;
por eso ayudadme bien,
que estoy muy cerca de preso.

Las ocurrencias de los diferentes locos son graciosas al paso que discretas, y pueden tal vez hallarse facultativos que no tengan tantas nociones médicas, como las que manifiesta Lope por boca de Verino, en su coloquio con el administrador del hospital. Sea esto dicho con paz de todos los doctores, y sin perjuicio á los adelantamientos modernos, en tan apreciable como dificil profesion.

INDICE

de las Comedias contenidas en este tomo.

Páginas.

